

AHNA STHAUROS

Una

Strella
para el

DEMONIO



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son frutos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Una Estrella para el demonio.

©Ahna Sthauros

©Pink Love www.novelas-pinklove.com

Diseño de portada: Imagina Designs

Imagen de portada: Imagina Designs

Corrección: Carolina Ramos Zambrana

Esta novela fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Sevilla.

ISBN: 978 84 9485711 9

“Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?”

Marcos 8:36

ÍNDICE

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

EPÍLOGO

GLOSARIO

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

San Petersburgo, 1710

La sangre era caliente y viscosa. Se expandía con rapidez a su alrededor en una gran ola roja. El olor dulzón que se desprendía de ella no le era desconocido dado que había participado en numerosas batallas. Ese olor siempre avisaba de que la Muerte estaba haciendo su obra, y no parecía afectarle.

No sentía nada. Allí, arrodillado en medio del lujoso salón y rodeado por la sangre de dos personas, era como si una fuerza superior le hubiese quitado la capacidad de sentir y de hablar.

La visión del cuchillo ensangrentado al lado de esa delicada mano blanca logró despertar su conciencia.

¡Santa Madre protectora de Rusia! ¿Qué había hecho?

¿Cómo había podido arrebatarse la vida a la mujer a la que más quería? ¿A su propia esposa?

No era su culpa. Solo había intentado defenderse del ataque que había planificado contra él con la ayuda de su amante, ese otro cadáver que miraba hacia el cielo.

¿Por qué se había lanzado a por él? No tenía ninguna posibilidad de herirlo. Era un jefe militar y su vida consistía en esquivar ataques y combatir. Lo había hecho para defender a su amante. Porque lo quería. Lo amaba a él y solo a él.

Entonces el dolor se apoderó de su corazón y sustituyó al vacío. Cerró los ojos y se estremeció por completo. Un gemido escapó de sus labios; él, que nunca había suplicado por nada ni por nadie. Y ella había preferido morir antes que vivir sin su amante.

Esa era la dura realidad.

Nunca lo había amado. Y él había hecho locuras por ella. La había colmado de atenciones y de riquezas. Había cedido a todos sus caprichos. Se había obsesionado con hacerla feliz.

Pero nada era suficiente para esa muñeca mimada y preciosa.

Él no era lo suficientemente bueno ni lo suficientemente rico.

Esa espiral por alcanzar un amor que no era mutuo lo llevó a cometer un acto demencial, fuera de toda lógica: hacer un pacto con un ser extraño que parecía un ángel. A tenor de los dos horrendos crímenes que había cometido esa nefasta noche, ese ser era de todo menos un ángel.

No. No podía ser un ángel.

Ese pensamiento transformó su dolor y la rabia acudió en su ayuda para que no se derrumbara y se dejase morir al lado de su traidora esposa.

No hacía falta ser un gran estratega para admitir que ese ser lo había manipulado, y con creces. Se obsesionó tanto que fue capaz de entregar su alma a cambio de riquezas y de la promesa de felicidad eterna para su esposa. Y ahora ella yacía a su lado y él tenía su sangre en las manos.

¡Condenado idiota! Manipulado como si tuviese cinco años y no como el hombre de larga trayectoria militar que era.

Dolor. Rabia. Odio. Consternación.

Las emociones volvieron en tropel y lo asaltaron como si fuese un diminuto barco en medio de una colosal tormenta. Se levantó del suelo con el pantalón de montar a caballo empapado en sangre. Abrió la boca y soltó un grito espeluznante.

Ese ser tenía que manifestarse de nuevo. Después de todo, tendría que venir a cobrar su deuda...

En menos de un segundo, una luz blanca y cegadora estalló detrás de él.

—No hace falta gritar, General. No estoy sorda —dijo una voz femenina de forma casi dulce.

Se dio la vuelta, fulminando con su mirada verde al odiado ente.

Ahí estaba esa cosa, tal y como la recordaba. Había aparecido ante él, en medio de una cruenta batalla, como si fuese la Santa Virgen. Había sido un

necio: ahora se daba cuenta del aura malévol y peligrosa que rodeaba su figura.

El general Leivan Angelovitch, comandante jefe de las tropas imperiales del zar Pedro I, se quebró por dentro. Pero antes muerto que bajar la cabeza y reconocerlo ante ese ser.

—Me prometiste felicidad para mi esposa y acabo de matarla. ¿Por qué? —gritó, apretando los puños.

Su mirada se clavó con odio en la cara dulce del ente. Era un espejismo fabuloso con ese pelo rubio, casi blanco, suavemente ondulado, y esos ojos del color del mar embravecido. Tenía la apariencia de una mujer de belleza perfecta, pero era tan fría como la propia Muerte.

—Son cosas que pasan cuando un hombre entrega su alma a alguien como yo... —comentó el ser de forma tranquila.

Leivan reprimió un escalofrío.

—¿Qué eres? ¿Un demonio?

—No exactamente. Soy un ángel, un Ángel Caído...

La mirada del ente era digna del más cruel invierno de Siberia.

—¿Como Lucifer?

—Sí. Soy tan antigua como él. Pero el Príncipe de las Tinieblas tiene un reino y yo no.

La confusión se pudo leer con claridad en la cara del hombre.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué querías que mi esposa muriese y por mis propias manos? ¡Yo no te invoqué! Apareciste de la nada, en medio de esa batalla, y...

—Y al igual que uno de esos campesinos supersticiosos pensaste... ¿qué? ¿Que yo era la Virgen María? —se burló el Ángel Caído.

Leivan tuvo la impresión de que acababa de abofetearlo.

—¡Amabas tanto a tu princesa rubia y delicada! Fuiste un necio y en vez de averiguar quién era yo, empezaste a pedirme riquezas y títulos para estar a su altura y así obtener su amor. —El ángel sonrió de forma burlona—. ¿Amor? Ella nunca te amó. Ni siquiera esperó una semana tras vuestras nupcias para

acostarse con su amante.

—¡No sigas por ahí! —rugió el hombre, acercándose peligrosamente.

—¿O si no qué? —preguntó el ente, cruzándose de brazos.

Leivan se irguió y la miró con furia. Le daba igual morir, le daba igual sufrir. Se había condenado él solito a las llamas eternas.

Pero no dejaría de luchar contra esa criatura maléfica.

—Puedes deshacer lo que has hecho. ¡Devuélvele la vida a mi esposa! —gritó, desesperado.

—No tengo ese poder. Eres tú el que la ha matado.

El general no pudo soportarlo más y, con un grito de rabia, se abalanzó sobre el Ángel Caído. En el segundo siguiente, y sin saber cómo, se encontró prostrado de rodillas con la mano fría del ente presionando su garganta.

Una descarga eléctrica recorrió su cuerpo y sintió cómo sus miembros empezaban a convertirse en piedra.

Los ojos del ente refulgían como un fuego turquesa y él no podía apartar la mirada. Era como si la criatura mitológica Medusa hubiese cobrado vida de nuevo.

—Me aburres, humano —exclamó el ser con voz distorsionada—. Pensé que un hombre tan luchador y hermoso como tú podría serme útil, pero eres un imbécil llorón y no tienes agallas. Esa fulana te engañaba y no te amaba. Merecía morir por estúpida y deberías estar agradecido en vez de pedirme explicaciones.

Leivan luchaba por no gritar dado que no había ni una sola parte de su cuerpo que no le doliese.

—Pensaba convertirte en uno de mis seguidores —prosiguió el Ángel Caído—, pero me serás más útil como moneda de cambio para obtener otro favor...

La mirada de la criatura rubia lo recorrió de arriba a abajo, evaluándolo como si fuese una mercancía.

—Sí, con ese rostro y ese cuerpo tan apuesto, el Príncipe de la Lujuria estará más que encantado de poder contar con un nuevo esbirro entre sus

tropas y tendrá que pagarme este favor —reflexionó, deslizando un dedo sobre la mejilla del hombre—. Así, lograré sacar algún provecho de ti.

Leivan consiguió reunir fuerzas para articular una palabra.

—Ma... Mátame.

El Ángel Caído sonrió con satisfacción.

—De ninguna manera, General. Me debes tu alma.

Una luz cegadora y desagradable rodeó al ente y a su presa.

—Mi nombre es Dazel y mi morada son las tierras frías de Siberia desde los tiempos del Génesis. Me pediste dos favores y te los concedí y, como pago de tu deuda de sangre, yo Espíritu Celestial Renegado, te condeno a ser un esclavo demoníaco para todo lo que te queda de eternidad.

El hombre gritó de dolor cuando la mano que apretaba su garganta como una garra se convirtió en fuego y lo quemó atrocemente.

—Este es el símbolo de tu nuevo Amo y Señor, Shatan. Nadie, salvo él u otro Espíritu Celestial, podrá liberarte.

Dazel abrió la mano y el cuerpo del nuevo demonio se desplomó en el suelo, recobrando al segundo un aspecto más saludable. Su piel, antes blanca, se veía de un color dorado ahora. Cuando su mirada cambiada se clavó en la figura del Ángel Caído con un odio incommensurable, este esbozó una sonrisa helada.

—Pero yo que tú, no me haría muchas ilusiones en cuanto a lo de liberar tu alma. Los demonios precisan cada vez más de almas malditas y respecto a mis antiguos Hermanos Celestiales, los ángeles, ellos destruyen las almas condenadas de los asesinos de tu calaña.

Dicho eso, Dazel desapareció y dejó paso a dos demonios bajitos y huesudos, encargados de recoger al nuevo esclavo de los Infiernos.

Mientras avanzaban hacia él, soltando gritos parecidos a los de unas hienas, una sola palabra se grabó en la mente, ahora más poderosa, del antaño general Angelovitch: venganza.

No pararía hasta vengarse por completo de Dazel, ese maldito Ángel Caído.

Capítulo 1

París, diciembre de 2009

—Hay mucho tráfico, Señor. No puedo avanzar más.

Leivan le echó una mirada al fiel demonio inferior que le servía de chófer y secretario a cambio de protección y favores.

—No pasa nada, Georges. Me bajaré aquí.

El chófer asintió con la cabeza y aparcó el impresionante Mercedes negro en medio de la avenida de los Campos Elíseos, atestada de coches de lujo y de gente.

—No vengas a recogerme. Volveré por mis propios medios —indicó Leivan antes de bajarse.

—Bien, Señor.

Una vez fuera, el antaño general ruso se detuvo un minuto para hacer un barrido con sus poderes y así detectar posibles Cazadores en los alrededores; o Cuervos, como los llamaban los demonios dado que iban siempre vestidos de negro. Pero no hubo resultados.

Mejor así. Sería una pena jugar al juego del gato y del ratón entre tantos humanos, sin posibilidad de una buena batalla. Por lo tanto, empezó a andar tranquilamente hacia el punto de encuentro.

Sin embargo, no era ciego y no podía pasar por alto que su maldito poder de seducción estaba funcionando a pleno rendimiento. Incluso estando perdido en esa marea humana todas las féminas, por muy jóvenes o ancianas que fuesen, lo estaban devorando con la mirada y tenían la misma expresión de sorpresa y excitación en la cara.

Sí, seguro que si se hubiese dedicado a vender ropa como modelo en las revistas de moda, se hubiese vuelto rico en menos de un mes.

¡Pobres criaturas inocentes! Lo veían como un hombre alto, con el pelo

corto de un tono rubio oscuro, de belleza clásica casi perfecta y vestido como un joven y ambicioso ejecutivo.

A pesar de que era medianoche llevaba sus gafas de sol y por eso ellas no podían ver sus ojos fríos, de un verde oscuro enigmático, que se volvían casi fosforescentes cuando activaba su energía demoníaca.

Todas esas posibles pecadoras suspiraban por su cuerpo por culpa de esa aura peligrosa y sexual que él desprendía, y que era su eterna condena y su maldición.

Pero él no era uno de esos guaperas de la tele o del cine: él era un depredador disfrazado, un esclavo obligado a acostarse con mujeres humanas para robarles el alma y así arruinarles la vida para siempre. Y, por desgracia, era muy bueno en lo que hacía.

Leivan consiguió llegar al final de la avenida y se quitó las gafas para contemplar el Arco del Triunfo, tal y como hacía siempre que su Amo y Señor lo citaba en esa ciudad.

Habían pasado tres siglos, pero para él era como si hubiera sido ayer.

Se suponía que, al no tener alma, no podía tener ni sentimientos ni emociones. Sin embargo, el odio y la rabia seguían quemándolo por dentro y lo empujaban a luchar cada día.

Su sed de venganza era lo único que vivía en lo más profundo de su ser. No había lugar para la compasión, y ni los remordimientos ni la pena lo asaltaban cuando se acostaba con una mujer para obtener su alma y destruir de forma irremediable su vida.

Solo importaban el poder y el conocimiento. Solo esos dos conceptos le permitirían aniquilar al Ángel Caído que lo había engañado.

Por eso había empleado sus antiguas habilidades militares para convertirse en el más eficaz demonio de la lujuria. No le interesaba subir en la jerarquía demoníaca. Le interesaba adquirir nuevos secretos ocultos y poderes oscuros.

Y, poco a poco, lo estaba logrando porque se había convertido en un depredador fuerte, letal y silencioso. Se estaba acercando a su meta y tenía que seguir así.

Sí, no lo estaba haciendo nada mal dado que su Amo y Señor volvía a convocarlo para encomendarle una nueva misión; cosa que ocurría muy a menudo últimamente.

Tras haber sido un oficial honorable y leal esa noción de esclavitud, junto al asesinato de su mujer, había supuesto una verdadera bajada a los infiernos. No obstante, el Príncipe de la Lujuria no lo trataba como tal sino como a un socio de confianza.

Pero claro, él seguía siendo su dueño.

Algo chocó contra su espalda y Leivan se dio la vuelta a velocidad humana.

—*Oh, pardon, je suis désolée* —se disculpó una joven francesa con una mirada pícara mientras varias amigas suyas, paradas un poco más lejos, empezaban a reírse tontamente.

La chica era mona y, debajo de su abrigo gris, llevaba un vestido muy corto que no dejaba mucho a la imaginación.

Era muy apetecible, pero tenía un grave defecto: era rubia.

Y él odiaba las rubias. Las odiaba a muerte.

El demonio le echó tal mirada de odio contenido que la chica se asustó y se fue rápidamente hacia sus amigas, dejándolo solo. Mejor. La joven humana se había librado por poco.

Como era viernes por la noche, había mucha juventud a su alrededor: chicos y chicas que se habían vestido a la última moda para poder entrar en las discotecas caras y pijas de ese barrio.

Lo que esos jóvenes desconocían era que uno de esos antros modernos y selectos tenía como propietario a uno de los más temibles y viciosos demonios de todo el Pandemónium: su propio jefe.

Le encantaba supervisar en persona los miles y miles de casinos, discotecas y burdeles que tenía en propiedad por todo el mundo. No en vano era el demonio titular de la lujuria.

Pero el jefe no era muy bueno para escoger el nombre de sus numerosos garitos. L'Enfer ponía el neón rosa en grande. El Infierno. ¡Qué poca imaginación!

Leivan no prestó atención a la larga fila de gente que esperaba para ser admitida por el portero y bajó pausadamente los escalones que llevaban a la puerta de la discoteca.

El portero, un armario de dos metros con cara de boxeador, lo reconoció al instante y le abrió la puerta con deferencia.

—Bienvenido, General —dijo el tipo al dejarlo pasar.

El aludido asintió y se dirigió al mostrador para dejar su carísimo abrigo.

El portero era humano y había vendido su alma a cambio de dinero para poder salvar a su familia, con la condición de que nunca más volvería a saber de ella. Un sacrificio noble que no tendría recompensa.

El dinero lo podía todo también en ese Inframundo.

Tras dejar su abrigo, Leivan se encaminó hacia la pista de baile más grande dado que allí se encontraba la escalera que conducía a la sala reservada, o sala de operaciones, desde la cual su jefe controlaba todos los movimientos de los humanos y de los demonios, o hacía negocios.

A pesar de que era bastante temprano, las doce y media de la noche, la pista ya estaba a rebosar de gente. Sin saberlo, los humanos se mezclaban con los demonios y les proporcionaban una considerable energía sexual con sus bailes y sus roces. Incluso mucho más cuando se encontraban con ellos en los servicios de la discoteca...

Por supuesto, su jefe se encargaba de alimentar toda esa energía y esa lujuria con sus propios métodos, por lo que la fiesta nunca decaía.

No tenía nada que envidiar a las orgías de los grandes oficiales rusos en sus palacios de invierno y era irónico pensar que, siendo humano, él nunca había participado en una de ellas.

Las cosas cambiaban y, a veces, sin vuelta atrás.

El ruido era ensordecedor y las luces estroboscópicas parecían rayos laser, pero Leivan conocía bien el antro y consiguió abrirse paso. Sin embargo, a mitad de camino, sonó la canción movедiza de moda y la gente se volvió aún más loca, apretándose los unos contra los otros como si no hubiese un mañana.

Una mano de uñas rojas y afiladas se posó sobre su brazo y tiró de él hacia

el centro de la pista de baile.

—¿Adónde vas, General? —preguntó una morena con un top plateado indecente y una minifalda negra que parecía un tanga—. Baila con nosotras.

Otra morena, con el pelo más largo, surgió de la nada y empezó a contonearse y a frotarse lascivamente contra su compañera.

Incluso se besaron frenéticamente como si estuvieran haciendo un remake de una de las escenas calientes de la película *Instinto Básico*.

Dos demonios *Súcubo* que querían guerra. Pero él no estaba interesado. Es más, estaba harto de tanto sexo.

Las chicas no captaron su total indiferencia y se colocaron de manera que pudieran tocarlo y restregarse contra él, una por detrás y la otra por delante. Si esperaban conseguir alguna reacción física por su parte, podían coger una silla y sentarse.

—Vamos, General... —ronroneó la primera, deslizando una mano sobre su pecho hasta llegar a su miembro dormido.

Él atrapó su mano con brutalidad y sus ojos lanzaron un destello fosforescente.

—No estoy de servicio y no me interesa —advirtió con voz letal.

El demonio *Súcubo* hizo una mueca y liberó su mano con rapidez.

—¡Que te den! —soltó antes de coger por la cintura a su compañera de juego y de cama—. Ven, vamos a por un humano. ¡Diversión asegurada!

Los dos demonios se fundieron entre la gente y Leivan pudo seguir con tranquilidad hasta llegar y subir la escalera de mármol, digna de un templo antiguo.

Como a todos los demonios superiores, a su jefe le gustaban el lujo y la ostentación. Y esa discoteca era un buen ejemplo de ello dado que la decoración rayaba el mal gusto. O eso, o el decorador era un amigo de los nuevos ricos procedentes de Rusia...

Terciopelo rojo y lámparas de oro adornaban el pasillo que llevaba a la sala privada. Todo muy discreto.

A pesar de haber hecho un pacto para obtener títulos y riquezas, él nunca

había tenido tan mal gusto a la hora de elegir muebles y babioles para decorar su recién comprada casa. Quizás porque no pertenecía a la misma clase social que su esposa.

Procedía de la burguesía y, gracias al dinero y a la influencia de su tío materno, logró entrar en la Academia Militar Imperial con una especie de beca. Cosa que los niños ricos y nobles le hicieron pagar muy caro.

Pero había aprendido lecciones valiosas de esas mofas y de esos golpes y se había distinguido de tal forma que había llamado la atención del propio zar. Y una noche, tras recibir una invitación al baile del Chambelán en persona, conoció a la bellísima princesa Irina Feodorovna.

Y ella se convirtió en su obsesión particular.

Las peores locuras se hacían por amor y él lo sabía por experiencia propia.

Leivan se paró en seco y siseó cuando el tatuaje que tenía en el cuello, símbolo de su Amo y Señor, vibró y empezó a arder.

Su jefe no era tan estúpido como para dejar vía libre hasta llegar a una de sus guaridas. Era todo un experto en el arte de engañar y disimular, y llevaba siglos atormentando a los humanos. Por lo tanto, no era extraño que hubiese puesto ahí un hechizo de protección.

Ese demonio era casi invencible. Casi. Porque la leyenda contaba que el Arcángel Rafael había logrado encadenarlo durante un tiempo.

Bueno, mejor no pensar en eso ahora. Había pocas cosas capaces de enfurecer a su jefe, pero esa historia era una de ellas.

Delante de la puerta metálica, se alzaban dos enormes demonios Ghul, completamente invisibles a ojos de los humanos. Estos lo miraron y lo olfatearon, y luego lo dejaron pasar a la sala privada sin necesidad de abrir la puerta.

Una vez dentro, Leivan se concentró para activar todas las barreras que impedían acceder libremente a su mente. Era una medida necesaria para bloquear un posible rastreo de la Milicia Celestial, que siempre andaba buscando demonios superiores como él, pero también utilizaba esas barreras para que su jefe no pudiese pasearse por sus recuerdos y sus conocimientos como Pedro por su casa.

De ese modo, solo tendría acceso para transmitirle información y nada más.

La sala privada se encontraba casi en penumbra dado que la luz intensa molestaba mucho a los Príncipes demoníacos; lo que no representaba un problema para él ya que, como todos los demonios de nivel superior, gozaba de una excelente visión nocturna.

El lugar en el que estaba era bastante grande y se parecía mucho al salón oval de la Casa Blanca: ahí había dos sofás negros de tela, puestos uno enfrente del otro y separados por una mesita de madera; unas alfombras tejidas a mano y unas paredes con cortinas rojas de terciopelo. También venía incluido un amplio escritorio de caoba en el fondo y, si no fuese por los colores chillones, hubiese sido una réplica exacta del despacho del Presidente de los Estados Unidos.

La otra diferencia con el ilustre despacho era el colosal ventanal que había frente al escritorio y que daba acceso a la pista de baile de la discoteca.

Obviamente, los humanos podían verlo desde ahí pero no distinguían nada de lo que había dentro de la sala privada.

Observar sin ser visto. Una de las reglas fundamentales del juego de los demonios.

Sin embargo, Leivan se percató de que también se había colocado un hechizo de protección en esa parte del recinto.

Qué curioso. Su jefe nunca había sido tan precavido.

Allí había gato encerrado...

Giró la cabeza al sentir la pequeña vibración característica que señalaba la aparición inmediata de su jefe y, medio segundo después, este se encontraba cómodamente sentado en el gran sillón de cuero que había detrás del escritorio.

El problema era que no había venido solo. Un demonio Stayx hembra estaba debajo de la mesa y se estaba empleando a fondo con su enorme boca para complacerlo.

Leivan mantuvo una cara totalmente neutra para no dejar entrever su profundo hastío.

Su jefe rugió cuando llegó al clímax y luego apartó con un manotazo al demonio, que se quedó arrodillado a su lado. Sus ojos, rojos por culpa de la excitación y del placer, brillaron cuando lo vieron en la casi oscuridad.

—Hey, General. ¡Qué bien te veo!

—Mi Amo y Señor —saludó Leivan, inclinando la cabeza.

A su jefe siempre le gustaba esa muestra de respeto. De hecho, estaba sonriendo abiertamente y se veía complacido.

Siendo humano, Leivan se habría matado antes que vivir sin honor.

Siendo demonio, había aprendido a disimular y a engañar como el mejor.

Todo estaba permitido para lograr su meta. Absolutamente todo.

—Ese bicho es realmente bueno con su boca —dijo el otro señalando al demonio, que no se había movido—. ¿Te apetece una chupadita?

El Príncipe demoníaco lo miraba intensamente, a la espera de su reacción.

—No, gracias.

Su jefe soltó unas sonoras carcajadas. Luego, ordenó mentalmente al demonio que desapareciera; cosa que este hizo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Ay, amigo mío! Esa elegancia innata tuya me mata. Entiendo por qué todas las hembras se vuelven histéricas cuando apareces. La belleza del diablo...

Asmodeus, Príncipe de la Lujuria, se levantó del sillón y se acercó hasta él sonriendo. Estaba utilizando su apariencia humana favorita: hombre blanco alto, con el pelo moreno un poco largo. Un aspecto totalmente anodino salvo por los ojos: tenía unos ojos topacios muy difíciles de olvidar porque parecían capaces de sondear cualquier alma.

—Mírate... tan hermoso, tan refinado y educado. Pareces una de esas bellas estatuas griegas de Apolo o de Hermes... —comentó su jefe, acariciándole la mejilla con esa mano diabólica—. Hasta yo podría verme tentado a probarte...

Leivan se quedó impasible. Al parecer, el Príncipe vicioso tenía ganas de provocarle, pero, tras tres siglos de esclavitud, él conocía perfectamente su forma de actuar.

—Sería un honor, mi Amo y Señor —contestó con serenidad.

La decepción se hizo patente en la cara de su jefe, que esperaba ver miedo y repulsión.

—Ay, eres demasiado bueno... —suspiró de forma teatral.

Levantó la mano para obtener un poco más de luz y se dejó caer en uno de los sofás.

—Por eso eres el demonio que necesito, General. Anda, siéntate ahí —ordenó antes de señalar el otro sofá—. Tengo una misión para ti que te va a encantar.

Leivan reprimió una oleada de rabia y se sentó en el sofá de cuero negro. Claro, ¡le encantaba ir por ahí destrozando las vidas y el futuro de las inocentes humanas! Que no sintiera absolutamente nada no significaba que disfrutara con lo que hacía.

Era su condena y punto. No había ningún remedio para evitarlo.

Al principio, pensó que podría negociar su redención con los ángeles, pero la Milicia Celestial no estaba interesada en él. El hecho de que un Ángel Caído lo hubiese condenado era un problema demasiado peliagudo por lo visto...

—¿Te hace un trago? —preguntó su jefe como si fuesen dos humanos a punto de hacer negocios—. Me apetece un whisky doble.

El Príncipe demoníaco levantó la mano y un vaso medio lleno de esa bebida surgió de la nada.

—Vodka —dijo Leivan.

—Ah, claro —sonrió el demonio—. Los orígenes lo son todo. Aquí tienes, General.

En la mano del aludido apareció una copa de vodka, que se bebió de un trago.

—Así me gusta —comentó el otro con una sonrisa.

Leivan dejó la copa sobre la mesa y no dijo nada. El alcohol, al igual que otras sustancias humanas, ya no tenía ningún efecto sobre su organismo. Por eso, muchos demonios se habían convertido en camellos y trabajaban con

humanos.

Ni siquiera la comida despertaba sus pupilas gustativas.

Eran los inconvenientes de ser un demonio y, francamente, él no veía ninguna ventaja en ser lo que era.

—Bueno, General, ¿qué te parece si te mando cerca de Rusia para seducir a una jovencita y robarle el alma? —dejó caer el Príncipe demoníaco tras darle un trago a su bebida.

—Haré lo que me ordenes, mi Amo y Señor —contestó Leivan de forma automática.

Asmodeus hizo una mueca.

—Me esperaba más entusiasmo por tu parte, pero es más de lo mismo, ¿verdad? —Se frotó la barbilla como si estuviese reflexionando—. Bien, y si te digo que... esa humana le interesa mucho a la Zorra Celestial. ¿Cómo lo ves ahora?

Los ojos de Leivan se volvieron fosforescentes y de su boca salió un gruñido que no pudo reprimir.

—¡Ah, mucho mejor! —aplaudió el otro.

La Zorra Celestial. Era el apodo que Asmodeus le había dado a Dazel, el Ángel Caído que lo había condenado.

Y le sentaba a la perfección.

El odio era la emoción número uno en el reino demoníaco y todos los demonios competían entre sí con ferocidad para deshacerse de sus rivales. Pero, por una razón que Leivan aún no había logrado descubrir, Asmodeus sentía un odio terrible y muy particular por Dazel.

Quizá por ello siempre lo había tratado de forma diferente. No lo había castigado tanto como a los demás demonios.

—En realidad, las cosas andan un poco revueltas en los tres mundos últimamente. No sé si lo has notado.

Leivan reprimió una sonrisa fría. Era su criatura y él sabía perfectamente cuándo notaba las cosas o no. Ese juego de vigilancia velada empezaba a aburrirle sobremanera.

—He sentido extrañas vibraciones en los últimos meses —comentó, sin embargo.

—Sí, nuestros primos los vampiros están tratando de resolver un caso de asesinato de uno de los miembros de su Senado, y la Milicia Celestial se ha puesto en pie de guerra por culpa de una curiosa energía escondida... ¡La cosa está que arde!

Su jefe se rio de su juego de palabras.

—Y luego está nuestra Zorra Celestial tramando algo muy gordo...

Sin previo aviso, el Príncipe demoníaco se echó encima de Leivan, clavó su mirada en la suya y puso su mano en el tatuaje del cuello.

—General, quiero el alma de esa humana y aquí tienes toda la información para encontrarla.

Leivan tuvo que entrecerrar los ojos debido a todas las imágenes que estaban llegando a su mente.

La chica se llamaba Briseia Rivas. De padre español y de madre griega. Era una promesa de la pintura internacional y tenía mucho talento. Su nueva exposición estaba en curso e iba a terminar en breve en Tallin, Estonia. Había también una subasta y todo el dinero recaudado serviría para poner en marcha un proyecto benéfico con dos orfanatos.

Físicamente, no era una belleza llamativa: pelo castaño oscuro y ondulado, ojos azules, baja estatura. Nada del otro mundo.

Por lo menos, no era rubia.

Sin embargo, una sensación extraña activó su alarma personal.

Demasiado fácil. Tenía toda la pinta de ser una trampa.

—Bueno, es lo bastante apetecible como para meterse entre sus piernas, ¿eh? —exclamó su jefe antes de echarse de nuevo en el sofá.

El contacto había terminado, pero la extraña sensación persistía.

Algo no cuadraba.

—Mi Amo y Señor, ¿puedo preguntarte algo? —se atrevió Leivan, pero a sabiendas de que tendría que tomar con cautela la posible respuesta.

—Todo lo que tú quieras. Eres uno de mis mejores Generales.

—¿Es virgen?

Su jefe se rio de nuevo.

—¡Es una pregunta de novato! Sabes perfectamente que no, pero como si lo fuera, vamos.

—Entonces, ¿por qué te interesa tanto su alma?

La cara de Asmodeus se volvió siniestra y el silencio se apoderó de la sala privada. Leivan se preguntó si no habría ido demasiado lejos con sus preguntas.

Nunca se sabía con la mente retorcida de un Príncipe demoníaco.

—Sabes de sobra que me encanta putear a Dazel y la muy zorra está tratando de acercarse por todos los medios a esa humana. Pero se ve que la chica está muy bien protegida y no lo tiene nada fácil.

—¿Protegida por los Cuervos?

Asmodeus asintió brevemente.

—La Alianza de Cazadores la vigila constantemente, pero ¿qué pueden hacer contra un Ángel Caído? —Los ojos de su jefe se volvieron rojos—. Yo, sin embargo, puedo hacerle mucho daño y putearla a fondo arrebatándole esa alma. ¡Ah! ¡Una idea grandiosa! ¡La cara de esa zorra cuando se quede sin nada!

Una retahíla de insultos demoníacos siguió a esa fantasía.

Leivan se quedó observando a su jefe, reflexionando a toda velocidad.

La idea de volver a encontrarse con Dazel y de estar lo suficientemente cerca de esa cosa como para poder dañarla era muy tentadora; pero él no ganaba nada en ese juego. Había muchos enemigos alrededor de esa chica y necesitaba seguir existiendo el tiempo suficiente como para alcanzar su venganza.

Había algo más detrás de todo eso...

—Si me traes su alma, te liberaré, General.

Leivan se quedó de piedra al escuchar esas palabras, pero disimuló

rápidamente su sorpresa.

Su jefe se relamió como un gato que hubiese dado con un enorme ratón.

—Solo yo o un ángel podemos liberarte. Si cumples satisfactoriamente esta misión, serás libre. —Asmodeus empezó a jugar con un colgante que tenía un zafiro con forma de lágrima—. ¿No te apetece recuperar esto y volver a ser humano con tu alma y todo? ¡Con la fortuna que has acumulado a lo largo de los siglos, serás un hombre muy rico y podrás disfrutar de todos los placeres de la vida!

Su jefe balanceó el colgante delante de sus narices y luego lo hizo desaparecer.

—Tan solo tienes que traerme su alma utilizando el método tradicional. Entonces, ¿hay trato?

Peligro. Trato. La palabra prohibida y tachada de su vocabulario.

Leivan se quedó tan inmóvil como pudo, en estado de máxima alerta, como si estuviera frente a una bestia peligrosa a punto de atacarle.

No era tan necio como para caer dos veces en la misma trampa.

Ningún demonio daba algo a cambio de nada.

Ningún Príncipe demoníaco te liberaba a cambio de una simple alma.

—Te traeré esa alma porque tú me lo ordenas, mi Amo y Señor —se apresuró a contestar sin ni siquiera parpadear.

Demasiado tarde. Asmodeus había captado su recelo.

—Te preguntas cuál es la trampa, ¿verdad? —preguntó, esbozando una sonrisa escalofriante—. Vas a tener mucha competencia, General. Nuestra simpática zorra se está cabreando y va a mandar a su más letal criatura a por la chica. Además, la Alianza está a punto de conseguir armas mucho más eficaces gracias a los conocimientos del Traidor. Como ves, es una misión muy problemática...

—Te traeré su alma y quedarás satisfecho —contestó Leivan, inclinando la cabeza.

No pensaba morder tan fácilmente el anzuelo.

No era la primera misión problemática que desempeñaba y el Traidor, un

demonio de nivel superior renegado que se había pasado al bando de los Cazadores por amor, había tenido el tiempo suficiente para desvelar secretos oscuros a los humanos con el fin de mejorar su armamento y así causar estragos entre las legiones demoníacas.

Era una prueba y él lo sabía perfectamente. Una prueba y algo más.

Asmodeus soltó un gruñido de satisfacción.

—¡Bien, entonces! —Posó la mano sobre el hombro de su esclavo, que intentó relajarse lo antes posible para poder seguir con el bloqueo de su mente —. Ya te puedes marchar a preparar todo lo necesario. ¡Joder! General mío, tú y yo, vamos a putear a esa zorra rubia de lo lindo...

—Mi Amo y Señor —dijo él antes de darse la vuelta para marcharse.

Pero Asmodeus no había terminado su pequeño espectáculo con efecto dramático incluido.

—Oh, General, se me olvidaba una cosa... —Leivan le echó una breve mirada por encima del hombro. Los ojos de su jefe estaban ardiendo como dos terribles llamas—. Tienes un mes de plazo, ni más ni menos. Pasado ese tiempo, si no hay resultados, tendré que ir personalmente a por la chica. Y, de paso, me ocuparé de ti...

Típico de su jefe echarle un pulso justo al final de la charla. Pero sus trucos ya no tenían efecto sobre él.

—No necesitaré un mes —puntualizó con tono desafiante antes de salir.

—Eso espero —apostilló Asmodeus antes de que cruzara la puerta de nuevo.

El cielo se había cargado de nubes con el paso de las horas y el aire olía a nieve. El viento que se había levantado anunciaba una importante nevada sobre la ciudad de París.

Leivan tenía una buena perspectiva de los techos y de los monumentos de la Ciudad de la Luz dado que se hallaba en uno de sus lugares favoritos de

observación: la segunda planta de la Tour Eiffel.

A esas altas horas de la madrugada, lógicamente, la anciana Dama de Hierro estaba cerrada al público. Aun así, tenía que utilizar un hechizo de invisibilidad por culpa de las numerosas *cámaras* de seguridad.

No podía dejar ninguna huella de su encuentro con uno de sus fieles subordinados. Estaba esperando a su leal demonio Sombra, Alexis; un ser capaz de infiltrarse en cualquier espacio, por muy diminuto que fuese, para recopilar información útil sobre los objetivos de las misiones.

La lealtad y la amistad eran dos conceptos completamente desconocidos en el Inframundo y los demonios se traicionaban alegremente. Pero él tenía un vínculo especial con ese subordinado: lo había salvado de un destino peor que la muerte, y eso vinculaba bastante.

Además, le recordaba al ingenuo y joven cadete que él había sido a los dieciocho años; un recuerdo que persistía a pesar de los siglos.

¿Sería porque en aquel tiempo tenía un alma pura?

No sabía la respuesta y no sentía curiosidad por obtenerla.

No sentía absolutamente nada. Solo lo empujaba la necesidad de encontrar el punto débil del maldito ente rubio para vengarse de él.

Y si con esa misión tenía la posibilidad de acercarse lo suficiente...

Pero ya no era un condenado idiota y necesitaba informaciones muy detalladas antes de ir a por su presa. No se fiaba nada de las imágenes entregadas por su jefe, un manipulador de primera. Prefería juzgar por sí mismo y conocer toda la vida de esa humana para poder seducirla de forma rápida y convincente.

Los ojos de Leivan adquirieron un tono más agudo cuando el eficaz demonio Sombra hizo acto de presencia.

—¡Preciosas vistas, Señor! —comentó Alexis de repente, subido a una de las estructuras metálicas de la Torre—. Ay, ¡cómo me gusta París, la ciudad del amooooorrr!

El general se cruzó de brazos y enarcó una ceja. A veces se olvidaba de que su subordinado estaba como una maldita cabra.

—Anda, bájate de ahí, que no tenemos toda la noche.

En un abrir y cerrar de ojos, el demonio estuvo ante él, con una sonrisa traviesa en los labios. No era tan alto ni tan musculoso como él, pero su carita angelical y sus ojos azules tenían un encanto nada despreciable.

—¿Has conseguido mucha información?

—Sí y no —contestó Alexis haciendo una mueca—. Hay muchas cosas sobre su arte y sus exposiciones, pero su vida personal es un asco. Esa humana no ha estado rodeada de mucho cariño que digamos, más bien todo lo contrario. El problema es que hay zonas ocultas en ciertos aspectos de su vida.

—¿Algún hechizo demoníaco?

El demonio Sombra sopló para que las mechas de su pelo castaño se apartaran de sus ojos azules. Tenía el pelo demasiado largo por delante.

—No sabría decirlo, Señor. Esa humana tiene mucha luz en su interior, pero sus cuadros son... escalofriantes. Hay algo muy raro en todo ello.

Leivan entrecerró los ojos de forma peligrosa.

Confirmado. La misión no era para nada sencilla y Asmodeus quería divertirse a su costa.

—Vamos a ver esos detalles... —murmuró, tendiéndole la mano a su subordinado.

Alexis se arrodilló y levantó su mano. En su muñeca, un entramado de complicados símbolos demoníacos dibujaba un tatuaje.

El general agarró su muñeca y, como había pasado antes con su jefe, recibió toda la información directamente en su mente.

Luz y sombras.

El demonio tenía razón: una luz *maravillosa* procedía del alma de esa joven, pero también había parcelas enteras sumidas en profundas tinieblas. Sufrimiento y Dolor vivían muy cerca de Compasión y Generosidad.

Una niña pequeña abandonada por su madre y a manos de un padre rico y avaricioso, que había fallecido por culpa de la codicia. Unos hermanos mayores, frutos de un primer matrimonio, que habían hecho todo lo posible por dañarla y echarla a la calle, dejándola más pobre que a Job.

Y, a pesar de todo eso, emanaba de ella una generosidad inusual y una dedicación al prójimo dignas de una monja entrada en años.

Una mezcla cuanto menos interesante.

—Supongo que esa expresión de determinación inaugura la próxima caza, ¿verdad, Señor? —comentó Alexis tras levantarse. A continuación, se frotó las manos con entusiasmo—. ¡Bien! ¡Toca acción otra vez! Además, la muchacha no está nada mal. No será una misión muy sacrificada. ¿Recuerdas a esa vieja que tuviste que seducir para llegar a ...?

—¡Chaval, cállate! —ordenó Leivan alzando la voz—. ¡Me estás taladrando el cerebro!

El demonio sonrió con descaro.

—Perdón, Señor. A veces me entusiasmo demasiado.

—¿Solo a veces? —recalcó él con ironía.

—Bueno, es verdad. Siempre.

Alexis dejó de sonreír y se volvió más serio, a la espera de las órdenes de su Señor.

—Bien, tenemos que ir con mucho cuidado. Algo huele mal... —Leivan clavó su mirada en la del demonio—. Adelántate y prepara el terreno, pero ándate con mucho ojo y quédate en segundo plano. Puedes activar algunas protecciones por si fuesen necesarias pero, sobre todo, vigila bien a la humana. Quiero que descubras su secreto.

—Así se hará, Señor.

Alexis inclinó la cabeza y desapareció sin más.

El general alzó la mirada para observar cómo la nieve caía en silencio sobre París.

—Cada vez estoy más cerca de ti, Ángel Caído... —murmuró con rabia contenida.

Capítulo 2

Tallin, Estonia, enero de 2010

El Arcángel San Miguel tenía unos gélidos ojos de un tono azul celeste y la miraba como si ella fuese un molesto chucho que se hubiese cruzado en su camino. No había ni un ápice de compasión en su severo rostro. Era un guerrero frío y determinado, con su mano derecha alzando una lanza.

Briseia Rivas suspiró y su boca se torció en un mohín de fastidio.

¿Por qué siempre le pasaba igual? ¿Por qué no podía pintar *maravillosos* angelotes tiernos en lugar de esos arcángeles fieros y armados que luchaban en crueles batallas contra los demonios?.

No podía contestar a esa pregunta. Era la misma historia de siempre. Algo le impedía pintar otra cosa y llevaba años soñando cada uno de los cuadros que había creado. Y, por desgracia, muchos representaban una batalla entre un ángel y un demonio. Horrendas batallas llenas de luces y de sombras.

A sus 24 años, y tras varios años de lucha consigo misma, se había resignado a no poder plasmar otra cosa. Creía en Dios y estaba convencida de que sus obras eran encargos especiales del Todopoderoso. Eso, o que alguien de arriba intentaba decirle algo e insistía mucho porque ella no captaba el mensaje.

En fin, nunca podría pintar florecitas o animalitos para decorar los salones de la gente normal y poco acaudalada. Sus obras, tan extrañas y paradójicamente tan realistas, le habían otorgado una innmerecida fama de excéntrica, lo que había disparado el precio de sus cuadros.

Ahora, solo la gente rica y ociosa podía permitirse gastar tanto dinero en una de sus pinturas, y ella había sabido sacar ventaja de ello.

Al principio, le molestó esa fama porque odiaba las etiquetas, pero, sobre todo, odiaba a la gente rica dado que no quería parecerse ni una pizca a sus hermanastros o a su propio padre. Luego, pensó que sería una buena idea

utilizar esa fama para recaudar fondos a favor de las numerosas asociaciones benéficas con las que colaboraba activamente desde hacía años.

De un mal siempre se podía hacer un bien.

Y ella quería hacer el bien a su alrededor, para intentar aliviar el sufrimiento de los demás. Nadie le había tendido una mano en el pasado cuando ella más lo había necesitado. No quería que lo mismo se repitiese con las personas más vulnerables.

Briseia dejó su material de pintura sobre la mesa y se sentó en un taburete. Se quedó pensativa al recordar su triste y solitaria infancia. Su madre había tenido que abandonarla y dejarla en casa de su padre, presionada por la escandalosamente rica familia de este. El sueño de una noche de verano en Grecia se había convertido en pesadilla: tras descubrir que su madre estaba embarazada, después de varios años de relación a escondidas, su padre se negó en rotundo a casarse con ella.

Ella hubiese sido feliz con su madre en Atenas, lejos de su padre y de Barcelona, pero su abuela —una mujer que parecía más bien un sargento del ejército americano— había lanzado toda la artillería de famosos abogados para recuperarla y el poder del dinero había hecho el resto.

Una Rivas, por muy bastarda que fuese, no podía criarse como una cualquiera y su madre, que tenía problemas económicos muy graves en aquel momento, no pudo luchar y tuvo que dejarla.

Briseia tenía siete años entonces y separarse de su madre, con la que compartía risas y secretos, fue lo peor de su corta vida. El primer año en Barcelona fue el más terrible: la niña no quería salir de su cuarto y tuvo que ser hospitalizada varias veces porque se negaba a comer. Sus hermanastros mayores, dos chicos de 14 y 16 años, la odiaron de inmediato y le hicieron la vida imposible.

Entonces, empezó a soñar con ángeles.

Al principio, los sueños eran hermosos y llenos de luz, pero rápidamente se tornaron inquietantes y muy oscuros. Ella no entendía lo que soñaba y, a la mañana siguiente, cogía una libreta y se ponía a dibujar sin parar hasta lograr plasmar lo que había visto la noche anterior.

Un día su padre, que no se quedaba mucho en casa, hojeó por casualidad

esa libreta. Entonces empezaron las sesiones intensas en la consulta del psicólogo infantil.

Con el tiempo, Briseia aprendió a disimular para que las sesiones terminasen cuanto antes. Ella sabía muy bien que no le pasaba nada y que nadie mejor que ella podía entender esos sueños. Los de arriba tenían un mensaje que transmitir y lo hacían a través de su mente.

Y luego, cuando tenía 12 años, tuvo lugar el Encuentro, que le confirmó lo que intuía desde siempre.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Briseia al recordar el Encuentro. Tras él, no había podido dormir bien durante mucho tiempo.

Tenía que haber otros seres como ella, otras personas capaces de ver el Bien y el Mal en su versión original. Pero, hasta ahora, no había conocido a ninguna. Solo se había codeado con codiciosos seres humanos, semejantes a su propio padre. Alfonso Rivas, su progenitor, la había mirado con horror al descubrir su talento particular, pero más tarde se lo pensó mejor y lo aprovechó para lucrarse, exhibiéndola como si fuese un mono de feria.

No necesitaba más dinero, pero eso daba igual. Hasta que la muerte lo alcanzó y lo despojó de todo cuanto tenía. No era cuestión de enterrarlo con su fortuna, por lo que sus hermanos batallaron con uñas y dientes para dejarla sin lo que le correspondía de herencia; una ínfima parte, por supuesto, dado que ella era una bastarda.

Por suerte, Briseia acababa de cumplir los 18 años y pudo recuperar una suma aceptable para irse lejos e independizarse. Cambió de barrio, pero se quedó en Barcelona porque una parte de su familia griega llevaba años viviendo en la ciudad. Se había visto muchas veces en secreto con su tía y su primo y, a partir de ese momento, pudo hacerlo de forma normal y a la vista de todos.

Su relación con su primo se volvió casi fraternal y compensó en parte todos esos tristes años de soledad.

En realidad, y a pesar de que era muy duro pensar eso, todas las cosas buenas habían llegado a su vida tras la muerte de su padre. Había despertado a la vida, se había medio enamorado de un chico estudiante de Arte como ella y sus cuadros habían empezado a despertar el interés de los coleccionistas y de las galerías privadas.

Tanto fue así, que tuvo que buscar rápidamente la ayuda de un agente experto y un día dio con Eugène Paulin, un sibarita francés mundialmente conocido por descubrir nuevos talentos.

Lo mejor de todo fue que su relación de negocios con Eugène se convirtió en una gran amistad: él velaba siempre por su bienestar y accedía a todas sus peticiones sobre donaciones o recaudaciones, incluso si eran muy extravagantes.

La quería como si fuese su hija y no se cansaba de decírselo o de demostrárselo con nuevas exposiciones en Europa para ayudar a recientes y desconocidas asociaciones benéficas que necesitaban un empuje publicitario. Decía que ella era una persona muy luminosa y que una sola sonrisa suya valía todo el oro del mundo.

No era el único en decir eso. A pesar de su desoladora historia personal, Briseia tenía un carácter alegre y siempre tenía una sonrisa en la boca. Era muy generosa y se dedicaba en cuerpo y alma a los más pobres y sobre todo a los niños huérfanos; causa que le afectaba particularmente.

Sus ojos azules lanzaban chispas y su risa era muy contagiosa.

Sin embargo, no había ningún hombre a su lado porque tenía un grave defecto: podía ver las verdaderas intenciones de los demás. Eso, combinado con sus pinturas un tanto sobrecogedoras, no ayudaba mucho a la hora de encontrar un novio formal.

Se sentía más a gusto entre sus obras y sus amigos. Una convicción inexplicable, nacida en lo más profundo de su alma, le decía que no había nadie esperándola. Al menos, nadie normal...

Briseia prefería quedarse con esa idea y dedicarse a otras cosas.

Empezar a buscar a otro ser como ella por todo ese vasto mundo era como buscar una aguja en un pajar. Además, tenía otro problema añadido debido a la sobreprotección de su primo, que se había transformado en su guardaespaldas personal a lo largo de los años. No la dejaba mucho tiempo sola y ella se preguntaba cómo lo hacía dado que era policía nacional en Madrid. De hecho, conociéndolo, no tardaría en coger un vuelo y presentarse allí en cuanto se enterase de la nueva estrategia de Eugène para recaudar aún más dinero.

Briseia sonrió, muy a su pesar, ante la genial ocurrencia de su agente y

amigo. Él había logrado que la ciudad de Tallin le dejase las salas del Museo de Fotografía de Estonia para un mes entero y, como colofón a esa retrospectiva de su obra, había organizado para esa noche una subasta exclusiva de sus mejores cuadros digna de Christie's.

Los coleccionistas más ricos del mundo habían sido invitados e iban a pujar como dementes porque les encantaba competir entre ellos.

Y, como traca final, la persona que lograra adquirir su pintura más emblemática, que costaba una pequeña fortuna, ganaría también el derecho a cenar con ella una noche. Un regalo exclusivo que era como la guinda del pastel para muchos debido a su meteórica carrera: aprovecharían la cena para someterla a un verdadero interrogatorio sobre su arte poco convencional, sin lugar a duda.

Ella se había reído ante la cara de felicidad de Eugène por haber tenido una idea tan buena, pero luego había planteado el único problema: ¿qué pasaría si el coleccionista ganador era una mujer?

Eugène había puesto cara de cordero degollado y ella se había sentido culpable por destrozar su burbujita de felicidad momentánea.

Sin embargo, su amigo no se dejaba vencer tan fácilmente y era lo bastante viejo como para tener muchos recursos. Si el ganador fuese mujer, tendría un cuadro exclusivo de pequeñas dimensiones pintado y dedicado por la autora.

Briseia se había rendido. ¡Nada ni nadie podía vencer a Eugène cuando se le metía una idea entre ceja y ceja! Solo esperaba no tener que cenar con un viejo verde baboso porque ya había tenido que rechazar varias propuestas indecentes en el pasado.

Sí, el mundo del arte de altos vuelos era un mundo sórdido como cualquiera y ella, con su carita dulce e inocente, atraía a los hombres más libidinosos. Y existían pocas probabilidades de que un Adonis se interesase por ella y pujase para ganar una cena romántica. Eso solo ocurría en las pelis...

Además, ella no tenía un físico espectacular para lograr semejante milagro. Era demasiado bajita y menuda y, salvo por el tema de las orejas, se parecía mucho a un duende malicioso.

No, no era Angelina Jolie. Pero le daba exactamente igual.

Su cuerpo nunca había sido un problema para ella porque consideraba que la belleza radicaba en el interior de las personas. Y no era una frase hecha, era su filosofía de vida. Veía las verdaderas apariencias y el cuerpo solo era un material prestado, nada más.

Aunque esa bonita filosofía se aplicaba a base de golpes.

Una vez, se equivocó y ese error le sirvió de lección. Pensó que Jordi, su supuesto novio de la universidad, era una bellísima persona tanto por fuera como por dentro. Pero, en cuanto ese niño engreído consiguió acostarse con ella, demostró ser un pésimo hombre además de un irresponsable y de un mentiroso.

Nunca más. Briseia había intentado no hacerle caso a su particular intuición y ese había sido el resultado. Quería ser una persona normal, pero ella no era como el común de los mortales. A partir de ese día, y de ese dolor, aceptó plenamente ser diferente y sus cuadros mejoraron de forma increíble.

Su arte sería su forma de ayudar a los demás y de transformar ese triste mundo.

Y allí estaba ese día, en Estonia, a punto de cerrar una exposición que ya había recaudado mucho dinero para alimentar los fondos de varios orfanatos de diversos países bálticos. Una exposición que estaba haciendo historia gracias a la implicación y al trabajo de tantos países.

El alcalde de Tallin, en particular, estaba muy orgulloso de que se hablara bien de su ciudad dado que era una excelente campaña de publicidad para poder aspirar a ser ciudad cultural europea al año siguiente.

Estaba tan contento que se había desvivido para que Briseia y sus colaboradores estuviesen como en casa. Había habilitado un edificio entero en pleno centro histórico para que ella pudiese pintar y vivir allí con ellos, sin necesidad de desplazarse para alojarse en un hotel.

El edificio, de aspecto medieval, constaba de tres plantas: en la planta baja, se habían colocado varias pinturas para que los coleccionistas y los ciudadanos de a pie pudiesen hacerse una idea sobre su estilo; en la primera, estaba la casa propiamente dicha con un amplio salón con chimenea de mármol, una cocina moderna, un cuarto de baño digno de un palacio y varias habitaciones. Finalmente, en la última planta, se encontraba un cómodo estudio en el que Briseia podía pasarse horas y horas pintando hasta perder la noción

del tiempo.

Justo como ahora...

Briseia se levantó del taburete y se estiró antes de echarle un vistazo a su móvil para comprobar la hora.

¡Madre mía! Casi las cinco de la tarde ya. Se había pasado cerca de tres horas retocando su último cuadro y la Gran Noche empezaba a las ocho. Mónica, su asistente, la iba a matar. Tenía que prepararse y ponerse guapa para la subasta final y, aunque odiase todo ese tipo de preparativos, no podía echar a perder la *maravillosa* idea de Eugène.

Por desgracia, él no iba a poder asistir. Habían ingresado a su anciano padre por una fractura de pelvis y había tenido que coger el primer vuelo para París. No podía defraudarlo.

Se quitó con rapidez la bata que utilizaba para pintar. Resultaba curioso que Mónica no hubiese entrado ya en el estudio chillando como una histérica. Además de su asistente, esa chica de Córdoba era su mejor amiga. La había conocido en la universidad ya que estaban en la misma clase y, una vez instalada y consolidada en el mercado, le había ofrecido trabajo. La quería mucho, pero Mónica era una mujer de armas tomar y tenía un carácter espantoso.

Estaría atacada por el tema de la hora...

Al quitarse la bata, su pulsera se enganchó en la manga de su jersey azul. Briseia la colocó bien de nuevo, con mucho cuidado.

Esa pulsera era tan particular como su don y siempre la llevaba consigo. No podía quitársela: era una recomendación divina. Un ser de Luz se la había regalado tras el Encuentro y le había rogado no deshacerse de ella jamás.

Bueno, no tenía tiempo para pensar en ese curioso acontecimiento en ese momento. Tenía que darse prisa.

Briseia apagó las luces del estudio y bajó a toda velocidad la escalera sin prestar atención a su aspecto un tanto desaliñado y olvidando por completo la posible presencia de compradores en la planta baja. Sin previo aviso, una forma oscura se abalanzó sobre ella y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Hey, Bri, soy yo! —intentó calmarla su asistente.

—¡Moni! ¡Me has dado un susto de muerte! —Briseia jadeó e intentó recobrar la respiración—. Espero que estemos solas.

—Sí, lo estamos. Menos mal. —Mónica se tocó la oreja—. ¡Cipote! ¡Me has perforado el oído!

—Es tu culpa. Venías hacia mí como una loca. ¿Ha pasado algo?

El rostro en forma de corazón de la chica se transformó por completo y saltaron chispas de sus ojos de obsidiana.

—¡¡Ay, madre mía!! ¡Lo que te has perdido! —gritó con una excitación llevada al límite.

Estaba tan impaciente y tan emocionada que su acento cordobés había vuelto a aparecer como por arte de magia, y eso que su asistente llevaba años intentando disimularlo porque no necesitaba hacerse más visible. Su carácter y su desfachatez eran ya más que suficientes.

—¿Me lo podrías explicar sin chillar? —pidió Briseia con paciencia.

Eran muchos años ya juntas.

—¡Un dios! ¡Un dios ha estado en este salón! —Mónica daba saltitos y movía las manos como una quinceañera—. Pero no un dios cualquiera, no, no. Chica, un dios del sexo. ¡Un dios del sexo ha estado en este salón conmigo! ¡Ay, si lo hubieras visto! ¡Estaba tó bueno! —Le echó una rápida mirada—. ¿Y dónde estabas? Ah, sí, pintando como siempre. ¡Madre mía! ¡No sabes lo que te has perdido! Era muy alto y...

La boca de Mónica no paraba de moverse, pero Briseia no entendía nada. Su cabeza iba a estallar por culpa de los sonidos y del discurso incoherente que esta emitía.

Al final, no pudo más y tuvo que intervenir. Nunca la había visto tan trastornada.

—¡Mónica, stooop!

La aludida dejó de hablar de repente y la miró con los ojos abiertos como platos. Parecía haber salido de un trance y eso preocupó de inmediato a Briseia.

—Tienes un comportamiento muy extraño, Moni. ¿Ese hombre te ha hecho

algo?

Su asistente la miró con sorpresa y luego se rio a carcajada limpia.

—¿Hacerme algo? Ains, ¡ojalá! ¡Le hubiese dejado que me hiciese de tó!

—¡Mónica! —exclamó Briseia, escandalizada.

Estaba acostumbrada a su lenguaje coloquial y a su forma de ser, pero normalmente solía comportarse cuando estaba con ella. Cuando Mónica quería un hombre, iba a por él y punto. Sin embargo, en las pocas veces que habían salido juntas, la cordobesa se había refrenado porque sabía que a ella no le gustaba ese comportamiento y la quería demasiado como para molestarla.

—Tranquilízate, por favor. Te veo un pelín alterada.

—No estoy un pelín alterada. Estoy muy alterada —enfaticó Mónica, intentando controlar sus manos—. Tú también lo estarías si lo hubieses visto. Ese tío era... increíble. Debería estar prohibido por ley ser tan... tan... tan buenorro.

Briseia suspiró. Se avecinaba un tremendo dolor de cabeza.

—Vamos a sentarnos. Tengo la impresión de que esto va para largo...

Mónica asintió, distraída, y la siguió. Se estaba riendo sola.

—¿Y bien? —preguntó Briseia tras sentarse. Su preocupación por el comportamiento anormal de su amiga iba en aumento.

—Vale. Voy a intentar ser lo más concreta posible.

Mónica respiró varias veces para tranquilizarse.

—Hará como una hora, un hombre ha entrado aquí y ha preguntado por tus pinturas. Como buena asistente, he hecho de guía y le he llevado ante tus obras más... interesantes. —Mónica levantó un dedo en el aire e hizo el símbolo del dólar—. Lo que pasa es que ese hombre no era muy... común. Era... distinto a todos los demás.

La chica morena dejó de hablar y sonrió tontamente. Briseia frunció el ceño ante esa actitud.

—¿Cómo que era distinto? ¿Le faltaba un ojo o algo así?

Mónica hizo una mueca de fastidio.

—¡Chica, no! No le faltaba nada de nada. Estaba como un tren.

Nueva risa tonta.

—¿Quieres una descripción completa?

—Ya que estamos... —suspiró Briseia.

—Ay, no sé por dónde empezar... Mira, me he quedado tan alucinada que... ¡Vale, vale! Sigo —dijo Mónica al ver que su jefa y amiga fruncía aún más el ceño—. Ese hombre era muy alto, un metro ochenta por lo menos, con el pelo rubio oscuro más corto por detrás que por delante. A mí no me van mucho los rubios, pero este tenía algo... *devastador*, con esa cara sexy, esos ojos oscuros, esa nariz de dios griego y sobre todo con ese pedazo de boca hecha para morder y...

Mónica dejó de hablar y se abanicó con la mano.

—¿Soy yo o hace mucho calor aquí? De verdad, me siento como si me estuviera quemando...

—¿Tienes fiebre? —se preocupó Briseia, tocándole la mano.

Pero su amiga no le hizo caso.

—No, Bri, no se trata de ese tipo de fiebre. Voy a ser muy explícita: ¡estoy muy caliente! ¡Ese tío me ha puesto a cien!

Briseia resopló, exasperada.

—¡Oh, venga ya, Moni! ¿Intentas decirme que ese hombre y tú habéis hecho... cosas mientras yo pintaba arriba?

Su asistente la miró como si hubiese descubierto de repente que tenía alguna deficiencia mental.

—¡¿Hoolaaa?! Chica, ¿de verdad estaría tan excitada si hubiese hecho cosas con ese pedazo de hombre? ¡Pues claro que no! Ahora mismo estaría en la gloria después de haber probado un semental como ese y...

—¡Vale, no quiero más detalles! —la cortó Briseia, levantando una mano.

Mónica estaba desatada y era lo peor que le podía pasar antes de la Gran Noche. La comunicación verbal no era su fuerte y necesitaba que su amiga la vendiese como nadie para obtener muchos fondos.

A saber de lo que era capaz en ese estado...

—¿Detalles? ¡Mira, guapa, no te he dado ningún detalle! —prosiguió la aludida como si nada—. Tras diez minutos en este horno de la planta baja, el dios tuvo que quitarse el abrigo y ahí sí que empezó el festín para los ojos. ¡Virgen Santa! ¡Qué cuerpazo! Esa camisa blanca a punto de romperse por culpa de todos sus músculos y ese pantalón gris que marcaba tan bien su culo respingón....

—Moni, no quiero ser maleducada, pero he captado tu... entusiasmo. No hace falta seguir.

—De acuerdo. ¿No quieres saber más? Pues mejor: ¡el dios para mí!

La chica soltó otra risita y no dejó de abanicarse con la mano.

Briseia la observó en silencio. ¡Qué comportamiento más extraño! ¿El espíritu de una fan de Justin Bieber la había poseído o qué?

—Bueno, y aparte de esto, ¿ese hombre quería algo en concreto? —preguntó en un intento de recuperar a la antigua Mónica.

—Mmm, deja que lo piense... Pues, me parece que era un coleccionista porque se ha quedado un buen rato delante de un cuadro.

—¿Qué cuadro?

—Uno de ahí, en el fondo. —Señaló su amiga con la mano—. El de la rubia esa que no te gusta mucho...

Briseia tuvo la impresión de que algo se había metido en su garganta.

—¿Y te ha preguntado algo?

—Ay, también tiene una voz sexy... Es grave y caliente, tan caliente y espesa como el chocolate fundido que resbala por todo tu cuerpo... —fantaseó Mónica en voz alta. Luego tuvo que parar precipitadamente ya que su jefa la estaba fulminando con la mirada—. ¿Lo he dicho en voz alta? ¡Perdón! Volviendo al tema del cuadro, sí, me ha preguntado si se iba a subastar esta noche.

—¿Y qué le has contestado?

—Te seré sincera: en ese momento, estando tan cerca de él, estaba más interesada en encontrar una manera de hincarle el diente; pero soy toda una

profesional y me repuse cinco segundos para contestarle que no formaba parte del lote de esta noche, y le ofrecí hablar contigo para llegar a un acuerdo si sigue interesado. ¿Qué te parece?

Briseia sonrió.

—Has hecho muy bien. Sabes que no consigo deshacerme de esa obra. Es superior a mí.

—Francamente, no lo entiendo. ¡A mí esa rubia me da muy mal rollo!

Briseia no podía estar más de acuerdo con ella. Esa pintura no le gustaba en absoluto, pero algo le impedía venderla. Y era preferible hacerle caso a ese algo.

Se echó el pelo castaño oscuro y ondulado para atrás y se levantó para dirigirse hacia la famosa pintura. La observó minuciosamente, preguntándose qué habría visto en ella el hombre desconocido.

Era la figura de un ángel rubio con apariencia de mujer, con su pelo largo, su delicado rostro y sus ojos color del mar. El ángel era hermosísimo pero, al igual que el Arcángel Miguel, no había ninguna dulzura en su preciosa cara y su mirada era tan gélida como el hielo milenario. Además, algunos detalles oscuros, como su túnica negra o el cielo totalmente encapotado que asomaba por detrás, le daban un aspecto un tanto siniestro e inquietante.

No, nadie sentía paz y armonía viendo ese cuadro, sino opresión y una difusa sensación de amenaza velada. Pero su mano se había movido sola sobre el lienzo y ese había sido el resultado.

Era un recordatorio constante para ella: su arte no le pertenecía y algún día alguien, quizá ese ser del cuadro, vendría a pedirle explicaciones. Y no tendría escapatoria.

Briseia sintió frío de repente. Tenía la intuición de que algo fuera de lo común iba a ocurrir esa noche...

—¡Me cago en la leche! —gritó súbitamente Mónica, sobresaltándola por segunda vez—. ¿Has visto la hora que es? ¡Son las cinco y media! Venga, ¿qué haces ahí parada? ¡Sube a prepararte ya!

Briseia se tapó la boca y suspiró a escondidas.

¡Odiaba tener que acicalarse como si fuera un perro de raza para un

concurso canino! Pero no tenía más remedio. Se lo debía a los pobres huérfanos de los países bálticos y no podía defraudar a su buen amigo Eugène.

Subió la escalera, empujada por Mónica, sin saber que su presentimiento estaba a punto de hacerse realidad.

—¿Y de cuántos círculos estamos hablando?

—De cuatro, Señor, con líneas rectas. Debes tener cuidado. Es un sello muy poderoso.

Leivan entrecerró sus ojos verdes.

—Y su origen es demoníaco, ¿verdad?

Alexis soltó un leve gruñido.

—No. Angelical y viene de un pez gordo.

El general y su mano derecha estaban en los servicios del Museo de Fotografía de Estonia, lugar en el que iba a empezar en breve la subasta. Subasta que Leivan no quería perderse ni por todo el oro del mundo.

Había estado en el estudio-casa de la humana para observarla y no le habían gustado nada el poder y la esencia que se habían manifestado ante su presencia.

No había podido pasar de la planta baja debido a la red de protección que actuaba como un cerrojo en ese edificio. ¡Ni la caja fuerte del Banco Europeo tenía tanta solidez! Ahora entendía por qué la Zorra Celestial tenía problemas para acercarse a la chica.

Y hablando de esa fulana traicionera... ¿Qué demonios hacía allí un retrato de ella, pintado con todo lujo de detalles?

Se había reprimido a duras penas para no destrozar esa pintura con sus propias manos. Pero era un pobre sucedáneo, ya tendría ocasión de hacerlo en vivo y en directo con el propio ente.

Tal y como sospechaba desde un principio, algo no iba bien. Demasiadas cosas anormales pululaban alrededor de esa humana. No era un alma cualquiera y ni siquiera había podido acercarse lo suficiente como para verla en persona. Solo había conocido a su asistente y su mera presencia física le

había bastado para volverla loca de deseo. Pero con la pintora sería otro cantar. Asmodeus se estaba guardando varios ases en la manga.

Leivan le echó una mirada severa a Alexis cuando percibió que su energía demoníaca iba en aumento. El chaval se estaba poniendo nervioso.

—Tranquilo, Shatan.

—Señor, no me gusta nada. Es una trampa. Puedo olerlo.

El General esbozó una sonrisa cínica.

—Oficial, a veces es conveniente meterse en la boca del lobo para atacar primero. Tienes que aplacar tu energía: no estamos solos.

Alexis obedeció rápidamente la orden, lo que era todo un logro.

Sus ojos amarillos de demonio volvieron a ser azules.

—Una pregunta, ¿sabías de ese cuadro en particular? —le preguntó cuando sintió que ya podía hablar con su subordinado.

—No, vi las otras pinturas de las batallas.

—¿Y conseguiste entrar en su mente para recabar información? —inquirió el General con incredulidad.

Alexis sopló para apartar sus dichosas mechadas.

—¡Qué va! ¡Imposible! Entré en la mente de un viejo, un amigo suyo llamado Eugène. Y me quedé a cuadros cuando vi esas pinturas. ¡Nunca mejor dicho!

Leivan prefirió disimular su asombro retrospectivo y se giró hacia el espejo para retocarse la corbata azul turquesa, antes de comentar:

—Cuando estás delante, sus obras son mucho más... interesantes.

Esa palabra no era la más adecuada para expresar el inconmensurable talento de la joven pintora. Por primera vez, y tras tres largos siglos de esclavitud en los que había visto de todo, se había quedado mudo de asombro. No eran pinturas: eran fotografías de diversos ángeles y demonios y de batallas que realmente habían tenido lugar en el pasado.

Y lo más escalofriante era la visión de los demonios, porque ella los había pintado tal y como eran verdaderamente: seres llenos de oscuridad cuyos

cuerpos parecían sacados de las peores pesadillas.

No, esa humana no tenía un alma normal y corriente.

—Es una trampa, Señor —reiteró Alexis, con una destacable alarma en la voz—. El jefe quiere mandarte una temporadita al Sheol para torturarte a gusto. Esta misión está condenada a fracasar.

El demonio Sombra tenía que estar muy asustado para expresar en voz alta sus temores.

—Ten cuidado, Shatan. Las paredes oyen. —Los ojos de Leivan cambiaron de color y Alexis cayó de rodillas por culpa de su energía—. No me gusta que dudes de mí o que muestres tan fácilmente tu miedo. ¿Acaso no te he enseñado nada?

El demonio bajó la cabeza y se postró ante él.

—Te pertenezco, Señor. Puedes utilizar mi existencia como te plazca y juro por el Poder Oscuro que nunca más volveré a dudar de ti.

Leivan lo volvió a poner de pie con un solo movimiento de la mano.

—Trabajas conmigo. No eres mi esclavo. Soy tu comandante y tú tienes que obedecer, nada más. No vuelvas a olvidarlo.

Alexis sonrió y su rostro pasó de estar mortalmente serio a mostrar una gran alegría y confianza. Acostumbraba a tener esos repentinos cambios de humor, y eso era extremadamente agotador.

—Hecho, Señor. Y ahora, ¿qué hacemos?

—Seguimos con lo establecido anteriormente: haré una oferta imposible de rechazar para el último cuadro y así podré ir a cenar con la humana. Mientras, busca a un Mesana que sea capaz de romper ese sello y que tenga el poder suficiente para averiguar lo que hay en el alma de esa chica.

Alexis asintió y se fundió con la pared.

Había entendido a la perfección a qué parte del Inframundo debía dirigir sus pasos para encontrar a ese ser capaz de lograr lo que su comandante le había pedido.

Los Mesana no pertenecían ni a Dios ni al Diablo. Atrapados en una zona del Sheol que podía considerarse como el Limbo, veían acontecimientos del

pasado, del futuro y del presente, y conocían los secretos más antiguos de los tiempos del Génesis. Se asemejaban a las Parcas griegas, pero en versión masculina.

Y fallaban en contadas ocasiones...

El general se echó una última mirada en el espejo y disimuló con sus poderes el tatuaje de su cuello antes de salir de los servicios. Ahora le tocaba a él actuar: tenía que acercarse a esa humana costara lo que costara, y debía seducirla como jamás había seducido a una mujer.

No pensaba darle un motivo a Asmodeus para que lo torturase ad vitam aeternam en el Inframundo. No iba a dejar pasar la oportunidad de encontrar un medio para vengarse de la Zorra Celestial.

Leivan se encaminó directamente hacia la sala principal, en la que ya se estaban realizando subastas menores de cuadros de la joven pintora.

A ella no se la veía por ninguna parte: estaría escondida entre bastidores a la espera de la subasta final, que era la más importante. Percibía una leve fluctuación detrás de las cortinas del escenario, pero no quería forzar su energía para localizarla porque la iba a necesitar en breve.

Cogió la copa de champán que le ofrecía un joven camarero y paseó su mirada sobre los asistentes. Desde luego que la fama de la pintora ya había alcanzado cierta notoriedad dado que se había congregado en esa sala la crème de la crème de toda la alta sociedad europea, mezclada con los más famosos coleccionistas de renombre mundial.

¡Tantos vicios y tanta codicia juntos!

Al verlo ahí, de pie, con su mirada abrasadora y enigmática, y ese cuerpo viril hecho para pecar, varias mujeres de distintas edades se pusieron nerviosas y le lanzaron miraditas a escondidas, sonriendo de forma seductora.

Todas llevaban vestidos exclusivos de grandes firmas y joyas que costaban un ojo de la cara. Solo era cuestión de tiempo que una de ellas, la más decidida, se atreviese a echar a andar hacia él para abordarlo. Podía leerlo en sus mentes y en sus caras ávidas de fantasías sexuales en las que él era el absoluto protagonista.

Finalmente, una morena con un escote vertiginoso se decidió y fue a por él con una mirada hambrienta.

Leivan bebió un poco de su copa sin perderla de vista.

Joven heredera italiana procedente de una familia dedicada a la fabricación y venta de coches de lujo muy conocidos. Casada por interés con un viejo siciliano perteneciente a la Mafia. Con toda la intención de tener una sesión de sexo salvaje con él. Una fachada bonita que escondía una mente bastante sucia y perversa.

Leivan sonrió de forma irónica mientras la morena lo alcanzaba. Más de lo mismo. Un producto típico de esas noches glamurosas de la gente rica. El problema radicaba en que seducirla no le aportaría nada de nada. No se sentía en absoluto estimulado por ella y no podía comprometer su estrategia para embaucar a la joven pintora.

Habría que despacharla limpia y rápidamente.

—¿Nos conocemos? —ronroneó la morena, paseando su lengua sobre sus labios pintados de rojo.

¡Qué poco sutil! Artillería pesada nada más empezar.

—No creo —soltó él, apurando la copa—. Si me disculpa, me interesa ese cuadro.

La morena abrió la boca exageradamente, completamente perpleja ante su osadía. Era la primera vez que la dejaban plantada de esa forma y él saboreó con deleite su rabia y su frustración sexual.

Oh, sí. Conocía muy bien ese oscuro y poderoso sentimiento que era la rabia y lo alimentaba muchísimo más que un orgasmo mecánico e inútil.

Un demonio de la lujuria que no se moría por poseer a todas las mujeres que se le acercaban. Irónico, ¿verdad? Pero era su ambigua realidad.

Leivan cogió una cartela con un número pintado para la subasta y ocupó una silla libre, bastante cerca del escenario. Delante de él había un hombre muy corpulento que lo tapaba parcialmente. Era la posición ideal para observar y actuar sin ser visto.

Por el rabillo del ojo vio cómo los coleccionistas se reagrupaban y tomaban asiento. La guerra encarnizada para llevarse la joya de la corona iba a estallar en breve. Pero esos humanos no tendrían ninguna posibilidad contra él.

El público aplaudió la última subasta menor mientras dos portadores venían a recoger el lienzo antes expuesto. Las luces se volvieron más agudas y un murmullo de expectación recorrió la sala como una ola cuando un nuevo comisario se situó detrás del atril y dijo en inglés:

—Y ahora, señoras y señores, como colofón a la exposición en exclusiva de la joven y talentosa pintora española Briseia Rivas titulada *Ángeles y Demonios*, el Excelentísimo Ayuntamiento de la ciudad de Tallin se complace en ofrecer para su subasta el cuadro principal regalado por la propia autora.

Mientras el comisario presentaba la subasta estrella, dos nuevos encargados colocaban con sumo cuidado el cuadro de grandes dimensiones.

—Recuerden, señoras y señores, que todo el dinero recaudado por la venta de esta obra será destinado a dos nuevos orfanatos completamente equipados para acoger niños con patologías graves. Uno está situado en nuestro país y el otro abrirá sus puertas en breve en el oeste de nuestra vecina Letonia.

Los asistentes volvieron a aplaudir, esa vez con entusiasmo forzado.

Obviamente, les importaban un comino esos dos orfanatos: querían hacerse con una obra exclusiva para poder presumir de ello y punto.

—Señoras y señores, tengo el placer de presentarles esta obra maestra titulada. *El demonio encadenado*.

El comisario hizo una señal y los encargados levantaron la tela que cubría el cuadro. El público enmudeció de pronto.

Leivan enarcó una ceja ante lo que veía.

El cuadro reflejaba el momento exacto en el que el Arcángel Rafael encadenaba a su jefe Asmodeus en el Abismo; ese lugar imposible de localizar en el mapa infernal en el que los ángeles más poderosos castigaban a los Príncipes Demoníacos cuando conseguían arrestarlos.

El tema de por sí ya era bastante peculiar, pero lo más llamativo era la forma en la que la pintora había retratado a los dos adversarios: al Arcángel Rafael se veía poderoso y compasivo al mismo tiempo, con una luz que parecía salir de cada poro de su piel perfecta; y su jefe no podía esconder su oscuridad y su verdadera esencia viciosa y perniciosa bajo ninguna máscara.

Esa humana lo había pintado tal y como era, con sus garras afiladas, sus escamas y su lengua asquerosa de serpiente.

Alexis tenía razón: sus pinturas eran escalofriantes de verdad.

Dos preguntas atravesaron su mente: ¿cómo la chica podía seguir viva tras pintar tantos momentos verídicos de la eterna batalla entre los ángeles y los demonios? ¿Es que nadie había intentado eliminarla a lo largo de los años?

Los humanos eran demasiado obtusos para entender que lo que pintaba esa joven eran verdades como puños y no se daban cuenta de que convivían cada día con sus peores pesadillas. Pero ¿y los ángeles? ¿Por qué no intervenían?

Bueno, era cierto que parecían estar muy ajetreados últimamente con un asunto interno...

Por lo visto, su jefe tenía más de una razón para reclamar el alma de esa humana.

—El precio de salida es de 10 000 euros —prosiguió el comisario tras dejar un tiempo razonable para que el público, y sobre todo los coleccionistas, admirasen la obra—. ¿Quién da más?

Entonces se desató una lucha a muerte entre varias personas de la sala para hacerse con la pintura. Leivan esperó pacientemente y al cabo de diez minutos el precio alcanzaba ya los 50 000 euros. Pero no era suficiente para lanzar su bomba particular.

—¡¡100 000 euros!! —vociferó el hombretón con barba del asiento delantero.

Muchas cabezas se giraron para mirarlo.

—El número 15 ofrece 100 000 euros —repitió el comisario—. ¿Alguien da más?

Leivan esbozó una sonrisa torcida y levantó su número con suma elegancia.

—Un millón de euros —dijo con toda la tranquilidad del mundo.

Y el caos se apoderó de todos los coleccionistas.

Briseia estaba tan nerviosa que tenía ganas de morderse las uñas. Estaba

escondida detrás de las cortinas de un lateral del escenario y solo había echado un furtivo vistazo para comprobar que había mucha gente en la sala. Gente muy adinerada.

Era un alivio porque daba a entender que su cuadro se iba a vender a un precio interesante, pero no la tranquilizaba para nada. No era su primera subasta ni su primer gran evento social con la influyente alta sociedad europea, pero se sentía inusualmente nerviosa y no entendía el porqué.

Situada un poco más lejos y mirando al público con todo el descaro del mundo, Mónica estaba disfrutando de lo lindo. Tenía una libreta en las manos y, de vez en cuando, apuntaba algo en ella.

Briseia resopló y se mordió el labio. Seguramente estaría anotando las características físicas de los posibles compradores; esos que parecían estar luchando a muerte detrás de la cortina.

Cada vez que un hombre hacía una oferta, Mónica se quedaba con la boca abierta para luego apuntar algo en su libreta. La llamó varias veces con la mano, pero Briseia hizo caso omiso. No necesitaba ponerse más nerviosa con sus cotilleos.

Pasaron diez minutos de esa forma hasta que de la sala, que hasta el momento había permanecido en un silencio casi religioso, llegó un rumor ensordecedor. Todo el mundo parecía estar hablando al mismo tiempo por culpa de un acontecimiento increíble.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Briseia en voz baja.

Un encargado le contestó dado que su propia asistente daba la impresión de estar en estado de shock.

—La oferta ha alcanzado un millón de euros, Miss Rivas.

—¿En tan solo diez minutos? —parpadeó la aludida.

—Así es. El comisario quiere preguntarle si ya puede hablar de la sorpresa exclusiva para el comprador o la compradora, a ver si la cantidad puede subir un poco más. ¿Está usted de acuerdo?

—Eh... sí, sí. Claro —tartamudeó ella.

El encargado sonrió y se fue hacia el comisario.

Briseia se pasó una mano por la frente, desconcertada. Estaba acostumbrada a oír hablar de cantidades indecentes de dinero como si fuese totalmente normal, pero nunca la subasta de una de sus obras había supuesto tanto dinero en tan poco tiempo.

¡Ni que ella fuera Picasso!

Oyó cómo el comisario hablaba de la sorpresa exclusiva y cómo, acto seguido, la lucha volvía a empezar entre, al parecer, dos o tres contrincantes. No se escuchaba nada aparte del baile furioso de cifras: el público parecía estar conteniendo la respiración.

De repente, un extraño éxtasis se apoderó de Mónica y, sin saber cómo, Briseia se encontró a su lado tras haber sido arrastrada en un santiamén.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó su asistente, poseída de nuevo.

Briseia frunció el ceño. Aunque nadie podía verlas gracias a la pesada cortina de terciopelo, si Mónica no paraba de señalar al público con el dedo las iban a descubrir en breve.

—Moni, ¿de qué hablas?

—¡Es el dios de esta tarde! ¡Ese que está pujando ahora mismo!

Briseia resopló, pero se esforzó en divisar al hombre señalado. No veía absolutamente nada.

—¿Me estás diciendo que ese hombre grande y barbudo que se parece a un oso es el dios que ha estado contigo esta tarde? —inquirió al ver al susodicho levantar su número.

Mónica dejó de sonreír como una boba y la fulminó con la mirada.

—¡Pues claro que no, cegata! ¡El rubio! ¡El que está detrás!

—Lo siento mucho, Moni, pero...

Su asistente le apretó la muñeca para interrumpirla justo en el momento en el que el comisario proclamaba:

—¡Adjudicado al postor número 22 por dos millones de euros!

Briseia abrió mucho los ojos y se quedó petrificada. ¿Acababa de oír dos millones de euros o estaba sufriendo una conmoción cerebral?

—¡Madre mía, Bri! ¡Dos millones! —exclamó Mónica.

Pues no, su cerebro funcionaba bien.

—Pero... pero... —balbuceó, presa de los nervios.

Mónica la sacudió levemente diciendo:

—Bri, me parece que te están esperando. El comisario acaba de nombrarte para que salgas a recibir al nuevo propietario de la obra. Déjame que te eche un vistazo...

Su amiga dio una vuelta a su alrededor para inspeccionar el vestido verde agua de gasa, el maquillaje nude y el peinado con algunos bucles sueltos.

—Estás genial. Venga, respira hondo y sal antes de que...

Mónica volvió a mirar hacia el escenario y se quedó de una pieza cuando vio al hombre que se dirigía hacia el comisario.

—¡No me lo puedo creer! ¡El dios ha comprado tu cuadro!

Briseia no tuvo tiempo de contestar ya que su amiga la empujó para que saliese cuanto antes. El público aplaudió su entrada mientras el comisario sonreía y decía:

—Señoras y señores, la joven y talentosa pintora Briseia Rivas.

Ella echó mano de su profesionalidad y avanzó sonriendo a diestro y siniestro hasta llegar a su obra. Tras saludar levemente con la mano, permaneció quieta y observó cómo el comprador de la pintura subía con gracia felina los escalones.

Y entonces su mente se quedó completamente en blanco y su corazón dio un salto en el pecho. Por una vez, Mónica tenía razón. Ese hombre era un dios de carne y hueso.

Era alto y su elegantísimo traje de chaqueta azul oscuro se ajustaba a la perfección a su cuerpo espectacular lleno de duros contornos y de músculos.

Pero, como buena artista, fue la belleza de su cara lo que la dejó anonadada. Su pelo tenía el color del oro bruñido y algunas mechas caían por encima de su fuerte frente. Su piel no era lechosa sino suavemente bronceada, lo que destacaba sus rasgos cincelados: tenía una marcada mandíbula, una nariz aquilina y regia, unos pómulos altos y bien definidos y una boca de

labios firmes, apretados de forma un tanto severa en esos momentos, que parecía estar creada para besar y volver loca de deseo a una mujer.

El conjunto tan hermoso era fascinante, y Briseia sintió unas ganas repentinas de coger cualquier trozo de folio para dibujarlo.

No había nada dulce en él. Emanaba sensualidad pura y dura, y todas las mujeres del público lo estaban devorando literalmente con la mirada.

El fuego del deseo se apoderó de su cuerpo y Briseia lamentó no tener un abanico para refrescarse. Ya no corría sangre por sus venas sino ríos de lava. Se ruborizó violentamente cuando unas imágenes muy explícitas de ese hombre totalmente desnudo cruzaron su mente sin previo aviso.

¿Pero qué le estaba pasando?

Cerró la boca abierta de golpe e intentó apartar los ojos de ese cuerpo viril tan tentador como la manzana del Edén. Entonces cometió el error de clavar su mirada en la de él y tuvo la impresión de que el mundo había dejado de girar alrededor del sol.

Los ojos de ese hombre eran indescriptibles: no eran negros, como creía Mónica, sino verdes. De un tono verde oscuro como las profundidades de un bosque escondido y lleno de secretos.

Briseia no oyó nada de lo que le decía el comisario, pero tendió la mano de forma automática al suponer que estaba cumpliendo con el ritual de las presentaciones. Cuando el hombre envolvió su diminuta mano con la suya tan poderosa, una descarga eléctrica recorrió su cuerpo por completo y la hizo estremecerse.

—Enchanté, Miss Rivas —dijo el desconocido en francés, con una voz tan grave y aterciopelada que parecía haber sido creada para acariciar y prometer cosas pecaminosas al oído.

Briseia contuvo la respiración, pero no retiró la mano. Una inexplicable sensación de paz brotó en su alma y le arrancó una dulce sonrisa.

Era él. Lo había encontrado. Había encontrado a esa persona tan especial como ella.

Ese ser tenía la apariencia de un hombre, pero ella estaba absolutamente convencida de que no era un hombre. Pertenecía a esa raza que la atormentaba

desde siempre.

Era espléndido, fuerte y poderoso. Pero, en ese preciso instante, daba la impresión de haber recibido un golpe inesperado y la miraba con una mezcla de incredulidad y de miedo muy peculiar y nada halagüeña.

Capítulo 3

Cuando el comisario de la subasta dio por buena su oferta de dos millones de euros, Leivan esbozó una sonrisa sardónica y se levantó de forma elegante para dirigirse hacia los escalones.

Algunos suspiros femeninos acompañaron ese breve desplazamiento, pero él hizo oídos sordos y se concentró en activar su poder al máximo para dejar completamente hechizada a la joven pintora. Ninguna mujer había podido resistirse a su carisma. Y no era pretensión, sino una simple constatación.

Dudaba mucho de que una mujer tan joven, sensible y vulnerable pudiese lograr tal proeza. Por lo tanto, se acercó confiado y derrochando magnetismo sexual por todos los poros de su piel. Esa joven tampoco tendría escapatoria...

Sin embargo, al detenerse muy cerca de ella, algo falló de repente y Leivan tuvo la nítida impresión de que todo su cuerpo se estaba convirtiendo en piedra. Una extraña sensación removió sus entrañas con fuerza de tal forma que parecía que un cuchillo se había hundido en ellas y se movía sin parar.

Era una sensación física, pero también psíquica; y eso no tenía sentido.

No podía sentir absolutamente nada. El vacío se había adueñado de todo su ser desde hacía décadas.

Leivan controló los gestos de su cara para no delatar la absoluta perplejidad que lo invadía y observó a la joven humana. Seguía siendo mona sin más. Una mujer anodina entre tantas otras. No obstante, conforme fue paseando su mirada sobre el cuerpo femenino, se fue calentando gradualmente.

Era bajita, pero tenía curvas suaves y hermosas, de perfectas dimensiones. Su piel tenía un aspecto tan cremoso y apetecible como la leche, y ese vestido verde agua de gasa dejaba uno de sus hombros al descubierto.

Supo que tenía un grave problema cuando se imaginó a sí mismo lamiendo ese cuello y ese hombro con intensa dedicación. ¿Qué demonios le estaba pasando?

No tenía ese tipo de fantasías. Él era el causante de un deseo sexual insaciable en los cuerpos y en las mentes de todas las humanas. No había vuelto a tener ese tipo de reacción desde la fatídica noche en la que se había convertido en esclavo demoníaco.

Intentó relajarse para recuperar el control y fijó su mirada en su rostro y en su boca. Craso error. Entonces el problema empeoró cuando una destructora oleada de deseo alcanzó su entrepierna como un rayo. Esa boca grande y carnosa era capaz de tentar a un santo, y él era la antítesis de la santidad...

¿Pero qué puñetas estaba pasando? ¿Su boca, una tentación? ¡Él era el demonio y ella la pobre víctima! ¿Se había adentrado por error en un mundo paralelo?

Rápido. Tenía que reaccionar. Tenía que hacer algo para envolverla de nuevo en su poderoso hechizo de seducción. Pero entonces ella atrapó su mirada con sus ojos azul celeste y, por un momento asombroso, el tiempo se detuvo.

Durante un segundo, Leivan no supo respirar y se quedó anonadado. Tuvo la impresión casi palpable de que esa gigantesca bola de deseo había estallado sin remedio y de que estaba haciendo pedazos todos los lugares ocultos de su interior.

El pánico, esa sensación olvidada por completo, se insinuó lentamente en él. Tenía que hacer algo para evitar esa catástrofe. Ya.

Su salvación fue captar, más que ver, esa diminuta y suave mano tendida hacia él. El contacto físico podía reanudar el hechizo y darle más potencia.

Cuando, al tocar esa piel, una tremenda descarga eléctrica lo recorrió por completo, se dio cuenta de que algo le había fallado por segunda vez. Era infalible y hoy acababa de cometer dos errores muy graves: el primero fue pensar que tocarla era una buena idea tras las sensaciones que su mera observación habían potenciado en él; y el segundo fue darse cuenta, demasiado tarde, de que la chica estaba protegida por un arcángel muy poderoso.

Llevaba la típica pulsera de protección del Arcángel Rafael en la otra muñeca. O sea, que el Sanador era su Guía y su Protector...

El asunto mejoraba por momentos.

Sin embargo, todas esas cuestiones quedaron relegadas a un segundo

plano: lo intentó por última vez y besó su delicada mano, ronroneando palabras en francés; pero nada de eso surtió efecto. Cuando la temida luz celeste del aura que envolvía a la joven humana estalló como si fuese hecha de flechas luminosas y le dio de lleno, el mundo oscuro de Leivan se vino abajo.

De nuevo, se quedó sin poder respirar y casi se ahogó al notar cómo las oscuras parcelas de su ser se volvían de luz como por gracia divina. Las sensaciones olvidadas y los sentimientos anulados volvieron en tropel y lo golpearon sin parar, machacándolo sin piedad.

Su corazón oxidado volvió a la vida y, en menos de un segundo, experimentó todo el sufrimiento que había causado a sus numerosas víctimas. Esos rostros femeninos desfilaron en su mente en un baile espantoso de lágrimas y de dolor.

Tuvo que parpadear con rapidez y logró reprimir una exclamación de horror muy inapropiada. ¡Eso no podía estar pasando! ¿Cómo era posible que él estuviera sintiendo en carnes propias todo el dolor que él mismo había generado a todas esas mujeres?

En su momento, actuó automáticamente, como si fuese un robot programado para destruir sus honras. No tenía sentimientos y no le parecía ni bien ni mal. Pero ahora... ahora le parecía terrible lo que les había hecho. Era poco más que un monstruo. Era... ¡Era un demonio y punto!

Sin que su rostro lo delatara, Leivan bloqueó toda esa luz en su interior y le dedicó una dudosa mirada a la joven humana. El problema no radicaba en él sino en ella. Esa... chica había apretado un botón invisible que había propiciado esa explosión de luz en su mecanismo de supervivencia. Casi había logrado provocar un cortocircuito en sus neuronas y en sus poderes.

Era mucho más peligrosa de lo que se esperaba. No era un ángel, pero tenía tanta potencia como algunos de los mejores soldados de la Milicia Celestial.

El general escudriñó ese rostro con preocupación, esperando que ella no se hubiese dado cuenta de que la miraba con un leve temor porque sentía miedo ante ese poder descomunal que parecía tener sobre él. Pero no tuvo esa suerte.

La chica lo miraba con tranquila serenidad y con una dulce sonrisa en los labios, como si hubiese entendido a la perfección el curioso fenómeno que se

había desatado en su fuero interno. Esa hermosísima y luminosa mirada era de total y absoluta comprensión, como si ella hubiese captado su verdadera naturaleza y, aun así, lo aceptara tal y como era.

Leivan sintió un pánico atroz y tuvo ganas de huir como un cobarde. ¿Él, huir? ¿Él, que ni siquiera había escapado ante ese abominable Ángel Caído?

Como de costumbre el hecho de pensar en Dazel hizo que la rabia acudiese en su ayuda y lo impidiese retroceder. Era un General y tenía una meta bien definida. Pasaría por alto todas esas nuevas sensaciones y cumpliría esa misión, pasase lo que pasase.

La mirada verde de Leivan se endureció y blindó todo su ser ante la extraña y poderosa atracción que sentía hacia la humana. Tenía que destruir a Dazel y ella era un medio para lograrlo. Solo eso.

Al estar tan cerca del espectacular hombre desconocido, Briseia pudo observar el cambio paulatino que se produjo en su mirada verde y misteriosa: pasó de ser dubitativa y casi temerosa a ser fría y determinada. Refulgía por momentos y era tan acerada como la más mortífera de las armas.

El desconocido había tomado una decisión con respecto a ella. Y no parecía ser una muy agradable.

Sin embargo, a ella le daba igual. A tan corta distancia, podía percibir su fuerza contenida y esa aura peligrosa y felina que desprendía su cuerpo musculoso. Pero no le tenía miedo: sentía de todo menos miedo. En todo su cuerpo, en su alma, la expectación y el deseo acababan de liberarse y bailaban alegremente. Su corazón martillaba contra sus costillas y tenía que reprimirse para no sonreír como una estúpida. El gran acontecimiento que llevaba esperando tantos años por fin había ocurrido.

No sabía si su naturaleza era buena o malvada, pero le daba absolutamente igual. Haberlo encontrado había elevado su espíritu hasta cimas inalcanzables.

Ese hombre, o lo que fuese, era la prueba viviente de que toda su existencia no había sido en vano y de que ella no padecía ningún trastorno mental. Los ángeles y los demonios existían y él formaba parte de ese mundo invisible.

Briseia intentó aparentar normalidad y lo observó casi con ansia.

¡Era la perfección masculina personificada!

No le extrañaba que tuviera pensamientos lujuriosos muy impropios de ella. Ardía en deseos de quitarle la ropa para poder pintarlo en su gloriosa desnudez. Sería como hacer un retrato de Ares, el dios griego de la guerra. Su rostro apuesto y viril le quitaba el sentido. ¡Y pensar que ella siempre regañaba a Mónica por sus comentarios subidos de tono! Pero estar al lado de ese hombre era como arder viva.

Tenía la impresión de estar aislada del resto del mundo. Una corriente eléctrica hecha de deseo nacía del intercambio de miradas y los envolvía, apartándolos de todo lo que les rodeaba. A pesar de que los ojos verdes del hombre se habían vuelto más fríos que antes, él tampoco parecía dispuesto a dejar de mirarla.

Fue el comisario el que rompió la magia entre ellos al decir:

—Felicidades por su reciente adquisición, señor. ¿Me podría facilitar su nombre y su apellido?

Briseia frunció levemente el ceño al oír esas palabras. ¿Es que no se había presentado antes? Entonces, ¿qué era lo que le había susurrado en francés hacía un rato?

El desconocido esbozó una sonrisa lobuna como si estuviera leyendo sus pensamientos.

—Por supuesto. Me llamo Leiv Petrov —contestó sin dejar de observarla.

Ella se estremeció. Su voz aterciopelada era tan hipnótica como su mirada verde oscuro.

Leiv Petrov... un nombre ruso. Debía de pertenecer a esa nueva clase social rusa llena de poder y de dinero. Sí, llegar a fin de mes no tenía que ser un problema para él si era capaz de gastarse dos millones de euros en el cuadro de una casi desconocida.

Bueno, quizás estaba siendo injusta y le animaba un deseo de hacer el bien y de ayudar a los pobres huérfanos. Pero sería la excepción en ese mundo de envidiosos y de codiciosos.

—Señor Petrov, ¿me acompaña a una salita más cómoda para poder efectuar la transferencia de la compra? —intervino de nuevo el comisario con

una sonrisa.

—Cómo no —contestó el aludido, mirándolo por fin—. Pero quiero que lleven el cuadro hasta allí también y que la señorita Rivas se una a nosotros.

Briseia parpadeó mientras el hombre ruso la volvía a mirar y levantaba una mano hacia ella diciendo:

—Señorita Rivas, ¿me haría el honor de acompañarme para poder tener una... conversación sobre el cuadro?

Se había expresado en castellano y, salvo un ligerísimo acento, tenía una pronunciación impecable.

La joven pintora intentó tranquilizarse, pero no lo dudó ni un instante. Era la excusa perfecta para llegar tarde a la tediosa recepción que ya había empezado en otro salón del museo. Además, ¿qué mujer en su sano juicio rechazaría estar un momento a solas con ese... hombre tras esperarlo durante tantos años? ¡Desde luego que ella no!

—Con mucho gusto —dijo ella, esbozando una tímida sonrisa y colocando una mano sobre la suya como si fuese algún miembro de la familia real.

El contacto provocó una nueva descarga eléctrica que recorrió su cuerpo por completo. Pero Briseia no le prestó atención dado que algo aún más extraño acababa de ocurrir: al tocar al señor Petrov, un misterioso destello de luz había estallado en su cuello bronceado y se había difuminado en menos de un segundo.

Ella echó un rápido vistazo a esa parte de su cuerpo y lo que vio la puso un poco nerviosa. Tenía un tatuaje de grandes dimensiones en esa zona y no era un tatuaje tribal o una letra japonesa, tan de moda últimamente. Era un símbolo esotérico lleno de magia, y no de magia blanca precisamente...

Así que el señor Petrov no era un ángel como ella había supuesto en un primer momento. Era un demonio. Y había venido a por ella.

Sin embargo, su verdadera apariencia seguía siendo humana. Bueno, un humano un tanto especial con esa aura compleja y magnética, pero no tenía escamas, ojos de serpientes o lengua bífida. Y, por lo tanto, seguía sin tenerle miedo.

Era incomprensible. ¿Podía un demonio adquirir tanto poder como para

disimular su verdadera esencia? Ella no lo creía posible dado que había contemplado fuerzas sobrenaturales mucho más temibles. Era una razón más para seguirlo y averiguar de qué iba todo eso. Además, se moría de ganas por preguntarle sus impresiones sobre la pintura del ángel rubio casi malvado...

¿Sería alguien de su entorno? ¿Lo habría combatido en el pasado?

Briseia pensaba encontrar respuestas a esas preguntas. Sonrió a su acompañante como si nada, pero notó recelo en su mirada verde. Era como una partida de póker y ninguno de los dos tenía la intención de enseñar sus cartas.

Precedidos por el comisario salieron del escenario con los aplausos del público como música de fondo y se encaminaron hacia la salita. Pero no contaron con Mónica, que no pensaba quedarse quietecita y apartarse sin más.

—¡Enhorabuena, señor Petrov, por esta *maravillosa* compra! —vociferó la chica morena, plantándose delante de la pareja con los brazos abiertos—. ¿Me recuerda? Soy la asistente de la señorita Rivas.

—La recuerdo perfectamente —contestó el aludido con cortesía, pero sin soltar la mano de Briseia.

¡Indirecta que Mónica no captó!

—En mi país, España, nos damos dos besos para festejar algún acontecimiento importante —comentó ella con descaro, acercándose peligrosamente a su presa—, y esta compra es muy importante para todos nosotros y para los pobres huérfanos, ¿verdad?

El señor Petrov enarcó una ceja de forma irónica y no tuvo más remedio que soltar la mano de Briseia antes de que una Mónica desatada le plantase dos besos en las mejillas, uno muy cerca de su boca, y se apretase como un pulpo contra su cuerpo, cerrando los ojos como si hubiese alcanzado el paraíso.

Briseia tenía ganas de tirarle del pelo. ¡Se estaba pasando cinco pueblos! Pero entonces se dio cuenta de que la pobre víctima de semejante asalto se mantenía con una actitud tan gélida como un bloque de hielo y de que no intentaba aprovecharse de ese cuerpo femenino totalmente aplastado contra el suyo.

—Me está usted... ¡asfixiando! —recalcó con voz helada.

Mónica se apartó con un movimiento brusco y se quedó petrificada ante la mirada dura del dios de sus fantasías.

—¿Usted tiene la costumbre de saltar sobre cualquier desconocido? —inquirió el hombre ruso con expresión pétrea—. Que sepa que ese truco no me gusta y no va conmigo.

Por primera vez en su vida, Mónica se puso roja de vergüenza. Abrió la boca para disculparse, pero Briseia se apiadó de ella y se adelantó diciendo:

—Discúlpela, señor Petrov. Mi asistente es muy efusiva y no pensaba molestarle. Es nuestra cultura mediterránea.

El aludido giró la cabeza y le dedicó una mirada sibilina. Parecía estar intentando leer en ella.

—Lo siento mucho —se disculpó Mónica con un hilillo de voz.

No esperó la respuesta, se dio la vuelta y se fue rápidamente. Briseia la miró con tristeza, pero la dejó marchar. No quería aumentar su bochorno.

En ese momento tuvo la certeza de que el señor Petrov la estaba observando con curiosidad. Giró la cabeza y vio perplejidad en su mirada, como si no supiera catalogarla. Pero, de pronto, su expresión cambió y aparentó normalidad, por lo que ella pensó que se había equivocado.

Mientras tanto, el eficiente comisario lo había dispuesto todo en la salita y los estaba esperando en la puerta. Sin embargo, Briseia se sentía completamente atrapada por esos ojos *maravillosos* y no lograba apartar la mirada. Pero tenía que hacerlo porque, de lo contrario, se sentiría tentada a cometer un acto mucho más bochornoso que el de Mónica.

¡Madre mía! ¡Qué vergüenza! ¿Por qué no podía dejar de pensar en la desnudez de ese hombre cuando ella siempre había sido la reina del decoro? Era totalmente incomprensible.

De pronto, tuvo la impresión de que su pulsera estaba emitiendo un zumbido, como si estuviera mandándole un mensaje de alerta. Entonces una especie de revelación cruzó su mente: no podía olvidar que esa *maravilla* de hombre era en realidad un demonio y que, seguramente, estaría utilizando algún tipo de magia con ella. Pero ¿para qué? ¿Para seducirla?

Briseia parpadeó y consiguió zafarse de su incitante mirada. Ladeó la

cabeza hacia la salita para que él no viera su expresión. ¿Por qué querría seducirla? ¿Qué dobles intenciones se escondían tras ese juego sin sentido?

Ella estaba muy emocionada por encontrarse, al fin, cara a cara con uno de esos seres con los que soñaba y no tenía miedo de las consecuencias. Pero tampoco podía perder la cabeza tan fácilmente.

—El comisario nos espera. ¿Vamos, señor Petrov? —lo alentó con una sonrisa.

En realidad, estaba hecha un lío y tenía serias dificultades para aparentar normalidad. No sabía disimular y tenía una cara demasiado expresiva que reflejaba siempre sus emociones. Y no era diferente esa vez.

Con una rapidez inusitada, el hombre se alzó ante ella e inclinó su cabeza hacia su boca de forma peligrosa.

—Leiv... —susurró a su oído con su voz aterciopelada.

Un delicioso escalofrío recorrió la espina dorsal de Briseia.

—¿Cómo dice? —preguntó ella, aturdida.

—Si no le importa, prefiero que me llame Leiv —apuntó él con media sonrisa.

¡Ay, Dios! Estaba demasiado cerca...

Briseia tragó saliva y prefirió utilizar la táctica de la retirada.

—Por... por supuesto. Bien, ahora será mejor que nos demos prisa. El comisario lleva un buen rato esperando.

Se dio la vuelta y echó a andar rápidamente hacia la salita, para no dejarle tiempo a nada. Sonrió al comisario, que no se había movido de su sitio, y entró resuelta.

El señor Petrov no tardó en hacer lo mismo y el otro hombre cerró la puerta tras ellos. A continuación, hubo una breve charla en ruso entre los dos hombres y cuando Briseia vio que el comprador del cuadro sacaba el móvil, supuso que habían comentado los detalles de la transferencia. No le extrañaba que el comisario supiera ruso dado que hablaba varios idiomas a la perfección.

Para no verse tentado a observar descaradamente al objeto de su tormento

interior durante el tiempo de la transacción, prefirió colocarse frente a su pintura para darle un respiro visual.

Era realmente escalofriante... y eso que la gente no sabía nada de los detalles más aterradores. El demonio encadenado no había salido de su enfermiza imaginación: tiempo atrás, ella se había encontrado frente a frente con él, y su vida no había vuelto a ser la misma después. Nunca podría olvidar esos ojos antinaturales y perversos, y esa lengua asquerosa recorriéndole la mejilla...

Un ligero temblor se apoderó de su cuerpo y se cruzó de brazos para detenerlo. En aquella ocasión se había salvado por los pelos gracias a la intervención de un poderoso Arcángel. Y ahora se encontraba con otro ser sobrenatural que ratificaba que no había inventado nada y que poseía un don muy particular y muy peligroso para su integridad física.

¿A qué había venido el señor Petrov? ¿A rematar el trabajo inacabado?

Debía de estar un poco loca después de todo porque, a pesar de tener la íntima convicción de que sus intenciones hacia ella no eran buenas, no conseguía temerle. Había algo en su tormentosa mirada, algo que clamaba por liberarse; algo terrible de su alma que asomaba y que llamaba a la suya con fuerza.

¡Mira que era boba! Si era un demonio como sospechaba, había venido para matarla y punto. Y ella estaba teniendo la misma reacción que un conejo frente a una serpiente...

De repente sintió un cuerpo musculoso detrás de ella. No la estaba tocando y, sin embargo, todo su ser emitía un calor abrasador que le estaba quemando la piel. Ella percibió su movimiento y, de nuevo, él le susurró algo al oído; esa vez en ruso.

Briseia luchó contra el fuego que arrasaba sus entrañas y decidió encararse con él de un modo mucho más enérgico. Había demostrado tener mucha voluntad a lo largo de su vida y no iba a prescindir de ella ahora.

—¿Qué me ha dicho? —inquirió con el ceño fruncido, tras darse la vuelta con rapidez.

Tuvo que alzar la cabeza para encontrar sus ojos y se dio cuenta de que la miraba con una sonrisa divertida en los labios. Vaya, se estaba divirtiendo a su

costa.

Ella frunció la boca, lo que acentuó la sonrisa del hombre.

—Al verla tan ensimismada, solo le comenté que daría un euro por sus pensamientos.

—¿Y por qué me lo ha dicho en ruso? —siguió indagando Briseia, sin dejar de fruncir el ceño.

—Porque soy ruso...

Pero ella no estaba dispuesta a ceder.

—Usted sabe muy bien que no entiendo ese idioma. Puede decirme cosas sin que me entere.

El señor Petrov dejó de sonreír y una luz peligrosa incendió su mirada.

—¿Y qué cosas quiere que le diga? —inquirió, ladeando su cabeza de modo que su boca se encontró repentinamente muy cerca de la suya—. ¿Que la encuentro fascinante y que me encantan sus pinturas...?

Muy a su pesar, Briseia sintió cómo su rostro se iba hacia atrás, como si su boca estuviese anhelando recibir el beso de ese ser magnífico. Su voz era tan suave como la seda y sus labios tan perfectos...

¡Virgen Santa! Tenía que reaccionar. Se acababa de dar cuenta de que estaban solos en la salita y de que había un mullido sofá muy cerca de ellos. Un peligro en toda regla. Consiguió dar un paso hacia atrás y se obligó a mirar de nuevo hacia su pintura. Si su corazón seguía a ese ritmo, se iba a desmayar de un momento a otro.

—¿A dónde ha ido el comisario? —preguntó con una voz que esperaba firme, pero sin mirarlo.

—A buscar champagne —contestó el señor Petrov, acercándose al cuadro—. ¿Le gusta esa bebida... Briseia?

Al oír esa voz pronunciar su nombre, ella cerró los ojos.

El arrollador deseo convirtió su sangre en lava. Su nombre en su boca era tan... ¡incitante! Sonaba tan sexy y decadente. Era como si la estuviera tocando sin tocarla. ¡Que Dios la ayudara! Ese demonio era tan pecaminoso y tentador que la iba a volver loca de deseo.

Contraataque. Era una batalla y ella tenía que contraatacar.

—No suelo beber —puntualizó, mirándolo de reojo.

—Pero podría hacer una excepción esta noche, ¿verdad? —la tentó él con una sonrisa torcida.

—Desde luego. Usted ha invertido mucho dinero... —recalcó Briseia, girándose hacia él para mirarlo con suspicacia—. ¿Por qué ha pagado tanto dinero por una de mis pinturas?

¿Porque me gusta? —ironizó él con esa sonrisa.

La joven pintora entrecerró los ojos.

—A pesar de esa innmerecida fama de excéntrica, la gente no se siente cómoda frente a mis cuadros dado que son, en cierto modo, inquietantes. Este no parece ser su caso y eso me intriga. ¿Qué es lo que le gusta en particular de ellos, señor Petrov?

Los ojos verdes del aludido brillaron con fuerza.

—Leiv, por favor. Insisto.

Sin saber por qué, Briseia se resistía a pronunciar su nombre. No necesitaba crear un círculo aún más íntimo entre ellos. Además, presentía que el hecho de llamarlo por su nombre de pila le otorgaría un gran poder sobre ella. Un poder demasiado sensual...

Alguien llamó a la puerta y la salvó de parecer maleducada.

—La transferencia se ha realizado con éxito, señor Petrov, y aquí les traigo el champán para que puedan celebrarlo —indicó el comisario al dejar una bandeja con la bebida y dos copas sobre la mesa situada cerca de la puerta—. No se preocupen: nadie vendrá a molestarles y me he tomado la libertad de avisar al alcalde, señorita Rivas. Podrán hablar con total tranquilidad sobre el arte. Enhorabuena de nuevo por su compra, señor Petrov —añadió el comisario antes de salir.

El comprador del cuadro inclinó la cabeza, pero no dijo nada.

Cuando la puerta se cerró con suavidad, Briseia se sintió irremediamente atrapada. Atrapada y tentada por ese demonio de ojos verdes.

¡Ay, Dios! ¿Tendría alguna escapatoria o se dejaría devorar sin más por el lobo feroz?

Leivan se dio la vuelta y se dirigió hacia la mesa para verter la bebida en las dos copas y así ganar tiempo. Tenía que reforzar su estrategia de seducción y no las tenía todas consigo. Un gigantesco panel con la palabra «peligro» había surgido en su mente desde el primer minuto en el que había empezado a hablar con ella.

Esa muchachita era una criatura fascinante. Tenía un carácter fuerte y se resistía a sus encantos como ninguna. Su físico seguía siendo muy poco llamativo, pero cuando expresaba sus ideas o sus convicciones, sus ojos azules brillaban como dos estrellas de la mañana en el firmamento y el conjunto resultaba... aterrador.

¡Maldición! La corriente de deseo entre ellos era demasiado tangible como para negarla. No conseguía apartar su mirada de esos ojos celestiales. Y, por si fuera poco, su pureza y su buen corazón también lo atraían. ¿Por qué se disculpó en lugar de su asistente? ¿Y por qué sintió tanta tristeza por ella?

No podía entender esa reacción dado que había perdido su facultad de empatizar con el resto de los humanos la noche en la que había perdido su humanidad. Había utilizado a la joven morena para provocar un sentimiento triunfalista en su presa, haciéndole creer que ella era más importante para él que la otra humana. Sin embargo, el resultado no fue el esperado y lo volvió a sorprender.

Leivan cogió la botella fría e hizo saltar el tapón sin esfuerzo. Dejó caer el líquido claro y espumoso en las dos copas alargadas, pensando en los siguientes pasos que tenía que dar. Debía ser más precavido que nunca porque cada vez que se encontraba cerca de ella, algo escapaba a su control.

No obstante, el plan había empezado bien: al igual que con cualquier objetivo, le había dado uno de sus numerosos nombres falsos. Un demonio, incluso de rango superior, nunca desvelaba su verdadero nombre a nadie que no fuese su Amo y Señor. El nombre encierra mucha magia y otorga poder a la persona que lo obtiene.

Luego, le había susurrado cosas en ruso para darle un punto exótico. Normalmente, las mujeres se volvían de mantequilla al oír ese timbre de voz

sexy y esas palabras incomprensibles. Pero con esa humana no había dado resultado; es más, había provocado suspicacia más que otra cosa.

No se dejaba seducir tan fácilmente como las demás. Cuando pensaba que estaba bajando la guardia y veía ese deseo arrollador en sus ojos, se volvía a poner a la defensiva y le hacía preguntas desconcertantes sobre sus pinturas.

Desde luego que no era como las demás mujeres, pero ¿podría haber logrado descubrir su verdadera esencia en tan poco tiempo? No, eso era imposible.

Vale, era especial, muy especial. Única en cierto modo. Y tenía un amuleto poderosísimo de protección en la muñeca como si nada. Además, pintaba cosas que ningún humano podía ver. Pero ¿de ahí a adivinar su naturaleza demoníaca en un abrir y cerrar de ojos, había un mundo!

Y si así fuese el caso, ¿no debería estar asustada en vez de charlar tranquilamente con él?

Lo que pensaba: una criatura fascinante, pero muy desconcertante. Aun así, seducirla era su prioridad máxima.

Leivan se dio la vuelta hacia ella con las dos copas en las manos y con una sonrisa seductora en los labios. La joven pintora lo observaba en una actitud suspicaz con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados. La partida prometía ser apasionante.

—*Voilà votre coupe, mademoiselle* —dijo en francés, dándole la copa de forma elegante.

—*Merci* —contestó ella con un acento exquisito.

Cuando empezó a beber tímidamente sin dejar de observarlo, Leivan se quedó completamente hipnotizado por el movimiento de su boca carnosa. Una ola de deseo volvió a barrerlo cuando su lengua rosada asomó entre sus labios.

¿Cuántos lugares recónditos de su cuerpo sería capaz de recorrer esa diminuta lengua?

Por un momento, temió haber partido la copa por culpa de la fuerza con la que la apretaba. ¡Demonios! ¡Debía seducirla y no ser seducido por ella!

Leivan aplacó su deseo repentino y bebió un poco para serenarse.

—Dado que no ha contestado a la pregunta sobre la pintura que usted ha comprado, me gustaría conocer sus impresiones sobre el cuadro del ángel rubio expuesto en la galería —atacó ella, sin previo aviso—. ¿Por qué se quedó tan fascinado al verla?

El General estuvo a punto de atragantarse con la bebida y tuvo que utilizar toda su sangre fría de militar para no dejar estallar su furia al oír esa pregunta.

¿Fascinado, él? ¿Fascinado por esa zorra desalmada? ¡Era una broma de muy mal gusto!

—¿Cómo dice? —preguntó educadamente alejando la copa de su boca y de su prístina camisa.

Briseia enarcó una ceja.

—Mónica me comentó que usted se quedó un buen rato mirando esa obra. ¿Por qué?

Leivan paseó su mirada sobre el rostro femenino lleno de sospechas.

—Admiraba su talento, Briseia. Nada más —aclaró con un deje aún más seductor. Pero, al ver que ella seguía con el ceño fruncido, optó por cambiar de táctica—. Pero es verdad que llegué a preguntarme cómo había logrado que un ángel pareciese tan... malvado.

Leivan supo que había dado en el clavo cuando vio su mirada celeste brillar por culpa del interés. Bien, las alabanzas sin más no funcionaban con ella. Apuntado.

—No sé por qué salió así... —titubeó ella, bajando la mirada hacia la copa—. Fue superior a mí; tuve que pintarla de esa forma. Ella es así: bellísima por fuera y con toda la negrura de la maldad en su interior. Y esos ojos son tan gélidos como la muerte...

Leivan apretó la mandíbula con fuerza, completamente descolocado. Sentía que estaba perdiendo pie. Esa criatura había descrito a la zorra de Dazel como si la hubiese visto en persona.

¿Podría ser que el Ángel Caído se hubiese manifestado ante ella también? Quizá llevara muchos años buscándola y no cabían dudas de que la estaba acosando en sus sueños.

De repente, Briseia alzó la cabeza y clavó su mirada límpida en la suya.

Entonces, esa inexplicable conexión especial volvió a surgir entre ellos dos.

Rápido. Tenía que decir algo. Cualquier cosa antes de cometer una soberana estupidez. Estaba perdiendo la partida.

—Tengo una duda: ¿no se supone que los ángeles son seres... buenos? — preguntó con una gran sonrisa; una sonrisa más falsa que un bolso de contrabando.

Briseia observó cómo apuraba su copa y esperó a que se sirviera de nuevo para lanzarle otro dardo.

—La mayoría son seres luminosos, pero otros no, como por ejemplo los ángeles caídos o los demonios... —Ella removió su copa sin dejar de escrudiñar su semblante. ¿Qué opina usted de los demonios, señor Petrov?

Leivan soltó una carcajada despreocupada.

—¿Acaso soy un experto en demonología? Solo sé que, según sus cuadros y la Biblia, tienen un aspecto horrible y que desprenden un terrible olor a azufre —bromeó, acercándose a ella—. Y le recuerdo que mi nombre es Leiv...

El General se paró muy cerca de ella, ladeó la cabeza con una sonrisa sensual y levantó su copa.

—Además, no hemos brindado por su éxito, Briseia —murmuró, mirándola intensamente.

Sin embargo, sintió preocupación al ver una férrea determinación en su mirada celeste.

—Bonito tatuaje, Leiv —recalcó ella con una media sonrisa.

—¿Qué tatuaje? —logró preguntar él, aparentando sorpresa.

—El que luce en el cuello —puntualizó ella con frialdad—. Para no saber nada de demonios es bastante llamativo que se haya tatuado un símbolo esotérico, ¿no cree? No puedo identificar con exactitud su procedencia, pero estoy absolutamente convencida de que no es un símbolo angelical sino todo lo contrario. Es demoníaco.

Leivan tuvo la sensación de que algo acababa de golpearle en la cabeza. Esa criatura delicada y mortal lo veía tal y como era en realidad. El hechizo

no funcionaba con ella y le había sobrado tiempo para adivinar su verdadera esencia. Y era la primera vez que algo así le ocurría.

Tragó saliva y no tuvo que forzar la expresión demudada de su rostro. El pánico se ensañaba con sus entrañas, pero la sensación más desagradable no era el miedo a ser descubierto por una humana después de tres siglos sin fallos: lo peor era sentirse vulnerable y acorralado frente a esa mirada honesta y pura.

No obstante, no podía reconocer en voz alta su verdadera naturaleza a pesar de que ella ya lo sabía. Sería condenarla a muerte. Irremediablemente.

Si se lo *confirmara*, tendría que matarla él mismo. Y no podía hacerlo. No había vuelto a matar a ninguna mujer tras el espantoso asesinato de aquella trágica noche, aunque fuese en defensa propia. Por lo tanto, decidió utilizar el humor de nuevo.

—Briseia, ¿usted piensa de verdad que yo soy un demonio? —se rio, burlándose un poco de ella—. ¡Esto es demasiado! Los artistas tenéis una imaginación increíble. Ese tatuaje es un error de juventud y no sé lo que significa: estando en el ejército, perdí una apuesta y estaba tan borracho que no me enteré de que lo tenía ahí hasta el día siguiente. Tuve que disimularlo como pude porque casi me costó la expulsión del cuerpo.

Una explicación soberbia y muy convincente, pero que no hizo mella en el muro de protección de la humana. Es más, lo miraba con más suspicacia que antes.

—Lo siento mucho, pero no le creo —recalcó ella con extrema frialdad—. No me parece el tipo de tatuaje que se le hace a uno cuando está borracho, sobre todo por parte de unos militares sin, digamos, cultura. Es demasiado rebuscado y es un trabajo de primera con todo lujo de detalles. Ningún artista lo plasmaría sobre el cuello de un joven juerguista...

Leivan apuró su copa sin dejar de observarla, como un depredador observa a su presa. El juego más o menos limpio había terminado. Tocaba sacar las armas pesadas.

—Es usted fascinante, Briseia... —ronroneó al dejar la copa en la mesa cercana.

El siguiente movimiento la pilló por sorpresa: en apenas dos pasos, se

plantó ante ella y se acercó tanto que casi pudo sentir sus pechos contra su cuerpo. Ella abrió mucho los ojos y tuvo que alzar la cabeza para poder mirarlo a la cara. Estaba en una clara postura de inferioridad y lo sabía. Pero, por muy incomprensible que fuese, seguía sin tenerle miedo. ¿Acaso carecía de sentido común?

Leivan aprovechó esa ventaja y ladeó la cabeza de manera que sus bocas estuviesen muy cerca la una de la otra. No tuvo ningún problema en percibir la oleada de deseo que recorrió el cuerpo de la joven pintora. No era inmune a su seducción, pero se defendía bien.

—No soy un demonio, pero mentiría si dijese que no me siento endemoniado y hechizado cuando estoy cerca de usted...

Cuando vio asombro en su mirada, decidió ir un poco más allá para terminar de convencerla de que la deseaba. Alzó una mano y empezó a acariciarle la frente y las mejillas con las puntas de los dedos. Le complació ver cómo se ruborizaba de inmediato.

—Briseia, ¿tanto miedo me tiene como para inventarse esas historias? — murmuró, inclinándose lentamente hacia su boca.

La humana parpadeó varias veces y cuando su cabeza se fue delicadamente hacia atrás en un gesto inequívoco de rendición, el General supo que había ganado la ardua partida.

Capítulo 4

Ese era un juego peligroso y ella lo sabía.

Equivalía a plantarse sola y sin armas ante una bestia salvaje lista para devorarla, pero por más que quisiese no podía apartarse. Ese dios solar era en realidad un demonio y de eso no tenía ninguna duda. Le estaba mintiendo con una sonrisa encantadora y sin inmutarse, pero ella lo sabía perfectamente.

Su tatuaje era, sin duda, un poderoso símbolo demoníaco e ignoraba cuáles eran sus verdaderas intenciones, aunque intuía que había una poderosísima meta oculta detrás de esa seducción a ultranza.

Sin embargo, y a pesar de saber todo eso y más, no solamente no sentía ningún miedo, sino que su cuerpo se estaba derritiendo como un bloque de hielo al sol y pedía mucho más. ¿Se había vuelto completamente loca o qué?

Nunca había sido una mujer insensata, pero, en ese caso, no conseguía luchar contra la intensa necesidad y el espantoso anhelo que ese espléndido espécimen masculino despertaba en lo más profundo de su ser.

No era una persona superficial y el físico no era importante para ella, pero la lujuria que explotaba en su interior al observar con ansia ese cuerpo hecho para pecar no tenía explicación.

Ese tenía que ser su don infernal, y ella era consciente de ello. Intentaba razonar con todas sus fuerzas y había dado la cara con valentía, pero no lograba aplacar el deseo de sentir esos brazos fuertes a su alrededor y no podía dejar de imaginar esa hermosa boca haciéndole cosas pecaminosas.

¡Por Dios! ¿Pero dónde había ido a parar la recatada Briseia?

Sabía que, tarde o temprano, algún mandamás del Cielo o del Inframundo se molestaría con sus cuadros y mandarían a alguien a por ella para hacerla callar para siempre. De hecho, lo tenía asumido. Pero nunca hubiese podido imaginarse que mandasen a un ser tan gloriosamente atrayente como lo era ese guapísimo demonio rubio.

Era dolorosamente consciente de que cada vez que se miraban a los ojos

las chispas de un deseo eléctrico saltaban a su alrededor. No podía luchar contra eso. Su cabeza estaba repleta de imágenes de ese cuerpo magnético desnudo contra el suyo y de su lengua lamiéndola por todas partes...

¡Virgen Santa! ¿En qué momento su mente se había corrompido hasta volverse perversa?

Briseia pensó que esa irrefrenable necesidad de ser poseída la iba a devorar viva cuando sintió el cálido aliento de Leiv sobre su boca entreabierta.

¡Oh, sí! ¡Eso era lo que ella quería! La besaría con maestría y luego la tumbaría sobre el sofá para demostrarle que no era ningún novato en ese terreno...

Briseia, ¡reacciona! Vales mucho más que esto.

Ese duro recordatorio, junto a la pulsación en su muñeca, hizo que abriera los ojos de repente y que su mente volviese a funcionar como antes. Había faltado muy poco para que se perdiese para siempre, aunque anhelase como nunca hacerlo.

—¡No! —gritó, antes de poner una mano sobre el duro torso de su implacable seductor—. Me parece que se está usted precipitando, señor Petrov.

Briseia dio un prudente paso hacia atrás antes de seguir con su explicación.

—No niego que me siento atraída y mucho, pero usted va demasiado rápido.

Él no dijo nada y se alzó de nuevo de forma majestuosa, por lo que tuvo la impresión de que se había vuelto mucho más imponente que antes. La observaba en silencio, con aparente tranquilidad, pero una luz peligrosa bailaba en su oscura mirada verde.

Briseia tuvo la horrenda sensación de que se había convertido en un minúsculo ratoncito y de que acababa de desafiar a un tigre hambriento.

En un abrir y cerrar de ojos, el señor Petrov le quitó la copa de las manos con delicadeza, la dejó en la mesa y se inclinó con respeto ante ella.

—Mis disculpas si mis intenciones hacia usted la han asustado, Miss

Rivas —recalcó con frialdad—. No volverá a ocurrir, se lo prometo.

La saludó de un modo extraño y antiguo, como lo haría un oficial del ejército de Napoleón en un baile, y añadió:

—Gracias por su tiempo y le deseo mucho éxito. Adiós, Miss Rivas.

Dicho eso, se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida.

Briseia se sintió fatal de inmediato y se tachó mentalmente de tonta por ello. Se suponía que era un demonio y que esos seres eran incapaces de tener emociones, entonces, ¿por qué se sentía tan mal por haber herido sus sentimientos? ¿Y si era otra estratagema?

Se mordió los labios con fuerza, sin saber qué hacer.

Estaba hecha un lío: tenía que dejarlo marchar sin más porque él quería seducirla, y lo más terrible era que ella quería dejarse seducir. Pero si lo dejaba irse no volvería a sentir nunca más esa vorágine de sentimientos confusos y *maravillosos* al mismo tiempo.

—¡Leiv, espere! —gritó yendo tras él antes de que llegase a abrir la puerta.

Entonces todo ocurrió rápidamente: él se dio la vuelta al tiempo que ella tropezaba torpemente hacia delante, por lo que Leiv tuvo que hacer una maniobra improbable para no caer de espaldas en el suelo con ella. Finalmente, y sin saber muy bien cómo, los dos aterrizaron en el sofá; Briseia encima de él.

La nariz de la joven pintora le hacía cosquillas en el cuello y era una sensación nada desagradable para Leivan, pero sí muy novedosa. No compartía ese tipo de intimidades con sus víctimas: las seducía, se acostaba con ellas para dominarlas y arrebatárles sus almas y luego desaparecía sin más.

Pero cuando Briseia empezó a moverse para alejarse de él y su cuerpo se contoneó inocentemente sobre el suyo, algo inexplicable aconteció: su miembro dormido se irguió en todo su esplendor.

Leivan atrapó la diminuta cintura de la humana con las manos para que dejase de moverse, pero fue una mala idea dado que se quedó sentada sobre él

a horcajadas, pelvis contra pelvis.

La tensión se apoderó de su cuerpo y apretó los dientes de forma terrible. La tenía donde él quería y tenía que aprovecharse de esa ventaja para dar el golpe definitivo. Sin embargo, tenía un grave problema: la deseaba, y no de una forma automática como con las demás mujeres; la deseaba de forma genuina.

Y eso no había vuelto a pasar desde que se había enamorado de su mujer siendo humano.

Algo iba muy mal.

—Lo... lo siento... —balbuceó ella, ruborizada a más no poder al sentir esa tremenda excitación y poniendo sus delicadas manos sobre su torso para alejarse; pero él decidió incorporarse un poco más sin soltarla.

La mirada de Leivan refulgió como un fuego verde.

Estaba atrapada entre sus brazos. Era ahora o nunca.

No le dio ninguna opción: puso una de sus manos sobre el moño deshecho para sujetarle la cabeza y, con la ayuda de su otra mano en su cintura, empujó ese cuerpo curvilíneo hacia el suyo con determinación para apoderarse de su boca excitante.

Intentó que su beso fuese suave para no ahuyentarla como antes, pero su afán por conquistarla y dominarla fue mucho más imperioso y ese beso se volvió *devastador* en pocos segundos. Aprovechó que ella abría la boca, sorprendida, para deslizar su lengua en su interior y así poder recorrerla sin piedad.

¡Demonios! Ese tipo de preliminar era un fastidio y, a esas alturas, no tendría que afectarle tanto, pero con ella era diferente: su boca sabía a miel y ese sabor se le estaba subiendo a la cabeza y le nublaba la mente de un modo muy extraño.

No pasaba nada. Podía mantener bajo control esas sensaciones agradables y peligrosas. La humana, por muy especial que fuese, no podía luchar contra él.

Sin embargo, todas esas anotaciones mentales sirvieron de poco cuando ella, lejos de echarse para atrás con timidez, entrelazó su lengua con la suya y

respondió de forma atrevida a sus embestidas. El calor del Infierno se apoderó del gélido cuerpo de Leivan y sus ojos se convirtieron en brasas ardientes.

El deseo de arrancarle ese precioso vestido y de poseerla como un demente se hizo insoportable. Había perdido el control y una locura erótica sin nombre dictaba todos sus movimientos.

Y la situación empeoró mucho más cuando ella puso las manos en su nuca y se agarró a él como si fuese una tabla de salvación. En vez de acariciarla y de desnudarla rápidamente para hundirse en ella, Leivan se quedó completamente paralizado, preso de un incongruente bienestar físico y mental.

¡Maldición! ¿Qué le estaba pasando?

Se sentía tan bien sumido en esa especie de *maravilloso* letargo.

¿Pero qué puñetas estaba pensando? Tenía que aprovecharse de ese cuerpo rendido. Tenía que hacerla suya para poder reclamar su alma y conseguir que ella se la diese de buena gana.

¡Venga! No era tan complicado. Lo había hecho miles y miles de veces en el pasado y no había tenido tantos escrúpulos.

Era lo mismo de siempre, pero... no podía. Con ella, no podía. Sus poderes no funcionaban y estaba completamente bloqueado.

No puedes hacerle daño. Ella es tu Salvación...

Una luz cegadora estalló en su cerebro y Leivan tuvo la sensación de que su esencia abandonaba su cuerpo físico.

No tenía el don satánico de estar en varios sitios a la vez; ese privilegio pertenecía exclusivamente a Lucifer. Pero mientras seguía besando a la humana como un poseso, una parte de él se había escapado de su cárcel de carne y hueso y miraba a su alrededor con un leve temor.

La salita había desaparecido por completo y todo era blanco e impoluto. Parecía una antesala del Paraíso, o algo por el estilo. De pronto, Briseia apareció frente a él, rodeada por una luz suave pero poderosa. Ella era hermosa, dulce y generosa, y esa luz espléndida emanaba de ella y la transfiguraba como si fuese una estrella convertida en ser humano.

Muy a pesar suyo, Leivan esbozó una tierna sonrisa como si su corazón oscuro pudiese albergar de nuevo sentimientos, como si pudiese volver a amar

como cuando era humano.

Volvió a oír la voz de antes. ¿Quién era? ¿Rafael su Protector?

No dejaré que te salgas con la tuya, General. Asmodeus tendrá que buscarse otro esbirro.

La sonrisa desapareció del rostro del aludido y se volvió desafiante.

No veo muy bien qué vas a poder hacer contra mí, Arcángel. No puedes pararme y ella también lo desea.

La luz se volvió amenazante y la imagen de Briseia se volatilizó.

¿Sabes, demonio? No tengo que hacer nada contra ti porque ella ya lo ha hecho todo. ¿No sientes cómo tu corazón vuelve a latir dentro de tu cuerpo sin alma?

Leivan se dobló hacia delante y se llevó las manos al pecho cuando sintió una terrible punzada. ¡No podía ser cierto!

Hasta los más fuertes caen de rodillas ante su Poder. Nadie es capaz de luchar contra una Estrella, ni siquiera tú, General Leivan.

El General sintió un pánico atroz entumecerlo.

Un demonio con sentimientos no valía nada en el Inframundo y no podría sobrevivir mucho tiempo. ¿Cómo diablos iba a poder culminar su venganza en esas condiciones?

—¡Nooo! —gritó con furia hacia la voz omnipresente.

La luz estalló y lo absorbió por completo.

¡Si eso era un sueño, por Dios, que no terminase nunca!

Pero Briseia sabía muy bien que no estaba soñando: podía sentir toda la dureza del cuerpo masculino bajo el suyo y su tremenda excitación contra sus nalgas; cosa que, en vez de atemorizarla, la hacía sentir extrañamente poderosa.

Se veía hermosa y sensual entre esos brazos de acero y su cuerpo suave encajaba perfectamente con el cuerpo viril de ese dios rubio. Sus miembros se habían vuelto de gelatina por culpa de esa boca y de esa lengua infernales, y su

raciocinio se había ido de vacaciones.

¡No podía creer que estuviera devolviendo ese tórrido beso de forma tan... lasciva! Su deseo, reprimido durante años, había encontrado un modo de escapar y se había adueñado de su cuerpo. Esa intuición femenina y antigua le soplabá qué hacer en cada momento.

¡Dios! ¡Esas sensaciones eran tan arrolladoras!

Su boca experta la estaba volviendo loca y alimentaba un sinfín de gemidos placenteros. La había convertido en una depravada porque quería mucho más; quería ir mucho más allá de unos besos con ese demonio ruso.

¿A qué estaba esperando para quitarle el maldito vestido de una vez?

De pronto, Briseia tuvo la impresión de que una especie de luz había logrado filtrarse entre sus párpados cerrados para llegar hasta su cerebro y devolverle así un poco de cordura.

¡Virgen Santa! ¿Pero qué le estaba pasando?

¿De verdad quería que un demonio peligroso la tomase en ese sofá como a una vulgar fulana? ¡Desde luego que no! Ella valía mucho más que eso.

Se concentró para luchar contra esa envolvente sensación de placer y dejar de besarlo, pero fracasó estrepitosamente. No podía dejar de hacerlo. Era como dejar de respirar. Su boca despertaba sensaciones exquisitas y desconocidas en lo más profundo de su ser y su cálido abrazo la hacía sentir protegida.

¿Protegida? ¡Pero qué tontería!

Ese demonio estaba utilizando un poderoso hechizo para seducirla y su naturaleza especial la ayudaba a percibirlo de forma nítida.

Su brutal deseo por un desconocido iba más allá de lo normal. Se sentía dispuesta a hacer cualquier cosa para complacerlo, y eso no entraba en su forma de ser.

Tenía que pararle los pies cuanto antes o se perdería irremediabilmente. Ella no era un corderito que iba tranquilamente a la matanza. Era una luchadora.

El primer paso era dejar de agarrarlo por la nuca como si se estuviera

ahogando y empujarlo con delicadeza hacia atrás para no volver a herir sus sentimientos, aunque fuese una medida un tanto estúpida.

Briseia se decidió y deslizó las manos hasta llegar al torso duro como una roca. Sin embargo, él no dejó de besarla y lo siguió haciendo como si estuviera a punto de devorarla. No podía concentrarse de esa forma: su cabeza le daba mil vueltas, pero tenía que hacer algo para detenerlo.

La única solución era sumergirse en su mundo interior como cuando pintaba tras haber recibido esas imágenes incomprensibles de batallas entre ángeles y demonios. Ahí nada podía alcanzarla.

Colocó una mano sobre el corazón de su malvado seductor ruso para lograr empujarlo, pero, de pronto, una enigmática luz traspasó la barrera de sus ojos cerrados y la trasladó a un lugar desconocido. Abrió los ojos y se encontró de pie, en medio de la nada, solo rodeada de luz. Era como si una fuerza superior hubiese arrancado su alma de su cuerpo para obligarla a hacer un viaje astral. Y, por desgracia, no era una cosa nueva para ella.

Entonces se tranquilizó para poder adivinar en qué lugar se encontraba y la imagen cambió súbitamente. Ahora, estaba en medio de un lujoso salón de estilo rococó, tan recargado de cuadros y de objetos preciados que realzaba una opulencia de cierto mal gusto.

A la persona que vivía allí, le gustaba presumir de sus riquezas sin lugar a duda...

En ese momento, Briseia se dio cuenta de que ya no estaba sola en el salón: varias personas, ataviadas con trajes del siglo XVIII, estaban sentadas en sofás y sillones, y tomaban el té. Parecían estar esperando algo y un hombre, situado cerca de la chimenea de mármol, daba la sensación de estar un tanto nervioso.

Un mayordomo, elegante y serio, entró en la estancia y anunció a alguien. Briseia se percató de que había hablado en ruso y de que ella lo había entendido perfectamente. Pero no dejaba de ser una anécdota en un mar de rarezas, y estaba acostumbrada a ese tipo de situaciones.

Antes de que pudiese observar a la persona anunciada que acababa de entrar, se fijó en una de las mujeres sentadas en el sofá de forma casi imperial. Era una joven muchacha rubia y delicada con una piel tan hermosa que parecía hecha de porcelana, pero sus ojos azules eran fríos y tan inexpresivos como

unas piedras preciosas sin vida. Su rango tenía que ser importante por la forma en la que miraba a los demás.

A su lado, una mujer entrada en años la contemplaba como si fuese la Creación personificada y a Briseia no le gustó la sonrisa complacida que esbozó la joven dama.

Todo su ser denotaba una pretensión sin límites.

Cuando un oficial rubio se inclinó ante ella tras quitarse el tricornio, Briseia abrió los ojos de par en par al ver de quién se trataba. ¡Era Leiv, su demonio ruso!

Lo observó con avidez, apuntando mentalmente todos los detalles de su fisionomía: tendría unos veinticinco años y llevaba el pelo largo y recogido en una coleta; sus ojos eran mucho más luminosos que en la época actual y brillaban de pura felicidad. El contraste con la frialdad de la delicada muñeca de porcelana era aterrador.

Después de cumplir con todas sus exigencias, había venido para pedir su mano y todo su ser irradiaba orgullo y alegría.

La joven novia seguía sin inmutarse y cuando su madre dio el visto bueno, el oficial se arrodilló ante ella y le cogió la mano para besarla, dedicándole una mirada llena de amor. Ella, en cambio, aprovechó un descuido de su madre para echarle una ojeada misteriosa al hombre apartado que observaba toda la escena con cara de pocos amigos.

Estaba claro que ahí había gato encerrado...

Una cierta confusión se apoderó de Briseia. ¿Por qué estaba viendo todo eso? Normalmente, ese tipo de acontecimiento extraño solía desarrollarse en medio de sus sueños, y no a plena luz del día y en la situación en la que se encontraba.

Quizá el contacto físico con el cuerpo de Leiv había actuado como catalizador.

Antes de que Briseia pudiese ahondar en ese tema, la imagen cambió y se encontró en una habitación llena de preciosos vestidos tirados en el suelo sin miramiento. Sentada delante de un espejo, la joven dama rubia, ataviada con un ligerísimo camisón, estaba deslizando un peine en su melena repleta de tirabuzones. No estaba sola: el misterioso hombre de la escena anterior estaba

cómodamente instalado en la mullida cama.

¡No hacía falta ser un genio para adivinar lo que acababa de ocurrir en esa habitación!

Pero lo que más impactó a Briseia fue la conversación que tuvo lugar a continuación: la princesa rusa —esa joven fría y calculadora era una princesa de la corte imperial rusa en tiempos del zar Pedro I— estaba aprovechando una de las numerosas campañas de su esposo para planear su asesinato con la ayuda de su amante.

Se había cansado del general y de sus patéticos esfuerzos para darle la vida que ella se merecía. Pronto sería una joven viuda y podría hacer lo que le diese la gana.

Briseia sintió un profundo asco remover sus entrañas.

¡Pobre Leiv! Se había enamorado de la persona equivocada y esa estúpida niña mimada quería deshacerse de él como si fuese un trapo sucio. Ella conocía a muchas jóvenes de ese estilo por frecuentar las altas esferas de la sociedad adinerada, y siempre la sacaban de quicio.

En aquella época, su demonio ruso era humano. ¿Qué habría pasado para que se convirtiese en ser demoníaco? ¿Tendría que ver con ese intento de asesinato por parte de su consentida esposa?

Si era así, no era tan malvado como pensaba porque no...

Una luz cegadora inundó la estancia e interrumpió esas cavilaciones al tiempo que una voz poderosa, y muy familiar, se elevaba por encima de su cabeza.

¡No quiero que sientas compasión por ese demonio! Ha venido a por ti y tú eres su objetivo. Tienes que luchar porque tu vida corre peligro.

Briseia entrecerró los ojos para ver mejor, pero no veía nada. Solo podía oír la voz de su Protector.

—Pero... ¿qué puedo hacer yo? —preguntó, titubeante.

Tenía la impresión de haberse convertido en el actor Charlton Heston haciendo de Moisés en la película *Los Diez Mandamientos*. Solo faltaba que algún árbol se pusiera a arder.

Ahora será más débil que nunca. Aprovecha esa ventaja y lucha contra él.

—¿Cómo voy a luchar contra un demonio? —gritó ella con incredulidad.

No escuches sus mentiras y no te dejes seducir. El Infierno está lleno de buenas intenciones...

—¡Eh, un minuto! ¡Vuelve! —llamó Briseia con impotencia.

Una explosión de luz la devolvió a su cuerpo y al momento presente.

En un movimiento enérgico, Leivan cogió a la humana por los brazos y se echó para atrás para poner fin a ese increíble beso. La sensación de bienestar había sido reemplazada por un atroz sentimiento de pánico que lo alcanzaba en oleadas *devastadoras*. Notaba cómo su corazón retumbaba con más fuerza que antes en su pecho y cómo su sangre latía en sus oídos.

Se sentía... vivo, y eso era aterrador.

¿Qué le había hecho esa mujer, o lo que fuese? ¿Era posible que le hubiese devuelto parte de su alma?

Eso no tenía sentido, ni siquiera en su mundo. Solo un ángel o un demonio de categoría superior era capaz de hacer algo así, y ella no era ninguna de las dos cosas.

Leivan inspiró con fuerza para volver a tener una respiración normal ya que resoplaba fuertemente como si hubiese corrido una *maratón*, lo que tampoco era muy habitual en él.

Su cuerpo seguía tenso y excitado, muy excitado...

Se sentía febril y ansioso. Ese beso no era suficiente. Quería saborear mucho más de su joven pintora y no por cumplir esa peligrosa misión.

Paseó la mirada sobre ella con avidez y, de pronto, se sintió mucho más sereno, como si su tacto y su presencia lo hubiesen tranquilizado de inmediato. Era tan hermosa, con ese rubor virginal tiñéndole las mejillas. Su respiración estaba tan agitada como la suya y sus pechos redondos subían y bajaban con rapidez en una dulce tentación. A pesar de haberse serenado, el deseo no andaba muy lejos y se preguntó qué sabor tendrían y si ella gritaría mucho cuando él los lamiese a conciencia.

Su pelo se había soltado por completo y caía en suaves ondas castañas sobre sus manos, que seguían aferradas a sus menudos brazos. Su tacto era ligero como una pluma y tenía ganas de hundir la nariz en esas ondas para respirar ese exquisito perfume.

Esa boca voluptuosa, hinchada por sus besos, permanecía entreabierta reclamando de nuevo su atención, y él estaba más que dispuesto a complacerla.

Una luz suave los envolvía como si estuvieran solos, en medio de un escenario desierto, atrapados por ese único foco. Tenía la impresión de que el mundo había dejado de existir a su alrededor y de que solo ellos dos habían logrado sobrevivir.

Un sudor frío le recorrió la espina dorsal.

¡Por todos los demonios! Por primera vez en toda su existencia demoníaca se había convertido en el perdedor. Esa insignificante humana acababa de tumbarlo sin apenas esforzarse y, sin embargo, no se sentía ni frustrado ni furioso.

No se sentía derrotado. Se sentía bien.

Pero su entrenamiento militar no podía permitirle aceptar ese hecho con una sonrisa y sin intentar nada para cambiar esa situación. No aceptaría que esa sensación placentera se apoderase de todo su ser sin más. Aún estaba a tiempo. Tendría que utilizar esos recursos oscuros escondidos dentro de él y que había obtenido luchando contra seres mucho más poderosos.

Leivan empezó a recitar mentalmente la fórmula antigua que desbloqueaba ese poder oscuro adicional, pero en ese momento ella alzó una diminuta mano y le acarició la mejilla con ternura, tocándolo como ninguna otra mujer lo había hecho antes, ni siquiera su propia esposa; y todo se fue al traste.

Su mirada celeste resplandecía por culpa de esa extraña luz que emanaba de todo su ser, como si unas frágiles estrellas hubiesen nacido en ella. Esos ojos luminosos lo tocaban y se adentraban en él, en busca de su alma perdida.

Su propio corazón parecía haberse convertido en un pájaro asustado dentro de una jaula. Esa mirada era capaz de destruir su fortaleza y de arrancarle las capas de maldad que había colocado a lo largo de los siglos para sobrevivir.

Sé quién eres y te veo tal y como eres...

Estaba perdido. Ese ser lleno de luz se iba a tragar sus tinieblas para siempre.

¿Y qué pasa con tu venganza?

Ese pensamiento, unido a la fugaz imagen de la Zorra Celestial, le devolvió parte de su instinto belicoso y le permitió reaccionar. En un segundo, reactivó la barrera protectora e hizo desaparecer los resquicios de esas sensaciones agradables que permanecían dentro de él.

Tocaba retirada. Había perdido esa batalla, pero no estaba dispuesto a perder la guerra. Tendría que analizar esos nuevos elementos y trazar un plan mucho más elaborado para obtener lo que quería.

Se había dejado sorprender por su objetivo, pero haría todo lo posible para que eso no volviese a pasar nunca más.

Briseia no entendía lo que estaba ocurriendo.

Una imperiosa e inexplicable necesidad la había empujado a tocarlo, lo que había desencadenado una reacción incontrolable. Era como si su alma se hubiese tragado mucha luz e intentase abrirse camino dentro del cuerpo de Leiv para contaminarle con esa luminosidad. Como si fuese una exploradora intrépida adentrándose en su mundo de oscuridad para intentar liberarlo.

¿Pero cómo era capaz de hacer algo así? ¡Era una locura!

Había mucho sufrimiento dentro de él: siglos de soledad y de pruebas para lograr sobrevivir; horrendas torturas físicas y mentales, y obscenas escenas de lujuria desenfrenada. También había víctimas, muchísimas víctimas...

Todas cayeron en sus redes de encanto, pero no había triunfalismo por ello: todo su ser reflejaba una extrema lasitud, como si fuese un guerrero cansado de luchar.

Cansancio y odio. Un odio desencarnado que alimentaba todo su organismo y se concentraba en una sola meta: destruir a un ser de apariencia engañosa.

Briseia vio una imagen de una melena rubia, pero no logró discernir de quién se trataba dado que el contacto se rompió sin previo aviso, y todo por

voluntad del demonio.

La luz y el calor reconfortante se esfumaron en un segundo. Ella parpadeó y dejó caer la mano, completamente confundida. Tenía la sensación de que su cerebro estaba embotado y de que acababa de salir de un trance.

¿Todas esas cosas increíbles que había visto eran de verdad?

No tenía dudas de que la respuesta era afirmativa, aunque le costase volver a la realidad. Su naturaleza especial era mucho más aterradora de lo que pensaba. Por lo visto, le otorgaba el poder de adentrarse dentro de las almas, o como se llamase, de los seres extraordinarios que la rodeaban. Y eso a pesar de las dudosas intenciones de esos entes hacia ella...

Ahora tenía la confirmación de que Leiv Petrov era un demonio, y no precisamente de los débiles. Era un poderoso General demoníaco y lo habían mandado expresamente para destruirla. Ella era su objetivo, pero pudo comprobar en persona que algo más potente lo motivaba: su odio hacia cierto ser rubio.

¡Señor! Menos mal que estaba acostumbrada a vivir fenómenos paranormales desde su más tierna infancia porque cualquier otra persona necesitaría internarse en un hospital psiquiátrico una temporada después de eso. Pero no solo no estaba asustada por lo vivido, sino que se había marcado un generoso propósito: devolverle la paz a Leiv. Estaba convencida de que ella era la única persona con dones especiales capaz de hacer algo así.

No quería luchar contra él. Quería ayudarlo, y eso a pesar de que iba a por ella. ¿Tendría tendencias suicidas o algo por el estilo?

Él no era bueno. Era malvado, determinado y muy muy sexy.

Pero ella había entrado en su ser y había logrado encontrar una tenue luz de esperanza. No todo él estaba envuelto en tinieblas. Quedaba una ínfima parte de claridad.

Briseia sintió una nueva resolución crecer en su interior. Si lograba arrancar lo que quedaba de su alma a la oscuridad, habría hecho la mejor buena acción de su vida y se sentiría más que satisfecha. Aunque no iba a ser tarea fácil a tenor de cómo la miraba el General demonio en ese momento. Con una frialdad tan extrema y acerada que resultaba casi mortal.

No, no parecía estar por la labor de dejarse salvar sin más...

Leiv se levantó del sofá, tras soltarle los brazos con delicadeza, y le dio la espalda para recolocarse bien la camisa. Briseia supuso que también era una forma de reponerse de esa extraña conexión por lo que ella aprovechó para retocar su peinado y alisar el vestido arrugado.

Se sentó de un modo adecuado e inspiró con fuerza a la espera de nuevos acontecimientos.

¿Cuál iba a ser su próximo movimiento? ¿Seguiría intentando seducirla?

Estaba muy confusa en cuanto a ese tema y gran parte de ella deseaba volver a sentirse atrapada entre esos brazos musculosos. Tampoco podía olvidar el modo en el que la había besado, como si no hubiese un mañana. Esa boca era un peligro en toda regla en un conjunto masculino que venía ya muy completo...

Briseia no pudo reprimirse y le echó un vistazo a ese culo prieto que bien merecía un monumento.

¡Basta ya! Tenía ganas de darse golpes para dejar de tener ese tipo de pensamiento, pero ese demonio la enloquecía con una simple vista. ¡Y qué vista!

Pensaba que esa atracción letal era cosa del hechizo, pero estaba comprobando que no era así. Esa química entre ellos dos no era provocada, aunque Leiv la hubiese llevado al extremo gracias a sus poderes demoníacos. Pero tampoco podía olvidar que ella era su objetivo.

El juego no había terminado. Solo se había transformado levemente.

Briseia se tranquilizó para poder reprimir ese deseo insensato. Ella también tenía una misión ahora y si su naturaleza especial era capaz de salvar a una sola alma condenada, usaría sus dones particulares a conciencia.

Estaba lista para seguir. A ver quién de los dos ganaba esa contienda.

Leiv se dio la vuelta lentamente hacia ella, con una sonrisa tranquila en los labios, como si no hubiera pasado absolutamente nada; como si ella no se hubiese adentrado en lo más profundo de su ser. Su rostro reflejaba una serenidad absoluta. No cabía duda de que era un actor consumado.

—Lamento mucho que mi falta de control te haya asustado, Briseia —se disculpó tuteándola. Lo contrario, después de lo vivido, hubiese sido ridículo

—. No sé lo que me ha pasado. Normalmente no soy tan... atrevido, pero tú me gustas mucho...

¡Ya, claro! ¡La estrategia de tú-eres-única! Pero esa mentira no tenía efecto sobre su mente, al contrario de su cuerpo.

Briseia le devolvió una sonrisa tranquila y decidió seguir con ese juego.

—Acepto tus disculpas, Leiv. Nos hemos dejado llevar por la pasión, pero somos adultos y podemos tomarnos las cosas con más tranquilidad. Me gustaría conocerte mejor e ir poco a poco.

La sonrisa del demonio se tornó misteriosa, llena de promesas oscuras.

—No sé si podré controlarme y tomarme las cosas con calma. Tu sola presencia me vuelve distinto...

Ella no dejó de sonreír, pero entrecerró levemente los ojos.

—Oh, estoy segura de que sabrás contenerme. Además, me gustaría preguntarte muchas cosas sobre ti y tu verdadera esencia...

Los ojos verdes de Leiv brillaron de un modo peligroso.

—¿Cómo dices?

Briseia le miró con una exasperante calma.

—¿No pensarás que me he olvidado de nuestro tema de conversación antes de ese... arrebato? Tu precioso tatuaje es más luminoso que nunca.

No le dio tiempo a reaccionar y se plantó ante él con desafío.

—Estoy convencida de que esa conexión brutal entre nosotros te ha afectado tanto o más que a mí, y exijo respuestas. Yo no soy como las demás mujeres, Leiv, y ya va siendo hora de que te des cuenta de ello. Me gusta afrontar las cosas de cara y las mentiras no funcionan conmigo.

Al oír esa declaración de intenciones, la cara del demonio no pudo ocultar un leve asombro. Briseia se alejó dos pasos y añadió:

—Mañana hay una cena privada prevista con el comprador de mi cuadro, así que le diré al comisario que te dé toda la información para que puedas ir. De esta forma tendremos todo el tiempo del mundo para poder hablar.

El rostro de Leiv se volvió de piedra y la tensión se hizo palpable en la

salita. Briseia se apresuró a salir de allí.

—Y, ahora, si me disculpas, tengo una cita con el alcalde —dijo con la mano en el pomo de la puerta—. Nos vemos mañana.

Cerró la puerta tras ella y soltó un suspiro de alivio.

Había podido percibir un brillo asesino en la mirada del demonio pero, por otra parte, estaba segura de que era la primera mujer que había sido capaz de decirle las cosas con sinceridad y de plantarlo sin más.

Y eso, viniendo de una débil humana como ella, era toda una hazaña.

Isla Vormsi, horas más tarde

Alexis hizo un gesto con la mano para deshacer el Portal Oscuro que había usado para llegar hasta la isla Vormsi, situada a tres kilómetros del continente. Allí, su Señor poseía una casa solariega escondida en un frondoso bosque y protegida por un hechizo que imposibilitaba su localización. Sin embargo, no era muy habitual que el General se trasladase a ese lugar estando inmerso en una misión.

Y tampoco era muy normal que lo llamase al cabo de tan pocas horas.

Algo andaba mal...

—¿Mi Señor? —llamó el demonio Sombra antes de adentrarse en la casa para rastrear la energía de su Amo.

No había mucha luz y fuera era de noche y seguía nevando. Pero la escasa visibilidad no era un problema para Alexis porque, al igual que todos los demonios, veía perfectamente en la oscuridad más completa.

Se encaminó hacia la sala principal, en la que antaño las familias ricas del continente solían reunirse y asistir a los bailes de verano. Las cortinas de terciopelo verde, las sillas tapizadas, los cuadros antiguos y el clavicordio eran de aquella época y no se habían tocado. El tiempo parecía haberse detenido en esa estancia.

Su Señor no era un demonio nostálgico y estaba encantado con las nuevas tecnologías del mundo moderno, pero solía volver a esa casa cuando necesitaba reflexionar intensamente. O cuando algo no salía como lo esperado...

Alexis se detuvo en el dintel de la puerta y se quedó momentáneamente petrificado ante lo que veía: ahí estaba su Señor, en medio de la sala de parqué brillante, iluminada por algunas velas, y delante de un enorme espejo de pie ovalado. Estaba desnudo de cintura para arriba, cabizbajo, y todos sus músculos se tensaban sin parar, como si una mano invisible lo estuviera golpeando por dentro.

Numerosas gotas de sudor recorrían su piel dorada y resoplaba como si estuviera sufriendo un martirio.

—¡¡Mi Señor!! —gritó Alexis, precipitándose hacia él.

Una luz azul se había detenido sobre su torso y parecía estar dibujando un símbolo en forma de estrella sobre su pectoral izquierdo, marcándolo como si fuese un rayo láser.

El General alzó la mano y detuvo su avance. Aguantó el dolor hasta que esa extraña luz se alborotase y desapareciese sin más. Cuando volvió a levantar la cabeza, el humo blanco que salía de su pecho se difuminó hasta convertirse en una delgada línea.

Alexis se quedó en blanco por culpa del miedo.

¿Acaso los ángeles estaban intentando llevarlo a su bando con ese ensayo de marca angelical?

—¿Tengo cara de haberme hecho amiguito de los plumas? —refunfuñó el General antes de secarse el sudor de la frente con la mano.

—Perdona mi confusión, mi Señor, pero ¿qué ha pasado? —preguntó el demonio Sombra, acercándose a él.

Leivan respiró varias veces sin dejar de observar esa leve marca en el espejo.

—Esto es la consecuencia de mi encuentro con la humana —explicó muy serio.

Alexis frunció el ceño, perdido.

—¿Me estás diciendo que nuestro Príncipe ha encontrado una nueva forma de castigarte?

—No, él no tiene nada que ver con esto —resopló Leivan—. Es ella... el estar con ella. El contacto con su piel me ha hecho esto.

El temor brilló en los ojos azules del demonio.

—Ningún ser humano es tan poderoso.

—Pues ella lo es. ¿Qué has averiguado con los Mesana? ¿Has tenido tiempo de sacarles información?

Alexis soltó un gruñido.

—Negativo. ¡Esos tres viejos chiflados no soltaron prenda! Es más, parecían más precavidos que de costumbre. Fijo que alguien se ha adelantado y les ha hecho una visita.

—Dazel... —masculló Leivan entre dientes.

—No he podido rastrear su energía, pero es muy probable que se haya dejado caer por ahí. Ahora entiendo por qué se interesa por esa humana si es tan poderosa...

Leivan entrecerró los ojos.

¿Esa era la meta de la Zorra Celestial? ¿Apoderarse de Briseia para controlar toda esa potencia?

Pues si era así, no pensaba dejar que ese asqueroso engendro se saliese con la suya. Pensaba luchar contra ella hasta el final.

—Los Mesana no suelen ser muy habladores, pero es probable que el Ángel Caído haya logrado bloquearlos —reflexionó Alexis en voz alta—. Lo único coherente que pude entender fue una frase en latín que si se traduce viene a ser: «Ella es la Estrella Redentora; Ella es la Salvación». Pero, normalmente, es una fórmula dirigida a la Virgen María y no tiene mucho sentido si se aplica a una simple humana...

Alexis dejó de hablar y le echó una mirada preocupada a su Señor.

Debía estar viendo algo espantoso en el espejo porque la expresión de su rostro era una mezcla entre angustia y horror.

—Pues yo creo que tiene mucho sentido, chaval —consiguió murmurar el

General—. Mira en el espejo.

Por regla general, ese tipo de utensilio era muy útil dado que era un arma eficaz a la hora de encerrar a un demonio inferior de manera atemporal. Afortunadamente, no servía de nada contra los demonios de alto rango y solo se utilizaba para espiar a posibles víctimas o para proyectar un hechizo.

Por lo tanto, Alexis obedeció a su Señor sin preocupación, pero lo que vio dentro del espejo lo llenó del temor más absoluto.

El reflejo del General era igual a su propia apariencia, pero no era una anomalía dado que él nunca había tenido un reflejo demoníaco verdadero como los demás y había logrado conservar su fachada humana. Lo que era aterrador era la imagen de miles y miles de almas femeninas congregadas a su alrededor y en distintas posturas: algunas lloraban con las manos levantadas hacia el cielo; otras gritaban, presas de la histeria, mientras que sus compañeras intentaban elevarse porque todas, absolutamente todas, se estaban quemando por culpa de unas llamas azules.

El Purgatorio. Era una fiel visión dantesca del Purgatorio.

—¿Lo estás viendo, *Shatan*? —inquirió Leivan con una voz que no denotaba su miedo.

—Sí... mi Señor —balbuceó el demonio con asombro.

De repente, el alma de una mujer morena, con el rostro bañado en lágrimas, logró llegar hasta el reflejo del General y quiso agarrarse a él.

—¡¡Por tu culpa!! —chilló, desesperada, con la boca deformada—. ¡Estamos aquí por tu culpa! ¡Condenadas a arder entre terribles sufrimientos!

El alma gritó más fuerte cuando una mano invisible tiró de ella hacia atrás. Las otras se lamentaron con fuerza y luego la imagen volvió a la normalidad, como si esa visión infernal no hubiese sido real.

Alexis resistió el impulso de dejar caer su boca por culpa de la incredulidad. En varios siglos de existencia como demonio, era la primera vez que veía algo así y no entendía nada.

—¿Qué... qué ha sido eso, Señor?

El rostro del General parecía haber envejecido de repente.

—Es la imagen de mi condena, de mi eterna condena... —musitó con cansancio.

Una punzada de dolor, que no tenía nada que ver con el humo residual provocado por la luz desconocida, le estaba perforando el corazón. En tiempos normales, no habría sentido absolutamente nada frente a esa horrenda visión de almas femeninas torturadas por su culpa, pero ahora estaba sufriendo por ellas y el amargo sabor de los remordimientos estaba invadiendo su paladar.

¡Maldita sea! El Arcángel tenía razón. El contacto con Briseia le había devuelto parte de su capacidad de sentir algunas emociones.

Y la culpabilidad no era una sensación muy agradable.

Leivan inspiró con fuerza y se pasó una mano por su cabello rubio; gesto completamente inhabitual en él.

Se sentía confuso y muy cansado. Tenía ganas de... no sabía de qué tenía ganas. Necesitaba sentarse y descansar un rato. Mientras su fiel teniente se paseaba de un lado a otro, muy nervioso, alzó una mano para desplazar una silla y llevarla hasta él.

Se dejó caer en ella y cerró los ojos, abatido.

Siglos y siglos de preparación y de dedicación absoluta para fracasar tan cerca de la meta. No había tenido más remedio que seducir a todas esas mujeres. Era su cometido: lo habían utilizado y moldeado para convertirle en un despiadado seductor.

Pero ahora sentía tanta pena por ellas y por esas vidas truncadas...

Un minuto. ¿Se estaba justificando? ¡Pero si él era un demonio! ¡Toda su maldita existencia giraba alrededor de la tentación y del pecado!

Esos pensamientos confusos eran el fruto de esas nuevas sensaciones y de nada más.

Como siempre, Leivan recurrió a su dosis cotidiana de rabia para salir de esa situación. ¿Acaso algún Arcángel había tenido compasión de él? ¿Alguien lo había ayudado cuando ese ente le había tendido esa trampa para convertirlo en demonio?

Nadie. Nadie había acudido a rescatarlo. Ningún ángel lo había salvado.

¿Y ahora él tendría que cargar con la culpa de todo lo ocurrido?

Pues no estaba dispuesto a hacerlo. Y tampoco estaba dispuesto a complacer a su Príncipe Vicioso. Solo de pensar que Asmodeus pudiese poner sus asquerosas manos sobre Briseia, se enfurecía más que nunca. No pensaba permitirlo.

Soltó un bufido y miró a su alrededor con rabia. En definitiva, tenía un serio problema.

—Es una misión imposible, Señor... —murmuró Alexis de repente, muy quieto.

Leivan le echó una mirada. En sus manos había aparecido un extracto del Grimorio Oscuro, una especie de catálogo para clasificar y dejar constancia de cualquier fenómeno extraño en el mundo humano, y que todos los demonios de rango superior poseían. Pero el General y sus subordinados solo podían consultarlo de forma breve.

—Ella es un Shenna, un canal... —prosiguió el demonio Sombra, leyendo en voz alta las informaciones que estaba descubriendo. De pronto, su rostro se volvió tan blanco como una pared y sus ojos se abrieron como si fuese un búho—. No... no puede ser...

—¡Suéltalo ya, chaval! —ordenó Leivan con autoridad.

Alexis lo miró con el rostro completamente desenchajado.

—¿Has oído hablar de las *Deva*?

El General sintió que la angustia volvía con fuerza.

—Claro que he oído hablar de esos seres *maravillosos*, pero no se dan entre los humanos.

—Pues puede que esa joven sea una excepción porque su descripción coincide por completo con la del Grimorio: una Estrella tan brillante que lleva a la Iluminación de todos los seres creados...

Leivan tensó la mandíbula al oír eso.

Una Estrella Redentora de almas... ¡Qué fantástica noticia!

Briseia, su joven y deliciosa pintora de ángeles y demonios, se asemejaba bastante a lo que era una *Deva*: un alma tan pura y luminosa que era capaz de

obrar milagros incluso entre los demonios más poderosos.

¿Alguien daba más? Era una misión suicida. No podía luchar contra ella y Asmodeus lo sabía perfectamente. No era una prueba: era una nueva trampa mortal. Pero, en vez de venirse abajo, el General sintió que la determinación volvía a apoderarse de cada célula de su cuerpo para prepararlo de cara a esa nueva e intensa batalla. Si tenía que desaparecer, lo haría con todos los honores.

—Dime, *Shatan*, ¿existe un hechizo lo suficientemente oscuro y potente como para seducir a una casi Santa? —le preguntó a Alexis con una mirada desafiante.

Capítulo 5

Briseia suspiró con resignación al ver su cara ojerosa en el espejo del magnífico cuarto de baño del piso-taller. Había intentado disimular esas marcas oscuras dibujadas debajo de los ojos con el mejor de los maquillajes, pero no lo había logrado.

Parecía no haber dormido durante semanas. ¡Y todo eso gracias a un guapísimo demonio rubio que conseguía atormentarla incluso en sus sueños! Bueno, más o menos...

Estaba acostumbrada a soñar cosas raras que no entendía como escenas apocalípticas de batallas entre el Bien y el Mal o mensajes angélicos transmitidos por esa voz conocida; pero, esa vez, el sueño había tenido un matiz muy diferente y muy inquietante. Era como una clara advertencia de lo que le podría pasar si se empeñaba en rescatar el alma condenada de su demonio seductor.

Aun así, le daba igual. Sabía, por fin, cuál era su camino en esa vida sin sentido y pensaba seguirlo hasta el final.

Cuando la noche anterior Briseia cerró los ojos pensó que iba a poder soñar con el pasado de Leiv gracias a esa inusual conexión que se había establecido entre ellos dos. Pero lo que se manifestó no fue su pasado sino sus crueles actos pasados.

Como de costumbre, recordaba cada detalle del sueño a la perfección. Se despertó en un lugar desconocido y oscuro, en el que hacía un calor terrible y olía a azufre. Pensó que se encontraba en el Infierno y decidió no moverse: si se adentraba demasiado en ese lugar, corría el riesgo de quedarse atrapada para siempre. De pronto, se oyó un grito femenino y luego otro y otro; y, segundos más tarde, nada más.

Una imagen se materializó ante sus ojos, una imagen que no le resultó muy agradable. Era Leiv desnudando a una mujer morena, prometiéndole el mayor placer posible a cambio de su alma. Al principio la joven se negaba, pero luego cedía y se dejaba seducir y atrapar gracias a la maestría del demonio.

Entonces Briseia oyó la voz de la mujer en su mente.

Eso fue solo el principio de mi condena. Yo era una mujer casada y aburrida, y él me prometió placer. ¡Y vaya si me lo dio! Nunca había disfrutado tanto con otro cuerpo...

Esa parte del sueño no le gustó nada porque sintió algo muy extraño y desagradable en el pecho.

Sin embargo, no tuvo mucho tiempo para hacerse preguntas sobre esa sensación dado que el alma de esa mujer tomó forma muy cerca de ella. Tenía el rostro completamente deformado por culpa de la angustia y del dolor, y las lágrimas resbalaban sin cesar sobre sus mejillas hundidas. Se echó a los pies de Briseia e intentó agarrarse a sus piernas sin éxito.

¡Por favor, Estrella, ayúdanos! ¡Ayúdanos a encontrar la luz!

De repente, centenares de almas femeninas aparecieron e imitaron a su compañera. Todas vestían harapos sangrientos y llevaban el mismo collar con cadenas en el cuello. En ese momento, Briseia alzó las manos en un claro gesto de impotencia, sintiéndose abrumada y desesperada ante el sufrimiento eterno y palpable de todas esas mujeres.

No eran inocentes y habían pecado de distintas maneras, pero no se merecían un castigo tan cruel. Muchas eran muy jóvenes e inexpertas; presas fáciles para un seductor consumado.

Pero ¿qué podía hacer ella aparte de soñar con el Infierno, el Apocalipsis y el Paraíso? Era humana. No tenía poderes demoníacos.

Eres mucho más que una simple humana y lo intuyes. Eres la Estrella de la Mañana.

¿Y eso qué significaba ahora?

Recordaba haber leído ese título en el pedestal de una estatua representando a la Virgen María. Ella no era una Virgen y no era inmaculada. Deseaba al demonio, y mucho.

Nuestras almas son prisioneras de un Príncipe demonio mucho más temible que ese General. Él solo es su esbirro y su esclavo.

Briseia sonrió al oír eso.

Sabía que Leiv no era tan malvado como intentaba aparentar y que quedaba un punto de luz en él. Pero la voz del alma de la mujer morena sonó más firme que antes.

¡No te dejes seducir por él! ¡Es la mejor arma de ese Príncipe demonio! No dejes que atrape tu corazón.

La joven pintora se sintió arrollada por un sinfín de emociones contradictorias. Entonces, ¿qué podía hacer para ayudarlo a él y a sus víctimas?

Todas las almas condenadas desaparecieron de repente, salvo la de la mujer morena. Esta la miró suplicante y levantó las manos hacia ella, como si fuese de verdad la Santa Virgen.

Si consigues que el General reconozca su culpa y se vuelva humano de nuevo, todas seremos libres y podremos salir del Purgatorio.

Así que ese lugar no era el Infierno, sino el Purgatorio. Entonces, quedaba una posibilidad para que esas almas pudiesen salvarse.

¡Tú puedes lograrlo! ¡Sálvanos, Estrella! ¡Sálvanos!

Briseia recordaba haber tendido las manos hacia el alma de la mujer morena, pero unas llamas azules la envolvieron y la hicieron desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Entonces la joven pintora se despertó gritando y completamente empapada en un sudor frío y pegajoso.

Necesitó varios minutos para tranquilizarse y para que su corazón volviese a un ritmo normal. Luego, bajó a la cocina para tomarse algo caliente pero, en vez de intentar volver a acostarse, se lanzó a por su portátil para buscar información sobre los términos Demonio, Purgatorio y Estrella.

Total, que había dormido muy poquito la pasada noche. Y eso se reflejaba en su cara.

Briseia se irguió con determinación. De ninguna manera su cara ojerosa y su falta de sueño iban a impedir que tuviese esa cena privada con su perverso demonio. Ni siquiera ese aviso fantasmagórico lo iba a lograr. No pensaba descansar hasta haber rescatado a todas esas almas, la de Leiv incluida.

Si su destino era acabar muerta o condenada por intentarlo, que así fuese. No tenía nada que perder y nadie la esperaba en este mundo, ni siquiera sabía

dónde se encontraba su madre. Sus amigos y su familia se pondrían tristes, claro, y llorarían su pérdida, pero había encontrado un propósito sagrado que iba más allá que su simple existencia.

Siempre intuyó que su don tendría una contrapartida y, por lo visto, el momento de pagar había llegado. No podía desperdiciarlo y necesitaba usarlo para una causa noble. Además, las fuerzas demoníacas estaban intentando hacerla caer y tenía que defenderse.

Briseia se recolocó un mechón del moño de lado que llevaba y sonrió con bravuconería a su reflejo. Por regla general, no solía ser tan atrevida y decidida, pero dentro de media hora cenaría con un peligroso demonio rubio que no la dejaba indiferente y pensaba ganar esa nueva partida. Cuando ella tomaba una decisión, nada ni nadie podía pararla.

Sus hermanos habían pagado muy caro ese error. La subestimaron pensando que era una muchacha frágil e indefensa, e hicieron todo lo posible para que terminara en la calle sin un duro. Pero ella había sacado las uñas y logró recuperar la parte de herencia que le correspondía y algo más.

No se sentía superior a nadie, pero no le gustaba que la gente no la tomase en cuenta por culpa de esa apariencia dulce y muy femenina. Claro que, en ese caso, no se trataba de dinero sino de un enfrentamiento con unos demonios. Pero la determinación a no dejarse pisar por nadie seguía siendo la misma.

Sin embargo, esa situación presentaba un problema mucho más peliagudo que su firmeza o su valor frente a las fuerzas demoníacas: esa irremediable atracción hacia Leiv. No paraba de pensar en él y en sus besos, recordaba una y otra vez las palabras terribles del alma condenada de la mujer morena, pero no servía de mucho.

Era consciente del peligro extremo que corrían su alma y su cuerpo, sobre todo su cuerpo, pero no eliminaba en absoluto las ganas locas que tenía de encontrarse de nuevo con esos ojos verdes misteriosos y de poder volver a observar con fascinación esa boca pecaminosa. Solo de pensar en esa voz aterciopelada susurrándole palabras osadas al oído, le provocaba millares de escalofríos por todo el cuerpo.

Sabía que él también la deseaba y que no era una mera obligación para cumplir con su objetivo o lo que fuese. Esa conexión eléctrica entre ambos no se podía fingir, pero tampoco podía olvidar que era un experto en el tema de la

seducción contundente.

Aunque no siempre había sido así. Ella había visto una ínfima parte de su pasado y, en aquella época, él era un hombre enamorado de cara dulce y de ojos brillantes y vivos. A buen seguro de que tenía un futuro *maravilloso* y prometedor por delante y de que el Destino se encargó de truncarlo para siempre. Ahora, la rabia y el odio cohabitaban en lo más profundo de su ser y su apariencia se tornó mucho más oscura y peligrosamente sexy.

¿Quedaría algo de ese despreocupado humano en él?

Briseia estaba más que dispuesta a averiguarlo.

Se miró en el espejo y sonrió, decidida. Llevaba un vestido «midi» de corte envolvente en tono morado y con mangas largas que era perfecto para una cena no demasiado formal, y el tono rosado de la barra de labios atenuaba las marcas de cansancio de su rostro. Estaba lista para el combate.

Salió del cuarto de baño y se encaminó hacia la habitación. Cuando entró allí, tuvo la sorpresa de encontrarse con Mónica, que la esperaba sentada en la cama con una expresión triste en la cara.

—Hola, Moni. ¿Pasa algo? —se preocupó inmediatamente Briseia.

En muy pocas ocasiones había visto a su amiga triste. Mónica siempre derrochaba energía como un verdadero torbellino.

La aludida le echó un vistazo y soltó un silbido típicamente masculino.

—Estás impresionante, Bri.

—¡Venga ya! —se rio ella—. ¿Has visto mi cara de zombi?

Pero Mónica no se rio con ella y le dedicó una mirada preocupada.

—Estás realmente muy guapa y eso no me gusta nada...

Briseia frunció el ceño y se acercó a ella.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó a su amiga, sentándose a su lado.

Mónica suspiró y desvió la vista hacia el suelo, como si no pudiese mirarla a los ojos. ¿Pero qué narices le pasaba a esa chica? Parecía avergonzada y bien sabía Dios que ella se consideraba una mujer moderna y libre, y que nunca se avergonzaba de nada.

—¡Ay, Bri! Ayer metí la pata hasta el fondo —soltó sin mirarla—. Mi comportamiento fue horrible y juro que no quise ponerte en evidencia delante de nadie. Es solo que..., que fue superior a mí, y no sé cómo explicarlo. Me crees, ¿verdad? —le preguntó de repente, mirándola con angustia.

Briseia cogió una de sus manos entre las suyas para tranquilizarla.

Por supuesto que te creo —le contestó con una sonrisa.

¿Qué mujer era capaz de resistirse a los encantos demoníacos de Leiv? Ella lo había logrado a duras penas y porque su naturaleza era un tanto especial, pero Mónica no había tenido ninguna posibilidad contra el hechizo del demonio.

De ahí que su comportamiento hubiese sido un pelín más descarado de lo normal...

—No pude aguantarme y me entró de todo en el cuerpo —prosiguió Mónica, ajena a esos pensamientos—. ¡En cuánto vi una oportunidad para acercarme a ese hombre, tuve que entrarle a saco! Y yo no me comporto así, salvo cuando estoy borracha, pero ayer no lo estaba.

—Bueno, no te tortures más. Ya pasó.

—¡No, Bri! ¿No lo entiendes? —se alteró la chica morena—. ¡Ese tío es un peligro! Es demasiado sexy y tiene algo muy extraño. Basta con mirarlo para perder la cabeza y obsesionarte con acostarte con él.

¡Madre mía! Era exactamente lo que le había sucedido a Briseia estando con él.

—Y ahora vas a cenar con ese hombre...

—No pasa nada. Todo irá bien —intentó tranquilizarla.

—¡Esto es una locura, Bri! —exclamó Mónica, cogiéndola por los brazos—. ¡Podría ser un psicópata manipulador o un violador que mete cosas en las bebidas!

—A ver, Moni, estaremos en un lugar público y habrá montones de camareros y de gente cenando en la planta baja del restaurante.

—Sé que suena a comentarios de mujer despechada, pero ese tío me da muy mal rollo y no quiero que te ocurra algo espantoso. Tengo un mal

presentimiento.

«¡Pues ya somos dos!», pensó Briseia.

Mónica tenía toda la razón del mundo y hacía bien en sospechar de Leiv, pero ella no podía dar a conocer su verdadera esencia porque esa información pondría en peligro la vida de su amiga. Y ella no estaba dispuesta a que eso pasara. No tenía miedo de lo que le podría pasar, pero sí le asustaba que la vida de sus amigos y de los familiares que le quedaban estuviera en peligro.

—Tranquilízate, Mónica —le dijo, cogiendo sus manos entre las suyas—. Te prometo que no me pasará nada.

Como respuesta su amiga la estrechó entre sus brazos.

—Te quiero mucho, Briseia. Eres buena y generosa, y me has tratado muy bien —murmuró, apretándola con ternura—. No quiero que te pase algo malo.

Ella le devolvió el abrazo y se sintió afortunada por tener amigos como ella. A pesar de su carácter peculiar, podía contar con Mónica para ayudarla y para apoyarla en cualquier situación.

De pronto pensó en Leiv y en su tormentoso pasado. ¿Habría tenido algún amigo para ayudarle y aconsejarle? La respuesta era claramente negativa dado que se había convertido en demonio. Ella pudo sentir la espantosa soledad que asolaba lo que quedaba de su interior.

La melodía del móvil que avisaba de los mensajes sonó y la sacó de sus pensamientos.

—Debe ser un SMS del chófer para decirte que ya ha llegado —apuntó Mónica, levantándose.

—Así es —dijo Briseia tras comprobarlo—. Me espera en la puerta.

Mónica se cruzó de brazos e hizo una mueca.

—¿De verdad tienes que ir a esa cita? —insistió con una mirada preocupada.

La joven pintora se rio para quitarle importancia.

—¡Ay, Moni! ¿Cuándo te has vuelto tan... madre? No me va a pasar nada. Solo es una cena.

Fue hasta el armario para coger el abrigo largo de lana color beige.

—Es más, mi móvil estará encendido toda la noche. ¿Te vale?

—Puff, más o menos —contestó su amiga haciendo un puchero—. Pero voy a seguir con el papel de Omaita y te voy a esperar despierta hasta que vuelvas.

Briseia sonrió y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Eres imposible.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Y no te creas nada de lo que te diga ese tío —le encomendó con seriedad.

Briseia la miró con sorpresa.

—No soy tan ingenua y lo sabes.

—No se trata de ser ingenua, chica. Ese... hombre tiene un cuerpo de infarto y una labia impresionante, y maneja esas dos cosas a la perfección. Cualquiera puede caer.

—Lo tendré en cuenta, Mónica.

Su amiga asintió sin sonreír y ella salió de la habitación para bajar la escalera e ir al encuentro del chófer.

¡Si Mónica hubiese descubierto que no andaba muy desencaminada en cuanto al encanto especial de Leiv, le habría dado un buen jamacuco!

Pero ella no pensaba dejarse distraer por ese físico impresionante y por ese deseo incontrolable. Pensaba plantarle cara de manera firme y pasar olímpicamente de las exigencias de su propio cuerpo. La cuestión era averiguar si eso era posible.

Leivan llevaba ya diez minutos en el exquisito salón privado del lujoso restaurante gourmet del centro de Tallin. Había acudido al lugar con antelación para poder estudiarlo con precisión y también para colocar un nuevo hechizo,

que esperaba fuese más eficaz que el anterior.

Esos minutos a solas eran vitales para él porque necesitaba concentrarse intensamente para llevar a cabo ese nuevo plan de seducción, aunque supiese que, en el fondo, iba a resultar bastante inútil. Era casi imposible contrarrestar los efectos de la esencia de una *Deva* sobre un cuerpo demoníaco y él había recibido un impacto bastante fuerte.

Su barrera protectora no se había recuperado del todo y se notaba algo extraño. Se sentía nervioso y ansioso y, debajo de la camisa negra y desabrochada, la línea delgada y blanquecina que quedaba del encontronazo con la luz desconocida parecía lanzarle pinchazos recordatorios.

No podía mentirse a sí mismo: ardía en deseos de volver a ver a su joven pintora y eso le provocaba ataques de pánico ante esas sensaciones olvidadas.

Parecía haberse convertido en un joven humano enamorado y para luchar contra esa impresión, visualizaba la cara de la Zorra Celestial una y otra vez en su mente para no perder de vista su meta. Pero, de vez en cuando, la imagen de Briseia conseguía colarse y hacía que los latidos de su corazón se dispararan.

¡Estaba más que fastidiado! Pero de ninguna manera iba a abandonar la lucha.

Leivan acarició la mesa con la mano, para disimular un nuevo sello demoníaco, y recorrió la estancia con la mirada. El salón privado se encontraba en la planta superior del restaurante y estaba decorado en tonos marrones que hacían juego con los paneles de madera, situados detrás de él, y con las mesas de caoba.

Las cómodas sillas y las elegantes cortinas también llevaban colores marrones y blancos y, a su izquierda, había una ventana doble con vistas panorámicas sobre la vieja ciudad y el mar Báltico.

Se notaba la exclusividad del lugar gracias a pequeños detalles como, por ejemplo, ese preciado jarrón de cristal situado en el centro de la mesa con una rosa en el interior. No se había escatimado en esfuerzos para que la velada fuese de un romanticismo ideal, pero Leivan se enfureció al pensar que la joven pintora hubiese podido cenar con uno de esos viejos rechonchos y viciosos de la subasta.

Ese ataque repentino de furia lo descolocó un poco. ¿Qué más le daba con quién cenara esa humana? Ella seguía siendo un punto clave de su venganza y nada más. Entonces, ¿por qué imaginarla cenando con otro lo enfurecía tanto?

Bueno, no podía perder el tiempo con esa pregunta. Tenía que concentrarse al máximo para no fallar esa vez.

De pronto sintió que Alexis le mandaba una señal para avisarle de que Briseia estaba llegando. Antes de dirigirse al restaurante, los había colocado a él y a varios demonios de su confianza en unos puestos de vigilancia para que espiasen a la humana desde fuera, dado que no podían entrar en la protegida casa-taller.

Y ahora ella acababa de cruzar el umbral de la puerta.

El General reprimió el absurdo impulso de pasarse una mano por el pelo.

¡Maldición! ¿Qué puñetas le estaba pasando? Ah, sí; eran esos dichosos sentimientos residuales que se habían liberado de su cárcel y que amenazaban con ahogarlo.

Se sentía tan nervioso y tan inseguro... ¿Él, inseguro? ¿En serio? ¡Pero si había liderado grandes tropas imperiales con tan solo veintiocho años! Sin embargo, esa situación era muy diferente. Él era muy diferente.

Tenía que reaccionar. Ya no era un joven humano inexperto y era necesario luchar para sobrevivir. No tenía otra opción.

Cuando un estilizado camarero abrió la puerta del salón privado, Leivan se levantó de la silla y cogió entre sus manos el ramo de rosas rojas que había traído para Briseia. Sus labios esbozaron una sonrisa seductora. Ninguna mujer, por muy divina que fuese, podía resistirse a ese tipo de atenciones. Pensaba retomar el juego de la seducción donde lo había dejado.

Entonces, ella entró en el salón, tras dejar el abrigo a manos del camarero, y la sonrisa encantadora fue menguando hasta desaparecer. Su corazón empezó a latir a un ritmo vertiginoso y un deseo brutal le retorció las entrañas.

¡Por todos los demonios! Estaba realmente preciosa.

Recorrió ese cuerpo voluptuoso con una mirada hambrienta. Llevaba un vestido en tonos morados que se amoldaba perfectamente a sus curvas, realzando esos pechos que él estaba deseando probar. Sus piernas suaves

estaban enfundadas en unas medias color carne y calzaba unos zapatos negros de tacón mediano.

Su pelo largo y sedoso estaba recogido en un moño puesto a un lado de su hermoso y dulce rostro, enmarcándolo de una forma irresistible. Esa boca carnosa y pintada en tonos rosados lo llamaba como si fuese un canto de sirena.

Leivan pareció olvidarse de la estrategia de defensa y clavó la mirada en la suya. Esos ojos azules lo atraparon por completo y, por segunda vez, el mundo dejó de existir a su alrededor.

Solo estaban ellos dos. Solo contaban ellos dos.

Ella era pureza y generosidad, y un halo de luz emanaba de su piel y la rodeaba. Él era la noche oscura y desolada, y ella era una estrella en el firmamento. Los dedos le quemaban por querer tocarla.

Su *maravillosa* mirada era limpia y honesta. No había maldad o crueldad en ella. Ni juegos sucios. Ni traición.

Briseia lo miraba con franqueza, sonriéndole con ternura. Lo veía tal y como era, más allá de esa apariencia seductora. Veía lo que había dentro de él.

Leivan salió del trance y apretó con fuerza el ramo de rosas.

Estaba perdido. Irremediablemente perdido. Ella le había devuelto parte de su corazón y este latía como un loco por ella, y solo por ella. Todo lo demás ya no tenía importancia.

Briseia inspiró profundamente para aplacar sus nervios antes de entrar en el salón privado. Optó por quedarse con la cartera de mano con el móvil dentro, tal y como se lo había prometido a Mónica, pero ese lugar estaba mucho más apartado de los demás comensales de lo que pensaba.

Bueno, no pasaba nada: se iba a meter en la boca del lobo de igual forma.

Sonrió para aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir y se encaminó hacia su invitado. Y entonces su corazón se detuvo repentinamente...

El señor Petrov, o como se llamase, estaba impresionante.

Peligrosamente oscuro y sexy. Tan irresistible.

Llevaba un carísimo traje negro, con una camisa también negra y desabrochada. Como no llevaba corbata, se podía ver su piel dorada y a Briseia se le hizo un nudo en la garganta. Toda esa oscuridad resaltaba su piel bronceada y el tono verde oscuro y misterioso de sus ojos.

Sintió una descarga eléctrica en su interior y el hecho de que ese demonio insoportablemente deseable la estuviera observando como si quisiera devorarla no la ayudaba precisamente.

¡Adiós a las buenas resoluciones! Se sentía a punto de desfallecer y le gustaba demasiado lo que veía. Había cierta vulnerabilidad detrás de esa mirada ansiosa y el detalle de haberle comprado flores la enternecía más de la cuenta.

Era adorable, aunque no hubiese nada gentil o ñoño en él. Más bien todo lo contrario. Era un general tenebroso y poderoso.

«¡Y miente más que un vendedor de aspiradoras! No lo olvides», se encomendó a sí misma.

En efecto, no podía perder de vista ese pequeño detalle por su propio bien. Era un embustero nato. Todos los demonios lo eran.

Briseia le dedicó una mirada sincera y se detuvo cerca de la silla. Había venido aquí para obtener respuestas y para acercarse a él lo suficiente como para devolverle a su antigua realidad, y nada más. Tendría que pasar del hecho de que estaba tan guapo como un dios pagano y de que ella estaba deseando que la volviese a besar con esa boca hecha para el pecado y el placer.

O de que oliese tan bien, con ese perfume viril que empezaba a nublarle los sentidos.

«¡Basta ya, Bri! ¡Compórtate!», se ordenó sin dejar de sonreír.

No podría ganar esa partida de otra forma.

—Buenas noches, Briseia —la saludó Leiv con una sonrisa torcida y deliciosamente perversa—. Me he tomado la libertad de traerte flores, pero no pueden competir con tu belleza.

—Buenas noches, Leiv, y muchas gracias por el ramo. Me encantan las rosas —contestó ella cogiendo las flores para olerlas y así disimular el intenso placer que sentía.

¡Uy! ¡Ese demonio sí que sabía tomar en cuenta todos los detalles!

Lo tenía todo controlado, desde luego.

—¿Un beso de paz para enterrar el hacha de guerra? —le dijo con un tono divertido antes de apoyar esas cálidas manos en sus hombros para darle un beso en la mejilla.

Briseia reprimió el impulso de cerrar los ojos. ¡Olía tan bien y su perfume era tan... excitante!

Peligro. Tenía que estar más alerta o se iba a dejar seducir en un santiamén.

Leiv retiró la silla de forma caballerosa para que se sentara y le cogió el ramo de rosas de las manos para apartarlo. Ella pensó que, si no se hubiese tratado de una cita romántica con un demonio que quería algo más que su cuerpo, esa velada hubiese sido perfecta.

El sitio era *maravilloso* y muy refinado, y las luces de la ciudad y del puerto brillaban como luciérnagas en la noche. Era un ambiente perfecto y muy incitante.

—¿Te gusta este lugar, Leiv? —le preguntó de repente y sin saber por qué.

Se sentía tan bien en ese momento que no había podido refrenarse.

—Mucho —contestó él con una mirada que daba a entender que no se estaba refiriendo al salón en absoluto.

Briseia se ruborizó hasta la punta de su pelo y la llegada del camarero la salvó de soltar un tremendo suspiro.

¡Por Dios! Ese demonio era imposible y convertía su cerebro en gelatina con una sola mirada.

El camarero, vestido de forma impecable y con pajarita, le preguntó a Leiv en inglés por las bebidas, pero este le contestó en estonio.

—¿Qué quieres tomar, Briseia? —le preguntó a ella en español—. ¿Agua mineral, ya que no tomas alcohol?

—Sí, perfecto —respondió ella con una sonrisa.

Astuta jugada. Un leve pinchazo recordatorio del enfrentamiento de ayer para dejar claro lo que él quería de ella. Apuntado.

El camarero les dejó dos cartas y se fue a por las bebidas.

—¿Hablas muchos idiomas? —atacó ella, escondiendo su rostro tras la carta escrita en inglés.

—Muchos. Es esencial para ser un buen coleccionista de arte.

Briseia bajó la carta para mirarlo a los ojos.

—¿Coleccionista de arte? ¿No eras militar? —preguntó de forma inocente.

Leiv esbozó una sonrisa sensual y peligrosa.

—Eso era... antes.

Briseia le devolvió la sonrisa y volvió a mirar el menú.

—Sí, hace muchos siglos —convino, siguiéndole el juego—. Por cierto, el uniforme dieciochesco te sentaba de *maravilla*.

¡Bomba va! A ver cómo reaccionaba ahora.

—¿Otra vez con esas fantasías de pintora? —le dijo él con voz divertida.

Briseia cerró la carta y la dejó sobre la mesa. Ya, no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Sabes muy bien que no son fantasías y no puedes negar lo que pasó entre nosotros ayer —apuntó ella con una mirada determinada.

La sonrisa de Leiv se volvió más oscura y, sin previo aviso, atrapó su mano con la suya.

—Por supuesto que no voy a negar que me volviste loco de deseo y que si no me hubieses interrumpido, te hubiese demostrado con actos hasta dónde llegaba esa locura —recalcó con una voz cargada de deseo—. Quiero saborear tu cuerpo, Briseia. Cada rincón de tu delicioso cuerpo.

La aludida abrió mucho los ojos y un calor *devastador* se apoderó de ella. No se esperaba una jugada tan directa ni que le gustase tanto oír aquello. Ella también se moría de ganas de dar rienda suelta a ese deseo que se estaba ensañando con su cuerpo.

De repente, su pulsera pareció quemarle la muñeca y eso le permitió reaccionar. No podía dejarse embaucar por sus palabras.

Sería demasiado fácil caer en la tentación.

—Puede que esa estrategia funcione con las demás mujeres, pero no conmigo, Leiv —enfaticó, clavando sus ojos azules en los suyos.

Un leve desconcierto cruzó la mirada del demonio, como si no estuviera acostumbrado a ese tipo de respuesta, pero recuperó la compostura rápidamente.

—Solo digo la verdad sobre lo que siento por ti —insistió con una sonrisa sensual.

—Dudo mucho que sepas lo que es la verdad —soltó ella con rostro serio.

Leiv enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que soy un mentiroso? —preguntó con voz peligrosa.

Briseia no se dejó intimidar y decidió retirar su mano.

—Así es. Un mentiroso y un embaucador, pero es muy normal dada tu naturaleza.

El demonio guardó silencio y su rostro permaneció impasible. Parecía estar estudiándola a fondo, como si estuviera buscando un posible fallo. Su forma de actuar denotaba una experiencia militar; una experiencia de siglos.

El camarero reapareció oportunamente con las bebidas y un aperitivo, y señaló que el primer plato no iba a tardar mucho. El menú había sido elegido de antemano por el alcalde y era una degustación para dar a conocer las especialidades de la región.

A Briseia le encantaba probar nuevas comidas y en otra ocasión habría disfrutado de lo lindo, pero esa noche no tenía mucha hambre por culpa de la mirada implacable de su invitado.

No parecía estar molesto por ese último comentario y la seguía contemplando como si ella fuese el primer plato.

Briseia prefirió mirar su vaso mientras que él daba vueltas al whisky escocés sin perderla de vista. No tenía ganas de pelearse, pero necesitaba respuestas.

Llevaba años esperando a alguien capaz de explicarle el porqué de esas visiones y en qué consistía su naturaleza especial. Por desgracia se había

topado con un demonio sexy que no estaba dispuesto a decirle la verdad, pero tenía que intentarlo.

Y ella conocía un solo camino: la franqueza absoluta.

—Mira, Leiv, nos vamos a dejar de rodeos —apuntó, clavando su mirada en la suya—. Tú y yo somos diferentes al resto de los mortales y no pertenecemos a la misma... raza. No conozco la razón exacta de tu presencia aquí, pero yo he visto cosas de tu pasado. Normalmente, no suele ocurrir de esta forma, pero ya has visto mis cuadros y sabes que no soy muy... normal.

Briseia dejó de hablar para observar su reacción, pero él seguía sin inmutarse, observándola como si fuese un predador al acecho.

Y eso no era muy bueno...

—Vale, no sabía que mi capacidad llegaba tan lejos, pero te he visto en el pasado, allá en el siglo XVIII, y he visto a una mujer rubia... —prosiguió ella, atenta a las expresiones de su rostro—. Tu mujer...

Los ojos verdes de Leiv llamearon y Briseia se echó para atrás de forma inconsciente.

—No sigas por ahí... —murmuró con voz peligrosa.

Ella frunció la boca con terquedad.

—No pararé hasta saber la verdad —recalcó con el ceño fruncido—. Sea cual sea tu propósito, no lo vas a conseguir.

Un silencio tenso se apoderó del salón. Leiv bebió de su copa con aparente tranquilidad y Briseia siguió fusilándolo con la mirada. Ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder.

—¿Mi propósito? —repitió Leiv al cabo de varios minutos—. Estoy aquí, cenando contigo, porque me gustas muchísimo. Estoy aquí porque no paro de pensar en ti y en todas las cosas que quiero hacerte, y ninguna tiene un propósito decente. ¿Quieres saber cuáles son, Briseia? —le preguntó sensualmente, cogiendo de nuevo su mano—. Quiero quitarte esas horquillas de tu sedoso pelo para poder hundir mi nariz en él. Quiero besar la piel satinada de tu cuello hasta llegar a tus magníficos pechos y arrancarte ese vestido para poder admirarlos. Quiero tumbarte en mi cama y explorarte con mi boca de tal modo que tengas que pedirme clemencia...

Briseia respiraba de forma entrecortada y sus pupilas se habían dilatado. Mientras Leiv le decía esas palabras indecentes con un tono bajo y erótico, se había apoderado de su mano y, entre frase y frase, deslizaba la lengua húmeda sobre sus nudillos.

¡Señor! Sentía un profundo anhelo dentro de ella y estaba a punto de explotar. Sabía que la estaba manipulando, pero no podía dejar de imaginar todo lo que le estaba describiendo. No tenía duda de que acostarse con él sería una experiencia prohibida e inolvidable.

«¡No, páralo! ¡Estás cayendo en su trampa!», le sopló su conciencia.

—¡Para! —ordenó Briseia, retirando la mano de un modo un poco brusco—. No intentes hacer eso conmigo. No lo vas a conseguir.

Leiv se echó para atrás sin mediar palabra y su expresión se volvió mortalmente seria.

El golpe de efecto hubiese sido espléndido si Briseia no estuviese resoplando con fuerza, completamente excitada. Se sentía acorralada y al borde del abismo. Que Dios la ayudase, pero ese demonio era muy bueno en lo que hacía y estaba deseando caer con él.

Le echó una mirada aprensiva. Parecía confuso y ligeramente irritado, pero la seguía observando con un deseo salvaje en los ojos.

¡Ay, Virgen Santa! Estaba perdida. Su sangre se había convertido en fuego líquido por culpa de unas simples palabras y por el roce de su lengua.

—Disculpen, Madame, Monsieur. Aquí tienen el primer plato, una especialidad a base de pescado ahumado —interrumpió el camarero de manera providencial—. Que aproveche.

Leiv le dedicó una mirada hosca y le dijo algo en estonio. El pobre hombre se puso blanco, se inclinó y se fue con rapidez.

—¡Tampoco hace falta ser grosero! —apostilló Briseia, apiadándose de él.

—Yo nunca soy grosero —contestó el demonio con altanería, como si fuese un príncipe—. Solo le he pedido que nos dejase saborear este plato.

—Pues parecía muy asustado...

Ella cogió el vaso para beber y tranquilizarse. Volvía a sentirse como un ratoncito bajo su atenta mirada.

El olor de la succulenta comida llegaba hasta sus fosas nasales, pero no la tentaba en absoluto. Tenía el estómago completamente cerrado.

—¿Qué es lo que no voy a conseguir exactamente, Briseia? —preguntó Leiv, volviendo al ataque directo.

Vale, nada de rodeos. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Seducirme. No conseguirás seducirme —reiteró ella con franqueza.

El rostro del general se volvió sombrío y Briseia temió una reacción violenta. Por eso se quedó estupefacta cuando él soltó una sonora carcajada.

—Es la primera vez que una mujer me dice algo así... —murmuró con una sonrisa que le volvía aún más hermoso.

—Pues eso es lo que hay —refunfuñó ella, molesta por la mención de las otras mujeres.

Sin embargo, esa referencia era perfecta para aferrarse a sus buenas resoluciones y no dejarse arrastrar, pero en ese momento no lo veía así.

Dios. Se estaba comportando como una estúpida. ¿De verdad se estaba poniendo... celosa? ¿Celosa de un demonio seductor e irresistible? Ese tipo de reacción no tenía sentido respecto a su forma de ser.

—Briseia, ¿me estás diciendo que no soy capaz de seducirte? —insistió Leiv de un modo sensual y muy peligroso.

El demonio entrecerró los ojos y deslizó un dedo sobre su brazo y su muñeca. Ella se humedeció los labios sin pensarlo y un delicioso escalofrío recorrió su espina dorsal.

—¿Me estás retando, preciosa mía? —le susurró al oído, estando de repente a su lado.

Briseia se giró levemente para poder mirarlo, sorprendida. En un rápido movimiento, Leiv cogió otra silla para sentarse y se inclinó sobre ella con una sonrisa torcida. Era obvio que tenía toda la intención de besarla.

—Quieres desafiarme, ¿verdad? —insistió el demonio, acercando su boca a la suya.

Estaba demasiado cerca para su propio bien. Tenía que parar eso cuanto antes.

—No, no quiero desafiarte —contestó ella, armándose de valor para no caer en la tentación—. No quiero ser como las demás mujeres. Sé exactamente lo que eres y no tengo miedo.

Briseia puso las manos en la hermosa cara del demonio para acariciarla con ternura. Ese gesto pareció sorprenderle al máximo porque abrió mucho sus ojos verdes durante varios segundos, como si no pudiese asimilar lo que estaba pasando.

—No te voy a traicionar. Quiero que me digas toda la verdad —musitó ella, inclinándose sobre su boca.

El demonio cerró los ojos con fuerza, pero no se retiró.

Había mucha tensión en todo su cuerpo y parecía estar luchando consigo mismo. Briseia tuvo la impresión de que un destello de luz acababa de centellear entre los pliegues de su camisa negra.

— No puedo... —soltó Leiv de repente, inclinando la frente para tocar la suya y sin abrir los ojos—. No puedo hacer esto...

Ella también cerró los ojos, presa de una sensación reconfortante y agradable. Por primera vez desde que lo conocía, sabía que su demonio ruso le estaba diciendo por fin la verdad.

Lo había vuelto a hacer. Había vuelto a destruir sus defensas en un abrir y cerrar de ojos. No podía luchar contra ella.

Solo bastaba con que lo mirase con esos ojos azules tan honestos y tan luminosos para que se olvidara del porqué de su presencia allí. Unas cuantas preguntas y respuestas sinceras habían sido suficientes para que se desmoronase por completo.

Había ido para seducirla y era él quien estaba siendo seducido. Le encantaba todo de ella: su voz, su rostro, su cuerpo, esa forma de plantear las cosas y esa fuerza a la hora de buscar la verdad.

A esas alturas, muchas le habrían dejado hacer lo que le diese la gana con sus cuerpos; pero ella no. Lo deseaba, pero se resistía y no por pura

coquetería. Quería algo más de él. Quería algo que había dejado de existir por culpa de una princesa egoísta y prepotente.

¡Por todos los demonios! Ella era una Estrella y lo había descubierto con tan solo mirarlo. Tenía que acabar con esto lo antes posible. Tenía que seducirla y necesitaba su alma poderosa, no para complacer al pérfido Príncipe de la Lujuria sino para llegar hasta Dazel.

¿Pero cómo se seduce a un alma pura que admite, como si nada, que conoce todos tus trucos? ¿Cómo trazar un plan contra una mujer que despierta tantos sentimientos contradictorios en ti?

En ese preciso momento tenía serias dificultades para poder respirar por culpa del torbellino de emociones que giraba en su interior. Como se temía, los sellos demoníacos no funcionaban en absoluto. Ella era demasiado poderosa para ese tipo de hechizos. Él había seguido con su línea de ataque, pero unas cuantas palabras suyas le habían hecho estallar en varios pedazos.

Esa conexión íntima y absoluta era implacable. Briseia había visto trozos de su tormentoso pasado, pero él no había percibido condena o censura en sus ojos color del cielo. Solo un deseo brutal de conocer toda la verdad.

Ella sabía perfectamente cuál era su rango y su verdadera naturaleza, pero ¿podría él expresarlo en voz alta sin más? A pesar de que ella no era una humana normal y corriente, las reglas eran muy claras: admitir la realidad sería desatar el Infierno y condenarla a una muerte espantosa.

Bueno, ¿y eso qué cambiaría? ¿No había venido para arrebatarse el alma y mandarla al Purgatorio con las demás? ¿Qué más daba si era por la vía rápida?

Pero no había llegado tan lejos en la jerarquía demoníaca mintiéndose a sí mismo. Era incapaz de hacerle daño. No conseguía actuar fríamente frente a ella. Perdía los papeles y se volvía inepto y nervioso. No se veía capaz de arrastrarla al Infierno sin más porque ella era demasiado adorable.

Lo había vencido. Lo había vencido con su serenidad, sus caricias tiernas y esa forma de mirarlo. Se sentía capaz de hacer cualquier cosa por esos ojos dulces y comprensivos.

Y eso, siendo un General demonio, era tener un serio problema.

Tocarla era como alcanzar el Paraíso. Ahora su frente descansaba sobre la

suya, y ese simple contacto lo apaciguaba de mil maneras.

Pero ella seguía esperando una cosa que él no podía darle. Además, no era el único depredador al acecho...

De pronto, Alexis mandó una señal de alerta, pero él estaba demasiado enfrascado en sus emociones como para captarla de inmediato. Y eso fue la segunda batalla perdida de la noche.

Cuando Leivan sintió una presencia y abrió los ojos, tenía el cañón de un arma sobre la sien y unos gélidos ojos azules lo miraban con asco y rabia.

—Apártate de mi prima muy despacio, puto engendro —ordenó un hombre joven y moreno en español.

Briseia se quedó petrificada, pero él obedeció y sonrió al Cazador que había venido con ganas de pelear.

La situación acababa de complicarse aún más.

Capítulo 6

—¿Zander! ¿Me puedes explicar qué haces aquí? —exclamó Briseia, mirando a su primo de hito en hito, tras levantarse de un salto.

Zander Caristeas, su primo, la fulminó con su mirada azul, tan parecida a la suya.

—¿Soy yo el que tiene que explicar lo que hace aquí? —le preguntó a su vez de mala manera antes de volver a mirar a Leiv—. Mira, Bri, te va a parecer raro lo que te voy a decir y no quiero que te asustes —empezó a decir tras soltar un suspiro—, pero este de ahí es un puto demonio...

—Lo sé —lo cortó ella, cruzándose de brazos.

Zander no tuvo más remedio que mirarla de nuevo.

—¿Cómo que lo sabes? Bri, ¿me estás diciendo que estás cenando con un puto demonio y que no pasa nada?

—¡Deja ya de decir tacos y de apuntarlo con tu arma! Leiv no me va a hacer daño.

Zander hizo una mueca.

—¿Leiv? ¡Ja! ¡Dudo mucho que Leiv sea su verdadero nombre! —recalcó, apretando un poco más el arma.

—Tranquilízate, Cazador —le dijo el aludido con mucha calma.

—¡Cierra la puta boca! —masculló el otro hombre con una mirada llena de odio—. Sigo sin disparar porque quiero averiguar lo que te traes entre manos, pero no tientes a la suerte.

—¡Basta ya! —se interpuso Briseia—. ¡No vas a disparar a nadie! ¿Se puede saber qué haces aquí? Se supone que eres Policía Nacional en Madrid y ahora resulta que te has convertido en Harry el Sucio, o algo así. ¡Quiero una explicación!

—¿Tengo pinta de ser *Harry el Sucio*? —soltó su primo, enarcando una ceja—. La situación es muy complicada, Briseia, y te daré una explicación a su debido momento, pero ahora vas a salir de aquí conmigo porque este tipo quiere hacerte cosas muy raras.

—No iré a ninguna parte y no pienso permitir que le hagas daño.

—Briiiii... —gruñó Zander, exasperado—. No puedo entrar en detalles, pero estoy seguro de que el rubito ha venido para volverte loca con su cuerpo y así quitarte tu alma. ¿Te parece un buen plan?

—¿Y tú cómo me has encontrado? —preguntó ella, pasando olímpicamente de su teoría—. ¿Me has seguido?

Zander resopló.

—Briseia, empiezo a perder la paciencia. Mónica me ha dado el nombre del restaurante nada más llegar a vuestra casa. Estaba muy preocupada por ti: te ha llamado varias veces y no la has contestado.

Ella se mordió el labio, sintiéndose culpable.

Debió de dejar el móvil en modo silencioso porque no se había enterado de nada. Estaba demasiado ocupada perdiendo la cabeza por un demonio irresistible e intentando sonsacarle información.

Le echó una mirada a Leiv: estaba cómodamente sentado en la silla y esperaba pacientemente el desenlace de esa situación con una sonrisa tranquila en los labios. No había negado en ningún momento que era un demonio. Algo era algo. ¿Podría ser que no pudiera reconocerlo en voz alta?

Quizás su primo podía ayudarla a obtener respuestas porque, al parecer, sabía muchas más cosas que ella sobre ese tema.

—Por favor, Zander, baja el arma. ¿Y si entra algún camarero?

—No te preocupes: me he asegurado de que estén bien ocupados.

—¡Todo un profesional! —se burló ella—. ¿Y qué eres exactamente? ¿Algún cazarrecompensas?

—¡No soy un cazarrecompensas! Me han formado para proteger a la Humanidad de esta alimaña.

—¡Qué fuerte! ¡Llevas años mintiéndome!

—¿Y qué querías que te dijera? —refunfuñó el hombre—. ¡Hola, soy un cazador de demonios!

—Conoces muy bien mis... particularidades. Podrías haberme dicho la verdad.

—¡Decirte la verdad no te habría protegido, Briseia! Tu vida corre peligro por culpa de ese maldito don. ¡Y ahora sal de aquí antes de que me ponga furioso de verdad!

Briseia abrió la boca para replicar, pero en ese momento vio cómo los ojos verdes de Leiv empezaban a llamear, dándole un aspecto muy peligroso.

—No le vas a poner ni un dedo encima, Cazador —amenazó, con un rostro terrible.

Zander gruñó y apretó un poco más el gatillo.

—¡Es una forma de hablar, bicho! ¡Jamás le pondría un dedo encima a mi prima! Eres tú, basura, el que quiere hacerle daño.

Leiv le dedicó una mirada fría y se levantó de la silla con elegancia.

—¡No te muevas! —gritó Zander, desplazando el arma hasta su frente.

—Aprieta el gatillo si quieres, Cazador, a ver qué pasa... —sugirió el demonio con voz burlona.

Zander soltó un gruñido.

—Oh, te crees el rey de la fiesta, ¿verdad, rubito? En cuanto saque a la cabezota de mi prima de este lugar, tú y yo nos vamos a divertir mucho...

—¿Sí? Estoy... ¡expectante!

—¿Expectante? —Zander enarcó una ceja—. ¿Qué clase de puta palabra es esa? ¿Te has quedado atrapado en otro siglo, bicho?

Leiv esbozó una sonrisa torcida.

—Baja el arma y te demostraré lo bien que se luchaba con los puños en mi siglo...

—¡Y una mierda! ¿Piensas que soy tan idiota como para caer en tu trampa? ¡Ahorra tu saliva, rubito!

—¡¡Basta!! —gritó Briseia, empujando a su primo para ponerse entre Leiv

y él—. ¡No aguanto más esta concentración de testosterona! ¿Os queréis tranquilizar, chicos?

¡Humanos o demonios, los machos eran insoportables cuando querían! Esas pullitas la ponían de los nervios. ¿Por qué no hablaban tranquilamente para resolverlo?

—¡Briseia, no vuelvas a hacer eso! —la riñó su primo, desviando el arma—. ¡Esto no es un juguete y está cargada!

—¿Me vas a escuchar ahora? —replicó ella, poniéndose con los brazos en jarras—. Sabes muy bien que soy especial y que no necesito que me protejas como a las demás mujeres. Leiv y yo estábamos hablando y te puedo asegurar que no me va a hacer ningún daño.

—¿Te estás oyendo? ¡Es un demonio! —se enfureció Zander—. ¡Vive para hacer daño a los humanos! ¡Apoderarse de sus almas es la meta de su existencia!

Briseia se volvió a cruzar de brazos.

—Ya, pero resulta que él es diferente.

—¡Venga ya! ¡Cómo no! —bufó el otro—. Anda, quítate de ahí y déjame hacer mi trabajo.

—No.

Zander apretó la mandíbula y Briseia se preparó para resistir pero, de repente, sintió las manos de Leiv en sus hombros.

—No necesito que me hagas de escudo con tu cuerpo —murmuró, inclinándose sobre su oído.

Un calorcito agradable recorrió de arriba abajo a la joven pintora, que ladeó la cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—No quiero que os matéis. Por favor, prométeme que vais a hablar de forma pacífica y que no vais a recurrir a la violencia.

El demonio enarcó una ceja de forma irónica.

—No creo yo que la otra parte esté por la labor...

—¡No la toques! —cortó Zander, tirando de Briseia para separarla de él.

—¿Ves? Lo que yo decía —recalcó Leiv, cruzándose de brazos.

—¡Zander, eres un poquito pesado! —exclamó Briseia, liberando su brazo.

—¡Oh, resulta ahora que el demonio es un pobre corderito que hay que mimar! —ironizó el hombre, echándola hacia atrás—. ¿Qué pasa? ¿Ya ha conseguido hechizarte?

Ella se ruborizó y lo fulminó con la mirada.

—¡Te estás comportando como un crío, Zan!

—¡Estoy intentando hacer mi trabajo, Bri!

Dicho eso, Zander volvió a apuntar a Leiv con el arma, pero este hizo un gesto con la mano y la pistola salió disparada por los aires. El hombre se precipitó para recuperarla y Briseia abrió mucho los ojos.

Ahí estaba la prueba definitiva. Y su primo estaba en muy mala postura.

—Por favor, no le hagas daño —suplicó, acercándose a Leiv.

El demonio la miró intensamente, como si se estuviera perdiendo en la profundidad de sus ojos, y alzó la mano para acariciarle la mejilla con los nudillos.

—No pienso hacerle daño, *Deva*... —musitó con voz aterciopelada.

De pronto, la expresión de su rostro se endureció y la apartó de su lado con una mirada malévola. Ella pudo sentir la fuerza de su poder y la pulsera empezó a quemarle la muñeca. Cuando alzó la mirada, se quedó desconcertada al ver cómo un demonio joven de pelo castaño salía de la pared como si nada.

—Problemas, mi Señor —avisó en un idioma extraño.

—No creo que un solo Cazador sea un problema, *Shatan* —recalcó Leiv, señalando a su primo que lo estaba apuntando a él y al otro demonio con dos armas.

—¿Un amiguito tuyo, rubito? ¡Me puedo encargar de los dos! —vociferó Zander con bravuconería.

El joven demonio ni se inmutó.

—No hablaba de él, mi Señor. El contacto con la *Deva* ha tenido que afectar tu poder de rastreo. Me estaba refiriendo a esta bazofia...

Súbitamente, una especie de agujero negro se materializó muy cerca de la puerta de entrada al salón privado. Se oyeron unos gritos espeluznantes y unas serpientes negras y viscosas se escaparon de ahí y, al segundo siguiente, unos seres de aspecto desagradable hicieron acto de presencia.

Briseia hizo una mueca. Eran como unos mutantes de piel gris con colmillos llenos de sangre y con alas de murciélagos. Eran muy delgados y no parecían saber hablar porque se comunicaban entre ellos con gruñidos. Uno de ellos levantó la cabeza y olfateó el aire, y tras eso la señaló a ella.

Quedaba muy claro lo que andaban buscando. Habían venido a por ella.

—Los *Aswang*; la avanzadilla... —dijo Leiv con aire implacable.

—¿Más amiguitos tuyos, rubito? —soltó Zander, apuntándoles ahora a ellos con cara de asco.

—No podemos hacerlo aquí, mi Señor —señaló el joven demonio, pasando de su primo por segunda vez.

—Está bien. Encárgate de ella —ordenó, echándole un vistazo a Briseia.

El demonio de pelo castaño asintió con la cabeza y ella se tensó. ¡Si ese ser quería hacerle daño, iba a pelear con uñas y dientes!

Entonces todo ocurrió rápidamente: su primo gritó y se abalanzó sobre el joven demonio, pero este lo esquivó y lo echó para atrás con un solo movimiento. Mientras, Leiv se había plantado delante de las criaturas asquerosas y estas se estaban acercando a él, soltando ruiditos como si fuesen hienas hambrientas.

Briseia parpadeó y cuando se dio cuenta, el joven demonio estaba delante de ella y le estaba tocando el cuello.

—¡No! —gritó, demasiado tarde.

—Duerme, *Deva*, duerme —le ordenó el ente de rostro joven con voz suave.

Briseia cerró los ojos y se desplomó en el suelo.

Leivan le echó un vistazo a su lugarteniente para asegurarse de que todo iba bien. Briseia yacía entre sus brazos, pero la expresión de su rostro era de

total relajación.

—¿Qué le has hecho, maldito bastardo? —gritó el primo de la joven pintora a Alexis, sin atreverse a dispararle para no herir a su prima.

—¿Es preciso cargar con él, mi Señor? —preguntó el demonio *Sombra*, entrecerrando los ojos.

—Sí —contestó Leivan, escuetamente.

—¡Deja a mi prima! —siguió gritando el humano, acercándose a él.

Alexis se encogió de hombros y desapareció con Briseia en brazos. Zander soltó un taco y se desplazó hacia Leivan.

—Cálmate, Cazador. —Lo detuvo este con un gesto—. Vamos a dar un paseo.

En circunstancias normales, habría dejado a ese imbécil en compañía de los *Aswangs* con mucho gusto, pero resulta que tenía un serio problema: su voluntad se veía completamente anulada cuando estaba con la *Deva* y era incapaz de desobedecerla, sobre todo si ella lo miraba con esos hermosos ojos azules.

Le había suplicado por la vida de su primo y él no tenía más remedio que sacarlo de ahí vivo. Era una imperiosa necesidad contra la que no podía luchar; cosa que lo enfurecía bastante.

Uno de los mutantes decidió pasar al ataque y se abalanzó contra él. Leivan solo tuvo que mirarlo para que su cuerpo convulsionara y estallara en varios pedazos. Esos seres no representaban una amenaza para él, pero debía procurar que no lo mordiesen o lo arañasen puesto que ese tipo de heridas podían dejarlo fuera de combate durante algunas horas.

Un dato que su verdadero oponente sabía perfectamente. Además, los *Aswangs* eran unos rastreadores natos y no se cansaban nunca de seguir a su presa allá donde fuese. Unos verdaderos sabuesos.

—¡Joder! —exclamó el humano, sacudiéndose para quitarse de encima un trozo del mutante que había caído sobre su brazo.

—¿Qué? ¿Impresionado, Cazador? —ironizó Leivan con una sonrisa desafiante.

El humano le dedicó una mirada malévola y se puso a disparar a los demonios con sus dos armas repletas de balas antidemonios. Sin embargo, esos disparos no conseguían detenerlos y cada vez salían más mutantes del Portal Oscuro que habían utilizado para llegar.

—Tienes que dispararles a la cabeza, Cazador —le aconsejó el General, concentrándose para lanzar un hechizo de desplazamiento—. Pero espera a que estemos en otro lugar para hacerlo.

—¡Y una mierda! —masculló el humano antes de apretar el gatillo.

La rabia empezó a recorrer sus venas y dejó que ese poderoso sentimiento alimentase su organismo. Sus ojos adquirieron un tono verde fosforescente.

—¡He dicho que te esperes! —exclamó, empujando al humano testarudo contra la pared más cercana sin tocarlo.

El golpe fue más rudo de lo que se esperaba, pero le dio exactamente igual. A ver si ese Cazador se quedaba tranquilo de una vez. Pero no tuvo esa suerte.

—¡Me cago en la leche! —soltó el otro, tocándose el brazo y clavándole una mirada asesina—. ¡Esta me la pagarás, rubito! Cuando termine con esos putos zombis, me ocuparé de ti...

Leivan no replicó de inmediato para poder lanzar un hechizo. Recitó en voz alta el encantamiento que abría otro Portal en la pared y que paralizaba momentáneamente a los mutantes.

—Métete ahí y procura que no te muerdan —le dijo al humano con sorna antes de empujarlo dentro del Portal.

El otro no tuvo tiempo de resistirse y fue absorbido por la energía oscura. Leivan lo siguió y cerró el Portal con una palabra demoníaca. Cuando reaparecieron al otro lado, estaban en medio de un lugar desértico lleno de piedras y de rocas.

—¿Dónde coño estamos? —preguntó el Cazador, mirando a su alrededor.

Leivan se quitó la chaqueta y pasó a su lado sin contestarle.

—¡Te he hecho una puta pregunta! —gritó el otro a su espalda.

—Deberías cuidar esa boca. No soporto a la gente maleducada —recalcó

el General sin mirarlo.

—¡Que te den!

De repente, varios demonios vestidos con armaduras flexibles y cuero gris oscuro surgieron de la nada y se desplegaron por todo el terreno. Leivan no se detuvo y siguió avanzando hacia Alexis, que se encontraba cerca de una enorme roca.

—Estamos en posición, mi Señor —dijo uno de los demonios con ojos amarillos.

—Bien. Rodeadlos y que no quede ninguno. A ver si su Amo aparece...

Los demonios soltaron un grito de guerra y el humano se puso muy tenso.

—¿Y qué hacemos con este? —preguntó Alexis, mirándolo de reojo.

—Nada.

El demonio *Sombra* enarcó una ceja.

—Es un testigo y un Cazador, mi Señor...

Leivan le echó una mirada gélida.

—He dicho que nada. No somos los primeros demonios que ve en acción y no sabe dónde se encuentra...

—¡Hey, bichos! ¡*Os estoy oyendo!* —exclamó el aludido con cara de odio.

—Es bastante tocarices... —recalcó Alexis, cruzándose de brazos.

Leivan reprimió un suspiro para mostrar su total acuerdo. Su lugarteniente no se quedaba atrás cuando quería, pero el humano lo superaba y con creces.

Rodeó la enorme roca, que proyectaba una gran sombra en el suelo, y se agachó. Ahí estaba Briseia, con la cabeza apoyada en un pequeño fragmento de la misma y resguardada del peligro y del calor. Parecía estar durmiendo plácidamente, ajena a la horda de mutantes que quería capturarla.

No pudo reprimir el impulso de tocarla y le acarició la frente y la mejilla con ternura. ¿Ternura? ¿Desde cuándo era capaz de sentir eso? El contacto con esa Estrella, que aparentaba una total indefensión, lo había trastornado por completo.

Era tan hermosa con esa piel suave y esa boca que incitaba a los besos

más desenfrenados. El implacable deseo volvió a apoderarse de sus entrañas, pero también se despertó en él un incomprensible instinto protector.

A pesar de que él fuese el primer interesado en arrebatarse su alma, no dejaría a nadie acercarse lo suficiente a ella como para hacerle daño. Ni siquiera a su Amo y Señor.

Una palabra se abrió paso en su mente: posesión.

Quería poseerla, pero no solo físicamente. Quería que fuese suya para siempre. Quería que ella iluminase su existencia eternamente. Y eso era absolutamente imposible.

Ella le había devuelto sensaciones agradables y dolorosas al mismo tiempo. No recordaba haber deseado a una mujer tanto como a ella, ni siquiera a su princesa rusa. No se trataba de una obsesión. Era un sentimiento *devastador* que lo envolvía desde dentro. Era como conseguir un rayo de sol estando en medio de las tinieblas.

Leivan dejó caer la mano con pesar.

¿Desde cuándo se había vuelto tan iluso? No había esperanza para él. Era un condenado, un esclavo demoníaco. Su único aliciente era lograr vengarse de la Zorra Celestial y, si no entregaba a la Estrella a Asmodeus, terminaría encadenado en una celda del Inframundo para sufrir torturas demenciales.

¿Acaso tenía elección? Desde luego que sería un acto de rebeldía insuperable y estaría con Briseia algún tiempo porque no era un demonio inferior. ¿Y luego qué? Probar la manzana y no poder comerla sería la peor de las torturas.

Pero quizá existiese un medio para usar el don de la *Deva* a su favor...

—¡Bri! ¿Estás bien? —gritó el humano, interrumpiendo sus cavilaciones.

El General demonio miró al Cazador con cara de pocos amigos, molesto por la intervención.

—No le pasa nada. Está en un estado de inconsciencia para que no puedan rastrear su energía.

—Oh, ¿y ahora qué? ¿Estamos esperando los fuegos artificiales o algo así? —ironizó el humano, tras comprobar que su prima estaba bien.

Leivan se levantó del suelo y lo miró de arriba a abajo.

—Sí, algo así. Si quieres unirte y sacrificar tu vida por tu prima, por mí no hay problema.

—¡Ni lo sueñes, rubito! Saldremos de este lugar los dos, pero antes te destruiré.

El General demonio le dedicó una sonrisa torcida.

—A palabras necias, oídos sordos —le soltó antes de darse la vuelta y de encaminarse hacia Alexis.

No tuvo necesidad de girarse para saber que el Cazador acababa de hacerle un gesto grosero con el dedo. Desde luego, qué poca educación tenía.

Cuando llegó al lado del joven demonio, este no lo miró y siguió escudriñando el espacio abierto con los ojos entrecerrados.

—Mucha energía oscura para unos perros, digo yo... —comentó con una mueca de asco.

—Es más que probable que su Amo haya manipulado su esencia para hacerlos más resistentes a nuestros ataques.

—¿Y por qué no interviene en persona? Sería mucho más efectivo, ¿no?

—Observar y luego atacar; esas son las reglas básicas del juego, *Shatan*. Primero quiere evaluar nuestra peligrosidad, y luego atacará.

—¡Pues se va a llevar una sorpresa! —sentenció Alexis, con una expresión determinada.

Leivan percibió su exaltación y sus ganas de pelear.

—No participaremos en este combate. Es solo el principio. ¿Entendido?

Alexis lo miró de repente, con una frustración casi palpable.

—¿Entendido, Shatan? —insistió el General.

—Sí, mi Señor —asintió el joven demonio a regañadientes.

—Ya tendrás tiempo de luchar. Pase lo que pase, recuerda que lo más importante ahora es la Estrella. Es mi objetivo y me lo quieren arrebatarse, así que vigílala para que no le pase nada.

Alexis asintió y le echó un vistazo a la humana dormida. Su mirada se topó con los gélidos ojos azules del Cazador.

—¡Acércate, bicho, y verás lo que es bueno! —le retó este, mientras recargaba su Sig-Sauer negra de balas antidemonios.

El joven demonio le dedicó una mueca siniestra.

—¿Es necesario echarle también un vistazo al tocarices? —preguntó como si nada.

—Por desgracia, sí.

Alexis resopló, pero no dijo nada más. No podía hacer otra cosa más que obedecer.

De pronto, se oyó una deflagración y el aire vibró a su alrededor. Los Aswangs habían dado con ellos y venían a por más.

—¡Destruídllos! —ordenó Leivan, observando la escena como un general observaba sus tropas.

El demonio de ojos amarillos, que estaba al mando, asintió e hizo una señal para que los demás sacaran su arma; una especie de sable de hoja de plata curvada. Los demonios formaban un círculo perfecto y estaban listos para atacar.

Cuando los primeros mutantes cayeron literalmente del cielo, se encontraron rodeados y sin ninguna posibilidad de escapar. A medida que caían en el círculo, las hojas plateadas se hundían en sus cuellos, seccionándoles las cabezas, lo que les hacía estallar en pedazos.

Sin embargo, el flujo de los demonios grises era constante, como si alguien hubiese dejado un grifo abierto, pero los soldados del General eran capaces de continuar con ese ritmo hora tras hora, incluso varios días seguidos si era necesario.

El mandamás seguía sin aparecer y Leivan se preguntó cuánto tiempo duraría esa observación.

—¡Qué aburrimiento! ¿Es así como haces las cosas, rubito? —lanzó el humano a modo de pulla.

El aludido lo miró de reojo. El Cazador se había acercado a ellos, pero

mantenía una distancia prudencial con el arma apuntando hacia delante por si acaso. Se había colocado de manera que protegía a su prima.

—Puedes relajarte, humano. Te prometo que no le haré daño —dijo Leivan al sentir la absurda necesidad de justificarse y de tranquilizarle; cosa inexplicable.

—¡Métete tus bonitas promesas donde te quepan, demonio! —replicó el otro con cara de odio.

El General sonrió perezosamente y volvió a centrar la atención en el combate contra los mutantes.

—Alguien debería enseñarle buenos modales a esa rata —refunfuñó Alexis entre dientes.

—Será un placer para mí encargarme de ello en cuanto termine con este asunto —recalcó el General demonio con una sonrisa enigmática.

Pronto estarás conmigo, Estrella. Muy pronto...

Esas palabras, junto al destello de una mirada entre azul y verde, lograron arrancar a Briseia del estado de inconsciencia inducida en el que se encontraba.

Abrió los ojos y parpadeó varias veces antes de incorporarse y de quedarse sentada en lo que parecía ser un suelo duro y lleno de diminutas piedras. Jadeó al instante cuando el aire caliente le dio en la cara: no sabía dónde se encontraba, pero hacía un calor infernal y le dolía la cabeza.

Se pasó una mano por la frente y paseó la mirada sobre el paisaje desértico que había ante sus ojos. Vaya, ¡qué buena idea haberse puesto ese vestido de manga larga para pasar una velada agradable en el desierto! Se estaba asando de lo lindo, pero tampoco podía prever que iba a terminar en medio de la nada en el transcurso de una cena romántica.

Briseia inspiró hondo y recordó todo lo ocurrido antes de despertar. Su primo Zander no andaría muy lejos y esperaba que Leiv hubiese mantenido su promesa de no hacerle daño. Pero también estaban esos mutantes grises que podían atacarlo y herirlo.

Tenía que levantarse y buscarlo rápidamente. No podía dejar que su

bravuconería innata le jugase una mala pasada.

Sin embargo, una cosa era decirlo y otra cosa era hacerlo. Sentía sus miembros temblorosos, como si se hubiesen convertido en líquido.

«Muy bien, solo necesito concentrarme un poco más para moverme», pensó para infundirse valor. ¡Hacía tanto calor!

Logró girarse levemente y apoyó la espalda contra la enorme roca que le daba sombra. Sus piernas eran como plomo y solo conseguía mover los pies. ¿Qué le estaba pasando?

Apretó los dientes y se obligó a levantar la pierna izquierda, pero no dio resultado. Sus miembros inferiores no la obedecían. El miedo se insinuó en ella. Tendría que llamar a su primo, pero ¿era capaz de oírla en ese momento?

De repente, un ruido tintineante llamó su atención y buscó con la mirada su procedencia. Una fuente de agua, situada cerca de sus pies, brotó del suelo y un riachuelo cristalino se abrió paso hasta llegar a su mano, pero se desvió a tiempo como si temiese mojarla.

Briseia tragó saliva. Todo eso era muy extraño. ¿Su Protector estaría intentando ayudarla?

El agua es limpia y refrescante. Tienes mucha sed y deberías de beber, Estrella...

No. No era su Protector. La voz era dulce y femenina, y no la había oído nunca antes. Sin embargo, no se sentía reconfortada por ella: se sentía amenazada.

Bebe, Estrella, bebe. Hace mucho calor.

Briseia empezó a sudar copiosamente. Era como si la voz hubiese accionado algún mecanismo para subir la calefacción. ¿Qué pretendía? ¿Asarla como a un pollo?

Abrió la boca para hablar, pero tampoco lo consiguió. Sus labios se movían, pero ningún sonido salía de su garganta.

Entonces la situación empeoró aún más: una enorme serpiente negra surgió de la nada y empezó a deslizarse lentamente hacia ella. Briseia echó la cabeza para atrás. No era una serpiente normal: su tamaño era considerable y era monstruosa porque tenía una cabeza en cada extremo con una lengua bífida

muy larga.

No tenía duda sobre su verdadera esencia. Era un demonio. Una serpiente malévola como en el Génesis.

Bebe, Estrella, o la malvada serpiente te morderá...

La voz se burlaba de ella descaradamente, obligándola a tomar una decisión. O bebía de esa agua desconocida o se dejaba morder. Pero ella no quería hacer ninguna de las dos cosas.

Estaba entre la espada y la pared, y no conseguía moverse ni un ápice.

Bebe, bebe...

«¡Venga, Briseia! ¡Muévetel!» se ordenó a sí misma.

Cerró los ojos y respiró hondo, concentrándose para llegar a ese estado en el que sus dones especiales surtían efecto. En ese momento sintió cómo la monstruosa serpiente se deslizaba sobre su pierna y eso le dio el empuje definitivo y necesario.

Hubo un chispazo y, con un solo movimiento, Briseia logró quitarse de encima al demonio para poder lanzarse hacia delante con todas sus fuerzas, y ponerse así fuera de su alcance.

—¡Ayuda! —gritó antes de intentar escapar gateando por el suelo.

Mala elección, Estrella...

La serpiente mutó de repente en un ser aún más espantoso dotado de varios tentáculos gigantes. Uno de ellos atrapó su pie y tiró de ella hacia la cabeza principal, cuya boca abierta estaba llena de colmillos afilados y de veneno color verdoso. El monstruo siseaba, furioso.

—¡Briseia! —gritó Zander, disparando sobre el tentáculo que la tenía atrapada.

Ella intentó agarrarse a cualquier cosa para no seguir siendo arrastrada y para darle tiempo a su primo, que seguía disparando a la bestia como un poseso.

—Dispara a la cabeza central, Cazador —intervino de repente Leiv, sacando de detrás de su espalda dos dagas bastante grandes y plateadas, para luego acercarse al monstruo con una expresión letal en el rostro—, o el

próximo ataque será el definitivo.

—*¡No me digas!* —ironizó Zander, antes de hacer lo que el general acababa de decirle.

Pero la bestia era muy inteligente y movía sus otros tentáculos como una barrera protectora que lograba esquivar las balas. El hombre hizo un brusco cambio de dirección para pillarla desprevenida y alcanzarla en la cabeza, pero varios tentáculos lo inmovilizaron en el suelo con brutalidad.

—¡Joder! —soltó su primo con una mueca de dolor.

Mientras, Leiv y el demonio de pelo castaño rodearon al monstruo y lo encerraron en un perímetro circular delimitado gracias a una extraña neblina oscura.

—Me temo que vamos a tener que intervenir, mi Señor —apuntó el joven demonio haciendo aparecer en su mano un sable de hoja afilada.

Leiv no contestó y le echó una mirada helada. El joven demonio frunció el ceño y pareció darse cuenta de la advertencia silenciosa: se dio la vuelta e hizo un movimiento con el sable, al mismo tiempo que decenas de mutantes alados surgían de la nada para rodearlos.

—¡Parece que te han estado observando también a ti, rubito! —se burló Zander, inmovilizado con fuerza en el suelo.

—¡Cállate de una vez, Zan! —intervino Briseia, moviéndose enérgicamente para conseguir liberarse—. ¿Por qué no intentas soltarte en vez de pinchar al personal?

—Eso intento, prima —soltó el otro, mosqueado.

Ella logró moverse un poco antes de que otro tentáculo la atrapase por la cintura para detener sus movimientos. Briseia abrió la boca para soltar un grito de rabia, pero el grito espeluznante de la bestia sustituyó al suyo. De pronto, los tentáculos que la aprisionaban cayeron inertes en el suelo y se vio completamente libre.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Leiv, tendiéndole una mano.

Briseia se cercioró de que su primo también había quedado libre antes de coger su mano para levantarse del suelo.

—Una velada con sorpresas, ¿verdad? —ironizó antes de sacudirse el vestido para quitarse el polvo y constatar que estaba roto en algunos sitios, al igual que sus medias.

El peinado tampoco había resistido al rodeo improvisado con la bestia, pero esos detalles no le importaban porque, de momento, seguía viva.

—El mundo demoníaco es bastante movidito por lo que veo —apostilló, clavando su mirada en la suya.

—Mucho más de lo que piensas —contestó Leiv, acariciando su mejilla con una delicadeza infinita.

¡Ahí estaba su confesión! Pero, claro, negar lo imposible tras haber visto todo ese espantoso espectáculo hubiese sido bastante ridículo. Las palabras ya no servían de nada.

Briseia entrecerró los ojos por culpa de la caricia y del leve cansancio que se estaba apoderando de ella. A pesar del miedo pasado, empezaba a sentirse bien, como si hubiese entrado en una burbuja aislada de placer en medio de ese desierto.

¿Era la mano de Leiv la que provocaba ese extraño efecto en ella?

—¡Apártate de ella, rubito! —rugió su primo, apuntando de nuevo al demonio con el arma y pinchando así la burbuja paradisiaca.

Briseia parpadeó y observó la escena como si acabase de despertar de un sueño *maravilloso*. La serpiente/hidra había quedado reducida a cenizas y los demonios que estaban a las órdenes de Leiv seguían eliminando a los mutantes grises con eficacia puesto que, cada vez, iban quedando menos. El joven demonio parecía estar limpiando la zona con algún conjuro y su primo se había situado detrás de Leiv para amenazarlo con su pistola negra.

Sí, la situación volvía a ser de lo más normal en ese loco mundo.

¿Y ahora qué?

Bueno, lo primero era intentar razonar con el cabezota de su primo.

—Zander, baja el arma —dijo con rostro muy serio—. Te recuerdo que Leiv acaba de salvarte la vida.

—¡Ese detalle me importa un bledo, Bri! —replicó su primo, apretando

más el gatillo.

Leiv se giró levemente para echarle una mirada de reojo.

—Eres muy cansino, Cazador —suspiró, antes de desplazarlo varios metros con un solo gesto de la mano, pero sin llegar a hacerle daño.

A pesar de ese inesperado movimiento, Zander siguió manteniendo el arma en alto con firmeza, y sus ojos azules brillaron con determinación.

—Ya me sé ese truco, rubito. Vas a tener que esforzarte un poco más —lo desafió con una mueca—. Y ahora que estamos solos, toca retomar nuestros asuntos.

Leiv se giró completamente hacia él, nada impresionado.

—No tienes ninguna posibilidad, Cazador, y lo sabes —comentó con tranquilidad.

En ese momento, el joven demonio se situó al lado de Leiv y su expresión se volvió amenazadora.

—Deja que me encargue de él, mi Señor. Este humano ha rebasado todos los límites.

Antes de que el general demonio pudiese contestar, Briseia decidió intervenir para rebajar la tensión que reinaba en el ambiente. Sentía unas ganas tremendas de darle una buena tunda al testarudo de su primo por provocar ese tipo de incidente en vez de buscar un modo de salir de allí con vida.

—¡Vale, Zander, ya está bien! —dijo acercándose a él—. Si me quedo a tu lado, ¿dejarás de comportarte como un imbécil? ¿Vas a bajar el arma de una vez?

El aludido la miró con cara hosca, pero empezó a hacer lo que le había pedido conforme ella se iba acercando.

—Desde luego, Bri, no sé si te has dado un buen golpe en la cabeza o algo, pero no entiendo que defiendas de esa forma a estos demonios.

Briseia se plantó delante de él y se cruzó de brazos.

—Pues yo opino que deberías utilizar el sentido común en vez de la testosterona —recalcó con enfado—. Ellos son mucho más poderosos que tú y saben cómo salir de aquí. Además, y de momento, seguimos vivos gracias a

ellos. Por lo tanto, colaborar temporalmente con ellos me parece la mejor elección, ¿no crees?

—¡Lógica aplastante, prima! —ironizó Zander, guardando al fin la pistola—. Ya veremos qué pasa después...

Leiv y él se enfrentaron con la mirada. Briseia suspiró, exasperada.

¡Era imposible razonar con su primo!

—Mi Señor —intervino el demonio al mando de la tropa—, hemos eliminado a todos los Aswangs como habías ordenado. No queda ni uno.

La expresión del general se volvió sombría.

—Demasiado fácil... —murmuró, entrecerrando los ojos—. Reagrupaos y estad atentos —ordenó antes de echar una mirada circular a su alrededor.

Briseia, que se había girado hacia Leiv y sus demonios, sintió de repente que algo golpeaba su pie. Bajó la mirada, extrañada, y vio cómo una nueva fuente de agua brotaba y se deslizaba hacia el jefe de la tropa, que seguía hablando con el general.

Una repentina sensación de angustia se apoderó de ella antes de que volviese a oír la voz femenina, más gélida que nunca.

Desobedecerme ha sido una muy mala idea, Estrella. Voy a tener que ser más contundente...

Briseia abrió la boca para avisar del inminente peligro, pero volvió a quedarse paralizada de nuevo. Vio cómo el agua golpeaba al demonio de ojos amarillos y lo convertía en estatua de piedra y, al instante siguiente, cómo Leiv, su primo y el joven demonio sacaban sus respectivas armas y se ponían en guardia.

—¡Dazel! —gritó el general con una expresión terrible de odio en la cara—. ¡Manifíestate!

Briseia se derrumbó en el suelo mientras que el joven demonio se precipitaba hacia ella, tras una mirada de su Señor. En ese momento, unos proyectiles oscuros se dispararon por todos los lados como si hubiesen pisado un campo de minas.

Ella observó, impotente, cómo su primo y el joven demonio corrían hacia

el lugar en el que estaba para intentar protegerla, mientras Leiv y los otros demonios ejecutaban un baile mortal con sus armas blancas para desviar los proyectiles.

No podía hacer nada. No podía moverse: sus piernas volvían a estar paralizadas.

Capítulo 7

El odio corría como el ácido por las venas de Leivan y alimentaba su poder y su barrera protectora. A pesar de que no quería participar en la primera batalla para poder analizar al enemigo, la presencia del Ángel Caído lo había obligado a intervenir y se estaba empleando a fondo para que ningún proyectil lo alcanzara a él o a los demás.

Lo que caían sin cesar no eran bombas o flechas. Eran púas de gran tamaño y, sin lugar a duda, muy venenosas. Y Leivan no tenía intención de probar en persona la clase de veneno que llevaban. Ya era suficiente sentir en su propio cuerpo los ecos del poder de la Zorra Celestial que había logrado afectar a Briseia desde la distancia. La joven pintora estaba sentada en el suelo, con su primo a un lado, y Alexis conseguía protegerlos a ambos manteniendo a raya los proyectiles que se dirigían hacia ellos.

Los esfuerzos del Cazador, que disparaba con el arma como si estuviese en un videojuego, eran loables, pero no servían de mucho dado que esos disparos alcanzaban muy de vez en cuando a una de las púas.

Leivan estaba convencido de que su naturaleza impulsiva lo iba a llevar a cometer algún error estúpido, y no se extrañó cuando el humano decidió desplazarse por su cuenta para tener una mejor visión de la situación.

Por él, se podía pudrir en el Infierno, pero había hecho una promesa a su preciosa prima y quería mantenerla, costara lo que costara.

—¡Vuelve aquí, maldito imbécil! —gritó Alexis, sin dejar de manipular el sable con una velocidad paranormal.

Ese leve insulto en boca de su lugarteniente indicaba muy bien que el humano lo sacaba de quicio.

—¡Que te den, demonio! ¡No necesito tu ayuda!

Ante esa respuesta, el General se planteó si debería dejar inconsciente al humano para poder contraatacar en paz, pero vio que este conseguía acertar cada vez más a sus objetivos, así que lo dejó estar.

Tenía otra preocupación en mente: acercarse lo antes posible a Briseia.

Se había quedado un poco lejos de ella y cualquier demonio medianamente poderoso podía aparecer ante ella para llevársela. No dudaba de que esa lluvia de púas era una distracción para aislarla de ellos. Alexis lo sabía también dado que había creado un círculo protector alrededor de la *Deva*.

Al ver que, pasados varios minutos, el lanzamiento de proyectiles no cesaba y que no lograba acercarse a Briseia, Leivan se vio obligado a hacer algo que no quería para no enseñar sus recursos al enemigo: utilizar uno de sus poderes primos.

De todos modos, era inútil tratar de esconder su potencial a ojos de Dazel porque el ente sabía perfectamente que él era capaz de convertir cualquier cosa en bloque de hielo, tal y como hacía uno de los vampiros más antiguos de la Sociedad Vampírica.

El Ángel Caído no había dejado de seguirle la pista durante todos esos siglos, como si fuese su criatura, pero él no logró dar con su paradero exacto. Y eso lo enfurecía más que ninguna otra cosa.

Leivan mandó una señal silenciosa a sus soldados demonios para que dejaran de combatir, y luego alzó una mano hacia arriba.

—¡Hersog!

El efecto de la palabra mágica fue inmediato dado que todas las púas se helaron al instante para luego estallar por culpa de la instantánea congelación.

—¡Todo un espectáculo, rubito! Pero faltan la nieve y los pingüinos... — comentó el Cazador, recargando el arma.

—¿Nunca te callas? —soltó Alexis, dedicándole una mirada peligrosa.

—¡Bésame el culo, guapito!

—Déjalo, *Shatan* —ordenó el General, encaminándose hacia Briseia al sentir cómo la energía de su lugarteniente iba en aumento.

El Cazador era un idiota y un suicida, y no entendía cuándo era el momento de callar. Alexis podía ser muy peligroso cuando quería.

Leivan aprovechó el hecho de que el humano se hubiese apartado de su prima para arrodillarse a su lado y acariciarle una mejilla.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz aterciopelada.

Se quedó petrificado cuando vio su mirada completamente perdida. Algo no andaba bien.

—Peligro... —murmuró ella con voz apenas audible.

Cuando un proyectil desconocido se clavó en su pierna, el General tuvo que reconocer para sus adentros que había caído como un novato en la trampa del enemigo.

La voz femenina se reía sin parar en su mente y ella no podía hacer nada para que dejara de hacerlo. Era una risa fría, exenta de vida, y la estaba torturando como ninguna otra cosa.

Todo ha terminado. Ahora serás mía, Estrella...

Pero Briseia no estaba dispuesta a convertirse en un monigote.

Nadie volvería a mandar en su vida; nadie volvería a considerarla una persona insignificante.

Sintió una fuerza extraña brotar de su interior y logró expulsar a ese ser superior de su mente y de su cuerpo.

—¡Aléjate de mí de una vez! —gritó sacudiendo la cabeza con fuerza.

—No podremos deshacernos de esa cosa tan fácilmente. Tiene demasiada potencia —comentó Leiv con pasmosa tranquilidad mientras el joven demonio, que se había desplazado a una velocidad de vértigo, le entregaba una especie de cuchillo.

—¿Qué vas a hacer? —se horrorizó ella al ver cómo el general demonio se hacía un corte en el pantalón para inspeccionar el proyectil clavado en su pierna.

Él le echó una mirada sorprendida, como si fuese la primera vez que alguien se preocupara por su bienestar.

—Tranquila. Tengo que quitarme esto cuanto antes —le explicó con una dulce sonrisa.

—¡Ja! No te preocupes tanto por él, prima —intervino Zander con el arma de nuevo levantada—. A los demonios superiores no les duele casi nada.

Briseia le dedicó una mirada hostil como respuesta.

—¿Me gustaría saber qué es esa cosa que has llamado Dazel y qué quiere de mí? —preguntó ella, volviendo a mirar a Leiv.

—Briseia, lo siento mucho, pero no es el momento —contestó él con una mano en la pierna y sin mirarla—. *Shatan*, bloquea el perímetro —ordenó al joven demonio.

Pero el aludido no tuvo tiempo de levantar una nueva barrera protectora: tras un destello de luz negra, el lanzamiento de púas venenosas se reanudó mientras nuevos contrincantes Aswangs volvían a surgir de la nada.

—¡Mi Señor! —gritó el joven demonio, haciendo un movimiento con el sable para detener varios proyectiles.

Leiv solo tuvo tiempo de sacarse el cuerpo extraño de la pierna antes de abalanzarse sobre Briseia para protegerla. Pero las púas eran mucho más grandes y peligrosas que las anteriores, y tenían tendencia a acertar más.

—¡¡Bri!! —gritó Zander al ver cómo varias de ellas iban a impactar sobre el demonio y su prima.

Sin embargo, este las congeló al instante con su poder. Pero no contaba con los mutantes grises que esperaban su turno para atacar y clavar sus colmillos con violencia.

Zander se precipitó hacia ellos, disparando a lo loco; pero se vio rápidamente desbordado y rodeado. Oyó cómo su prima gritaba su nombre y pensó que su última hora había llegado. Sin previo aviso, un grito estridente y casi metálico irrumpió en el cielo y una ráfaga violenta de aire, producida por el batir furioso de unas alas poderosas, se levantó en círculos a su alrededor.

El hombre vio con incredulidad cómo las cabezas de los zombis rodaban por el suelo, seccionadas por unas gigantescas alas de metal.

—¿Y ahora qué mierda pasa? —espetó con rabia.

Pero no perdió tiempo en averiguarlo y se reunió con su prima y los otros dos demonios, sin dejar de apuntar con el arma por si acaso.

Briseia tenía la mejilla aplastada contra el torso de Leiv y él no parecía querer soltarla. Se sentía a gusto y protegida entre sus brazos, pero al ver que su primo se acercaba, prefirió separarse para no echar más leña al fuego.

Entonces reparó en dos cosas escalofriantes: el lanzamiento de proyectiles había cesado y el suelo estaba lleno de cabezas de demonios mutantes, y ahora, delante de ellos, se hallaba una docena de pájaros gigantescos, de aspecto casi prehistórico, y con alas de metal. Los miraban fijamente con unos ojitos rojizos.

—Bri, quédate a mi lado —le encomendó Zander, apuntando a uno de esos bichos que parecían sacados de una película plagada de efectos especiales.

—Estínfalos... —murmuró Leiv, frunciendo el ceño.

Briseia le echó un vistazo y no le gustó su aspecto. Tenía las mejillas acaloradas y perlitas de sudor surcaban su frente, como si estuviera teniendo un ataque de fiebre.

El proyectil debía de contener alguna especie de veneno y estaba haciendo efecto.

—Cazador, baja el arma si no quieres tener más problemas —recomendó Leiv con tono amenazador, interrumpiendo el movimiento de Briseia hacia él.

—¡Y una mierda! —replicó Zander.

De pronto, la extremidad de un látigo se enroscó alrededor de su muñeca y le hizo bajar el arma con brutalidad.

—¿No has oído a tu Amo, humano? ¿Cómo te atreves a apuntar con eso a una de mis mascotas? —preguntó una voz femenina con frialdad.

Los pájaros infernales empezaron a agitar sus alas metálicas y a lanzar gritos estridentes y, en medio de ellos, apareció una mujer que Briseia consideró muy hermosa, a pesar de su aspecto poco convencional.

Era mucho más alta que ella y llevaba un mono de cuero negro y rojo, de corte asimétrico, que resaltaba la perfección de ese cuerpo atlético. Tenía el pelo largo y lacio, también oscuro, salvo por una mecha roja que enmarcaba su rostro perfecto. Pero lo que más impresionó a Briseia fueron sus ojos: eran de un tono azul muy claro y eran tan cortantes como el diamante más puro.

—¿Es tu nuevo juguete, General? —preguntó la desconocida a Leiv con un tono mordaz, liberando la muñeca de Zander, pero sin perderlo de vista.

Briseia intentó apretar el brazo de su primo a modo de aviso cuando vio cómo este esbozaba una sonrisa socarrona antes de lanzar un comentario

sarcástico. Por desgracia, Zander se adelantó.

—No soy el juguete de nadie, nena. Pero por ti, puedo hacer una excepción... —dejó caer con una sonrisa ladeada.

La desconocida le lanzó una mirada acerada y Briseia se echó a temblar.

—Humano, eres un perro —comentó con aire de superioridad mientras una mano invisible abofeteaba a Zander con fuerza—, y los perros no ladran sin autorización.

Su primo se tocó la mejilla, mirando a la desconocida con aire malévolo.

—Estás muy buena, nena, pero esta me la pagarás... —la amenazó, entrecerrando los ojos.

Ella le echó un vistazo como si fuese un vil gusano que se hubiese atrevido a aparecer en medio de su camino, y luego desvió la mirada hacia Leiv.

—Vas a tener que adiestrar mejor a ese perro, General, o lo tendré que matar —comentó con tranquilidad.

Briseia aprovechó para pellizcar el brazo de su primo y cuando este la miró, ofendido, le ordenó en silencio que dejara de abrir la boca. Mientras Leiv, cuyo aspecto parecía empeorar a cada segundo que pasaba, consideraba con suspicacia a la recién llegada.

—Estos no son tus dominios, Comandante. ¿Qué te trae por aquí?

La mujer, o lo que fuese, se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa helada.

—Estás en un aprieto, General, y vengo a ayudarte. Tienes que tomar la cura de ese veneno cuanto antes o harás cosas que no quieres.

—¿Ayudarme? —preguntó Leiv con sonrisa desdeñosa—. No necesito tu ayuda.

—Pues yo creo que sí. Sabes perfectamente que soy la mejor.

Leiv soltó una risa sarcástica.

—Sé que perteneces a la Soberbia y que tu ego no conoce límites. Nos las apañaremos sin ti.

—¿De verdad?

En un abrir y cerrar de ojos, la desconocida estuvo cerca de Leiv y con

una mano apretó con maldad su pierna herida. El General ahogó un grito de dolor y consiguió mantenerse de pie a duras penas.

—Ya ves, tu barrera protectora ya se ha hecho añicos... —recalcó ella, soltando la pierna con deliberada lentitud.

De pronto, se echó a un lado para esquivar un sablazo del joven demonio, acudido en ayuda de su Señor.

—Tranquilo, pequeño —dijo ella, riéndose—. Solo estamos hablando.

—Intenta acercarte de nuevo, Comandante —la amenazó este, blandiendo sus sables.

—Ay, esa devoción es entrañable —se burló ella.

Leiv se irguió de nuevo, murmuró algo y el joven demonio se apartó.

—Bueno, ahora que te has dado cuenta de que siempre tengo razón, General, a ver si podemos hablar tranquilamente.

—Tienes exactamente dos segundos antes de que te convierta en bloque de hielo —insistió Leiv con una furia contenida y una cara tan amenazadora que Briseia se quedó helada.

Pero la desconocida morena ni se inmutó y sonrió con insolencia.

—Obviamente mi ayuda no es gratis. ¿Has oído hablar del veneno Silesys? Dados tus grandes conocimientos, estoy convencida de que sí. Pues, para desgracia tuya, esa última púa estaba impregnada de ese nefasto veneno. Y te queda muy poco tiempo para tomar el correspondiente antídoto...

—¿Y qué ganas tú avisando a mi Señor? —intervino el joven demonio, fulminándola con la mirada.

—En todo el Inframundo, solo hay un ser capaz de manejar ese veneno a su antojo... —reflexionó Leiv en voz alta.

—Y me temo que el Ángel Caído lo ha liberado para que vaya detrás de ese dulce encanto —apuntó ella, echándole un vistazo a Briseia.

Leiv observó a la mujer morena durante un segundo, y luego preguntó:

—Si es cierto lo que dices, ¿por qué tendría que dejar que te encargaras del Devorador de Hombres?

—Porque tengo un asunto pendiente con él —contestó ella con una sonrisa tan malévola que a Briseia se le erizó la piel—. Quiero arrancarle las tripas con mis propias manos.

En ese momento los pájaros volvieron a agitarse, nerviosos.

—La pausa ha terminado, General. No te queda mucho tiempo para salvarte y salvarla a ella.

Briseia vio cómo Leiv iniciaba un diálogo silencioso con su lugarteniente.

—¿Incluido el Cazador? —preguntó de repente el joven demonio.

—Sí. Prefiero vigilarlo.

Zander no era tan tonto como aparentaba a veces y adivinó que el General demonio quería llevárselos a su prima y a él a alguna parte.

—No pienso moverme de aquí —recalcó, cruzándose de brazos.

—Si fueses mío, ya te habría arrancado esa lengua tuya, perro —dejó caer la desconocida, dándose la vuelta.

Zander abrió la boca para replicar, pero no tuvo tiempo de nada. Leiv se había cansado de sus comentarios y, a una señal suya, uno de sus fieles seguidores apareció detrás de su primo, lo rodeó con los brazos y luego desaparecieron sin más.

—¿Qué has hecho con él?! —gritó Briseia, girándose hacia Leiv.

—Briseia, ya no hay tiempo. Si quieres vivir, coge mi mano y ven conmigo —dijo él, tendiéndole la mano.

—No creo que tenga elección —apuntó ella con enfado antes de apretarle la mano con la suya.

Una gigantesca niebla oscura se formó a su alrededor, rodeándolos sin escapatoria. Leiv estaba utilizando su poder para sacarlos de ese lugar de batalla.

—Buena suerte, General. Nos vemos en tu palacio —soltó la mujer demonio sin darse la vuelta, y justo antes de que una nueva lluvia de proyectiles empezara.

Briseia, envuelta entre tinieblas, solo vio cómo los pájaros alzaban de nuevo el vuelo antes de que todo se volviese negro, como cuando se apaga la

pantalla de un televisor.

—No sueltes mi mano, *Deva* —le encomendó su General demonio en la oscuridad.

Capítulo 8

Palacio de Nerva, cerca de San Petersburgo

Leivan consiguió controlar su poder hasta que sus pies y los de Briseia tocaron el suelo blanco de mármol del vestíbulo de su palacio, situado cerca de San Petersburgo. Luego, sintió cómo su energía desaparecía, como si hubiese sido absorbida por un gran agujero negro. ¡Justo a tiempo!

El veneno se iba diluyendo en sus venas gradualmente y lo estaba debilitando por momentos. Era necesario llamar a la *Vila* cuanto antes.

Miró a Briseia para comprobar que todo iba bien y esbozó una sonrisa al ver cómo ella se agarraba a su brazo. Tenía una expresión seria en el rostro, pero no de miedo. Su joven pintora era muy valiente: a pesar de estar acostumbrada a los fenómenos paranormales con sus sueños y esas pinturas, había hecho frente con gran coraje a los acontecimientos extraños ocurridos en poco tiempo.

Su determinación seguía intacta. Y su curiosidad innata también...

—¿Dónde estamos? —preguntó sin soltarse.

—En uno de mis palacios —contestó él de forma evasiva, intentando soltar su mano sin brusquedad.

El sudor frío iba en aumento y unos molestos temblores estaban a punto de sacudirlo por completo.

—Pero ¿dónde exactamente? —insistió Briseia, echando para atrás un mechón de su pelo ondulado.

Leivan apretó la mandíbula hasta casi hacerla crujir cuando un deseo brutal lo golpeó. Sintió que su legendario autocontrol estaba cediendo frente a un instinto animal que ansiaba poseer a la humana con bestialidad.

¿Qué clase de veneno le habían inyectado? Se estaba convirtiendo en un demonio primario y eso era muy peligroso para ella.

—En Rusia..., estamos en Rusia —contestó andando con dificultad para alejarse de ella.

—¿En Rusia? ¡Vaya! Hemos pasado de un extremo a otro —comentó ella, echando un vistazo a su alrededor.

Leivan estaba luchando consigo mismo para no mirarla. Su respiración se estaba volviendo caótica y tenía la impresión de haberse convertido en un tigre hambriento. Estaba a un paso de abalanzarse sobre ella para devorarla...

—Mi Señor —lo llamó uno de sus servidores demonios para alivio suyo.

—Huld, tenemos invitados —dijo el General al ver a su mayordomo, un demonio de rango inferior, alejándose un poco más—. Y necesito a la *Vila* inmediatamente.

El demonio, de piel y cuernos rojos, lo consideró atentamente y frunció el ceño.

—La traeré enseguida, mi Señor —contestó, listo para desaparecer.

—No —lo retuvo Leivan con un gesto—. Llévala a mis...

No consiguió terminar la frase porque su cuerpo se sacudió violentamente y tuvo que hincar una rodilla en el suelo. En un segundo, Briseia estuvo a su lado para sostenerlo.

—Apóyate en mí —se ofreció con una dulce sonrisa—. No olvides que tienes una herida en la pierna.

Cuando ella intentó coger su brazo, el perfume de su piel de rosas le llegó a las fosas nasales y lo impactó como si hubiese caído un bloque de cemento en su cabeza. Lo vio todo rojo y su mirada se volvió fosforescente.

—No... no me toques... —logró balbucear respirando con dificultad.

Luchó contra sus ganas de arrancarle el vestido maltrecho y de tumbarla sobre el frío suelo, y llegó a desplazarse varios metros con los últimos coletazos de su poder moribundo. Sin embargo, se quedó sentado en el suelo sin poder levantarse.

Briseia frunció la boca y le dedicó una mirada herida.

—Por lo visto, no somos tus invitados sino tus prisioneros —recalcó con dureza—. Por cierto, quiero saber dónde está mi primo. Tengo derecho a

saberlo. No lo habrás encerrado en una mazmorra o algo por el estilo, ¿verdad?

En otro momento a Leivan le hubiese hecho gracia ese comentario, pero estaba luchando contra su propio cuerpo y no tenía motivos para sonreír. La *Vila* estaba tardando demasiado.

—No eres mi prisionera, Briseia, y tu primo está aquí, aislado en una habitación para no provocar más incidentes. Podrás verlo más tarde.

El General intentó levantarse, pero no lo consiguió. Por el rabillo del ojo vio que Briseia, a pesar de su evidente enfado, hacía un gesto hacia él para ayudarlo.

¿Cómo podía seguir siendo tan generosa en esas circunstancias?

Esa cualidad lo tenía desconcertado.

—No quiero que te acerques a mí en este momento —empezó a decir con paciencia, atando corto a la bestia que rugía en él.

—¿Por qué? —preguntó ella con preocupación.

—Porque tu integridad corre peligro... —soltó con una mirada peligrosa.

Briseia abrió la boca, perpleja. Leivan sintió su confusión y su malestar frente a esa mirada de depredador.

—Mis empleados se ocuparán bien de ti. Solo tienes que pedir cualquier cosa y la tendrás...

—Esto se parece mucho al cuento de la Bella y la Bestia... —comentó ella no sin humor.

—Exacto —ratificó él—. No quiero asustarte, pero en este momento estoy muy cerca de convertirme en bestia...

—Es por culpa de ese veneno, ¿verdad?

Leivan no pudo contestar porque Huld reapareció acompañado de la *Vila*. Miró a la poderosa hechicera de los Dos Mundos y le preguntó simplemente:

—¿Cuál es tu precio?

Ella esbozó una sonrisa llena de codicia.

—Ya sabes cuál es mi precio, General —contestó ella en el lenguaje Sheol

que él también manejaba.

Briseia observaba a la recién llegada con curiosidad. Se parecía mucho a uno de los elfos de la película *El señor de los anillos* dado que llevaba un vestido de color azul claro de corte medieval con manga larga y que tenía el pelo largo y blanco, con diadema incluida. Incluso se podía apreciar que sus orejas eran finas y puntiagudas, como si fuese algún personaje *maravilloso*.

Sin embargo, su comportamiento distaba mucho de ser amigable. Su piel blanca, casi azul, y su forma desdeñosa de mirar mandaban ondas gélidas por todo el vestíbulo.

Se había dirigido a Leiv en un idioma extraño e incomprensible que él parecía entender a la perfección, pero ni siquiera la había mirado a ella. Y esa sonrisa pérfida no auguraba nada bueno...

El mundo de los demonios era un lugar oscuro y frío donde la ley del más fuerte imperaba, pero, por desgracia, lo poco que ella había podido vislumbrar del mundo angelical se asemejaba bastante. La Humanidad no tenía consuelo.

En ese momento, Briseia recordó las advertencias de las almas condenadas al Purgatorio por culpa de Leiv. Quería hacerles caso en cada segundo que pasaba con él, pero su actitud hacia ella la llenaba de confusión y de perplejidad.

El general demonio quería apoderarse de su cuerpo y de su alma. Entonces, ¿por qué se había alejado manteniéndola a salvo? ¿No hubiese sido más fácil no decirle nada y hacerla caer sin más?

Por muy extraño que pareciese, e incluso viéndolo en ese estado casi animal con esa mirada hambrienta, seguía sin sentirse amenazada. Sin embargo, no sentía lo mismo respecto a esa tal Dazel que tenía toda la intención de dañarla.

¿Pero por qué? ¿Qué tenía ella de especial, aparte de esa facultad de soñar con ángeles y demonios?

Obviamente, observando el mal aspecto de Leiv en ese instante, no era el mejor momento para obtener respuestas. Tendría que esperar a que se recuperase.

Entonces la mujer elfo, o lo que fuese, hizo aparecer en su mano una bola de energía azulada y la depositó sobre la pierna del general demonio. Este tuvo un gesto de dolor pero, instantes después, logró levantarse del suelo.

De pronto, la hechicera de pelo blanco giró la cabeza y clavó su mirada en la de Briseia. El tiempo pareció detenerse y el sonido de una cascada de agua invadió los oídos de la joven pintora. Una conexión especial estaba naciendo a través de la mirada ancestral de la hechicera, dándole la oportunidad de entrar en ese mundo mágico.

Las paredes se difuminaron y Briseia se vio rodeada de aguas cristalinas. Una imagen se hizo más nítida: la hechicera y otras tres mujeres, vestidas de igual forma, rodeando un pequeño estanque que parecía no tener fin. La visión reflejaba una gran armonía y mucha paz. De repente, el cielo azul se tornó oscuro y lleno de nubes negras, rompiendo la paz reinante. Tras las cuatro mujeres surgió la figura falsamente pura de la denominada Dazel, con esa sonrisa helada en los labios.

En un abrir y cerrar de ojos, todas las mujeres, salvo la hechicera de pelo blanco, se convirtieron en estatuas de piedra como si la recién llegada fuese Medusa en persona.

Ese es su poder. Yo era la más poderosa y por eso destruyó a mis hermanas, para atraparme. Pero logré escapar de sus garras gracias a la ayuda de un Príncipe demonio...

Briseia parpadeó al darse cuenta de que la hechicera le había mandado imágenes de su pasado directamente a su mente. Ahora le estaba hablando por telepatía.

Entonces se preguntó si ella era capaz de hacer lo mismo y lo intentó.

Esa tal Dazel, ¿quién es? ¿Qué quiere de mí?

La hechicera esbozó una sonrisa.

Es una Destructor y es tan antigua como el propio mundo. Pero tú eres una Deva muy poderosa y lo puedes averiguar por ti sola. Solo tienes que abrir las puertas de tu mente. Te voy a ayudar a hacerlo...

Briseia se llevó la mano a la cabeza cuando sintió un agudo pinchazo entre los dos ojos y tuvo que dejar de mirar a la hechicera. Sin embargo, esa molesta sensación duró muy poco dado que Leiv se interpuso entre ellas dos,

dándole la espalda, y espetó brutalmente a la mujer de pelo blanco:

—¡No te atrevas a usar tu magia con ella!

La aludida no dejó de sonreír ni un segundo y le contestó algo en ese lenguaje extraño, pero el general no le hizo caso y se dio la vuelta hacia Briseia.

—¿Te encuentras bien? — preguntó con preocupación, enmarcando su rostro entre las manos.

De nuevo, la joven pintora se quedó hipnotizada por esa enigmática mirada verde oscuro y los latidos de su corazón se dispararon.

Ay, ¿por qué hacía ese tipo de cosas? ¿No podía comportarse como un Don Juan sin escrúpulos para dejarle una oportunidad para escapar?

—Estoy... estoy bien. No me ha hecho nada —contestó, ruborizándose y bajando la vista.

Súbitamente las manos de Leiv abandonaron su rostro y agarraron sus hombros para atraerla hacia su cuerpo duro, que parecía desprender un calor infernal. Alarmada, ella alzó la vista y se encontró con la mirada más depredadora y animal que hubiese visto en su vida.

«¡Eres mía y te voy a devorar entera!», le decían esos ojos verdes y fosforescentes.

Pero ella no sintió ningún pánico frente a ellos y reaccionó con mucha calma.

—¡Leiv, suéltame! —le ordenó, tratando de echarse para atrás.

Pero él no obedeció y se inclinó hacia ella, como si quisiera besarla. Un extraño cosquilleo recorrió el cuerpo de la joven pintora y tuvo la impresión de que sus terminaciones nerviosas se cargaban de electricidad.

—¡He dicho que me sueltes! —gritó al tiempo que empujaba al demonio varios metros con la sola presión de sus manos.

Briseia se quedó atónita y se miró las manos con extrañeza.

¿Cómo había sido capaz de hacer eso?

—¡Vaya, vaya, vaya! El dulce bocado es una caja de sorpresas —recalcó con sarcasmo una voz femenina.

Briseia giró la cabeza y se encontró con el joven demonio y la mujer morena de los pájaros, que acababan de surgir de la nada. Rápidamente, el demonio de pelo castaño se acercó a su general para comprobar su estado.

—Mi Señor, ¿no has tomado aún el antídoto? —preguntó, al ver su mirada animal.

—¿Qué hace ella en mis dominios? —le gritó Leiv con el rostro deformado por la ira, agarrándolo por el cuello.

—¡Viendo cómo se alegra de verte, me parece que la respuesta a tu pregunta es obvia, pequeño! —soltó la mujer demonio con ironía. Echó un rápido vistazo a su alrededor y preguntó—. ¿Dónde está el humano tocapelotas? ¿Lo has matado, General? ¡Qué pena! Quería hacerlo yo...

De pronto, varios demonios rojos la rodearon y la amenazaron con armas blancas.

—No eres bienvenida aquí, Comandante —la amenazó el denominado Huld.

Ella le devolvió una mirada desafiante.

—Tranquilos, nenes. Vuestro General y yo tenemos un acuerdo... —Su mirada penetrante se detuvo en la hechicera de pelo blanco—. Además, tiene a una *Vila* en su poder. ¿Qué puedo hacer yo?

—¡Irte! —replicó Huld enseñando los colmillos.

—Muy bien, me voy —terció ella—. Pero volveré cuando te hayas recuperado, General. Que te mejores pronto. ¡*Ciao!* —se despidió, guiñándole un ojo a Leiv antes de desaparecer.

Pero su marcha no devolvió la calma a las personas presentes en el salón dado que el ambiente seguía muy tenso.

—¿Cómo has podido dejarla entrar? —volvió a increpar Leiv a su lugarteniente.

—No pude hacer nada, mi Señor. Ella me ayudó a salir de allí...

—¡Maldito imbécil! —rugió el General con una ira que desconcertó a Briseia—. Su ayuda es una trampa.

Entonces la hechicera abrió la boca y dijo algo que aplacó

instantáneamente la furia de Leiv. La mirada del joven demonio se tornó preocupada.

—Muy bien, he perdido mucho tiempo con estas tonterías.

Leiv se apartó y fulminó con la mirada al joven demonio.

—Encárgate de la Estrella y ocúpate bien de ella —le ordenó con furia contenida—. Tu existencia depende de su bienestar. ¿Me has entendido?

—Sí, mi Señor —contestó el aludido, bajando la vista como si fuese un niño reñido por su padre.

Briseia no pudo evitar sentir pena por él y recordó, demasiado tarde, que era un demonio y no un joven adulto humano.

A continuación, la hechicera levantó la mano y Leiv y ella desaparecieron del salón.

—¡Pero bueno! —exclamó la joven pintora al verse sola con el joven demonio; incluso los demonios rojos habían desaparecido sin más.

Este suspiró, esbozó una sonrisa y se acercó a ella.

—No te preocupes, no te haré ningún daño —dijo con tono conciliador.

—¡Más te vale! —recalcó ella, cruzándose de brazos.

El joven demonio enarcó una ceja, sorprendido.

—¿Te llamas Shaton o algo así? —le preguntó, arrepintiéndose al segundo de esa actitud poco amigable.

—No, me llamo Alex.

—¿Es tu verdadero nombre? —quiso saber ella, aprovechándose de que alguien, por fin, contestaba a sus preguntas.

El denominado Alex le sonrió.

—Casi. Es un diminutivo.

Briseia entrecerró los ojos.

—Entonces si eres ruso como el general, debes de llamarte algo como Alexe...

—¡No puedes pronunciar mi nombre al completo! —la interrumpió él,

intranquilo—. Eso no se hace en el mundo demoníaco.

Briseia cerró la boca de golpe y se puso a reflexionar a toda velocidad. Entonces eso significaba que el nombre del general demonio tampoco era su nombre completo. Ya tenía otra cosa para averiguar...

—Debes de estar exhausta después de todo esto —comentó el joven demonio con una sonrisa amigable para cambiar de tema—. Acompáñame a tu habitación para que puedas descansar y quitarte esa ropa destrozada. ¿Tienes hambre?

Briseia entrecerró los ojos e intentó aparentar más frialdad. Estaba cansada, pero tenía que seguir alerta y no dejarse embaucar también por la mano derecha del General.

—Lo que quiero es llamar a mi amiga Mónica para tranquilizarla. No sé qué hora es y debe de estar histérica.

—No te preocupes, ya lo he hecho y ahora está más calmada.

La joven pintora lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo dices?

El demonio ni se inmutó y siguió sonriendo.

—Era lo único que podía hacer para que no se preocupara en vano.

—¿Esto significa que has manipulado su mente? ¡Ella no te conoce!

Alex se rascó una ceja, perplejo.

—Digamos que no sufrirá mucho por tu ausencia porque cree otra cosa. Era la solución más lógica dado que has entrado en otro mundo y que no sabemos cuánto tiempo te quedarás con nosotros.

Briseia abrió la boca, atónita.

—¡Pero no podéis ir por ahí manipulando mentes a vuestro antojo! —explotó, furiosa—. Espero por tu bien que lo que le hayas hecho no sea irreversible.

El aludido la miró como si estuviese loca de remate.

—¿Has olvidado dónde te encuentras? Somos demonios y es así cómo actuamos. Llevamos eones manipulando las mentes humanas para que se

olviden de nuestras existencias.

«¡*Touché!*!», pensó ella. Se estaba comportando como una tonta. No podía olvidar ni un segundo la verdadera naturaleza de sus interlocutores.

—¿Y has hecho lo mismo con mi primo?

Alex resopló con fuerza.

—Es un Cazador y muy cabezota. Es imposible manejar una mente así.

La joven reprimió una sonrisa al ver la expresión de fastidio del demonio. Zander tenía el don de sacar de quicio a cualquiera.

—Podrás verlo mañana cuando hayas descansado. Ahora sígueme, por favor.

—Vale, pero prefiero andar de forma normal, si no te importa —recalcó ella al ver cómo levantaba una mano para, seguramente, utilizar algún truco de magia.

—Como desees —contestó el joven demonio, inclinándose de forma elegante.

Se dio la vuelta y empezó a caminar de modo que ella pudiese seguirle. Enfilaron un largo pasillo, decorado con toques rococó y con regios retratos colgando de las paredes, hasta llegar a lo que tenía que ser la parte no visible del palacio.

—La decoración es muy estilo dieciochesco, ¿no? —comentó Briseia al ver cómo Alex se detenía ante una puerta blanca con detalles en oro.

—Mi Señor tiene cierta predilección por aquella época.

—Sí, porque vivió en ese siglo. ¡Espero que esta habitación no sea la de su mujer!

El joven demonio no supo ocultar el impacto de aquel comentario y su rostro expresó una gran sorpresa.

—Conozco ciertos detalles, Alex... —dejó caer ella, con una sonrisa socarrona.

—Pues no comentes nada ante él, por favor.

—¡Demasiado tarde! Ya me he dado cuenta de su... reticencia a hablar del

tema. ¿Qué pasó exactamente? —indagó de un modo falsamente inocente.

Por una vez, el joven demonio se quedó mirándola con expresión muy seria.

—El pasado, pasado está. Hay secretos que deben permanecer en el olvido.

—¡Pues yo no lo creo! —replicó Briseia, entrecerrando los ojos—. Creo que el pasado del General tiene mucho que ver con la situación actual.

Alex suspiró.

—No intentes saber más de la cuenta. Solo te traerá problemas.

Briseia hizo un mohín.

—Ya veremos... —murmuró con tozudez.

—Procura descansar —indicó Alex, abriendo la puerta para dejarla entrar—. En el armario hay ropa de tu talla y esa puerta de la izquierda da a un cuarto de baño con una instalación moderna. Si tienes hambre, solo tienes que decirlo en voz alta y un demonio vendrá a traerte lo que desees y...

—¡Un minuto! —lo interrumpió ella—. Y si la loca esa de los pájaros vuelve, ¿qué pasa? ¿O la especie de elfo que estaba con Leiv?

—Nadie vendrá a molestarte. Te lo garantizo —aseguró el joven demonio con mortal seriedad.

Briseia parpadeó y, sin saber por qué, se sintió más tranquila; lo que era una completa locura teniendo en cuenta que se encontraba en un lugar desconocido y, seguramente, ilocalizable, rodeada de muchísimos demonios. Bueno, ¡había sido una noche muy larga y repleta de eventos que se salían de lo normal!

—¿Necesitas algo más? —se preocupó Alex.

—No, muchas gracias —contestó ella, sonriéndole.

No debería haberlo hecho. Ese joven servidor tenía cara amable, pero era un demonio, no un angelito.

Durante un minuto él la observó detenidamente.

—No juzgues precipitadamente a mi Señor. No tiene elección...

Briseia frunció el ceño.

—También sé que ha causado mucho sufrimiento —contestó ella con convicción.

—Bah, olvida lo que acabo de decir —suspiró el joven demonio—. Pensé... pensé que tú podrías ayudarle. Buenas noches.

Se dio la vuelta y se fue sin más, dejándola con la palabra en la boca.

Briseia refunfuñó por lo bajo y cerró la puerta antes de adentrarse en la magnífica habitación. Se detuvo en medio de la estancia y abrió mucho los ojos, *maravillada*. Era como encontrarse en una de las habitaciones más sencillas, y aun así muy lujosas, de la última reina de Francia en Versalles.

Las paredes y las cortinas de las ventanas y de la cama estaban tapizadas en colores pasteles y con dibujos de diminutas flores. La lámpara que colgaba del techo era una sublime araña de cristal y las sillas, también tapizadas, hubiesen tenido un lugar destacado en el museo de los objetos y de la manufactura de muebles antiguos. Todo era de época, pero las sábanas desprendían un olor a suavizante muy actual.

Briseia abrió las puertas del armario y parpadeó: allí había una colección *prêt-à-porter* de gusto y variopinta con el número exacto de su talla.

—¡Veo que el General sabe lo que hace! —exclamó al descolgar un camisón muy sexy que dejaba muy poco a la imaginación.

Lo devolvió a su sitio y prefirió coger otro mucho más sencillo y recatado. Pasó al cuarto de baño y se encontró una mezcla de decorado de estilo rococó con tuberías modernas de agua caliente. La bañera era antigua, pero comprobó que no tenía que pedir cubos de agua al servicio para llenarla. También había todo tipo de productos de aseo, así como sales de baño y cremas depositadas sobre el lavabo.

La joven pintora se encogió de hombros y decidió darse un baño relajante antes de acostarse. Había tenido una noche fuera de lo normal y estaba metida en la boca del lobo. ¡Se lo había ganado y con creces!

Un grito agónico despertó a Briseia que se incorporó, sobresaltada, en la cama con el corazón desbocado. Tras un segundo, el grito volvió a sonar y con más fuerza.

La joven miró, angustiada, a su alrededor sin atreverse a encender ninguna luz. ¿Qué estaba pasando? ¿Unos enemigos del General habían logrado introducirse en el palacio y estaban matando a todo el mundo?

Apartó las mantas y se quedó sentada con los pies tocando el suelo. Agudizó el oído y cuando un tercer grito quebró la paz del momento, una extraña intuición le sopló que la persona que estaba en apuros era el dueño y señor del palacio.

Se pasó una mano por la cara, indecisa. ¿Qué podía hacer ella? Era una simple humana, o casi. No podía luchar contra unos demonios experimentados.

«¿Y vas a dejar a Leiv solo contra todos?», le preguntó su conciencia.

Finalmente, su buen corazón hizo el resto y Briseia salió corriendo hacia el pasillo. Era una muy mala idea y quizás era el momento de pedir ayuda al joven demonio, pero se dejó guiar por esa intuición hasta llegar a una puerta oscura tras la cual se encontraba el dormitorio del General demonio.

No prestó demasiada atención a que parecía ser la única persona en haberse percatado de esos gritos dado que reinaba un silencio inquietante. Puso la mano en el pomo de la puerta y se detuvo. Ya no se oía nada. ¿Lo habría soñado?

¡Ayúdame!

El grito de auxilio fue tan potente en su cabeza que no dudó ni un segundo en precipitarse en el interior de la habitación. Dentro no se veía absolutamente nada, pero ella supo de inmediato dónde dirigirse y llegó sin ningún problema hasta la cama. Pero, en ese momento, dejó de funcionar el extraño radar que la había empujado y se dio de bruces contra la cama y contra un cuerpo duro y muy caliente.

—Leiv... —lo llamó, intentando incorporarse y tocando trozos de piel desnuda.

Entonces su pulsera emitió un desagradable zumbido y, en un abrir y cerrar de ojos, el demonio se encontraba encima de ella, aferrando sus muñecas con fuerza mientras se encendía la luz de la lámpara de la mesita de noche.

¡Huye! ¡Es una trampa!

Briseia jadeó y pensó que la advertencia llegaba demasiado tarde. Se sintió atrapada entre el deseo y la aprensión cuando pudo contemplar y admirar el espectacular cuerpo masculino que se alzaba sobre ella. Leiv estaba desnudo, completamente desnudo. Y ella tuvo la impresión de que sus huesos se convertían en gelatina por momentos.

—General —volvió a llamarle, intentando mover las manos para que se diese cuenta de que estaba apretando demasiado.

Sin embargo, la mirada de depredador que le devolvió la paralizó de inmediato. Sus ojos refulgían, completamente rojos, y parecía estar en un trance porque todo su ser desprendía un grado muy alto de malevolencia.

—¿A qué has venido, pequeña zorra? ¿A atormentarme de nuevo?

En ese preciso instante, Briseia se dio cuenta de que su integridad física corría peligro.

Leivan no quería seguir sufriendo. Acababan de torturarlo de forma metódica y sádica, rompiendo cada uno de sus huesos y ahora, su difunta esposa había vuelto del Limbo para seguir hurgando en las heridas de su antigua alma y destrozar lo que quedaba de él.

Ahí estaba, vestida con un camisón transparente, mirándolo con lascivia de gata callejera y diciéndole palabras hirientes con una sonrisa cruel en los labios.

No eres lo suficientemente hombre como para complacerme. ¡Mi amante me da mucho más placer que tú!

Al oír eso, sintió cómo la pena y la rabia escindían su ser en dos.

—¡Yo te quería! —gritó furioso—. ¿Por qué?

La pérfida princesa rusa sonrió con maldad.

¡Eres un inútil, general! ¿Por qué no me demuestras lo que sabes hacer?

La mirada de Leivan se volvió de hielo.

—¿Esto es lo que quieres? —preguntó en un tono tan frío que asustaba más que un grito, antes de partirle la parte alta de la prenda que llevaba—. ¿Esto

es lo que buscas? ¿Placer?

Las manos masculinas liberaron las muñecas de la mujer y se posaron en sus senos, atormentando los pezones y provocándole un gemido.

—¡Pues te voy a dar placer!

Leivan atrapó a la mujer entre sus brazos y se sentó en la cama para colocarla encima de él. Empezó a deslizar su lengua por el grácil cuello y los hombros hasta llegar a los pechos, cuya redondez y peso pudo apreciar con leve sorpresa dado que no recordaba ese tamaño en el menudo cuerpo de la muñeca rusa. La mujer soltó un gemido, que tenía un leve tinte de miedo, pero él no le prestó atención y siguió con sus intenciones de volverla loca de pasión.

Mordió cada pezón y usó su lengua para dejar un reguero ardiente alrededor del ombligo. Tampoco recordaba que su esposa supiese tanto a gloria ni que su piel tuviese ese olor penetrante de rosas frescas.

Sin embargo, no estaba disfrutando con sus caricias considerando que no paraba de intentar zafarse de su abrazo, empujándolo por los hombros. Pero no tenía la fuerza suficiente como para lograrlo.

—Shhh, princesa, te voy a dar lo que quieres...

En un movimiento la empujó sobre el colchón y le subió la parte baja del camisón para tener acceso a sus caderas. Se detuvo un segundo cuando se percató de que llevaba unas braguitas de seda muy modernas y una chispa desagradable de reconocimiento intentó abrirse paso en su mente. Aun así, empezó a acariciarla y sus dedos se pasearon por debajo de la prenda íntima mientras observaba, de forma casi hipnótica, cómo subía y bajaba el pecho femenino.

Su mujer parecía más alterada que excitada.

—¡Leiv, para o te haré daño! —gritó ella de repente.

El aludido enarcó una ceja. ¿Por qué no lo llamaba por su verdadero nombre?

—¡Te lo has buscado!

Algo chocó contra el tatuaje que llevaba en el cuello y una potente corriente eléctrica estalló en sus venas y lo sumió en un estado de

inconsciencia. Cayó de lado, inerte, y no volvió a moverse durante varios minutos.

Briseia intentó tranquilizarse para que su respiración volviese a un ritmo más normal. Hizo unos movimientos con las manos para intentar arreglar la parte alta del camión, pero no tenía remedio y dejaba ver gran parte de su pecho.

Soltó un suspiro tembloroso y miró de soslayo el magnífico cuerpo bronceado y duro acostado a su lado.

¡Dios! Había ansiado esas caricias y mentiría si dijese que algún beso o lametón la había dejado de piedra, pero todo había sido tan oscuro y demoníaco. El General demonio no estaba en sus cabales y la locura habitaba en su mirada. Su exquisita educación se había esfumado para dar lugar a cierta... ¡bestialidad!

«¿Y qué esperabas, lumbreras? ¡Es un demonio!», se recriminó en su fuero interno.

Sí, lo sabía, pero también había algo más. Era como si algo o alguien se hubiese adueñado de la voluntad de Leiv para lograr que él la hiciese suya. Le había hablado —¡más bien insultado!— como si fuese otra persona. Y la voz que había oído en la habitación formaba parte de una trampa para llevarla a ese sitio en concreto, y en ese momento muy peligroso en el que Leiv se había visto sometido a otro demonio más poderoso.

Era la explicación más lógica en ese mundo tan extraño y ella estaba convencida de estar en lo cierto porque percibía algo muy inusual en ese lugar.

Briseia miró intensamente al demonio rubio y se acercó a él. No conseguía sentirse enfadada o herida por sus actos y por ese arrebatado de pasión dictado por otra fuerza. Había leído sufrimiento en esa mirada desvariada y esas caricias habían sido más desesperadas que sensuales. Ahora bien, ¡menos mal que había funcionado su pulsera protectora! Desconocía que tuviera tanto poder sobre un demonio.

¿Y cómo podía tener tanta información sobre lo ocurrido y de forma tan instantánea? Era como si un ser superior se la hubiese mandado directamente a su cerebro.

Frunció la boca, conteniendo un creciente enfado. Tenía la desagradable impresión de que Leiv y ella eran como dos peones en un tablero de ajedrez. Los demonios y la tal Dazel querían atraparla y el General quería seducirla, pero al mismo tiempo estaba en contra del Ángel Caído. Y, por lo visto, los ángeles estaban participando de la contienda otorgándole poderes extraordinarios.

Como de costumbre todo el mundo se había olvidado de lo que ella quería y todos parecían querer utilizarla en su propio beneficio. Y Briseia había decidido que ya no estaba dispuesta a consentirlo. Nunca más.

«¿Y tú qué quieres?», se preguntó a sí misma.

Su mirada se paseó por el increíble rostro masculino y sus dedos acariciaron los mechones de oro bruñido. Quería conocer al verdadero Leiv y devolverle la paz. Quería liberarle de todo ese sufrimiento sin sentido. Quería no sentir nada por él, pero sospechaba que era demasiado tarde. Se blindaría para no sucumbir a esa poderosa atracción, aunque esas últimas caricias seguían quemándola por dentro.

Pero todas esas buenas intenciones se fueron al traste cuando el demonio rubio recobró la consciencia, se sostuvo sobre un codo sin darse cuenta de lo arrebatadoramente sexy que resultaba esa pose, y le sostuvo la mirada de un modo tan intenso que Briseia se olvidó de respirar.

Leiv parecía estar intentando recordar algo, o sondear en su alma; o las dos cosas al mismo tiempo.

—Ho... hola —saludó ella, dubitativa—. ¿Cómo te encuentras?

Se dio cuenta de que tenía la mano en el aire y empezó a bajarla, pero él la atrapó y se dedicó a pasear su lengua sobre los nudillos femeninos.

—Muy bien... —contestó perezosamente con una sonrisa de medio lado.

Briseia tragó saliva y consiguió no soltar un gemido. No sabía si Leiv era consciente de la imagen sensual que proyectaba o si se trataba de una nueva trampa, pero el muro de las resoluciones se estaba agrietando a pasos agigantados.

Sin previo aviso, el General le soltó la mano y su misteriosa mirada se volvió más clara y alerta, como si hubiese logrado salir del estado onírico en el que se había sumergido. La sorpresa y el horror hicieron acto de presencia

en su rostro cuando esos ojos verdes se detuvieron en el estado lamentable de la prenda íntima que Briseia mantenía sujeta a duras penas con la otra mano.

A pesar de la repentina tensión que se apoderó del ambiente y del cuerpo viril del demonio, la joven pintora no pudo evitar echar un vistazo a ese torso dorado exento de vello y a esos abdominales tan definidos, reprochándose esa falta de cerebro. Volvió a sentirse muy acalorada al contemplar tanta perfección e intentó mantener a raya el deseo.

Sin embargo, se quedó muy quieta y contuvo la respiración al ver cómo Leiv, de rodillas en el colchón, se acercaba a ella y levantaba las manos con una expresión terrible de dolor.

—¡Por el Infierno! ¿Qué he hecho? —musitó alzando los dedos hacia su rostro, pero sin atreverse a tocarlo—. ¿Te he forzado?

Briseia parpadeó y, al contemplar el sufrimiento infinito del verdadero ser encerrado tras la fachada hermosa, algo se quebró en su interior.

Jamás descansaría hasta redimirlo. Su búsqueda no tendría fin hasta encontrar un modo de devolverle parte de su humanidad. Esa humanidad que podía ver ahora a través de esa mirada angustiada por el dolor causado.

Capítulo 9

—No, Leiv, no me has hecho... daño —contestó la joven pintora, con un intenso rubor en las mejillas que, en otro momento, a él le hubiese parecido encantador, pero estaba demasiado conmocionado como para reaccionar.

Bajó las manos y se apartó levemente, sin dejar de observarla con el ceño fruncido y un intenso pesar en la mirada. ¡Condenación! Se había abalanzado sobre ella como un animal y había estado a punto de poseerla. En ese instante, recordó que llevaba siglos arruinando las vidas de las mujeres tentadas por la lujuria y que ese era su cometido desde que había sido entregado como esclavo eterno a manos del Príncipe vicioso; pero nunca había actuado de un modo tan irracional y tan violento.

Era como si otra persona se hubiese apoderado de su cuerpo. Se sentía... manipulado en contra de su voluntad.

Se tensó y giró la cabeza con todos los sentidos en alerta. Lanzó en silencio un hechizo demoníaco para sondear el perímetro más allá de esa habitación y detectar energías de posibles demonios espías. Como no hubo respuesta se dio cuenta de que la manipulación había terminado y de que solo Asmodeus tenía el poder de convertirlo en un monigote a distancia.

Leivan saltó de la cama con rabia y blindó con hechizos poderosos todo el espacio interno de la lujosa habitación. Oyó una exclamación femenina a su espalda, pero no le dio importancia al hecho de que estaba desnudo y prefirió reforzar una seguridad mermada. Por lo visto su jefe tenía poquísima paciencia y había decidido actuar personalmente para obtener el alma de la humana, acelerando por mil la maniobra.

La rabia y el asco profundo corrían a partes iguales por sus venas: él había sido militar y lo seguía siendo de alguna forma, y jamás había actuado de un modo tan rastroso y asqueroso para obtener lo que se proponía.

Mientras terminaba de sellar una última barrera invisible, se tocó el torso disimuladamente. Le dolía el pecho y esa sensación olvidada era muy desagradable. Se había comportado como un mercenario saqueador de los de

antes y lo peor era que ahora recordaba haber confundido a su *maravillosa* joven pintora con la traidora de su ex mujer. Quiso hacerle daño para vengarse de ella cuando en realidad estaba casi abusando de la única mujer pura y desconcertante que le hacía sentir bien y diferente.

Leivan suspiró y se pasó las manos por la cara. Seguía teniendo el dulce sabor de los pechos de Briseia en la boca, pero se sentía demasiado avergonzado y humillado como para seguir por ese camino. Asmodeus se había adueñado de él como si fuese un demonio inferior, aprovechando que se encontraba con las defensas bajas por culpa del veneno, y si la *Deva* no hubiese tenido la capacidad de pararle los pies, ahora mismo estaría lamentando sus actos.

Un minuto. ¿Lamentar? ¿Desde cuándo tenía sentimientos y moral como para pararse a pensar sobre la repercusión de sus actos?

Nunca había tenido que forzar a una mujer para obtener su cuerpo y su alma, pero tampoco era un bendito. ¿Por qué todo era diferente con ella? ¿Por qué le aterrorizaba pensar que lo que acababa de ocurrir podía haber quebrado la conexión tan peculiar y reconfortante que tenían?

Como no era ningún cobarde, decidió averiguarlo en el momento. Le disgustaba mucho pensar que ella pudiese tenerle miedo ahora. No quería que lo viese como una amenaza cuando, en realidad, sí era peligroso para su integridad física y mental. Se había convertido en una contradicción errante y se sentía confuso. Tenía que enmendar sus actos y recuperar la confianza perdida.

—¿Qué pasa, Leiv? —preguntó Briseia, y su voz sonó tan firme y melodiosa como siempre, sin un ápice de miedo.

Era tan sorprendente y fuerte como antes del... incidente. Estaba cada vez más convencido de que ella había ganado la batalla y sin ningún esfuerzo. No existía estrategia alguna capaz de derrotarla.

—Nada... Todo ha pasado —contestó dándose la vuelta, no sin antes utilizar la magia para vestirse con un pantalón negro de pijama.

Se acercó con cautela a la cama y entrecerró los ojos al toparse con el camisón destrozado.

—No te asustes, pero voy a usar la magia para... cambiarte —le indicó

antes de actuar.

—¡Haría falta algo más para asustarme! —recalcó ella, reajustándose el nuevo camisón que, para alivio suyo, seguía siendo tan recatado como el anterior—. ¿Ya se ha ido el demonio indeseado?

—¿Cómo dices? —preguntó Leivan, enarcando una ceja y sentándose a una distancia prudencial.

Sin previo aviso, Briseia se acercó a él, poniéndose de rodillas, y le acarició el rostro con las manos.

—Lo que ha pasado antes no fue tu culpa. Había otro demonio en esta habitación y te has encargado de que no pudiese volver a entrar, ¿verdad?

Leivan logró disimular su absoluta sorpresa ante el alcance de esa intuición y mantuvo una expresión neutra antes de preguntar:

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo has logrado detenerme?

—Con esto —contestó ella, enseñándole el brazalete protector—. Pero esa no es la cuestión. ¿Vamos a seguir con este juego de mentiras y falsas apariencias, o vamos a hablar claro de una vez? —preguntó ella, clavando esa preciosa y honesta mirada en la suya después de suspirar.

El General le devolvió una mirada intensa y abrasadora. Valiente y única, capaz de desestabilizarlo en un segundo con esa sinceridad muy peligrosa. A pesar de no ser un movimiento apropiado dadas las circunstancias, tenía ganas de devorar con besos y caricias ese cuerpo curvilíneo y esa cara angelical. Empezaba a sentir algo muy poderoso por ella cuando no tenía ni derecho ni alma para hacerlo.

Iba a contestarle con una limitada sinceridad cuando percibió cómo Alexis intentaba traspasar las barreras del hechizo demoníaco de contención. El joven demonio parecía mortalmente asustado por el hecho de no saber si Briseia se encontraba sana y salva. Tenía que tranquilizarlo cuanto antes.

—*¡Mi Señor! ¿Todo va bien?*

—*Cálmate. La joven pintora está conmigo y todo va bien.*

—*Un intruso ha creado una ilusión temporal y no la encontraba por ninguna parte.*

—*Has hecho lo correcto, Shatan. Ahora, vigila desde fuera.*

—*Así lo haré, mi Señor.*

Leivan bloqueó el canal interno y volvió a centrar su atención en Briseia, quien lo miraba con cara de pocos amigos.

—¿Y bien? —insistió ella, cruzándose de brazos.

Soltó un profundo suspiro como respuesta. También era muy tozuda y él no podía decirle toda la verdad por su propio bien. Seguía siendo un General demonio con una misión y una venganza que llevar a cabo.

—Lo siento. Siento mucho lo que ha pasado hace un rato y siento haber perdido la compostura cuando volvimos del desierto —reconoció con humildad.

Llevaba siglos sin ser honesto y era una sensación casi placentera. Era como ponerse una prenda limpia tras haber llevado ropa sucia y desgastada.

Briseia cogió una de sus manos entre las suyas. Inmediatamente una corriente eléctrica le recorrió el brazo hasta llegar a su entrepierna. ¡Por todos los infiernos! No podía resistir frente a esa atracción y se volvía débil ante ella.

—Sé muy bien que no actuaste por voluntad propia y que nos has salvado la vida a mi primo y a mí. ¿Por qué? ¿No hubiese sido más fácil dejarnos a manos de los otros demonios?

A Leivan le molestó profundamente esa pregunta, pero no por ello retiró la mano del sitio cálido y acogedor en la que se encontraba.

—De esa forma no te hubiesen herido e inyectado ese veneno... —añadió ella, con pesar.

Ese comentario lo dejó completamente anonadado. ¿Casi la había forzado y ella se preocupaba de sus heridas? ¿Por qué siempre anteponía el bienestar de los demás al suyo propio?

—¡Jamás te hubiese dejado a manos de esos engendros! —soltó ferozmente—. No sabes de lo que son capaces.

—No soy tan ingenua, Leiv, y me hago una idea.

—Oh, no; no sabes lo que es estar en el Infierno.

Briseia parpadeó.

—¿Y tú sí? ¿Alguna vez te han torturado?

Durante un minuto, Leivan se perdió en sus recuerdos y volvió a sentir el frío del metal hundiéndose en su carne y la quemadura del hierro incandescente. No había sido un esclavo obediente y había tardado años en entender lo que querían de él.

—Prefiero no hablar de eso —puntualizó, apartando con una mano invisible los malos recuerdos.

La joven pintora lo miró intensamente, pero no insistió.

—Vale, pues toca hacer un resumen de la situación: un ente celestial llamado Dazel ha mandado engendros monstruosos para secuestrarme y ahora me encuentro en el palacio ruso de un general demonio. Ah, y acabo de descubrir que mi querido primo es en realidad un cazador de demonios.

Briseia suspiró.

—Si no estuviese acostumbrada a que me ocurriesen cosas muy extrañas y a tener sueños poco ortodoxos, ya me habría dado un patatús.

—Creo que tu frágil apariencia no refleja la fuerza que ocultas —comentó Leivan sin querer, tocándole el suave pelo con un dedo.

La joven pintora se tensó y se ruborizó, y él intuyó que estaba repasando mentalmente todos los besos y caricias que le había prodigado anteriormente. Se moría de ganas de volver a besarla y la presión en su entrepierna se estaba intensificando.

—Reitero mi pregunta: ¿qué quiere de mí ese tal Dazel?

La expresión de Leivan cambió radicalmente al oír el maldito nombre.

—Nada bueno, pero no dejaré que se acerque a ti.

—¿Por qué? ¿Qué hay entre tú y ese... ser?

El General desvió la mirada y un tic nervioso apareció en su mandíbula. Por culpa del contacto con la *Deva*, había recuperado ciertas emociones y la rabia se había multiplicado de manera alarmante. Temía perder el control y desatarla.

—¿Tiene algo que ver con tu mujer?

Esa pregunta fue como una bomba para su mente y le dedicó una mirada airada.

—¿Qué sabes tú de mi mujer?

Briseia ni se inmutó ante la gélida ola de rabia que desprendía el cuerpo masculino.

—Bueno, sabes que soy un tanto... especial y que veo cosas. He visto detalles de tu vida pasada con la princesa rusa. Puedo afirmar que era muy egoísta y caprichosa.

Leivan bajó la vista.

—Yo la quería. La quería por encima de todo y lo di todo por ella, hasta mi alma... —confesó sin saber por qué.

Eran las manos de Briseia. Transmitían calidez y lo reconfortaban.

—¿Y por eso estás obligado a trabajar para ese otro demonio? —quiso saber ella, empleando un tono dulce capaz de sonsacar todos los secretos.

¡Despierta, maldito imbécil! Si le confiesas tu condición, ya no podrás protegerla como es debido.

Ese duro recordatorio actuó como un despertador y lo sacó de la dulce ensoñación en la que se había sumergido. No podía contarle todo lo ocurrido en el pasado. Ya sabía demasiado por su propio bien.

—Sabes perfectamente lo que Dazel y los demonios quieren de ti —recalcó con dureza, retirando la mano.

Pudo ver tristeza en su preciosa mirada por ese rechazo y le dolió más que nada. ¡Maldición! ¿Pero qué puñetas le estaba pasando? ¿No había aprendido la lección?

—Lo que sé es que has sufrido demasiado por culpa de esa niñata rubia, pero todas las mujeres no son tan egoístas como ella —soltó la joven pintora con creciente enfado—. Lo entregaste todo a cambio de nada. ¿Con quién hiciste un trato? ¿A quién le diste tu alma?

Leivan no pudo disimular su sorpresa y la tensión fue en aumento.

—Creo que esta conversación ha terminado. No te conviene saber nada de esto —insistió, apartándose poco a poco.

—Hiciste un trato con el ente celestial —concluyó ella, como si estuviera leyendo en él y viendo todos los acontecimientos pasados—. Es un Ángel Caído. No soy una especialista, pero creo que es el equivalente a ser un demonio, ¿no?

—¡Ya basta, Briseia! ¡No quiero oír hablar de esa zorra! —estalló el General.

—Por eso la odias tanto. Ese ser es el culpable de todo tu sufrimiento.

—¿Has terminado? —preguntó él con frialdad, y pequeñas chispas heladas empezaron a manifestarse a su alrededor.

—No. ¡Ya está bien de mentiras! ¡Quiero saber la verdad! —gritó ella, cerrando los puños—. Me has llamado *Deva* y eso se refiere a lo que soy capaz de hacer. Si ese ente quiere secuestrarme para obtener mi don, ¿qué es lo que tú quieres de mí? ¿Qué quieres de mí, Leiv, o como te llames?

Briseia se abalanzó sobre él y lo agarró por los hombros, pillándolo completamente desprevenido. Logró aplacar su furia para no desatar su poder y hacerle daño.

—¿¿Qué quieres de mí?! —gritó con desesperación—. Si quieres mi cuerpo y mi alma, ¿por qué no me has poseído ya? ¿Por qué me has salvado la vida y por qué me estás protegiendo?

—Briseia, tienes que calmarte —le ordenó, atrapando sus manos para detenerla dado que había empezado a darle puñetazos en el torso desnudo.

—¡No! ¡Estoy harta de que la gente me mienta y me utilice en beneficio propio! ¡Quiero oír la verdad por una vez!

Leivan se dio cuenta de que había llegado al límite por culpa de la tensión acumulada. Había tenido que asimilar muchas cosas en muy poco tiempo y, a pesar de estar acostumbrada a sentirse diferente al resto de los humanos, el peligro que conllevaba tener ese don y la sensación de sentirse acorralada habían hecho mella en su aparente serenidad. La joven pintora estaba decidida a reventar la burbuja de tensión por todo lo alto.

El momento de silencio fue muy mal recibido y ella se apartó en un movimiento lleno de rabia. Sin embargo, lo que hizo a continuación le provocó un cortocircuito mental instantáneo.

—Solo soy un cuerpo más para ti —dijo, antes de quitarse el camisón, pasándoselo por la cabeza—. Ya has obtenido muchos cuerpos y muchas almas a lo largo de tu existencia demoníaca. Pues ven, aquí tienes ambas cosas.

Leivan respiró entrecortadamente e intentó serenarse. Le estaba regalando lo que necesitaba para finiquitar esa misión y así poder dedicarse a su venganza, pero tenía mucha experiencia en ese tipo de juegos sexuales y podía hacerla enloquecer de pasión con esa exasperante espera.

¿Pero qué estaba pensando? ¿Se trataba de su adorable y valiente joven pintora! Ella no era como las demás mujeres. Era muy especial para él.

Tenía que luchar contra la tentación de poseerla allí y ahora. Si lo hacía, Asmodeus ganaba la partida y le haría daño eternamente. Lucharía consigo mismo y contra todos para evitarlo.

Por otra parte, esos pechos se veían tan apetecibles y lo llamaban desesperadamente. Su ingle estaba a punto de estallar y la boca se le había secado de repente.

Entonces Leivan cometió el terrible error de mirar esos labios pecaminosos y de hundir su mirada en la luz celeste que emanaba de los ojos de Briseia. Cuando estrelló su cuerpo dulce contra el suyo, supo que iba a ser muy complicado volver a encerrar la bestia del deseo sexual que acababa de despertar por voluntad propia y no por imposición.

Briseia pensó que se había vuelto loca. No había otra explicación. ¿Cómo, si no, se le hubiese ocurrido provocar de esa forma a un general demonio experto en el arte de hacer sucumbir a las mujeres?

El palpable sufrimiento en esos ojos misteriosos le provocó un sinfín de emociones y pudo relacionar las imágenes vislumbradas en esa anterior conexión, pero también liberó toda esa frustración acumulada a lo largo de los años.

Todo el mundo quería algo de ella, incluso Leiv; pero hacerla caer era vital para él ya que su razón de ser dependía de otro ente aún más poderoso. Por amor, había hecho un pacto inhumano y tenía que cumplir su parte del trato. Sin embargo, no parecía ansioso de hacerlo: había tenido varias ocasiones de actuar sin trabas, pero no había aprovechado esa oportunidad.

¿Por qué actuaba así? ¿Por qué no se comportaba como un demonio sin escrúpulos? Hubiese sido más fácil de esa manera. Lo hubiese odiado por ese comportamiento y no se hubiese sentido tan atraída y conmovida por él.

Entonces se le ocurrió provocarle hasta llegar al límite. Ver si era capaz de convertirse en una bestia sin sentimientos. Y había sido una muy mala idea. La pasión se había desatado y ya no había vuelta atrás.

Unas manos fuertes le rodearon la cintura y la hicieron caer de espaldas contra el brazo masculino. Tras un destello verde en su mirada sibilina, Leiv le susurró algo en ruso al oído y la acarició desde la cara hasta los pies con una sola mano. No había brutalidad en sus gestos, pero ladeó la cabeza para tener acceso a su boca y separó sus labios para poder jugar con su lengua.

¡Dios! Briseia gimió ante tal experta invasión. No cabía duda de que sabía besar y de que cada nuevo beso eclipsaba al anterior.

El deseo explotó en sus entrañas cuando esa mano de piel dorada se deslizó por sus pechos y jugueteó con sus pezones mientras seguía besándola.

—¡Leiv! —consiguió soltar cuando él le dio un segundo de respiro para dedicarse a lamer lo que su mano había acariciado.

Briseia lo agarró del pelo para detenerlo porque tenía la impresión de estar consumiéndose, pero se dio cuenta, horrorizada, de que lo estaba pegando más a su cuerpo. ¿Qué le estaba pasando? Se estaba convirtiendo en una criatura lasciva y ya no oía a la voz de su conciencia.

—Me encanta tu sabor —dijo él con voz ronca.

Esas palabras actuaron como un detonante y las caderas femeninas empezaron a ondear mientras ella gemía sin parar. El demonio rubio la volvió a tumbar sobre la cama y le alzó los brazos para acariciarlos, y luego siguió bajando. Parecía tener una predilección por sus senos porque dejó reposar sus manos sobre ellos mientras su lengua seguía recorriendo su piel hasta llegar al ombligo.

Ella dejó escapar un profundo gemido y creyó que se iba a volver loca de placer cuando él atrapó sus caderas con las manos y le bajó levemente las braguitas para mordisquear la suave zona que se encontraba sobre el hueso de la cadera.

—Ábrete para mí, Briseia —le susurró en ruso contra su vientre.

Le separó las piernas y acarició sus muslos y, sin previo aviso, le dio la vuelta para quitarle la prenda íntima en un segundo.

—También me voy a ocupar de ese precioso culo —le dijo, antes de saborear su nuca y sus hombros.

Briseia tenía mucho calor y ya no sabía si era capaz de manifestarse de forma coherente. Había tenido relaciones sexuales en el pasado, pero no tenía nada que ver con lo que estaba pasando ahora. Esa lengua seguía bajando, incendiando cada trozo de piel que tocaba. Entonces, ella sintió un cosquilleo provocado por el vello de las piernas de Leiv y se percató de la tremenda erección que descansaba en la parte baja de su anatomía.

—Vas a lamentar tu provocación, querida. Te voy a devorar enterita —amenazó con una voz sensual mientras sus manos elevaban su trasero para tener acceso a su sexo.

De repente, ella abrió mucho los ojos y las sensaciones placenteras fueron sustituidas por la alarma. El general estaba reproduciendo el antiguo ritual para apoderarse de su alma y podía percibir las oleadas malévolas que salían de su cuerpo.

¡Estamos perdidas! ¡Iremos al Infierno!

—No... no si puedo evitarlo —dijo ella en voz alta, al tiempo que el brazalete empezaba a parpadear.

Briseia se dio la vuelta y detuvo a Leiv, poniendo sus manos alrededor del cuello masculino. El brazalete emitió una luz y el demonio siseó.

—¡No, general, así no! He sido una tonta y he cometido un error, y de este modo no podré ayudarte.

—Briseia, ¿qué haces?

—No quiero que actúes como con esas otras mujeres. No quiero que me poseas. Quiero que me ames —explicó ella, acariciándole la cara y el cuello, cuyo tatuaje era bien visible ahora—. Quiero que encierres a ese demonio para siempre.

—¡Pero es lo que soy! ¡Un demonio! —gritó él, agarrándole las manos.

Briseia parpadeó.

—Un minuto. ¿Has intentado darme una lección, enseñándome tu forma de comportarte en la cama?

Vio cómo se tensaba y supo que había acertado. Podía leer en él como en un libro abierto.

—No es una lección, ¡eso es lo que soy! ¡Un demonio sexual de la lujuria! —recalcó con una sonrisa cínica—. Quería estar dentro de ti y cualquier mujer me excita.

—No te creo. No disfrutas con lo que haces. Puedo verlo.

—¿Entonces cómo se llama esto? —contraatacó él, poniéndole una mano sobre su miembro enhiesto.

—Si cualquier mujer te despierta la libido, tienes que estar muy aburrido con este tipo de cosas, ¿no? —preguntó ella con falsa inocencia mientras empezaba a tocarlo con suavidad.

¿Pero cuándo se había vuelto tan descarada?

Leiv volvió a sisear y le agarró la muñeca.

—¡No hagas eso! —le ordenó con la mirada turbia.

—Aquí tengo la prueba de que mientes. No me dejaré engañar más por tus palabras cuando puedo ver tu pasado.

Él la miró intensamente y negó con la cabeza. Parecía estar librando una batalla consigo mismo. Finalmente, aparentó darse por vencido.

—¿Por qué haces esto, Briseia? —preguntó con voz rota antes de atraparla entre sus brazos y de colocarla de manera que estaba cara a cara con ella.

—No me preguntes cómo lo sé, pero existe un modo de liberarte y de devolverte esa humanidad perdida, y yo voy a luchar por ello —contestó ella, deslizando los dedos sobre las cejas de un tono rubio oscuro y sobre la nariz de perfil griego.

—¿Por qué? —insistió él, mirándola con pasión contenida.

—Quiero utilizar esa esencia diferente y peculiar que tengo en mi interior para hacer algo bueno.

Leiv se tensó y entrecerró los ojos.

—¿Soy tu obra de caridad o algo así?

—Y yo, ¿qué soy? ¿Tu futura víctima o algo más?

—Alguien a quien no puedo combatir. Me vuelves diferente y ya no me quedan ni sangre fría ni estrategias —confesó él, dándole un tierno beso sobre la punta de la nariz.

—Eres mucho más que una buena acción para mí, Leiv —susurró ella, acercando su boca a la suya.

De repente, una potente luz inundó la estancia y los rodeó. Briseia sintió una descarga poderosa en lo más profundo de su ser y, antes de besar a Leiv, recitó algo extraño en un idioma desconocido.

—¡No, no lo hagas! —protestó débilmente el demonio rubio, pero fue en vano.

Cuando sus bocas se encontraron, una manifestación divina cercana al Nirvana celestial absorbió cada una de sus respectivas células y una onda expansiva recorrió sus mentes de forma simultánea. Fue como sentir un seísmo interior y se separaron jadeando.

—¡Por todos los demonios! ¿Qué has hecho? —rugió Leiv, apartándose de ella.

—¿Qué ha pasado exactamente? —preguntó Briseia, aturdida y sonrojada.

Tenía la impresión de haber experimentado un tremendo orgasmo y se sentía flotar.

—¡Has creado un vínculo divino! —resopló él, sentándose al borde de la cama antes de cogerse la cabeza con las manos.

—¿Y qué tiene eso de malo? —preguntó ella, gateando hacia él sin acordarse de que estaba completamente desnuda.

Se asustó ante el comportamiento desolado del general demonio.

—Explícame, Leiv... —susurró, pegándose a su espalda de forma amorosa.

En esa posición no pudo ver cómo él cerraba los ojos para saborear el contacto de sus pechos y de su cuerpo caliente. El silencio se instaló y el tiempo pareció detenerse.

—Es una catástrofe, Briseia —contestó finalmente, al cabo de varios minutos.

Se deshizo dulcemente de su abrazo y se levantó. Utilizó la magia y, en un segundo, volvían a estar vestidos con unas prendas para dormir.

—Ahora, cualquier daño que yo sufra, también te dañará a ti —explicó, dándose la vuelta.

Briseia frunció el ceño y abrió la boca para hablar, pero Leiv le dio un beso de infarto antes de decir:

—Puedes descansar aquí, en mis aposentos. Yo necesito reflexionar.

Desapareció sin más, dejándola completamente anonadada y con más misterios que dilucidar.

Capítulo 10

Briseia se despertó sintiéndose realmente bien, y eso la desconcertó debido a todo lo que había ocurrido en tan poco tiempo, sobre todo lo de la noche anterior. No sabía qué hora era; no sabía dónde se encontraba Leiv, pero estaba tranquila y completamente relajada. Debía de ser un efecto colateral del vínculo que había logrado establecer, sin saber absolutamente cómo lo había hecho.

El estado de relajación también tenía algo que ver con el hermoso sueño que había tenido, sin demonios o batallas de por medio por una vez, y con que se encontraba entre las sábanas de su diablo particular y podía oler su sensual perfume. Por lo visto esos seres necesitaban dormir, pero no tanto como los humanos.

Suspiró al recordar los besos y las caricias y ese posterior momento de locura. Por fin había encontrado una razón de ser a su peculiar existencia, pero Leiv no parecía estar por la labor de quererle ayudar. Tras haber visto el motivo de su sufrimiento, entendía en parte esa reticencia, pero ella no tenía nada que ver con la caprichosa muñeca rusa. Y se lo iba a demostrar.

Con las energías renovadas por esa convicción, decidió que ya era tiempo de levantarse y de volver a su habitación para darse una ducha rápida y cambiarse. Se levantó, decidida, y abrió la puerta con cautela por si hubiese algún hechizo en funcionamiento. No era el caso y, para su gran asombro, supo exactamente dónde dirigirse para encontrar la habitación que le había sido designada. Era como si ese palacio fuese suyo y lo conociese desde siempre. Supuso que era una de las ventajas de vincularse al propietario del lugar.

Entró rápidamente y fue directamente al cuarto de baño. Allí se quitó el camión y las bragas, y se recogió el pelo puesto que tendría que darse una ducha poniéndose de cuclillas. Al pasar delante del espejo tuvo que parar y retroceder para observar mejor algún detalle nuevo en su anatomía.

—¿Pero esto qué es? —dijo en voz alta, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Se acercó aún más y comprobó que tenía algo entre los pechos. Era una marca rosa y, al observarla detenidamente, se dio cuenta de que formaba un símbolo.

Es una rueda de ocho radios.

Briseia giró la cabeza al oír esa voz en su mente.

—¿Y qué significa exactamente?

Es la prueba de tu poder y de que estás en fase de Iniciación.

—No parece muy útil —recalcó con un mohín—. Lo que necesito de verdad es poder protegerme de los demonios que quieren hacerme daño.

Esperó varios minutos, pero la voz dejó de manifestarse.

—¡Qué sorpresa! —exclamó con ironía.

Tras asearse y peinarse, fue hacia el armario y escogió un pantalón negro de tiro alto y un jersey de punto azul intenso, no sin antes ponerse unas prendas íntimas cómodas pero bonitas, descartando la lencería más provocadora. En los cajones había conjuntos muy osados; demasiado sexis para el momento actual.

Se puso unos botines, también negros, y decidió domar su pelo ondulado, recogéndolo en una cola alta. Se estaba poniendo un poco de maquillaje cuando su estómago rugió, recordándole que era humana y que llevaba muchas horas sin probar nada.

Salió de la habitación y se quedó paralizada, con la mano encima del pomo. Un demonio enano azul, vestido de cuero y con unos cuernos torcidos, estaba mirándola fijamente.

—¿Cómo se encuentra, *Deva*? —preguntó con una educación exquisita, digna de las mejores escuelas de mayordomos—. ¿Me haría el favor de seguirme hasta el salón verde en el que la esperan el Amo y su primo?

Briseia asintió y tuvo un leve pinchazo de remordimiento al oír nombrar a Zander. ¡No se había acordado de él en toda la noche!

Siguió al demonio a través del laberinto de pasillos, aunque supiese adonde se dirigían en todo momento. Cuando llegaron a las puertas del citado salón, puso la mano en el hombro del sirviente demoníaco y le dijo:

—Me llamo Briseia y me gustaría que me llamases así. No necesito ese título pomposo. ¿Cómo te llamas?

El aludido parpadeó y abrió la boca como si hubiese dicho una obscenidad. De repente las puertas se abrieron por sí solas y el demonio azul se inclinó.

—Amo, aquí está la *Deva*.

—Muchas gracias. Ya puedes retirarte —dijo la voz de Leiv desde dentro del salón.

El demonio le dedicó una tímida sonrisa y desapareció.

—Pasa, Briseia.

La aludida meneó la cabeza antes de entrar. Ese tipo de comportamiento servil no le gustaba mucho, pero no se encontraba en situación de quejarse.

—Espero que te encuentres bien, prima, y que el rubito aquí presente no te haya puesto ni un solo dedo encima —soltó Zander con rabia a modo de bienvenida.

—¡Está perfectamente! ¿Crees que somos unos salvajes? —preguntó el joven demonio Alex con visible enfado.

—Nooo, ¡solo unos putos engendros!

—¡Zander, ya vale! —intentó mediar Briseia.

Soltó un sentido suspiro y se acercó a él. Conforme iba caminando, le echó un vistazo a la estancia: el salón era ovalado y decorado con cortinas verdes de terciopelo y con sillas tapizadas del mismo color. De las paredes colgaban cuadros enmarcados de oro que representaban escenas cotidianas de la Rusia del siglo dieciocho. En el centro se hallaba una mesa rectangular de nogal, en la que estaban sentados Leiv, Alex y su primo, y en el fondo se veía un escritorio antiguo y muy bien conservado.

Al llegar a la silla en la que estaba sentado Zander, se percató de que había un símbolo pintado en el suelo debajo de la misma, y de que era una estrella de cinco puntas.

—Tu primo ha intentado escaparse durante toda la noche y hemos tenido que tomar ciertas precauciones para poder tener una conversación sin

sobresaltos —le explicó Leiv, al ver su ceño fruncido.

—¡Cómo voy a disfrutar pateando tu culo en cuanto pueda moverme! — soltó el aludido, sentado bien recto en la silla y con las manos encima de la mesa, como si fuese un niño bueno.

—Eso lo dudo mucho...

—¿Puedes dejar de comportarte así un minuto para que podamos hablar? —le rogó Briseia, mirándolo a los ojos.

Zander resopló.

—Vale, pero que no me busquen las cosquillas.

—¡Pero si te hemos salvado la vida, Cazador! —estalló el joven demonio.

Leiv lo miró y este se calló, frunciendo la boca. A continuación, se levantó y retiró una silla para que Briseia pudiese sentarse.

—Supongo que tienes hambre. ¿Qué quieres comer? —le preguntó Alex amigablemente una vez que estuvo sentada a la izquierda del general.

—No pruebes nada, Bri. La comida puede contener hechizos —avisó Zander con preocupación.

—Ella está por encima de cualquier encantamiento, Cazador —puntualizó Leiv, con una sonrisa torcida.

—Creo que, dadas las circunstancias, no hace falta preocuparse por ese tipo de detalles. ¿No piensas lo mismo, primo?

—No te fíes de ninguno de ellos —insistió Zander, con una mirada hosca.

—Me apetece un buen desayuno continental, si es posible —contestó ella, sin hacerle caso.

¡Sería carne de infarto si se enterase del vínculo creado con Leiv la noche anterior! Aunque estaba convencida de que se iba a enterar en breve por la determinación que veía pintada en la cara del general.

—¡Marchando un desayuno! —exclamó Alex.

Briseia pegó un respingo cuando todo lo que deseaba comer apareció delante de ella en un abrir y cerrar de ojos.

—Vaya, ¡qué cómodo! —exclamó, cogiendo el zumo de naranja.

—Sí, un truquito encantador... —ironizó Zander.

—Cazador, si no te callas, tendré que obligarte a guardar silencio —amenazó Leiv, con una mirada inquietante.

—¿Ah, sí? ¡Estoy deseando verlo! —soltó el otro.

—¡Ya basta, Zander! —estalló Briseia—. ¿Me puedes dejar desayunar en paz?

El aludido refunfuñó algo por lo bajo, y luego se mantuvo en silencio. Briseia siguió comiendo, pero se sentía incómoda.

—¿Nadie más va a desayunar? —preguntó, antes de darle un bocado a la tostada.

—No te preocupes y come tranquila —contestó Leiv, antes de quitarle con delicadeza una migaja de pan que tenía muy cerca de la boca.

El gesto se volvió muy íntimo cuando el pulgar del demonio se demoró más de la cuenta y el deseo encendió chispas en su mirada verde.

—¡Briseia, júrame ahora mismo que no te has acostado con ese engendro!! —bramó Zander, incapaz de contenerse ante lo que veía.

La aludida se puso muy colorada y lo fulminó con la mirada.

—¿Vas a cerrar la boca y dejar de decir tonterías? ¿Por quién me tomas?

—No es por ti, prima, es por él. ¡Es muy capaz de seducirte!

—Ya, claro; porque yo no tengo cerebro ni voluntad propia, ¿verdad?

—Es su cometido, Briseia. ¡No serías la primera en caer rendida a sus pies!

Leiv se cruzó deliberadamente de brazos con una lentitud casi hipnótica.

—No, no he seducido a tu prima ni hemos hecho el amor... —empezó a decir mientras Briseia se atragantaba con lo que quedaba de tostada—, pero ella ha hecho algo mucho peor que eso.

—¿Y qué es, si se puede saber? ¡Pero quiero que sepas que será un placer para mí destrozarte esa cara de niño guapo que tienes!

Zander estaba echando humo literalmente.

—Vas a tener que tranquilizarte, Cazador, porque si me haces daño a mí, también se lo harás a tu prima...

—¿Qué... qué significa eso? —preguntó el aludido con expresión cautelosa.

—Briseia es muy especial y ayer creó un vínculo divino entre ella y yo; un vínculo que yo no puedo deshacer.

La cara de Zander se desencajó por completo.

—¡Joder, Bri! ¿Qué has hecho?

Leiv no le dio tiempo a contestar porque se levantó rápidamente y se situó muy cerca de él, amenazándolo con su sola presencia.

—Veo que el término que he empleado no te es desconocido, Cazador, y que tu organización está muy bien informada. Mi pregunta es, si sabíais de su esencia particular, ¿por qué no os habéis esmerado un poco más en su protección?

Los ojos verdes del general refulgían peligrosamente.

—Estás cambiando las tornas, demonio. La estamos protegiendo de ti y de todos tus acólitos.

—Ella tiene un don divino y es un canal muy valioso para ambos bandos. ¿Pensabais que mis congéneres la iban a dejar tranquila sin más?

—Es mucho más poderosa que todos vosotros, incluso tú mismo has reconocido que eres incapaz de seducirla. Es la protegida de un Arcángel.

El hombre y el demonio se desafiaban con la mirada y la tensión estaba en el nivel máximo.

—Sí, me he dado cuenta. ¿Y qué demonio la atacó para que un Arcángel tuviese que ocuparse de su protección? —preguntó Leiv, con un mal presentimiento porque tenía una idea de la identidad del demonio en cuestión.

—¡Tu jefe! —soltó Zander con una sonrisa torcida—. Qué irónico, ¿verdad? ¡Te ha mandado a ti para rematar la faena!

—No sabes nada de mí, Cazador.

—¡Sé lo suficiente! —contraatacó el otro—. ¡Sé que eres un puto engendro con belleza diabólica que se ha acostado con miles de mujeres, arruinando sus

reputaciones y sus vidas durante dos siglos para obtener sus almas! ¿Me equivoco?

Leiv siguió mirándolo sin decir nada.

—¡He dado en el clavo! ¿Y sabes qué? No vas a conseguir nada con mi prima. ¡Ella será tu condena!

—No, primo, yo seré su salvación —intervino de repente Briseia, antes de levantarse y de acercarse a ellos.

Sin que nadie pudiese prever ese gesto, levantó la mano y le dio una sonora bofetada a Zander.

—¿Desde cuándo sabías todo esto sobre mí?! ¿Desde siempre?! —lo increpó con las lágrimas resbalando sobre sus mejillas—. ¡Llegué a pensar que estaba loca por tener esos sueños horribles, y tú nunca me explicaste nada! ¡Confiaba en ti y tú siempre me has ocultado la verdad!

Briseia no podía contener las lágrimas. Le dolía el corazón y se sentía defraudada y traicionada por el único hombre de su familia que se había mostrado afectuoso con ella, sin pedir nada a cambio. ¡Qué tonta había sido! Le había mentado una y otra vez.

—Lo siento, Briseia, no podía decirte nada por tu propio bien y seguridad...

—¿Por mi propio bien? ¿Me has mentado por mi propio bien? —recalcó ella alzando la voz—. Quizás cuando yo era joven, ¡pero ahora soy adulta y puedo decidir! Has tenido numerosas ocasiones para darme toda esa información y te has callado, a sabiendas de que odio que me manipulen. ¡Confiaba en ti! Sabes perfectamente todo lo que he pasado estando con mis hermanastros.

Zander bajó la mirada, apenado.

—Siento haberte defraudado, Briseia, pero no podía contarte nada. Hubiese sido mucho peor.

—¿Por qué? ¿Porque soy tonta?

—Briseia, no llores... —dijo de repente Leiv, atrapándola entre sus brazos para luego besarla tiernamente en las mejillas—. No soporto verte llorar.

—¡Tú también eres un mentiroso de primera, demonio! ¡No la toques! —gritó Zander, intentando moverse.

—Pero tú la has hecho llorar —comentó el general, con una voz tan suave que daba escalofríos porque no presagiaba nada bueno.

Se apartó de Briseia y lo observó minuciosamente. Alzó una mano en el aire y cerró lentamente los dedos, lo que provocó un reflejo rojizo en el pentagrama del suelo.

—Nadie más la hará llorar —amenazó con los ojos convertidos en dos puntos rojos.

—¡Pero si estás con ella porque tienes que entregarla a tu jefe! —bramó Zander antes de gritar por culpa del dolor infligido por la mano invisible del demonio.

—¡Leiv, no! —intervino ella, tocándole la mano.

El general le dedicó una mirada y, al instante, Zander se vio libre del hechizo.

—Vamos a tranquilizarnos todos —dijo Alex, mirando a los contrincantes.

—No podemos seguir con todas estas mentiras. Tenemos que poner las cartas sobre la mesa —insistió ella, sin dejar de tocar a Leiv—. Quiero que lo dejes libre.

—Pier... pierdes el tiempo, prima —masculló Zander—. Los demonios solo saben mentir.

—¿Y tú no? —replicó ella con una mirada dura.

El hombre bajó la cabeza, avergonzado.

Leiv la miró intensamente y liberó su mano para acariciarle el rostro.

—Tienes razón —dijo finalmente, cediendo—. Así no vamos a solucionar nada.

Pronunció unas palabras extrañas y el pentagrama desapareció. Zander empezó a mover los brazos y las piernas antes de levantarse.

—Lo hago por ti, Briseia, y solo por ti —apostilló Leiv, encerrando su rostro entre sus bellas manos—. Y nunca jamás te entregaré a mi jefe.

Leivan se contuvo para no besar con ansia la dulce boca femenina. Sentía un deseo abrumador mientras otras emociones fuertes y dolorosas pugnaban por salir a la superficie y arrasar con lo poco que quedaba de su duro entrenamiento militar.

El contacto con Briseia le había devuelto parte de unos sentimientos olvidados y lo hacían más sensible, pero el vínculo era mucho más poderoso y le permitía experimentar en carnes propias todo lo que la joven pintora sentía. Por lo que tenía ganas de matar a su primo en ese momento dado el grado de confusión y tristeza que había provocado en ella.

¡Condenado idiota! Tenía que reconocer que tenía agallas, enfrentándose así a él sin ninguna probabilidad de sobrevivir a un hechizo suyo. Tampoco le sorprendía que hubiese decidido esconderle la verdad a su querida prima sobre la verdadera naturaleza de su peculiaridad ya que era demasiado peligroso nombrar los hechos mágicos en voz alta. Pero de ahí a hacerla llorar y sufrir, había un paso.

¿Qué estaba pasando? ¿En qué momento había dejado de considerarla como un objetivo, al igual que cualquier otra mujer? ¿En qué momento se había rendido y había aceptado el hecho de que no lograría obtener nada de ella, y menos su entrega con manipulación?

El Cazador tenía razón: Briseia era su condena. Y, sin embargo, esa constatación y aceptación no lo llenaba de amargura, sino de paz y de un sentimiento tan luminoso que lo reconfortaba desde dentro.

¡Era un imbécil! Se había vuelto a enamorar y esa emoción, mucho más profunda y verdadera que antaño, lo llevaría a una segunda muerte.

¿Estaría dispuesto a entregarla a Asmodeus con tal de librarse de las torturas eternas en el Infierno? ¡No, de ninguna manera! El Príncipe vicioso ya había intentado apoderarse de ella en el pasado y preferiría dejar de existir antes de ver cómo ese demonio depravado le ponía las manos encima.

¿Estaría dispuesto a olvidarse de su venganza contra la Zorra Celestial con tal de ponerla a salvo? No tenía tiempo de contestar a esa pregunta en ese momento porque suponía un quebradero de cabeza muy complejo, pero estaba dispuesto a luchar hasta las últimas consecuencias para protegerla de todos esos enemigos ocultos.

Durante una fracción de segundo, Leivan se perdió en esa mirada tan pura. Estaba dispuesto a todo para mantenerla a salvo y tenía que solucionar cuanto antes el problema del vínculo. El jefe no tardaría en mandar a alguien para ver los resultados de esa supuesta seducción. Era muy impaciente y tramposo, y se había retratado la noche anterior al intentar manejar la situación desde la distancia. A esas alturas estaría pensando que había logrado acostarse con Briseia y que arrebatarse el alma era cuestión de un solo hechizo. Nada más lejos de la realidad...

—Bien, voy a acondicionar este salón para que podamos hablar sin ocultar nada —comentó, alejándose de la joven pintora porque cuando se encontraba demasiado cerca de ella, no conseguía pensar con claridad—. Ayúdame, *Shatan*.

Alexis asintió con la cabeza y declamó un conjuro tras cerrar los ojos. Leivan hizo lo mismo y decenas de símbolos extraños aparecieron en las paredes para luego desvanecerse.

—Solo disponéis de cinco minutos —avisó el joven demonio—. No podremos mantener el dispositivo por más tiempo.

—Bien, escúchame atentamente, Cazador, y no me interrumpas —insistió el General, echándole una mirada significativa al hombre que, al igual que Briseia, se había vuelto a sentar a la mesa—. Mis poderes y hechizos no son suficientes frente a un vínculo de tal potencia, y necesito encontrar una ayuda externa para romperlo.

—¿Qué tipo de ayuda? —preguntó Zander, cruzándose de brazos y echándose para atrás en la silla.

—De tipo... angelical. Los poderes demoníacos no pueden neutralizar un vínculo divino.

—¿Y crees que algún ángel te va a prestar ayuda, así como así?

—Estamos hablando de la vida de tu prima porque corre peligro. ¿Quieres una demostración? Lo que me hiere a mí la hiere a ella.

Dicho esto, Leivan hizo aparecer una daga de la nada y se pinchó la palma de la mano con ella. Briseia soltó un grito y vio, incrédula, cómo una gota de sangre brotaba de la palma de su propia mano.

—¿Convencido? —preguntó Leivan con ironía antes de acercarse a

Briseia para curarle la herida con una palabra. Luego, besó la piel sanada con fervor y la miró intensamente a los ojos.

—A ver, guaperas, ¿podrías dejar de tocarla o de besarla? —inquirió el otro, molesto.

—No, no puedo.

El Cazador resopló, fastidiado.

—¡Está claro que tenemos que romper ese vínculo cuanto antes!

—¡De ninguna manera lo voy a permitir! —exclamó Briseia, poniéndose de pie con un movimiento brusco.

—Pero ¿qué estás diciendo, Bri?

—¡Esto lo he creado yo, no sé cómo, pero lo he hecho yo! ¡Y no voy a permitir que le hagan daño por mi culpa!

—Pero, vamos a ver, prima, ¿no has oído bien la información que he dado sobre este demonio? —se enfureció Zander—. ¡Está contigo para seducirte! ¡Es su razón de ser y así funciona!

—Eso ya no es verdad. Leiv ya no actúa así y yo voy a ayudarle a volver hacia la luz.

—¡¿Pero por qué?! —gritó el Cazador, fuera de sí—. ¡Es un puto engendro maligno!

—¡Porque me importa y puede redimirse, y porque tengo sentimientos por él! —estalló ella, apretando los puños.

El silencio se adueñó de la estancia y Alexis abrió la boca, muy sorprendido. Leivan no supo cómo reaccionar durante varios segundos, abrumado y confuso por culpa de todos los sentimientos contradictorios que estaba experimentando al mismo tiempo. Por una parte, su orgullo se rebelaba diciéndole que no era un ser débil y que no necesitaba la ayuda de nadie ya que, la última vez que había suplicado por ser ayudado, le había salido bien caro.

Pero, por otra parte, tenía ganas de estrecharla contra él y de besarla hasta el fin de los tiempos, compartiendo con ella ese sentimiento mutuo que había sido capaz de neutralizar en parte la sujeción de esa esclavitud indeseada, a la

que se había visto sometido desde hacía varios siglos.

—Es un suicidio puro y duro... —musitó Zander, completamente anonadado.

—Es mi voluntad y la tienes que respetar. Quiero utilizar esas facultades especiales para hacer algo útil. Quiero salvarlo porque puedo hacerlo.

—¡Esto es una estupidez! ¡Es un general demonio y es muy bueno en lo que hace! ¡No te dejarán salvarlo sin más!

—No volverá a hacer el mal, te lo prometo.

El Cazador soltó un taco.

—Pero ¿quién te crees que eres, Briseia? ¿Santa Teresa de Calcuta?

—Por si no lo has notado, Cazador, tu prima es una *Deva* —intervino Alexis—. Os quedan dos minutos.

—Es decir que es mucho más santa que tú o yo, Cazador... —puntualizó Leivan, regocijándose por dentro al verlo rabiar.

—¡La madre que me parió! —soltó el otro con frustración.

—Pero no voy a dejar que se sacrifique por mí —recalcó el General.

Briseia abrió la boca para hablar, pero él le echó una mirada imperiosa.

—No sabes ni la cuarta parte de lo que se cuece en ese mundo oscuro. Soy capaz de defenderme solo.

—¿Me dejarás, al menos, ayudarte?

—Solo si conseguimos deshacer ese vínculo. Es demasiado peligroso para ambos y conlleva unas condiciones que ni te imaginas.

—Lo siento, rubito, pero no tengo línea directa con el jefe supremo —ironizó Zander.

—Ya sé a quién dirigirme. Tengo a una *Vila* en mi poder.

—¿Una qué? —se sorprendió el otro.

—Una especie de... bruja.

—Es esa mujer que estuvo ayer contigo, ¿verdad? —preguntó Briseia, frunciendo el ceño.

Parecía estar recordando algo que no le gustaba mucho.

—Así es. Ella sabrá qué hacer.

—¿Y qué querrá a cambio? —inquirió el Cazador con suspicacia—. Supongo que los servicios de esa bruja no son gratis.

—No es de tu incumbencia.

—¡Lo que hagas me importa una mierda siempre y cuando mi prima no se vea involucrada!

—Hay otros peligros que acechan a tu prima, Cazador. No solo mi jefe la quiere para él...

—¿Quién más quiere unirse a la fiesta?

—¿No recuerdas haber sentido otra presencia en el desierto, cazador de demonios? ¿Has oído hablar de los Ángeles Caídos?

El hombre entrecerró los ojos.

—Sí, ¡una historia cojonuda! Pero hay otra organización que se encarga de esa parte del Pandemónium.

—Ya conocemos a la Liga de los Custodios, pero ¿y si te dijese que un Ángel Caído también quiere apropiarse de la esencia particular de tu prima?

Zander resopló, exasperado.

—¡*Skata!* —juró en griego.

—Ya no hay tiempo, mi Señor —informó Alexis.

—Ponte en contacto con tu bruja cuanto antes y encuentra una solución —apuntó el Cazador con expresión venenosa.

—Voy a hacer más que eso y tendrás que colaborar con nosotros. Los demonios más hábiles se encargarán de su protección.

—¡Yo también quiero actuar! ¡No soy un corderito que espera dócilmente la matanza! Puedo hacer cosas —puntualizó Briseia con enfado.

—¡Tiempo! —exclamó Alexis con un suspiro.

—No sabes la clase de sufrimiento que podrías padecer si caes en manos de esos entes, Briseia —explicó Zander, con preocupación.

—Y tú no sabes lo que soy capaz de hacer. ¡Ya está bien de esconderse!

Sin previo aviso, un sonido bajo reverberó por los cristales y los muebles del salón, y luego desapareció.

—Creo que tenemos visita —dijo Leivan, cruzando las manos en la espalda.

La puerta del salón se abrió en grande y Huld entró corriendo.

—La Comandante quiere verle, mi Señor, y le espera cerca del lago. Ha venido con sus pájaros...

La expresión del General se tornó más fría que el hielo.

—Pues iremos a verla.

—Genial —masculló el Cazador—. ¡Lo que me faltaba!

Capítulo 11

Briseia se volvió a colocar bien la bufanda sobre la nariz y se estremeció por culpa del aire gélido de esa glacial mañana rusa. Había insistido en ir, a pesar de que Leiv quería que se quedase a salvo en el palacio, y no podía quejarse ahora. Al igual que su primo, tuvo que cambiarse de calzado y de abrigo dado que las temperaturas eran negativas y que el suelo estaba nevado. El general y el joven demonio no parecían ser sensibles a la mordedura del hielo porque solo llevaban unos sencillos abrigos de ejecutivos encima de ese atuendo casual compuesto por un vaquero y un jersey.

—Quédate a mi lado, Briseia —le susurró Leiv al oído antes de adelantarla; lo que, por supuesto, le provocó un escalofrío placentero.

¡Ahora sí que había perdido completamente la cabeza por él! No paraba de observarle con disimulo, recreándose en esa belleza tan clásica, y una sola palabra suya la desestabilizaba.

—Pégate a mí, Bri —le indicó Zander, echándole una mirada rabiosa a Leiv.

La joven pintora puso los ojos en blanco. Por lo visto, su querido primo no captaba el concepto de «trabajo en equipo» y seguía sin querer colaborar de buen grado con los demonios, a pesar de que sabía perfectamente que no podía hacer nada contra ellos.

Seguía enfadada con él por haberle ocultado su verdadero oficio y toda la información detallada sobre los peligros de su don. ¡Tantos años en soledad pensando que le pasaba algo raro o que tenía un problema mental por soñar sobre ángeles y demonios! Y resulta que Zander tenía un manual completo capaz de explicar esas rarezas.

Vale que era su trabajo y que, seguramente, la normativa en él tenía que ser muy estricta en cuanto a confidencialidad, pero él sabía de primera mano todo el sufrimiento que conllevaba vivir cada día con esa situación. Además, parecía estar en posesión de un informe riguroso sobre los métodos de seducción del general y sobre su historial demoníaco. De ser así, ella no

entendía por qué la organización para la que él trabajaba no intervenía antes para salvar a la posible víctima de ese trato.

¿Y qué hacían los ángeles? ¿Dejar que esas mujeres decidiesen sucumbir o no a los encantos de Leiv para salvaguardar el libre albedrío?

Pero de una cosa estaba segura: ella había decidido, en plena posesión de todas sus facultades, ayudar al general demonio a recuperar su alma perdida y a apartarse de las sombras; y nada ni nadie iba a desviarla de ese camino.

Briseia estaba tan enfrascada en sus pensamientos que casi se dio de bruces contra la espalda de Leiv, quien se había detenido en seco.

—Saludos, General. ¡Has venido bien acompañado por lo que veo! — soltó una voz femenina con ironía, mientras volvía a retumbar ese sonido metálico bien particular.

Briseia se apartó a un lado y vio a la mujer del desierto, mejor dicho al demonio, vestida con el mismo mono de cuero y rodeada por esos enigmáticos pájaros de acero.

—Vaya, vaya. ¡Por lo visto hay una convención de sadomaso en los alrededores y no hemos sido informados! — soltó Zander a modo de pulla.

Briseia lo miró, boquiabierta. ¿No aprendía nunca?

—Veo que el perro humano sigue vivo y hablando sin permiso... — comentó la mujer demonio con una sonrisa malévola.

Sin previo aviso, Zander se dobló en dos y cayó de rodillas sobre la nieve, preso de un dolor insoportable.

—¡Deja de hacerle daño! — gritó Briseia, poniéndose delante de él.

—Yo que tú me quitaría de ahí, bonita — avisó la otra sin hacerle caso, antes de levantar lentamente una mano para intensificar el dolor.

—Como le pongas un solo dedo encima a la humana, Comandante, será la última cosa que hagas — amenazó Leiv, mirando a la aludida con brutal intensidad.

—Tranquilo, General, ¡tu preciosa muñeca no me interesa!

Pero la sonrisa malévola se le quedó congelada cuando una descomunal bola de energía le echó para atrás. Varios pájaros alzaron el vuelo, batiendo

sus alas metálicas con furia.

—En primer lugar, no soy una muñeca y, en segundo lugar, deja ya de intentar matar a mi primo. Es estúpido y bocazas, pero es mi familia —recalcó Briseia con el ceño fruncido.

—Creo que ha quedado bastante claro —insistió Alex, con una sonrisa socarrona.

—¿Estás bien? —preguntó Briseia a Zander, todavía arrodillado en la nieve.

—¿Có... cómo has hecho eso? —preguntó el Cazador, anonadado.

—No lo sé —contestó ella, encogiéndose de hombros—. Forma parte de mis... ¡peculiaridades! Es la segunda vez que pasa.

—Ahora entiendo por qué la quiere el Ángel Caído —reflexionó la mujer demonio en voz alta—. Es una *Deva* y podría utilizar esa potencia.

—¿Por qué has vuelto a pisar mis dominios sin mi consentimiento, Comandante? ¿Buscas problemas? —inquirió Leiv, poniéndose delante de Briseia para protegerla.

La aludida no contestó y lo observó meticulosamente, como si le estuviese pasando un láser por todo el cuerpo.

—¿Cómo has podido dejarle formar ese vínculo? ¿Has perdido un tornillo, General? —estalló de repente, con la mirada brillante—. ¿Sabe el Príncipe vicioso que ya no le perteneces al cien por cien?

—¡Sí que buscas problemas! —intervino Alex, haciendo aparecer sus sables.

—Tranquilo, *Shatan* —lo apaciguó Leiv, sin dejar de mirar a la mujer demonio.

—Me importa un bledo si has decidido terminar con esa esclavitud de la peor forma y yo no soy ninguna chivata. Cada uno elige su propio destino, pero la Mardkhora viene a por ella de nuevo y no parará hasta entregarla a la que lo maneja; un ente que conoces muy bien. Y yo quiero destruir a esa bestia.

—¿Y a qué se debe ese interés tan persistente? —insistió Leiv.

—Yo no voy a desvelar tus secretitos, General —contestó la mujer

demonio tras hacerle una seña a los dos pájaros que permanecían en el aire para que se posaran en el suelo—, así que no te metas en mis asuntos. Y ya te comenté que tengo una cuenta pendiente con esa cosa.

Leiv se cruzó de brazos y el joven demonio guardó sus armas. La situación parecía haberse calmado, pero nunca se sabía.

—Si dejas que te encargues de ello, será a cambio de dos cosas... — empezó a decir, con expresión neutra en el rostro.

Briseia tenía la impresión de estar asistiendo a una gigantesca partida de póker y hasta Zander permanecía en silencio.

—No voy a hacer ningún trato contigo. ¡Sabes muy bien a quién pertenezco!

Leiv esbozó una sonrisa torcida.

—¡No te quiero bajo mis órdenes! Serías un demonio bastante ingobernable. Quiero un trueque: el «Devorador de hombres» a cambio de tu protección hacia la *Deva* y de un pacto de no agresión hacia el Cazador.

—¡Venga ya! ¡No necesito esa limosna, rubito! —soltó el aludido con mala baba.

—Zander, ¡cállate! —le ordenó Briseia.

—No parece muy... agradecido —ironizó la Comandante.

—Esto es entre tú y yo —apostilló el General.

La mujer demonio resopló.

—Vale, muy bien, pero que no juegue con mi paciencia. ¿Y qué piensas hacer con el problemita del vínculo? Sabes que representa un hándicap bastante importante a la hora de luchar. Existen otros venenos y otras armas...

—Estoy a punto de encontrar una solución.

—¿Y si yo no quiero que se ponga remedio a ese vínculo? —intervino Briseia, frunciendo la boca.

—¡Uuuyyy! ¡Tiene carácter!

—Un respeto, Comandante —recalcó el joven demonio.

La aludida enarcó una ceja de forma belicosa.

—Briseia, ya lo hemos hablado. Es demasiado peligroso para ambos — insistió Leiv, girándose hacia ella.

—Pero yo no quiero que te pase nada malo —dijo ella, acariciándole el rostro sin importarle la presencia de los demás.

—¡Ya estamos otra vez! —refunfuñó Zander de nuevo.

—Ese tipo de demostración de afecto también sobra —recalcó la mujer demonio con una mueca asqueada.

—Y yo tampoco, Briseia —respondió Leiv, volviendo a colocarle el guante que se había quitado para tocarle.

—Deberías preguntarle a tu *Vila*, General.

—A eso voy, pero antes quiero algo más contundente que tu palabra para iniciar ese trueque.

—¿No te fías de mí?

—No mucho, demonio de la Soberbia. Bien se sabe que sois los más hábiles en el arte de la mentira.

—Pero tienes a una *Deva* contigo, y mis poderes son limitados frente a los suyos. Aun así, te voy a demostrar que voy en serio.

Dicho eso, la mujer demonio se aproximó a Briseia y clavó su mirada azul hielo en la suya.

—Mi nombre es Ravenys y con el poder de mi nombre te prometo protección. Dame tu mano.

Briseia enarcó una ceja, dubitativa, pero cuando vio que Leiv asentía con la cabeza, decidió arriesgarse. Confiaba en él porque compartía todas sus emociones.

—Y con esto, queda firme mi entrega —concluyó Ravenys, haciéndole un leve corte en la muñeca con una uña para así mezclar una gota de sangre con la suya; un corte que se transformó en el nombre de la mujer demonio como si fuese un leve tatuaje.

—¿Y el Cazador? —inquirió Alex.

La Comandante Ravenys casi gruñó.

—¡Nada de tatuaje conmigo, guapita! —avisó Zander, con un aire feroz.

—Mmm, me gustaría mucho marcarte y arrancarte esa piel a latigazos...
—ronroneó de forma lasciva.

Sin previo aviso, se abalanzó sobre Zander y lo besó vorazmente, como si quisiera devorarlo, al tiempo que los pájaros empezaban a soltar ruidos estridentes. El hombre no podía moverse y a Briseia le pareció un espectáculo obsceno, muy lejos de lo que había ocurrido la otra noche entre Leiv y ella. Pero eran demonios, al fin y al cabo.

—Quedas marcado, pequeño —recalcó Ravenys con los ojos brillantes, antes de soltarlo.

—¡Zorra asquerosa! —la insultó Zander, limpiándose la boca con rabia.

La mujer demonio soltó una carcajada despectiva.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó a Leiv, cruzándose de brazos.

—Ahora os atrincheráis con ellos en mi palacio hasta que vuelva con un ritual o algo potente para romper ese vínculo. Shatan —dijo el demonio rubio, dirigiéndose a su joven subordinado—, te quedas al mando. Comandante, recuerda que él manda en mis dominios, no tú.

—Vaya, ¡qué desagradecido! —soltó la aludida—. ¡Encima que me voy a tener que quedar aquí como niñera!

—Como vuelvas a acercarte a mí, verás lo que te espera... —amenazó Zander, sacando el arma de su abrigo con lentitud.

—¿No te ha gustado mi beso de amor? —se burló Ravenys con un mohín.

Zander estuvo a punto de ir a por ella, pero Briseia lo retuvo.

—Primo, déjalo ya —le ordenó, poniendo una mano sobre su brazo.

El hombre soltó un taco, pero volvió a guardar el arma.

—Comandante, espero por tu propio bien que mi palacio no se convierta en un campo de batalla —indicó Leiv, con una mirada helada.

—Los vigilaré de cerca, mi Señor —indicó Alex.

—¡Puf! ¡Aguafiestas!

Ravenys se dio la vuelta hacia sus pájaros y les dio una orden para que se

fueran.

—¿El sitio al que vas es peligroso? —preguntó Briseia, acercándose de nuevo a Leiv tras comprobar que su primo se había calmado.

—No te preocupes por mí. Volveré muy pronto —contestó él, acariciándole muy lentamente la mejilla con los nudillos de la mano.

Briseia clavó su mirada límpida en esos ojos misteriosos y peligrosos, y supo que sentían el mismo deseo arrollador, como si tuviesen el mismo cuerpo. Era como tener lava en fusión en vez de sangre en las venas, y ya no sentía ni el frío ni percibía nada de lo que les rodeaba.

Sin embargo, la preocupación que experimentaba era tenaz y se hizo un hueco en sus pensamientos abrumados por el deseo irracional. No le había gustado esa hechicera de pelo blanco que le había abierto la mente para poder utilizar sus dones. No se fiaba de ella porque había quedado claro que quería dañar a Leiv y que no iba a ayudarle por las buenas.

¿Pero qué delirio se había apoderado de ella? ¡El general estaba en el bando de los malos, no de los buenos! Tenía que devolverle a la luz, aunque no supiera la forma de hacerlo. Esa *Vila* le había comentado que ella era tan poderosa que podría luchar contra el Ángel Caído, entonces, ¿estaría de acuerdo en romper esa conexión tan importante?

Todo se había vuelto muy complicado y no había nada claro en ese mundo de mentiras. Lo único que importaba era que Leiv saliese ileso y recuperase su alma, y querer eso era una completa locura.

—Briseia, me tengo que ir... —murmuró el objeto de sus pensamientos, sin dejar de mirarla intensamente.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado —rogó ella, poniendo las manos enguantadas sobre su torso.

Leiv enarcó una ceja con aire burlón.

—¿Acaso soy un niño pequeño que necesita protección?

—¡Me da igual si eres un General demonio muy fuerte! ¡Prométemelo! —insistió ella, con vehemencia.

Leiv inclinó la cabeza hacia su rostro.

—Te lo prometo, Sladkaya —dijo, antes de besarla.

Briseia cerró los ojos y le devolvió el beso, obviando la exclamación de disgusto por parte de su primo y la risa burlona de la mujer demonio. Se habría pasado el resto de su vida en esa posición pero, cuando volvió a abrir los ojos, Leiv había desaparecido.

Al llegar delante de la casa de madera escondida en un bosque de Letonia, en la que percibía el rastro de energía de la hechicera, Leivan dejó su mente en blanco y desplegó una protección añadida a su alrededor para contrarrestar los efectos de posibles encantamientos. No quería que la *Vila* entrase en sus recuerdos a corto plazo y viese la devoción y el deseo desenfrenado que sentía por Briseia. El vínculo entre ambos ya le aportaría demasiada información sobre la naturaleza de esa relación.

No quería que se apoderase de ese sentimiento tan dulce y extraño y de esa sensación tan reconfortante de sentirse lo suficientemente querido como para generar preocupación en la otra persona.

Las comparaciones eran odiosas y no quería mirar hacia el pasado, pero su mujer nunca tuvo ese comportamiento tan genuino y encantador hacia él. Nunca pronunció esas palabras que denotaban afecto. Nunca tuvo miedo por él como su joven pintora.

Quiso aparentar que le molestaba porque no era un niño, pero era mentira. Se había quedado impactado y agradecido. Era la primera vez que alguien se preocupaba de verdad por él.

Durante una fracción de segundo, Leivan cerró los ojos para rememorar el dulce momento de la despedida. ¿Qué le estaba pasando? Todas sus defensas y su estrategia se habían derribado como castillos de naipes. Ya no estaba seguro de nada y se estaba planteando cosas incomprensibles.

Jaque mate. El cazador cazado. Una joven humana de ojos celestiales lo había vencido para siempre.

Y allí estaba ahora, delante de la puerta de la choza de una bruja porque no quería que ella sufriese daño alguno, dispuesto a hacer algo estúpido en vez de entregarla y seguir con sus planes de venganza.

El odio ya no alimentaba su ser. Podía atisbar una luz de esperanza.

El General abrió los ojos y se concentró. No podía fallarle y esa conexión divina tenía que desaparecer. Ella no podía pagar por sus pecados.

De repente, un cuervo surgió de la nada y aterrizó sobre la rama nevada del árbol más cercano a la casa. Empezó a emitir graznidos agudos como si estuviese delatando su presencia y, segundos más tarde, la puerta de madera se abrió sola.

Leivan le echó una mirada malévola al ave, que prefirió huir volando, y pasó el umbral de la casa, pero solo pudo dar dos pasos antes de quedarse bloqueado en el sitio.

—No eres bienvenido aquí, General demonio —dijo la voz de la *Vila* a modo de bienvenida.

Estaba sentada a una mesa, situada cerca de una chimenea encendida, y paseaba un péndulo sobre un mapa de Europa desplegado delante de ella.

—No es ningún placer para mí volver a verte tan pronto.

—¡Se está convirtiendo en una costumbre! —se burló la hechicera—. ¿Necesitas ayuda de nuevo?

Leivan mantuvo una expresión neutra.

—Algo me dice que sabes perfectamente por qué estoy aquí...

La bruja esbozó una sonrisa torcida.

—Te ha vencido la Estrella. Sabía que podía hacerlo.

—No me ha vencido. Ha hecho algo mucho peor que eso.

La *Vila* soltó una carcajada.

—¡Mírate! Eras un dragón invencible y te ha convertido en un pobre corderito... Es más poderosa de lo que pensaba.

—No se trata de mi ego ni de mi potencia —recalcó Leivan, reprimiendo una creciente exasperación—. Se trata de su propia seguridad.

Ella apartó el péndulo y lo observó en silencio durante varios minutos.

—Ven, acércate —dijo finalmente, con un movimiento de la mano.

Leivan obedeció, ella se detuvo muy cerca y clavó su mirada en la suya. Luego, murmuró algo en el lenguaje demoníaco.

—La pregunta es si estás dispuesto a sacrificarte por ella. Es un vínculo divino y no es muy débil que digamos. ¿Podrías sacrificar tu existencia por ella? ¿Estarías dispuesto a renunciar a tu venganza por salvarla?

Los ojos de la bruja se habían convertido en dos zafiros.

—¿Y tú, alma condenada? —inquirió Leivan, agarrando su garganta con la mano sin previo aviso—. ¿Estarías dispuesta a terminar con tu miserable existencia al husmear en asuntos que no te incumben?

—Ya has caído, General —prosiguió la bruja, sin inmutarse por la mano que apretaba su cuello—. Tu infernal Amo y el Ángel Caído te utilizan para obtener lo mismo y no te dejarán marchar sin más. Te espera un camino repleto de sufrimiento.

—No es nada nuevo y no he venido por mí. Quiero que me des un ritual para deshacer ese vínculo.

La *Vila* entrecerró los ojos.

—Suéltame ahora. Tengo que reflexionar.

Leivan abrió la mano lentamente. Por muy exasperante que fuese, no podía causarle mucho dolor y no quería matarla. De nada servía intentar intimidarla.

—Los Tres Mundos están a punto de cambiar para siempre y el Equilibrio no volverá a ser el mismo. Se avecina una gran tormenta en el mundo de los Condenados.

—¡Sin ánimo de ofender, me importa un bledo lo que pueda pasar en la Sociedad Vampírica! —recalcó el General, cruzándose de brazos.

—Pues no deberías pensar así. Lo que afecta a los vampiros afecta a los demonios y a los ángeles. Son tres razas derivadas de un Espíritu Puro, y el orden y la jerarquía van a cambiar drásticamente. El alumbramiento de un nuevo Reino está cerca...

La hechicera se acercó a una bola de cristal, dispuesta al lado de varios cristales y libros antiguos, y pasó una mano por la superficie.

—¡No seas tan impaciente! —le recriminó—. La Estrella no corre ningún peligro por ahora.

Leivan contuvo las ganas de zarandearla con fuerza. Estaba disfrutando al

tenerlo a su merced, y él solo podía esperar su buena voluntad. No tenía otra alternativa. Conocía rituales y secretos que le eran vetados.

—Me pregunto qué querrá el Ángel Caído de la Estrella... —reflexionó la *Vila* como si no estuviese presente—. ¿Por qué necesita esa potencia? ¿Qué desea hacer con ella?

Leivan tensó la mandíbula.

—No dejaré que se acerque a ella.

Pero la bruja no lo estaba escuchando y tenía la mirada perdida en la bola de cristal.

—Es como si estuviera buscando a alguien..., pero no me deja verlo. Ha creado capas de ocultación y submundos... —De pronto, la hechicera soltó una queja y se apartó de la bola con frustración—. ¡Su magia oscura es muy eficaz! Pero no sabe lo que le espera... ¡Se va a encontrar con la horma de su zapato!

La *Vila* se frotó las manos y esbozó una sonrisa malévola.

—Se acercan tiempos interesantes.

—No quiero ser violento contigo, bruja, pero empiezo a perder la paciencia. ¿Tienes algo con que romper el vínculo o no? —inquirió Leivan, acercándose a ella con una mirada inquietante.

—Ha quedado claro que no te temo, General. Mi muerte no vendrá de tu mano.

El aludido se detuvo en seco y la fulminó con la mirada.

—¿Has oído hablar del Grimorio Oscuro? —preguntó ella, girándose hacia un mueble de madera repleto de cuencos y de plantas medicinales.

—Por supuesto. Es un libro en el que se catalogan todos los demonios y los hechizos para combatirlos —contestó él, observando sus movimientos incesantes—. Existen pocas copias y están a buen recaudo. ¿Tratas de decirme que tú posees un ejemplar?

—No, pero la *Mara* que tienes que buscar es capaz de usarlo perfectamente.

—¿La qué?

La mujer echó varias plantas en un cuenco y empezó a aplastarlas con un mortero de plata.

—Una *Mara es* una bruja superior que tiene un pie entre el mundo humano y el mundo infernal —le explicó, echándole un breve vistazo—. Tiene poderes de médium y puede hablar con espíritus, demonios y ángeles, pero no puede elegir ningún bando. Su rol es el de ser un nexo entre los Tres Mundos.

—¿Y conoces a alguien que tenga tamaña capacidad?

—Así es. Es una joven preciosa de unos 17 años y ya es muy poderosa. Será la más grande de las brujas en un futuro, pero dentro de un año el Orden habrá cambiado por completo y otra joven con dones increíbles estará al mando del Universo...

Leivan se preguntó qué estaría viendo la bruja al ver cómo su mirada se volvía brillante de nuevo.

—¿Y esa joven tiene un Grimorio Oscuro? ¿Dónde puedo encontrarla?

—La joven *Mara* vive en Alemania porque su padre humano es alemán, pero ella no tiene el libro. El Grimorio Oscuro se encuentra en París, en la capilla secreta.

El General casi soltó un resoplido.

—¿París? ¡Es un lugar que Asmodeus aprecia mucho!

—Es un riesgo que tendrás que correr —recalcó la *Vila*—. La *Mara* necesita el Grimorio para desarrollar el ritual. Y no será la primera vez que tendrás varios enemigos detrás de ti...

—¡Mi destino no me importa! Pero Briseia es vulnerable.

—¡Mucho menos de lo que te imaginas! Además, tienes poderes bastante contundentes. El único enemigo que debes temer es la Mardkora mandada por el Ángel Caído porque es una bestia fuerte y retorcida que no se detendrá ante nada.

—Se lo dejo a la Comandante Ravenys. Tiene cuentas pendientes con esa cosa.

—En realidad, todos somos unos pobres desgraciados y el amor nos hace cometer locuras. A veces, el sufrimiento es intolerable.

Tras decir eso, se calló y siguió aplastando las hierbas. Luego, añadió un líquido de desagradable olor y lo vertió en un diminuto recipiente de cristal.

—Resumiendo: tengo que buscar a una bruja/médium en Alemania y un Grimorio Oscuro en Francia —dijo Leivan, poniendo fin al extraño silencio—. Y luego, iniciar un peligroso ritual para que...

—*La Mara* sabrá dónde empezar el ritual al seguir las corrientes invisibles de energía —lo interrumpió la bruja—. Lo más probable es que volváis por esos bosques milenarios de Letonia. Le mandaré un sueño muy detallado.

—¿Y no te vamos a molestar? —se burló el demonio.

—Yo ya me habré ido, General. Todos tenemos nuestros trucos.

El aludido le devolvió una sonrisa torcida.

—Toma esto —le dijo, tendiéndole el frasco de cristal—. Cuando estéis en París, la *Deva* tendrá que beber esta mezcla por la mañana y por la tarde para disimular su presencia durante veinticuatro horas, por lo que deberás darte prisa en encontrar el Grimorio Oscuro al estar en territorio de Asmodeus.

—Conozco demonios y seres que me deben favores —contestó Leivan, sin dejar de sonreír.

Conocía en particular a un Draco que era una verdadera urraca y que robaba objetos variopintos por puro placer. Su naturaleza de dragón custodio hacía el resto.

—El demonio que ostenta el Grimorio en París no será un obstáculo y se conformará con un pacto menor. Pero no debes perder de vista al Ángel Caído: es mucho más temible que tu Amo y Señor.

El General se acercó más a ella, tras guardar el frasco en el bolsillo de su abrigo, y la observó detenidamente.

—¿Qué sabes tú de la Zorra Celestial?

—¿Crees que eres el único estúpido en haber hecho un pacto con ese diablo disfrazado de mujer? Es un ente manipulador que lleva miles de años en la tierra, modificando los eventos en su ventaja.

—¿Tú también fuiste su víctima?

—Te contestaré lo mismo que tú: no es de tu incumbencia —dijo la *Vila*, dándose la vuelta.

Leivan se quedó mirando su espalda y su larga caballera blanca.

—¿Es por eso por lo que me estás ayudando?

Sin previo aviso, la mujer se dio la vuelta y lo miró con un odio demoledor.

—¡Oh, no; no te equivoques! No te estoy ayudando, demonio. Le estoy proporcionando herramientas a la Estrella para que acabe definitivamente contigo. Pagarás por tus crímenes y pagarás muy caro haber llevado a la locura a todas esas mujeres inocentes. No tienes excusa porque te vendiste a cambio de nada y para complacer los caprichos de una muñeca superficial y egocéntrica. Fuiste un necio pensando que el amor podía comprarse. Y mírate ahora: llevas siglos intentando vengarte. ¿Vengarte de quién? Dejaste que te utilizaran cuando la respuesta estaba en ti mismo. El verdadero amor no se compra. El verdadero amor es sacrificio abnegado por la otra persona. Y ahora te lo volveré a preguntar: ¿estarías dispuesto a sacrificar tu venganza con tal de salvar a la Estrella?

Leivan apretaba los puños con violencia y dominaba a duras penas el odio y el deseo de matar que bullían en su interior. ¡¿Cómo se atrevía esa bruja a hablarle así?! ¿Qué sabía ella del joven militar enamorado que había sido en el pasado? ¿Por qué le escocía tanto reconocer que sus palabras no estaban exentas de razón?

—Ya veo que todavía no...

—¡No sabes nada, *Vila*! —explotó él, apretando esos brazos de mujer con fuerza.

—Lo sé todo de ti, General. No eres el primero en caer. No eres el primer demonio esclavo en intentar escapar de su sino...

Leivan dejó de tocarla y la miró furioso.

—Solo deseo que ella esté a salvo y me mantendré a su lado hasta lograrlo.

La *Vila* lo observó en silencio y un mal presentimiento le recorrió la

espina dorsal al ver esa mirada oscura y perdida, como si estuviera teniendo una visión en vivo y en directo.

—Vendrán a por ti y te quitarán algo preciado. Te darás cuenta de la vacuidad de tus actos y tomarás una decisión que precipitará tu fin. Te atraparán de nuevo y te torturarán eternamente. Desearás estar muerto.

—No sería la primera vez —recalcó Leivan con una sonrisa desafiante.

Entonces la bruja hizo algo impensable: enmarcó su rostro arrebatador con las manos.

—El amor verdadero es la clave. Sálvala si tú no puedes salvarte.

Tras pronunciar esas misteriosas palabras, una luz potente estalló en la estancia y la *Vila* desapareció, dejándole solo y lleno de dudas.

Capítulo 12

—¿Te apetece ir al Louvre hoy, *Sladkaya*?

Leiv la despertó con esa pregunta y Briseia lo miró, sorprendida. Luego, se dio cuenta de que hablaba en serio y de que, al ser un demonio, podía crear túneles espaciotemporales para desplazarse a cualquier lugar del mundo por lo que el transporte no iba a ser ningún problema.

—¿Y mi primo? —preguntó con una mueca.

¡Ese sí que era un problema! No iba a darse por vencido y no quería dejarlos a solas de ninguna manera.

—Como ya os expliqué ayer, necesito ir a París contigo dado que la conexión no me deja alejarme mucho de ti. Tengo que hablar con varios congéneres y no creo que sea buena idea que acuda un cazador de demonios como Zander...

Briseia resopló. Sí, Leiv había recalcado varias veces en la reunión de ayer en el salón que era primordial encontrar ese libro demoníaco para deshacer el vínculo, y no necesitaban que Zander metiese las narices más de la cuenta. También había informado que el joven demonio volvería esa misma noche con otra mujer ya que le había mandado en busca de una bruja muy poderosa capaz de llevar a cabo el ritual escondido entre las páginas de aquel libro.

¿Qué aspecto tendría esa mujer? ¿Sería tan fría y seca como la Vila?

Bueno, ¡qué más daba! Había entrado de lleno en un mundo mágico y peligroso, y tampoco le apetecía adentrarse mucho más en él.

—¿Pero esto no va a terminar en batalla campal si se queda con Ravenys? —inquirió, volviendo al principal tema que la atormentaba.

—Un demonio no puede atentar contra un humano que ha marcado —le explicó, encontrándose de repente muy cerca de ella—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —contestó la joven pintora, dedicándole una mirada inocente.

Lo cierto era que llevaba algún tiempo sin soñar nada extraño, pero dadas las circunstancias era bastante normal. Había sentido algún que otro pinchazo en el símbolo aparecido entre sus pechos pero, de momento, la conexión con el general demonio no incluía la parte onírica. Bueno, no del todo: podía soñar con Leiv pero no podía ver lo que él soñaba, si es que los demonios lo hacían.

—Entonces, ¿todo aclarado?

Briseia parpadeó y le devolvió una sonrisa deslumbrante.

Y ahí estaba ahora, en París, tras un recorrido de tres horas en el Louvre en varias de las galerías dedicadas a las pinturas de diversos siglos y a las esculturas, con un demonio de belleza y masculinidad arrolladoras que conseguía que todas las féminas se volviesen para devorarlo con la mirada de un modo muy poco discreto.

A Briseia no le importaba porque el concepto de los celos le era completamente ajeno y como podía sentir las emociones de Leiv, sabía de primera mano su desinterés más absoluto ante semejante fenómeno. Es más, ese tipo de comportamiento y ese efecto sobre las mujeres provocaban hastío y malestar en él.

Por otra parte, ella entendía perfectamente que esa endemoniada hermosura pudiese desencadenar tal cataclismo en las hormonas femeninas. No era solo por lo bien que le quedaba ese traje de chaqueta azul oscuro, que se amoldaba a cada músculo de manera perfecta, o por ese rostro de belleza clásica, comparable al de cualquier estatua griega del recinto en el que se encontraban, con el añadido de esa mirada preciosa y misteriosa. Era un conjunto fatal, una manera de moverse y de observar, capaz de despertar sensaciones muy fuertes.

Leiv era la lujuria hecha persona porque exudaba sensualidad y fantasías prohibidas de forma natural. Una trampa mortal para los sentidos y el corazón.

Briseia se preguntó si siempre había sido así o si su condición de demonio había precipitado esa transformación. ¿Tendría redención si lograba devolverle su alma? ¿Cambiaría o se convertiría en una persona anodina?

No tenía ninguna certeza al respecto, pero lo dudaba. No había nada común en él.

—De todos los cuadros que hay en el museo, ¿este es el que más te

interesa, Briseia? —le murmuró al oído el demonio en cuestión—. Llevas diez minutos observándolo casi sin respirar.

Ella parpadeó y volvió a la realidad del lugar en el que se encontraba. Sintió el calor perturbador del torso masculino muy cerca de su espalda y el deseo mutuo empezó a retorcerle las entrañas. Fijó la vista en el cuadro mencionado, hasta ahora invisible para ella ya que se había quedado enfrascada en sus pensamientos, y casi soltó una exclamación ante la temática elegida para ser plasmada. ¡El azar podía ser muy retorcido cuando quería!

Era un cuadro de John Martin titulado *Le Pandemonium* —todos los demonios en latín— inspirado en la obra literaria *El Paraíso perdido* de John Milton. Al fondo del mismo, se podía ver un gigantesco edificio victoriano de oro, muy similar al Parlamento inglés, y en un primer plano se veían un río de lava y un demonio armado gritando hacia el cielo.

Briseia recordaba haber leído sobre esa obra que simbolizaba la lucha de los ángeles caídos para obtener morada propia tras haber sido derrotados por la Milicia Celestial. Era una pintura muy oscura con tonos sombríos y colores negros y rojos.

—La verdad es que no me había dado cuenta... —musitó sin desviar la mirada.

Había algo muy familiar en todo aquello, pero ella nunca había estado en un lugar tan horrible de forma consciente. ¿Podría ser que esa sensación no fuese suya?

—Leiv, ¿has estado allí? —preguntó sin querer.

Vislumbró imágenes dantescas de dolor, sangre y torturas, y un escalofrío nada placentero le recorrió la espina dorsal.

—¿La morada de todos los demonios? Yo diría que sí... —contestó él con sarcasmo, tras un intenso silencio.

Entonces Briseia lo vio nítidamente, desnudo, cubierto de sangre y con heridas purulentas, encadenado a una enorme roca como si fuese Prometeo. Un repulsivo demonio se acercó a él y lo cogió del pelo para levantarle la cabeza caída. Le susurró algo cruel al oído y le lamió la boca.

Ella soltó una exclamación de rechazo y se echó hacia atrás, topándose contra Leiv de manera brusca.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —le preguntó, dándole la vuelta para poder mirarla a los ojos.

Pero ella miraba al suelo con obstinación y apretaba los puños. Se sentía enfadada y *devastada* por lo que había visto. ¡Ningún ser vivo se merecía tal castigo por haber hecho un pacto a cambio de amor! ¿Y qué hacían los ángeles en estos casos? ¿Se desentendían del asunto sin más?

—Briseia, mírame... —pidió Leiv con infinita dulzura.

—¡Nadie se merece sufrir tanto! —exclamó ella, clavando de repente su mirada de luz en la suya—. No digo que no tengas la culpa de ciertos actos porque has arruinado la vida de muchas mujeres, pero esto... ¡Esto no tiene nombre!

—Esto es el Infierno, Briseia. El que pocas mentes humanas iluminadas han logrado reproducir.

Ella frunció el ceño, disgustada.

—¿Ves por qué quiero deshacer esa conexión entre nosotros? No necesitas conocer más horrores de mi pasado.

—Ya lo sé todo de ti, salvo tu nombre completo.

La expresión de Leiv se volvió cautelosa.

—Sé que hiciste una mala elección y que ofreciste tu alma a cambio de algo que no existía —añadió ella.

—Maté a mi mujer y a su amante —apostilló él.

—No fue así: ellos intentaron asesinarte porque te habías convertido en un estorbo.

—Briseia, ¡yo no soy tan bueno! Ya sabes de lo que soy capaz —la interrumpió, enmarcando su rostro entre las manos.

—¿Por qué te torturaban? Te negaste a obedecer las órdenes, ¿verdad? Y luego te diste cuenta de que era la única forma de sobrevivir.

Leiv apartó las manos y le dedicó una mirada extraña. Ella percibió un leve miedo diluirse en él.

—¿Por qué te empeñas en querer salvarme? —preguntó, con mucha seriedad.

—¿Por qué te empeñas en querer aparentar ser algo que no eres? ¿No sería más fácil terminar con esa misión y entregarme al que te manda para que haga lo que quiera conmigo?

Se enfrentaron con la mirada.

—Jamás les dejaré acercarse a ti —juró Leiv con solemnidad.

—¿Por qué? ¿Qué más da si ya has asumido que todo está perdido y que nadie te puede ayudar? —se enfadó ella.

De repente, el general la atrapó entre sus brazos y la estrechó contra él, como si temiera perderla.

—Briseia, Briseia...; has aniquilado toda mi estrategia —murmuró, respirando el perfume de su pelo—. Ya no puedo cumplir esa misión ni quiero hacerlo. Fui un necio en el pasado y no debo repetir los mismos errores. Te protegeré con todas mis fuerzas porque necesito que estés a salvo.

—Y yo sé que debo y puedo ayudarte, y que el camino de la redención no es un camino de rosas —dijo ella, apartándose levemente para mirarlo a los ojos—. Por eso debemos confiar el uno en el otro. Juntos podremos lograrlo.

Leiv la observó en silencio durante mucho tiempo. Parecía estar reflexionando intensamente.

—No sé si merezco toda esta dedicación...

—No todo el mundo se merece una segunda oportunidad, pero tú sí —afirmó ella con vehemencia—, y que mis dotes particulares sirvan para algo más que para soñar. Si puedo hacer cosas extraordinarias, que sea para ayudar.

Leiv guardó silencio y una sombra pasó por su mirada.

—Tenemos otro problema: no puedo cambiar lo que soy y no puedo cambiar mi deseo por ti —recalcó, acercándose a ella para inclinar su rostro hacia esa boca femenina—. Y tengo muchas ganas de ti, Briseia...

La aludida tragó saliva y tuvo la impresión de que sus piernas empezaban a temblar por puro anhelo. Ella también tenía muchas ganas de sentir de nuevo ese cuerpo duro y magnífico contra el suyo. ¿Qué pasaría si se acostase con él por puro placer y sin hechizo de por medio? ¿No sería demasiado peligroso aun así?

Casi meneó la cabeza ante esos pensamientos traicioneros. Leiv era un demonio y no podía evitar utilizar todas sus armas de seducción. Formaba parte de su ser y ella lo aceptaba, pero debía tener cordura para ambos y autocontrol. Rescatar su alma prometía ser peor que los doce trabajos de Hércules y no podía complicarlo todo aún más por unas locas y placenteras sesiones de sexo, por muy apetecibles que se le antojasen.

Sí, ¡ser una casi Santa era un asco!

—Creo, querido general, que eso forma parte de tu penitencia —contestó ella, dándole un beso en la nariz para luego esquivarle y así poder alejarse. Pudo oír con claridad un gruñido de frustración a su espalda, pero prefirió seguir avanzando para no caer en la tentación.

Era una soleada tarde de finales de enero y hacía bastante frío, sobre todo en un lugar tan abierto como lo eran los jardines de las Tullerías, pero Briseia se había empeñado en tomar una crêpe y un chocolate caliente en la terraza de uno de los pequeños restaurantes de aquel emblemático enclave de la capital francesa.

Leivan rastreó el perímetro antes de sentarse, pero la pócima que la joven pintora había tomado antes de aparecer en París parecía cumplir con lo estipulado y los demonios espías de Asmodeus no se sentían por ninguna parte.

—¿No vas a comer nada? —preguntó Briseia, tapada al máximo con un bonito gorro de lana y una bufanda muy ancha, al ver que solo había pedido un café.

Leivan la observó en silencio antes de contestar. Su diminuta nariz ya se estaba volviendo roja, pero había tanta ansia infantil en esa *maravillosa* mirada al contemplar el famoso postre que no tenía ganas de quitarle ese pequeño e inocente placer.

—Es para guardar las apariencias dado que no puedo saborear nada —le confesó sin saber muy por qué.

¡Se estaba convirtiendo en una costumbre muy molesta! No podía ocultarle nada. Esa mirada lo volvía demasiado maleable.

—¿Y siempre es así? Quiero decir, ¿os pasa lo mismo a todos? —se

sorprendió ella, olvidándose de *la crêpe*.

—Solo se intensifican las sensaciones del pecado que nos asignan. Todo se concentra ahí... —respondió con voz entre ronca y sombría.

—Pero yo he percibido hastío y asco en ti por hacer lo que haces.

—Depende de con quién lo hago —recalcó él con una mirada directa.

La joven pintora se sonrojó y tragó saliva.

¡Qué ironía! Los dos ardían por culpa del mismo deseo y querían hacer el amor, pero no podían porque hacerlo supondría una catástrofe aún mayor que lo del vínculo. Y, sin embargo, estaría dispuesto a perderlo todo por una sola noche con ella.

Leivan apretó el puño que descansaba sobre una de sus piernas cruzadas para no pegarse. No, todo no. No estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de vengarse por muchos sentimientos que esa adorable *Deva* despertase en él. Tenía que llegar hasta el final en ese asunto.

—Sigue comiendo que el postre se enfría —insistió al ver que ella se había detenido.

Briseia le devolvió una mirada ceñuda y obedeció.

—Hay una cosa que te quería preguntar... —volvió a decir al cabo de varios minutos y tras haber dejado el plato limpiísimo.

—¿Qué más quieres saber del mundo infernal?

—¡Oh, no, no! No es sobre ese tema. Prefiero permanecer en la ignorancia.

—Y es lo mejor que puedes hacer.

—Es sobre nuestra misteriosa desaparición de Tallin —comentó ella, cogiendo el tazón de chocolate entre las dos manos—. ¿No crees que el alcalde o las autoridades se estarán preguntando cosas? Sé que Alex se encargó de mi amiga Mónica y que, por su propio bien y dadas las circunstancias, no debo entrar en contacto con ella. Pero ¿y los demás?

—Está todo solucionado —contestó Leivan con una sonrisa misteriosa.

Briseia hizo un mohín.

—Manipular se os da muy bien.

—No tan bien como a los primos vampiros. Ellos son unos maestros en manipular las mentes humanas. Nosotros solo utilizamos trucos.

La joven pintora abrió mucho la boca y parpadeó.

—¿Los vampiros existen?

Leivan enarcó una ceja y esbozó una sonrisa.

—¿Estás hablando con un demonio y te sorprende la existencia de los chupasangres?

—Pero es que... es que ellos son una leyenda. ¿Y cómo son realmente?

—Son perfectos, fríos e inhumanos... —soltó el General misteriosamente, mirando a lo lejos.

—Avísame si uno de ellos anda cerca de nosotros —le pidió ella, reprimiendo un escalofrío.

—Solo una minoría puede salir a la luz de sol, y no tienen nada que ver con las tonterías para adolescentes inventadas en las novelas de moda. Son peligrosos y se rigen por unas leyes muy estrictas.

—¿Y matan humanos?

—Ya no. Bueno, casi todos cumplen con ese mandato...

—¡Madre mía! Es un mundo mucho más complejo y oscuro de lo que puedo ver en mis sueños.

—Insisto en que es mejor no adentrarse mucho más en él. Numerosos seres y criaturas de las leyendas existen y pueden atacar, pero, por norma general, las diferentes razas no deben mezclarse. Los híbridos son los más poderosos.

—Y luego están las personas diferentes como yo... ¿Hay un plan detrás de todo esto o forma parte de un caos gigantesco?

Leivan se quedó meditabundo al oír esas palabras.

—Hay momentos en los que uno no puede reflexionar y toma una mala decisión.

—Pero donde hay un problema, hay una solución —recalcó ella con una gran sonrisa.

Leivan la observó con rostro serio.

—Eres demasiado optimista —puntualizó con cierta amargura—. En las batallas, las fuerzas con las que contamos y la estrategia determinan la victoria o el fracaso, y en este momento no tenemos muchos recursos y apoyos para afrontar al enemigo.

—Me parece que estás olvidando que puedes contar conmigo y que el factor sorpresa también es importante. En cuanto aprenda a manejar lo que tengo...

—Briseia, eres vulnerable —la interrumpió él con frialdad—. Solo los más fuertes y los que no tienen piedad sobreviven en mi mundo. Si caes en malas manos, serás una ventaja muy poderosa.

—Pues yo creo que te equivocas y que sigues sin confiar en mí —apostilló ella, frunciendo la boca—. Puedo aprender y puedo luchar. Puedo ayudarte y no necesito que hagas de...

—Briseia —la cortó Leivan, avisándola con una breve mirada para que dejase de hablar.

—Ya, yo también lo he sentido. Recuerda que estamos conectados —recalcó ella con un mohín y cierto malhumor.

Parecía enfadada, pero él solo le había dicho la verdad. No tenía tiempo ahora para devolverle la sonrisa. Tenía que ponerla a salvo del peligro.

—Hay un demonio acercándose; un esbirro de mi Amo y Señor. Sé que no ha detectado tu presencia porque es de rango inferior. Es solo un peón que quiere información. Conoces muy bien París, ¿verdad?

Ella asintió sin dejar de fruncir el ceño.

—Nos vemos dentro de dos horas en el café que hace esquina en la plaza del Tertre en Montmartre. Necesito ese tiempo para asegurarme de que no han descubierto tu paradero —siguió explicando Leivan, levantándose y concentrando su poder para empezar a borrar las posibles huellas de la presencia de Briseia.

—Vale, entendido. ¡Pero que quede bien claro que no soy una frágil damisela que hay que salvar! —explotó ella, levantándose también.

Leivan se permitió esbozar una sonrisa.

—Apuntado.

Sin previo aviso, tiró de ella para darle un beso de infarto que subió muchísimo la temperatura corporal de ambos. Era su pequeña venganza por ese leve enfado.

—Ten cuidado y deja ya de fruncir el ceño.

Briseia soltó una exclamación contenida de rabia.

—¡En caso de no haberlo notado, ya no estamos en el siglo XVIII, su Excelentísima! —apuntó antes de enseñarle la lengua.

Luego se dio la vuelta, refunfuñando sobre los hombres y demonios tontos y machistas, en busca de la boca de metro más cercana.

Leivan la observó alejarse, enarcando una ceja con perplejidad. ¡Tampoco había sido tan machista y retrógrado! ¿Qué tenía de malo querer protegerla de uno de sus congéneres? Seguía sin entender que se había adentrado en un mundo asqueroso y pérfido donde la violencia y los vicios reinaban a sus anchas. Ya lo volvería a hablar más tarde con ella.

Utilizó un potente hechizo para borrar la presencia femenina, pagó la cuenta sin coger el dinero previamente dejado por Briseia, y empezó a andar a grandes zancadas para dirigirse a un sitio más apartado de los jardines.

No hubo fogonazo de luz ni nada por el estilo, pero sintió cómo el demonio se materializaba detrás de él.

—General —lo saludó el otro con cierta reverencia.

Tenía una gran reputación. Era lo único que había logrado en el mundo demoníaco.

—¿Qué quieres, Eyds? —preguntó el aludido, dándose la vuelta y haciendo referencia a la categoría de su interlocutor.

Era un demonio de rango muy inferior. No era capaz ni de atravesar las paredes como Alexis. El Príncipe vicioso se estaba cubriendo las espaldas en cuanto al festival de espionaje y casi posesión de la otra noche. ¿Pensaba realmente que era tan estúpido como para no haberse dado cuenta de sus maquinaciones?

—Me manda nuestro Amo y Señor. Quiere saber cómo va la misión de seducción con esa humana tan apetecible de ojos azules —contestó el demonio, relamiéndose de forma repugnante tras olvidar que se encontraba

bajo apariencia humana y no bajo su verdadera apariencia de gigantesco sapo baboso.

El General hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no asestarle una puñalada con una de sus dagas al ver las imágenes que desfilaban por esa mente enfermiza. Más que nunca tenía que actuar fríamente y representar un papel que ya no le convenía.

—Puedes decirle a Asmodeus que las cosas van perfectamente y que estoy a punto de finalizar el encuentro. Esta noche daré el golpe definitivo.

—¿Eso significa que esta noche el alma y el cuerpo de la *Deva* serán tuyos? —preguntó el otro, casi dando saltitos grotescos.

Leivan le dedicó una mirada gélida, reflexionando a toda velocidad.

Asmodeus no era tonto e hilaba muy fino. Le concedía un punto dando por hecho que él había descubierto que Briseia no era una simple humana, como intentó hacerle creer, pero el General sabía que sus próximas palabras supondrían su salvación o su condena eterna.

Ya no había marcha atrás. Había tomado una decisión.

—Así es, y el caso contrario significará mi fracaso.

El demonio, que aparentaba ser un adolescente de pelo graso con gafas, parpadeó varias veces.

—Pero... pero, recuerda que puedes obtener tu libertad si logras acabar esta misión con éxito y...

—¿Y quién eres tú para recordarme esto, gusano? —lo interrumpió Leivan, estrangulándolo a distancia con el poder oscuro de su mente.

¡Era tan placentero ver a ese sapo inmundo ahogarse y boquear como un pez fuera del agua! Sin embargo, no podía pasar cierto límite y no debía llamar la atención. Tenía que soltarlo, pero no venía mal poner las cosas en su sitio de vez en cuando.

No era puro como Briseia y le satisfacía dar ese tipo de escarmiento gracias a esos poderes demoníacos.

—No me molestes más y ve a informar al Príncipe —le ordenó, soltándole de manera brusca.

—Perdón... perdón, General. Voy ahora mismo —dijo apresuradamente el otro antes de desaparecer, no sin antes dedicarle una mirada entre odio y miedo.

Leivan suspiró y su expresión se ensombreció ante el balance de la situación. Tenía dos horas para asegurarse de que ningún demonio era capaz de rastrear la esencia de Briseia y de que el escudo temporal de la pócima seguía funcionando hasta la segunda toma de esa misma noche.

Esperaba que el dragón hubiese logrado lo que le había encomendado esa mañana y no tardaría en averiguarlo.

Recordó las palabras de la joven pintora sobre la dificultad del camino hacia la salvación. No iba a ser de rosas, sino de piedras puntiagudas, sobre todo si el Príncipe vicioso les perseguía con todos sus esbirros. Y no sabía si iba a tener la potencia suficiente como para afrontar un príncipe demoníaco en todo su esplendor de malevolencia.

—Antes de entrar en este sitio, tengo que avisarte de una cosa: oirás un fuerte estruendo y todo se volverá oscuro. Tienes que quedarte muy cerca de mí y seguir mis instrucciones. ¿Entendido, Briseia?

Ella asintió con la cabeza y observó a Leiv detenidamente. Sabía ser razonable cuando la situación lo exigía, pero lo de tratarla como a una muñeca de porcelana le había tocado mucho las narices. Vale que ese mundo no era el suyo y que era muy peligroso, pero ella era valiente y decidida, no una jovencita sin cabeza y en apuros.

Bueno, ahora estaba más tranquila y seguiría a pies juntillas las instrucciones del general demonio.

Se encontraron a la hora citada en uno de los cafés de la famosísima plaza de los pintores. Como Briseia había llegado con mucho tiempo de antelación, había podido pasear y contemplar a sus compañeros artistas pintar y retratar a los turistas, a pesar de que cada vez quedaban menos pintores acreditados y de que la noche caía pronto en invierno.

Le entró un poco de nostalgia al ver todos esos rostros normales y

sonrientes en las obras. ¿Podría, alguna vez, volver a componer un cuadro sin que aparecieran ángeles y demonios? ¿O estaría abocada a plasmar batallas y entes de otra esfera toda su vida?

Ese tipo de cuadro se estaba comercializando muy bien, pero ella tenía la impresión de ser una tarotista y de que los lienzos eran un soporte para explayarse. Estaría bien poder volver a tratar temas anodinos.

—¿Lista? —le preguntó Leiv, devolviéndola al momento presente.

Habían llegado al final de una calle sombría sin salida y se habían detenido ante una puerta de madera muy labrada, con varios símbolos extraños alrededor del pomo central. La vegetación era muy abundante y desbordaba las paredes muy estrechas de aquel lugar. Parecía una puerta del tiempo.

—Tengo una última pregunta antes de entrar —dijo ella, apresuradamente—, ¿qué pasa si la... persona encargada de encontrar el libro no lo ha hecho o no lo ha logrado?

Leiv esbozó una sonrisa que se podía clasificar de diabólica.

—No te preocupes: el ser al que he pedido ese encargo es un maestro en el arte de obtener y custodiar cosas. Y ahora, tenemos que entrar.

Briseia respiró hondo y cogió la mano tendida. Pasaron el umbral de la puerta y esta se cerró a sus espaldas como si tuviese voluntad propia.

Y luego... un sonido ronco y bajo estalló como si el ángel del Apocalipsis estuviese tocando la trompeta para anunciar el fin del mundo. La joven pintora hizo una mueca y agarró con más fuerza la mano de Leiv. En el momento en el que pensó que esa desagradable reverberación no iba a terminar nunca, el sonido se interrumpió drásticamente.

Briseia no veía nada. No sabía si podía hablar por lo que se abstuvo de hacer preguntas y siguió los pasos del general demonio, que parecía tener la visión nocturna de un gato. Cuando se detuvo repentinamente, le dio un leve apretón para que ella lo hiciese también.

Entonces, la joven pudo observar, incrédula, cómo miles de velas, colgadas de las paredes y puestas en numerosos candelabros de plata, se encendían de forma ordenada, una tras otra. Tuvo ganas de pellizcarse porque parecían haber aterrizado directamente en un sueño extraño con un decorado digno de una de las escenas de la película *El baile de los vampiros*.

Briseia parpadeó varias veces al contemplar el lugar en el que se encontraban. Era una capilla y se asemejaba mucho a la Santa Capilla parisina, situada cerca de la Conserjería en la isla de la Cité. Era claramente un templo gótico con un techo sostenido por infinidad de columnas y las paredes habían sido sustituidas por unas vidrieras policromadas. Los colores dominantes no eran nada luminosos ya que predominaban los rojizos y negros. No se veían símbolos religiosos o demoníacos por ninguna parte.

Entrecerró los ojos cuando se dio cuenta de la historia representada en las vidrieras: no eran la infancia o la crucifixión de Cristo como en la mayoría de las iglesias, sino el Génesis; pero la versión contada por Lucifer y sus ángeles caídos, ya que estos eran bien reconocibles y aparecían bien definidos en casi todas las escenas.

La vidriera central, dispuesta detrás de un altar vacío, le llamó particularmente la atención por la siniestra belleza de sus componentes. Con un cuerpo de escándalo casi desnudo, unas alas negras furiosamente alzadas y un rostro perfecto en el que los ojos verdiazules brillaban como gemas, Lucifer aparecía luchando contra el Arcángel Miguel, que era igual al que ella había pintado con anterioridad.

Había una figura femenina entre ellos, como si estuviera oscilando entre los dos bandos. En un principio, pensó que se trataba de Juana de Arco, pero pudo ver que se equivocaba dado que esa mujer no iba vestida con armadura, sino con una túnica griega larga y llevaba una corona con el símbolo de las tres lunas en el centro. Su larga cabellera suelta era de un tono castaño claro y sus ojos tenían un color gris increíble. Agarraba una especie de lanza con las dos manos y su expresión denotaba sabiduría y determinación.

Briseia se preguntó quién podría ser hermosa y joven mujer capaz de alzarse entre el príncipe de las tinieblas y el jefe de la Milicia Celestial. Tuvo que concentrarse de nuevo en lo que estaba pasando cuando Leiv le echó un rápido vistazo.

Las llamas empezaron a parpadear y un símbolo curioso en forma de dragón apareció en el suelo, muy cerca del altar.

Leiv abrió la boca y dijo algo en ese extraño idioma gutural. Ella se preguntó por qué estaría hablando solo cuando se percató de que otro ser, con apariencia masculina, había surgido de la nada, en el sitio exacto del símbolo

en el suelo.

—¿Lo dudabas, General? —preguntó irónicamente el desconocido con una voz muy grave, sin moverse ni un ápice y sosteniendo algo pesado, envuelto en una tela carmesí.

Leiv echó a andar hacia él y Briseia no tuvo más remedio que seguirle. Conforme se iban acercando al hombre/demonio o lo que fuese, ella lo iba detallando con su ojo de artista y se iba quedando cada vez más ojiplática. Ese ser de belleza particular no tenía nada de siniestro, más bien todo lo contrario. Resultaba de lo más interesante.

Era un poco más alto que Leiv y de constitución más robusta, en plan Hugh Jackman encarnando a Lobezno en la película X-Men. Llevaba unos vaqueros, una camiseta negra de manga corta y una chupa de motero que le daba un aire malote muy sexy. Tenía el pelo castaño claro, un poco largo ya que le llegaba por debajo del cuello, y se marcaba un hoyuelo en la barbilla de ese rostro fuerte y cuadrado. Pero lo que más impresionaba eran sus ojos: tenían un color ámbar muy peculiar y se parecían mucho a los ojos de las criaturas salvajes.

Briseia soltó la mano de Leiv y se detuvo en seco. Ese ser tenía un aura cruel y exudaba peligro, pero había algo más misterioso y antiguo revoloteando a su alrededor. Parecía tener miles de años, como si perteneciera a una raza antiquísima; una de las primeras en habitar la Tierra y que tuvo que refugiarse en las húmedas cuevas...

¡No podía ser! ¡Lo que veía en su mente era pura fantasía! Esos seres de leyendas mundiales no existían... ¿o sí?

—¡Eres un dragón! —soltó sin querer, antes de taparse la boca.

—Premio para la dama —contestó el aludido y le guiñó un ojo, lo que provocó un fruncido de ceño por parte de Leiv—. ¿Y tú eres la *Deva*?

Briseia asintió sin atreverse a hablar. ¿Habría metido la pata?

—Eres muy mona. No entiendo por qué quieres librarte de ella, General. Yo que tú aprovecharía mi buena suerte —comentó el dragón, con una sonrisa torcida—. Acércate un poco más, guapa.

—Draig, ten cuidado con lo que dices... —avisó Leiv con una mirada peligrosa.

Pero la reacción de la joven pintora no se hizo esperar y se plantó delante del denominado Draig en dos zancadas.

—Vaya, ¡incluso los milenarios dragones pueden ser unos cretinos! — exclamó, mirándole con enfado—. No me gustan los tipos chulos como tú y soy algo más que una cara bonita.

Sin previo aviso, el dragón soltó una carcajada y le dedicó una gran sonrisa.

—¡Me encantan las mujeres con carácter!

—No es una mujer, es una *Deva*. No lo olvides —puntualizó el General con una voz que destilaba peligro.

El aludido le echó una breve mirada, pero no dejó de sonreír.

—Muy bien, tomo nota. No pisar tu terreno.

—No soy el terreno de nadie —recalcó Briseia, cruzándose de brazos.

La reacción del dragón la pilló desprevenida ya que este inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Mil disculpas, *Deva*. Tengo tendencia a decir lo que pienso y no tengo filtros. Cosas de la edad.

Ella se mordió el labio para reprimir sus ganas de preguntarle cuántos siglos tenía y de dónde venía, pero no podía soportar esa chulería típica de macho, olvidándose de que ese ser era más un animal que otra cosa. Prefirió permanecer en silencio para seguir el intercambio entre el demonio y la bestia.

—Bien, volviendo al asunto más importante. ¿Has tenido muchas dificultades en obtener el Grimorio Oscuro? —preguntó Leiv con cierta frialdad.

—Tengo una reputación, General, y es tan brillante como la tuya. He hecho un trueque muy interesante.

—¿Significa esto que ya no tengo que recompensarte por tu trabajo?

El dragón Draig se rio.

—Sabes perfectamente que forma parte de mi ADN encontrar, almacenar y custodiar objetos sagrados y mágicos. Quiero lo que me prometiste.

—De acuerdo, pero entrégame primero el Grimorio.

Draig enarcó una ceja con suspicacia.

—No intentes quedarte conmigo, General. El último que lo intentó me sirvió de desayuno.

—No acostumbro a no pagar mis encargos, Dragón —puntualizó Leiv, alzando una mano hacia él.

—Muy bien. Te he avisado.

Draig levantó hacia arriba lo que llevaba entre las manos y el bulto carmesí flotó literalmente en el aire hasta aterrizar en las de Leiv.

—Aquí tienes tu recompensa —dijo el General cuando una bolsa de terciopelo apareció entre las manos alzadas del dragón—. Son monedas de poder, así que utilízalas con cabeza.

Los ojos ambarinos de Draig brillaron al contemplar las preciadas monedas. Parecía ser un tesoro muy valioso para él.

—Así da gusto trabajar contigo —recalcó, satisfecho.

—Lo mismo digo —dijo Leiv, mientras sostenía el Grimorio sin descubrir con las puntas de los dedos, como si no quisiera entrar en contacto con él—, siempre y cuando dejes de lado esa arrogancia innata.

—No es arrogancia, es pura realidad. Soy el mejor de mi especie.

Briseia casi resopló al oír esa afirmación. ¡No quería imaginar la competición de testosterona y de chulería entre ese animal y su primo!

—Hasta la próxima, General —se despidió el dragón con una inclinación de la cabeza—. Un placer, *Deva*.

Ella le hizo una mueca.

—Aunque tengo la impresión de que no será la última vez que nos veamos... —profetizó Draig, dedicándole una mirada antes de desaparecer.

—¡Madre mía! ¡Qué panda de pretenciosos! —bufó ella, meneando la cabeza—. Os vendría bien un poco de humildad —sentenció, acercándose a Leiv.

—Esa palabra no está disponible. Aparentar ser fuerte y poderoso es ley

de supervivencia en el mundo oscuro, Briseia —le explicó—. Y ahora, apártate un poco porque tengo que convocar a uno de mis demonios servidores para que ponga el Grimorio bajo protección.

Briseia hizo lo que le pedía, curiosa por ver lo que iba a hacer.

El General demonio recitó algo en el lenguaje de antes y sus ojos se volvieron rojos. Unas chispas aparecieron en el aire y luego hubo un destello más intenso.

—Mi Señor —dijo el ser surgido de la nada, inclinándose.

Vestía una túnica negra con capucha y no se veía absolutamente nada de él.

—Encierra esto en un lugar seguro y vigílalo hasta que lo necesite —le ordenó Leiv, tendiéndole el libro envuelto en la tela carmesí, pero sin tocarlo.

El Grimorio flotó hasta llegar al lugar en el que permanecía el demonio convocado y una extraña estructura fosforescente lo detuvo y lo mantuvo en el aire antes de que el custodio y el objeto se volatilizaran.

—¡Bienvenidos al mayor espectáculo de magia! —exclamó Briseia, con cierta ironía—. Debe ser agotador ver ese tipo de cosas a diario.

—Uno se acostumbra cuando no hay más remedio —apuntó Leiv, acercándose a ella.

La joven pintora meneó la cabeza a modo de respuesta.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó, echando un vistazo a su alrededor.

Leiv sonrió y el pulso de Briseia se aceleró.

—Ahora espero que vuelvas a tener hambre porque es la hora de cenar.

—¿Cómo? ¡Pero si solo han pasado dos horas desde la succulenta crêpe!

—Negativo. Aquí el tiempo corre más de prisa y ya son las ocho de la tarde.

—Vaya, muy interesante, pero no sé si mi estómago...

En ese momento dejó de hablar y se sonrojó violentamente cuando el órgano aludido empezó a manifestarse con ruidos.

—¡Qué vergüenza!

Leiv soltó una carcajada.

—Creo que ya tengo mi respuesta. Conozco un afamado restaurante en la zona que te va a gustar. Además, tienes que tomarte esto por última vez — añadió, enseñándole el frasco con la pócima de la *Vila*.

—¡No me lo recuerdes! —contestó Briseia con una mueca.

—Será mejor que comas antes de beber esto. Disimulará el sabor como esta mañana.

—Disimular, disimuló poco, pero bueno...

Briseia se colocó bien la bufanda y miró a Leiv con suspicacia.

—Supongo que vamos a aterrizar directamente en el restaurante y que tenemos ya mesa y todo —afirmó más que preguntó.

—Por supuesto —contestó el general con una sonrisa típica de demonio que lo tiene todo controlado.

Leivan no podía apartar los ojos de Briseia. Su forma de comer era tan genuina como ella y disfrutaba tanto haciéndolo que el deseo volvía a prender en sus venas como un fuego mal apagado. No había disimulo en ella: lo hacía todo con franqueza y sinceridad, ¡hasta enfadarse!

Podía sentir todas sus emociones y se sentía complacido por ello, pero empezaba a sospechar que el ritual no iba a lograr poner fin a esos poderosos y novedosos sentimientos que despertaban cuando se encontraba con ella.

Tenía un serio problema y ya no podía negarlo: se había enamorado por completo de Briseia, a pesar de no tener la misma capacidad de sentir cosas como antes por no tener alma. Y lo peor era que ese amor no tenía nada que ver con el primero. Le proporcionaba un calor y una luz hasta ahora desconocidos. Y eso era muy peligroso para ambos porque él quería más. Lo quería todo de ella. Le gustaba todo de ella, sobre todo esa mezcla de vulnerabilidad y de valentía que le era propia.

Anhelaba su compañía y deseaba perderse en ese cuerpo femenino tan

hermoso y frágil para olvidarse de que no tenían futuro. Su lucha por lograr redimirlo era una ilusión: muy pocos demonios habían conseguido recuperar su alma perdida, y ninguno de ellos estaba al servicio del Príncipe vicioso, que conocía todos los trucos para no liberar a uno de sus esclavos eternos. Era un proyecto abocado al fracaso.

Leivan sonrió con cierta tristeza mientras admiraba a su querida pintora extraordinaria hablarle de sus obras con pasión y energía. Era como haberse enamorado de una frágil y hermosa rosa, pero una flor con espinas y que sabía usarlas como armas cuando era necesario.

—Vale, te estoy aburriendo con mi historia. Lo siento —se disculpó ella, interrumpiendo sus reflexiones internas.

—No, para nada —la tranquilizó, cogiendo su mano para enlazar sus dedos de un modo muy íntimo; lo que le provocó un intenso rubor—. Estaba pensando.

Ella no liberó su mano, pero lo observó entrecerrando los ojos.

—¿Sobre qué? Sobre el futuro, ¿verdad? —adivinó, y su rostro se volvió más sombrío.

—Ya sabes que no puedo mentirte... —masculló Leivan, con ironía.

—Sé que confiar en otra persona requiere tiempo y que es complicado volver a hacerlo tras lo que te pasó, pero te voy a demostrar que es posible. Yo no te dejaré de lado.

Leivan reprimió un resoplido demasiado humano para él y dejó de acariciarle la mano.

—Briseia, no vamos a discutir de nuevo, pero no conoces mi mundo. Lo que viste fue solo un esbozo.

—Me lo imagino, pero aun así no dejaré de luchar.

Leivan entornó los ojos.

—Eres demasiado testaruda para tu propio bien.

—Lo sé, pero sin ese tesón no hubiese llegado a cumplir mi deseo de ser pintora. Y tú eres tan orgulloso como la comandante Rav...

—No pronuncies su nombre o aparecerá aquí de inmediato —le avisó,

poniéndole unos dedos sobre la boca.

Unos dedos que su traicionera mente le hizo visualizar hundiéndose en esa adorable cavidad mientras su otra mano la acariciaba por debajo de la cintura...

¡Por todos los demonios! Iba a arder en sus propias llamas.

Briseia soltó un leve gemido, pero no fue necesaria esa señal para indicarle que estaba tan excitada como él. ¡Rápido! Tenía que pensar algo o iba a cometer una verdadera locura.

—*Garçon, la carte des desserts, s'il vous plaît* —pidió al camarero para cambiar de tema.

El joven empleado se acercó con dos cartas para los postres, y le tendió una a Briseia de forma caballerosa.

—¡Estoy llena! No sé si tendré sitio para algo más —se quejó ella en español.

—¡Siempre sitio para Mousse au chocolat! —chapurreó el camarero en el mismo idioma.

—De acuerdo —le contestó ella con una sonrisa deslumbrante.

Leivan apretó la mandíbula al ver cómo el joven humano le devolvía la sonrisa y se iba tan feliz tras apuntar un café negro para él. ¡Qué celos más estúpidos e inoportunos! Esa emoción bestial y descerebrada le molestaba profundamente.

—Tienes que tomarte esto ahora, por favor —le pidió, tendiéndole el frasco en un intento por controlarse.

—Leiv, ¿estás bien? ¡Parece que vas a matar a alguien! No será por el camarero, ¿verdad? —se alarmó ella—. ¿Estás celoso? ¡Pero si no ha hecho nada!

—Briseia, déjame dos minutos y tómate esto —la cortó, acariciando su muñeca con el pulgar—. Los celos y el odio son emociones estúpidas, pero es como un carburante para mí y necesito tranquilizarme. Ese tipo de negatividad es lo que nos alimenta.

Ella parpadeó y la expresión de su rostro cambió. ¡Había estado a punto

de reñirle como si fuese su madre por culpa de algo que escapaba a su control!

—¿Ves cómo hay aspectos desagradables que desconoces?

—¡Aprendo rápido! —recalcó ella, con una sonrisa bravucona.

Leivan volvió a un estado normal de tranquilidad, manteniendo bajo control esa oscuridad demoníaca, y observó cómo ella se bebía la pócima de un trago.

—Así se bebe el vodka en mi país —comentó con una sonrisa.

—Pues espero que no tenga el mismo sabor porque esto sabe a rayos —exclamó ella con una mueca de asco.

—Aquí viene el postre —añadió el General al ver aparecer al camarero con lo que habían pedido.

—*Bon appétit, mademoiselle* —dijo el joven humano, antes de depositar el postre ante ella.

—Merci —contestó ella, cogiendo la cuchara con ganas.

—Creía que ya no tenías hambre —se burló cariñosamente Leivan al ver cómo se deleitaba con el chocolate.

—¡Siempre hay sitio para el postre, como dice el camarero!

El General se abstuvo de comentar nada y siguió observándola. De repente, Briseia dejó de comer y su mirada se volvió muy brillante.

—¿Qué te ocurre? —se alarmó Leivan, cogiendo el plato para ver si había algo extraño.

—No sé... tengo muchísimo calor —se quejó ella, y su frente se cubrió de perlitas de sudor—. No me encuentro bien...

El General se desplazó rápidamente y la ayudó a levantarse de la silla.

—Te acompañaré al baño —dijo, apoyando las manos en sus hombros.

—¿Ah sí? ¿Y qué quieres hacerme en el baño? —le preguntó de un modo lascivo, impropio de ella.

Leivan enarcó una ceja.

—Creo que había algo más en el frasco de la bruja. Te sacaré de aquí y

tendremos que arriesgarnos a pasar la noche en París, pero antes voy a intentar limitar los daños —le explicó mientras la empujaba a los servicios de las señoras, tras comprobar que no había nadie.

La colocó contra la pared porque se estaba tambaleando y encerró el rostro femenino entre sus manos, pero Briseia se revolvió con una fuerza inusitada y lo empujó contra el mármol de los lavabos.

—Hazme el amor, general —le ordenó, arrancándose la parte de arriba de su ropa para quedarse en sujetador.

Dicho eso, se agarró literalmente a él y lo besó con furia. El cuerpo del demonio reaccionó de inmediato y sus instintos primarios le soplaron que tenía que obedecer y complacer con creces a la humana, pero un resquicio de raciocinio logró hacerse un hueco en su mente y consiguió apartar a esa hetaira en la que se había convertido Briseia.

La cogió delicadamente por la nuca antes de pronunciar un conjuro muy potente de sueño, que tardó un poco más de la cuenta en sumir a la joven pintora en un estado de inconsciencia.

—¡Maldita *Vila!* Me las pagarás —amenazó en voz alta antes de concentrarse para encontrar un hotel situado cerca de una fuente de energía lo bastante fuerte como para ocultar la presencia de ambos.

Encontró una suite libre en uno de los hoteles más lujosos, emplazado cerca de Notre-Dame —un lugar energético descomunal— y lo dejó todo bien solucionado para poder abrir un túnel y así desplazarse hasta la habitación elegida.

Cuando reaparecieron en el establecimiento parisino, cuyas vistas daban sobre la catedral gótica, depositó delicadamente a Briseia sobre la cama y se quitó el abrigo y la camisa para averiguar si alguna marca, diferente a su tatuaje, había aparecido en la parte superior de su cuerpo. También se quitó los zapatos y los calcetines para estar en contacto directo con el suelo. Solo se dejó el pantalón puesto por si su Bella Durmiente se despertaba.

Estaba convencido de que la bruja había utilizado un hechizo de atadura para contrarrestar los efectos del ritual venidero, pero, de momento, no presentaba síntomas de encantamiento. Además, el estado de inconsciencia de Briseia no iba a durar mucho más y no sabía si iba a lograr detenerse esa vez.

En ese momento, la joven pintora se despertó y soltó un gemido tan erótico que el Infierno se desató en sus entrañas.

—Leiv, te necesito... —suplicó, incorporándose y contoneándose para quitarse lo que le quedaba de ropa, tras deshacerse de los zapatos.

—No, Briseia, tienes que respirar —le ordenó, atrapando sus manos que ya intentaban abrir el cierre del sujetador.

—¡No! Estoy ardiendo —gritó, empujándolo con mucha fuerza antes de sentarse sobre él a horcajadas.

Leivan pensó que iba a explotar al ver cómo empezaba a ondular con las caderas, buscando deshacer el cinturón que llevaba con las dos manos.

—¡Te quiero dentro de mí! —volvió a gritar Briseia, como si se hubiese convertido en la sacerdotisa de una bacanal.

Cuando le dio otro beso desenfrenado y empezó a lamerlo desde la oreja hasta detenerse a su ombligo, el General pensó que estaba al borde del colapso y que tenía que intentar algo desesperado antes de ceder a ese imperioso deseo. Se moría por tomarla hasta la extenuación, pero no podía: era su dulce Briseia y estaba bajo los efectos de una droga altamente afrodisiaca.

—¡Reacciona, Briseia! ¡Eres una *Deva*! —le ordenó, atrapando con fuerza sus manos juguetonas, cuyas caricias le estaban provocando una erección del tamaño de la Torre Eiffel.

El brazalete de su Protector le envió una potente descarga que la sacudió por completo y luego cayó inerte, sobre su torso, como si fuese una marioneta que se hubiese quedado sin hilos.

Leivan comprobó el grado mayor de inconsciencia en el que se encontraba, la apartó delicadamente y se levantó para dirigirse hacia el espectacular cuarto de baño. Abrió el grifo de agua fría de la bañera, que más bien parecía un estanque de mármol para ninfas, hasta llenarla.

No tenía otra solución: era necesario usar un ritual de agua para purificar el cuerpo de Briseia. Era una técnica más angelical que demoníaca y solo la había utilizado en una ocasión, pero estaba seguro de que los dones de la *Deva* se iban a reactivar al entrar en contacto con el elemento puro que consagraba el bautismo.

También había una ducha ultramoderna y le echó un rápido vistazo. Era tan amplia que cabían perfectamente dos personas y le vendría muy bien para calentar el cuerpo de la joven pintora después de enfriarlo al máximo.

Cerró el grifo, comprobó que el agua estaba helada e hizo un barrido extrasensorial para asegurarse del hermetismo del lugar. A continuación, se concentró para poner en marcha el ritual y la potencia alcanzada fue tal que el elegante espejo enmarcado, situado por encima de los dos lavabos, se quebró y las luces se volvieron locas. No había duda de que esa conexión con Briseia le había otorgado un plus de peligrosidad.

Volvió a la habitación y contempló a la joven pintora, cuya melena ondulada se había esparcido sobre los cojines color crema, y no pudo evitar sentirse tentado y ansioso. ¡Tenía tantas ganas de ella que, en su caso y siendo un demonio, resultaba patético!

Frunció el ceño al observar el símbolo rosado que se podía ver entre los dos pechos, a pesar de conservar el sostén: una rueda de ocho radios, lo que representaba una profunda transformación. Lo que había puesto la bruja en la pócima tenía que ser muy fuerte para afectar a una casi «Iluminada» como lo era ella.

Decidió dejarle la ropa interior y la cogió delicadamente entre sus brazos para llevarla hasta la bañera. La depositó rápidamente en el agua helada y se retiró porque sabía que la reacción iba a ser inmediata. En efecto, Briseia se despertó de un golpe, soltó un grito e intentó salir del estanque para ninfas, pero él la mantuvo dentro y pronunció las palabras mágicas.

Entonces la joven pintora abrió mucho los ojos y se quedó estática. Luego, su cuerpo se hundió en el elemento líquido hasta permanecer completamente sumergido.

Era hermosa, pero era la Muerte. Las ondas de ese pelo rubio, ese rostro perfecto y esos ojos como el mar embravecido habían hecho postrarse a más de uno: rey, campesino, humano, vampiro, demonio, ángel...

—Sabes que te encontraré. Siempre obtengo lo que quiero.

Nunca se reía. Ese exquisito rostro era gélido e inexpresivo.

—¿Por qué no lo dejas en paz? ¿No le has condenado ya para toda la

Eternidad?

Esos ojos, capaces de petrificar a cualquiera o a cualquier cosa, brillaron con un mínimo interés.

—¿Quieres hacer un trato conmigo, Estrella?

—¡Yo no hago pactos con demonios disfrazados de ángeles! ¡Lo arrancaré del Infierno! ¡Le devolveré lo que tú le quitaste!

Las plumas blancas se volvieron oscuras y la cara angelical se tornó amenazante.

—Nos veremos muy pronto...

—¡Briseia! ¡Briseia! ¡Despierta!

La voz de Leiv consiguió hacerla regresar y, cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que los dos estaban en la ducha y de que su cabeza descansaba en el regazo masculino. Al igual que ella, el general estaba empapado en agua caliente, que seguía cayendo desde arriba como si fuese una lluvia de verano.

Tardó un minuto en poner en orden todas las imágenes que su cerebro le estaba mandando y recordó también el encuentro etéreo con el Ángel Caído. La amenaza era bien real y no podría evitar la confrontación.

¡Dios mío! ¡Había hecho el ridículo en más de un sentido! ¡Se creía fuerte y ya había caído en las trampas de sus enemigos dos veces!

Leiv tenía razón: no sabía nada. Era un pobre corderito en medio de lobos hambrientos y no tenía la capacidad de ayudarlo o de salvarle. Más valía terminar cuanto antes con ese vínculo. Sus dones no servían de nada.

—¿Por qué lloras? ¿Te duele algo? —se alarmó él al ver las lágrimas resbalar sobre sus mejillas mientras se incorporaba lentamente hasta apoyarse contra la pared de azulejos.

Durante varios minutos, Briseia no contestó y siguió llorando. Se sentía avergonzada. Era una fracasada y un timo: le había jurado y perjurado que le iba a sacar del estado demoníaco y resulta que no era capaz ni de aguantar un asalto contra sus contrincantes. Recordaba, furiosa consigo misma, cómo le había gritado cosas obscenas, como si ella se hubiese convertido también en demonio de la lujuria o como si fuese una actriz porno.

¡Vaya Santa más útil, incapaz de usar su don en el momento más adecuado!

—No te flageles tanto. Te llevo siglos de ventaja —la instó Leiv, depositando dulces besos sobre sus mejillas húmedas por el agua y las lágrimas.

—Y por ello quisiste avisarme, pero yo no te escuché —musitó ella, acariciando su hermoso rostro con una mano para luego apartarla levemente—. Tenías razón: no sé nada de tu mundo y me siento inútil. Solo soy una pesada carga para ti.

El general la cogió por los hombros y la obligó a mirarle a los ojos.

—Briseia, eso es mentira. En tan poco tiempo has hecho más por mí que nadie en toda mi existencia —le dijo con seriedad, tras atrapar su cara entre las manos.

La joven no pudo aguantar más y se apretó contra ese pecho duro y caliente para llorar desconsoladamente. Tenía una bola de angustia en la garganta al pensar que, si no encontraba un medio para salvarlo, iban a volver a abusar de él y a torturarlo. Leiv la mantuvo pegada a él sin decir nada, sus grandes manos deslizándose sobre su suave espalda.

Pasado un buen rato, ella levantó la cabeza y se encontró con la garganta masculina y el tatuaje. Sin saber muy bien por qué, rodeó ese cuello con los brazos, se volvió a apretar contra él y besó con fervor esa marca infame que demostraba su esclavitud.

—Briseia, deja de hacer esto... —musitó el demonio con voz trémula—. No quiero aprovecharme de tu vulnerabilidad.

—Y yo quiero hacer el amor contigo, Leiv —le dijo ella con solemnidad, mirándolo a los ojos.

Pudo ver confusión y deseo en la mirada color de bosque misterioso.

—Sin hechizos ni rituales de por medio, sin cálculos, sin traición —prosiguió sin darle tiempo a replicar—. Solo porque... porque te amo.

Sintió cómo esa declaración lo pillaba desprevenido y cómo provocaba un sinfín de emociones en él.

—Solo tú y yo.

—Briseia... —murmuró Leiv, mirándola con expresión de pura devoción.

Ella decidió actuar por si cambiaba de opinión y lo besó con pasión para paliar su falta de experiencia comparada con la suya que era interminable. Sin embargo, Leiv no tomó la iniciativa y la dejó explorar el interior de su boca con la lengua y que ella le acariciase como quisiera.

Pero era sin contar con la magia innata del general demonio: el agua de la ducha dejó de caer repentinamente y cuando ella volvió a abrir los ojos para ver qué es lo que estaba ocurriendo, se encontró tendida en la enorme cama con el cuerpo y el pelo seco.

—Quiero poder contemplar todos los detalles de tu cuerpo y, en este momento, prefiero la cama. Soy muy tradicional —añadió con una sonrisa irónica.

Briseia se relajó ante ese toque de humor inesperado y decidió que no iba a ocultarle nada. No había sitio para la vergüenza y la confianza debía ser mutua.

—¿Quieres que te ayude a desnudarte? —murmuró a su oído, antes de deslizar la lengua sobre su oreja.

—Prefiero hacerlo yo —replicó ella, empujándolo para que se tumbara en el lugar que ocupaba.

Leiv se rio, pero dejó de hacerlo cuando ella se quitó el sostén. Su mirada hambrienta sobre sus pechos fue más abrasadora que una caricia y Briseia sintió cómo el deseo se adueñaba de sus entrañas, humedeciendo sus partes íntimas.

¡Nunca se había sentido tan excitada y tan deseada en toda su vida!

Todo lo demás había dejado de tener importancia. Solo existía ese momento robado.

—Déjame tocarte. Déjame saborearte... —gruñó el general como si fuese un animal salvaje al acecho.

—No, esta noche soy yo la maestra de ceremonia. No te muevas —le ordenó, apartando sus brazos a cada lado para poder sentarse a horcajadas sobre su cintura.

Se sentía poderosa así, dominándolo y observando cómo contenía toda esa

fuerza viril para no ceder a ese instinto demoníaco, pero ella no quería hacerle daño o herirlo. Quería enseñarle el verdadero placer, demostrarle que esas sensaciones también podían ser positivas y bonitas.

Se inclinó y atrapó sus labios para saborearlo mientras sus manos volvían a acariciar ese cuerpo hecho para la lujuria femenina de un modo lento y dulce, como si estuviera esculpiéndolo. Leiv gimió e intentó participar, pero ella le suplicó con una sola mirada que la dejara actuar y él lo entendió.

Las menudas manos le recorrían y trazaban mapas de carne dura y perfecta, llevándolo sin querer al borde de la locura; y ella disfrutaba como nunca de un cuerpo ajeno y soñado como si fuese su obra maestra.

Cuando llegó a la hebilla del cinturón, Briseia dudó un segundo ante su propia osadía, pero la curiosidad por saber si era capaz de dar placer a un demonio hastiado y consumado en las artes amatorias fue más fuerte, y con un movimiento rápido liberó esas nalgas y ese miembro viril de su cárcel de tela.

Tragó saliva ante el espectáculo de esa virilidad enhiesta y orgullosa. Sus escasos encuentros sexuales habían sido desastrosos y frustrantes, y nunca tuvo ocasión de contemplar semejante espécimen de hombre, o de lo que fuese. No solo se trataba de embriagarse con la belleza de ese cuerpo masculino: el vínculo entre ambos multiplicaba todas las sensaciones.

—Cierra los ojos y confía en mí, Leiv —murmuró antes de rodear su miembro con la mano.

El general se estremeció y se incorporó levemente para poder agarrarle la mano. Su mirada era turbia y febril por culpa del deseo.

—Confía en mí... —volvió a decir ella antes de seguir acariciándolo.

Algo cambió entre ellos cuando los dedos femeninos consiguieron llevarlo al borde del éxtasis. Briseia ya no era una posible víctima del demonio y el demonio ya no estaba actuando mecánicamente. El placer que recorría sus venas y cargaba de electricidad todas sus terminaciones nerviosas, y que amenazaba con explotar en breve si la mano femenina no se detenía, era real y no obedecía a ninguna orden.

En ese preciso momento, Leiv ya no era el esclavo del vicio y de la lujuria, sino un ser capaz de sentir y de emocionarse por voluntad propia.

—¡Briseia, para! —gritó el general antes de llegar al punto de no-retorno,

mientras la hacía girar sobre el colchón para colocarla debajo de su cuerpo más caliente que las llamas de un incendio.

—¡No! ¡Quiero que seas tú el que sienta cosas por una vez! —gruñó ella con frustración.

—Y lo he sentido, créeme —aseguró él, antes de besarla—, pero necesito que esta relación sea un intercambio para variar.

Briseia parpadeó al entender lo que Leiv quería decir. No quería una relación de dominación o egoísta. Quería dar y recibir como si fuesen iguales. Quería que fuese completamente diferente esa vez.

Pero no tuvo más tiempo para pensamientos coherentes porque Leiv estaba dispuesto a darle una lección magistral de cómo volver loca a una mujer con las manos y la lengua. Tras saborear sus pechos como si fuesen un succulento festín, siguió descendiendo por su cuerpo, lamiendo y besando cada centímetro de piel que encontraba al paso de su boca. ¡Esos sí que eran unos buenos preliminares!

La joven pintora arqueó la espalda y sintió que le faltaba el aire cuando esa diabólica lengua se deslizó desde su pelvis hasta el muslo para luego concentrarse en la cara interna, muy cerca de su sexo, tras haberle quitado las bragas.

—¡Leiv! —se estremeció ella, incorporándose levemente para mirarlo, sin saber si tenía que detenerlo o levantar las caderas para que siguiera.

—Quiero que cada parcela de tu cuerpo y de tu mente sienta esto... —ronroneó con una mirada tan intensa que ella contuvo el aliento—. Quiero grabarme en ti.

Briseia se echó para atrás en el colchón y gritó cuando esa lengua masculina se hundió en su interior y empezó a moverse en círculos con mucha habilidad para llevarla a un salvaje éxtasis. A pesar de que las luces se habían vuelto locas de nuevo y de que los muebles se movían por culpa de la tremenda energía que ella desprendía sin saberlo, Leiv no paró de saborearla y de torturarla deliciosamente hasta que un *devastador* orgasmo la alcanzó y la golpeó, como uno de esos rayos que se intuyen pero que no se ven venir.

—Oh, madre mía... —balbuceó, con la respiración entrecortada.

Tenía serias dificultades en volver a respirar de un modo normal y Leiv no

la estaba ayudando porque se mantenía erguido sobre los codos, para no aplastarla, y seguía besándola y lamiéndola en el cuello. Su cuerpo se había convertido en un frágil cristal que acababa de romperse en diminutos fragmentos. Era la sensación más increíble que hubiese experimentado jamás. Pero ella también quería darle algo tan valioso como esa experiencia extraordinaria.

—Es mi turno. Te voy a demostrar con hechos el significado de mis palabras —le explicó antes de volver a colocarse sobre él.

—No necesitas darme explicaciones... —replicó con una voz ronca y sensual.

Briseia se estremeció solo con mirarlo. Así, tumbado de un modo relajado, y con esa piel bronceada y esos ojos verdes que brillaban tenuemente, parecía un gran felino satisfecho, pero igual de peligroso que antes.

—Nada de palabras... solo sensaciones...; quiero que tú sientas lo mismo que yo... —dijo ella, entrecortando sus palabras con un beso.

Entonces se lanzó y actuó por intuición porque nunca había hecho algo así, pero darle placer, en ese momento, también era un modo de decirle que lo amaba. Acarició su impresionante miembro, que seguía erecto, y descendió sobre él lentamente, centímetro a centímetro, hasta que lo llenó por completo.

Briseia cerró los ojos y se mordió el labio al oír el fiero gemido de Leiv.

¡Dios! ¡Era indescriptible!

Puso las manos sobre los abdominales masculinos y empezó a moverse rítmicamente. Él no hizo nada por volver a tomar el control de la situación: acunó sus pechos con las manos y dejó que lo cabalgara a su antojo. Y esa marca de confianza era otro regalo que le hacía.

Ella ganó seguridad y el ritmo se aceleró hasta que la locura se desató por completo, convirtiéndolos en dos mitades unidas que se daban placer mutuamente. Ambos gemían y se tocaban, reconociendo el cuerpo del otro como la tierra prometida soñada y jamás alcanzada. Una mujer y un hombre unidos por el ritual más antiguo de todos los tiempos.

—¡Leiv! —sollozó Briseia, cuando sintió que estaba a punto de ser alcanzada por un orgasmo mucho más *devastador* que el primero.

Entonces el aludido la envolvió entre sus brazos y se incorporó en posición sentada en el colchón, sin salir de su interior, para que sus rostros estuvieran frente a frente. La mirada verde y misteriosa era más intensa y letal que nunca. Había un mundo nuevo y apasionado encerrado en esos ojos.

—Mi verdadero nombre es Leivan... —murmuró, dedicándole tal mirada de devoción y de entrega que ella estuvo a punto de llorar de nuevo.

Pero no le dio tiempo ni a pensar ni a replicar porque volvió a intercambiar sus posiciones en el colchón y se hundió aún más profundamente en ella con un solo envite. Briseia soltó un sonoro gemido y la pasión desenfadada se apoderó de ella cuando las embestidas fueron cada vez más salvajes, proporcionándole oleadas interminables de placer.

La última acometida provocó un verdadero cataclismo en la habitación. Leivan echó la cabeza hacia atrás y soltó un intenso gruñido mientras su cuerpo empezaba a temblar, desprendiendo una fina capa de sudor muy excitante y, al mismo tiempo, Briseia gritó y alcanzó un estado de transfiguración de tal magnitud que una luz azul salió despedida del símbolo que tenía entre los pechos e hizo explotar todas las bombillas presentes.

—Voy a tener que revisar toda la instalación eléctrica —se rio el general, antes de erguirse sobre un codo para liberarla de su peso y poder mirarla.

Pero ella pudo ver y sentir cómo la emoción genuina turbaba y cambiaba su expresión al observar esas lágrimas de pura felicidad brotar y deslizarse lentamente.

—Gracias, Leivan —dijo ella simplemente, sin necesidad de añadir nada más, acariciando con los dedos la amada y sensual boca.

Él sonrió de un modo diferente y besó esa delicada mano antes de decir entrecortadamente:

—Nunca... nunca antes...

—Para mí también es la primera vez. Nuestra primera vez —afirmó Briseia, encerrando su cara con las manos.

Leivan sonrió y el deseo brilló de nuevo en esa secreta mirada, tan adictiva como el alcohol más fuerte.

—Esta noche es nuestra. Es la noche eterna y solo acaba de empezar... —

murmuró contra su cuello antes de volver a besarla con una mezcla de ternura y de voracidad.

Capítulo 13

Zander estaba enfadado, muy enfadado.

No hacía falta ser adivina para entender que se contenía a duras penas para no levantarse y sermonearla duramente sobre sus «actividades» nocturnas con el demonio, pero a Briseia le daba igual. Era una mujer adulta, inteligente e independiente. Entendía el amor y la preocupación de su casi hermano, pero había elegido y él tendría que respetar esa decisión.

Era muy tarde cuando se despertó sola en la cama y pudo comprobar que ya no se encontraba en París, sino en la habitación del palacio de su general demonio. Tras ducharse, decidió acudir al salón en su busca, guiada por uno de los criados de aspecto especial, pero se topó con su querido primo, que la fulminó con la mirada nada más entrar. Llevaba un chándal negro y parecía haber hecho ejercicio, como si le hubiesen permitido salir fuera para pasear o entrenar.

Briseia prefirió dedicarle una sonrisa y permanecer en silencio mientras le servían un copioso brunch continental. No quería estropear los *maravillosos* recuerdos de esa increíble noche con una pelea.

Al beber un poco de zumo de naranja disimuló una sonrisa embobada. Le dolían partes de su cuerpo que desconocía y era un dolor muy placentero. Tenía ganas de cantar, de besar a todo el mundo y de gritar que estaba enamorada de un demonio encantador y adorable que le había regalado algo más valioso que una simple noche de pasión.

Le había otorgado un poder sobre él al decirle su verdadero nombre.

Leivan... Sonaba más dulce que Leiv. Más elegante y refinado.

—Te has enamorado de él, ¿verdad?

La afirmación, más que pregunta, de Zander la sacó de sus bonitos pensamientos.

—Pero ¿cómo puedes ser tan estúpida, Briseia? —se enfadó el hombre—. ¡Pensaba que eras más inteligente que las otras mujeres!

—¡Enamorarse no es ser estúpido, primo! —recalcó ella con frialdad—. Y yo no soy como las otras mujeres...

¡Ya había logrado amargarle el desayuno-almuerzo! Pero estaba decidida a dejarle las cosas claras de una vez por todas.

—Mira, Zander, que quede bien claro —le cortó antes de que empezara a recriminarle sus actos—: soy una mujer adulta y responsable. Te agradezco tu preocupación, a veces demasiado exagerada, y tus consejos, pero conozco perfectamente la naturaleza de Leiv y sé muy bien lo que hago. Sí, me he enamorado de ese demonio y me he acostado con él, y si eso se vuelve contra mí, aceptaré esa lección como una mujer adulta e inteligente; pero confío plenamente en él.

—¡Ay, no quiero oír esto! —soltó Zander, levantándose bruscamente de la silla para darse la vuelta hacia la ventana.

Briseia se encogió de hombros y siguió comiendo.

Su primo tenía que entender que ella ya no era una niña pequeña y que su protección a la mediterránea resultaba demasiado abrumadora.

Durante varios minutos se quedaron así: uno en el silencio crispado, y la otra feliz y comiendo.

—Sé que tengo que tranquilizarme y no pretendo vigilarte o controlarte como esos tipos gilipollas o machistas —empezó a decir Zander tras ese repentino silencio, y parecía estar confesándose—, pero me adiestraron para salvar las vidas y las almas de las personas, y tengo la impresión de estar fallando por completo contigo. ¡Odio a todos los demonios! No hay nada bueno en ellos. Siempre tienen un interés oculto y mucha malevolencia —insistió, mirándola a los ojos—. Ese rubito te va a hacer mucho daño.

Briseia volvió a dejar la taza de café sobre la mesa y enarcó una ceja.

¡Pero qué cabeza más dura tenía!

—¡Pues me lo habré buscado! —enfaticó con determinación.

Se afrontaron con la mirada.

—Diga lo que diga, no te vas a bajar del burro, ¿verdad? No te sabía tan... ¡kamikaze!

—¡No se trata de ser kamikaze, Zander! Se trata de sentimientos, de lo que creo, de lo que siento y de lo que soy capaz de hacer.

Su primo se cruzó de brazos con un aire escéptico.

—Supongo que llevas muchos años trabajando para esa organización de cazadores de demonios, y en todo este tiempo, ¿nunca se ha dado el caso de un cambio en uno de ellos? ¿Ninguno ha vuelto a recuperar su alma gracias a sus buenas acciones?

—Solo hay un caso de un demonio tan poderoso como el rubito y ahora colabora con nosotros para destruir a los que son asequibles. El resto son solo demonios inferiores.

—Pero entonces, ¿es posible?

—¡En el caso de tu General demonio, sería un puto milagro!

—¡Entonces haré un milagro! Ya has visto de lo que soy capaz.

Zander soltó varios tacos en griego.

—¡Ese vínculo es una puta locura y es mucho más peligroso de lo que imaginas!

Briseia le devolvió una mirada muy tranquila.

—No sé cómo logré hacerlo, pero si he sido capaz de ello es que existe una buena razón.

Se levantó de la silla, tras limpiarse la boca con la servilleta, y se acercó a su primo.

—Todo tiene una explicación, Zander. Todo tiene un momento. Lo siento aquí —explicó, tocándose el corazón—. Necesito que me apoyes y no que me vigiles o que recrimines cada paso que doy. La única certeza que tengo es que estoy actuando correctamente y que el amor puede lograr grandes cosas. ¡Y no quiero que me mires como a una descerebrada que solo buscaba una aventura con un demonio para pasárselo bien porque estaba aburrida!

—¡Yo jamás te he mirado de esa forma o he pensado eso! —se ofendió su primo—. Siempre has sido especial y muy valiosa, solo quise defenderte de la seducción del rubito porque es un experto y porque...

Zander resopló y se pasó una mano por la corta cabellera negra.

—¡Es superior a mí! ¡Me entran ganas de machacarle esa bonita cara de playboy solo de pensar que te ha tocado!

—Zander, escúchame bien: él no ha actuado egoístamente conmigo. No quiero entrar en detalles, pero se mostró muy... —Briseia se ruborizó—, respetuoso de alguna forma.

La joven pintora miró hacia otro lado porque estaba poniéndose muy colorada al recordar las formas respetuosas con las que Leivan le había hecho el amor durante casi toda la noche.

—¡Argh, basta! ¡No quiero saber nada más! ¡Tu cara ya lo dice todo!

Zander intentó darse la vuelta, pero Briseia lo cogió por el brazo.

—Un minuto, necesito que me prometas que ya no intervendrás más y que me dejarás actuar libremente.

El hombre la observó detenidamente y soltó una gran exhalación de aire antes de decir:

—Vale, siempre y cuando no estés en peligro.

—¿Eso significa que no te pondrás furioso o intentarás hacer algo si me ves cerca de Leiv, o si lo abrazo, o si lo beso, o si...?

—¡Oh, Bri! ¡Qué tortura! —exclamó Zander, frotándose la cara con las manos.

—Zaaannn...

—Vale, vale. Prometo intentar contenerme.

—¿De verdad? ¿Podré besarlo en tu presencia? —insistió ella, mirándolo fijamente.

—¿Es necesario?

—Zaaannn...

—Vale, muy bien. Prometido.

Briseia se acercó más para abrazarlo tras sonreírle.

—Pero también te prometo que si él te hace daño, lo destruiré con mis propias manos —dijo Zander con un aire siniestro, antes de devolverle el abrazo.

Pegada a él, Briseia sonrió aún más. Era como un hermano demasiado celoso y su cabezonería había empeorado al tener una profesión tan fuera de lo común y tan arriesgada, pero era lo único que le quedaba de la poca familia que le había abierto los brazos sin pedir nada a cambio.

Por supuesto que seguía un poco enfadada por el hecho de haberla mantenido en el desconocimiento más absoluto por precaución, pero el perdón parcial también era señal de madurez.

—¿Estabais hablando de mí? —preguntó una voz aterciopelada y familiar desde el umbral de la puerta entreabierto del salón.

—¿Tú qué crees, rubito? —contestó Zander de mala manera.

—Zaaannn... —rezongó Briseia, pellizcándole en el costado antes de apartarse para recordarle lo que acababa de prometer.

Se apartó y el corazón empezó a latir por mil por hora en su pecho al topar su mirada con los ojos misteriosos de Leiv; bueno, de Leivan.

No era nada frívola ni era una mujer histérica, ¡pero era tan espectacular que la cabeza le daba vueltas! No vestía un traje como de costumbre, sino un simple pantalón de pinza azul marino y un jersey gris, y, sin embargo, esas prendas en él le daban un aire elegante y sexy increíble.

Cuando esbozó una sonrisa de alto contenido sexual y se adentró en el salón con paso felino Briseia pensó en correr hacia él para comérselo a besos como una posesa, pero se contuvo y permaneció al lado de su primo, ordenándose respirar de vez en cuando.

¡Ese demonio la volvía tonta con su sola presencia!

—¿Cómo te encuentras, *Sladkaya*? —le preguntó estando repentinamente delante de ella.

Briseia no tuvo tiempo de reaccionar porque él la estrechó entre sus brazos para luego apoderarse de su boca y darle un beso entre tierno y apasionado. Ella no pudo reprimir un gemido y le devolvió el beso con ganas al recordar todo lo que habían hecho la noche anterior.

Sin embargo, oyó cómo Zander resoplaba con fuerza y se alejaba, contando en griego para dominar sus impulsos asesinos.

—Estás muy hermosa... —murmuró Leivan, acariciándole la mejilla con

los dedos y sin soltarla.

—No me gusta despertarme sola en la cama —musitó ella, perdida en su mirada verde.

—Y a mí no me gusta dejarte sola en la cama... —explicó Leivan, obviando el sonoro resoplido de su primo—, pero tenía que atender a nuestra nueva invitada.

Tras decirle algo en ruso y darle otro beso, se apartó de ella y desvió la mirada hacia Zander, que parecía estar quemándose vivo en una hoguera.

—Tengo que hablar contigo, Cazador, y lo haré en presencia de tu prima —anunció en un tono bajo, que no hacía presagiar nada bueno.

—¡Ya, claro! ¡Transparencia absoluta!

—¿Crees que soy un imbécil para no darme cuenta de que has intentado contactar varias veces con tu organización? ¡No habrás obtenido grandes resultados porque aquí no hay cobertura!

—¡No soy un debutante, rubito! Me he dado cuenta de que hay un hechizo cojonudo alrededor de tu palacio, pero tenía que intentarlo.

—¿Y te has parado a pensar que, si te localizan a ti, también localizarán a Briseia?

Zander se cruzó de brazos y la tensión aumentó en el salón.

—Nosotros cuidamos de los nuestros, y yo cuido de mi familia.

—Briseia está bajo mi protección ahora y ha dejado muy claro que sabe cuidarse por sí misma. ¿Por qué no confías en ella?

—¿Me vas a hablar tú de confianza, demonio!?! —se enfureció Zander—. ¡Dejaste que una puta loca me marcara!

Leivan esbozó una sonrisa.

—Cuando el vínculo se rompa, esa marca con la Comandante se destruirá y volverás a ser libre como el viento.

—¿Y qué será de tu relación con Briseia? ¿También la dejarás irse?

—¡Zander! ¿Y tu promesa? —exclamó la aludida, a punto de explotar.

—Solo estamos hablando, prima.

—Ella es totalmente libre —contestó el General demonio, mirándola con ternura y devoción.

Briseia abrió la boca para intervenir, pero Zander se adelantó y dijo con toda la ironía posible:

—¡Ja! ¡Qué futuro más prometedor! ¡Si se queda a tu lado, estará perseguida por tus congéneres durante lo que le queda de vida! ¿Y qué estatus tendrá? ¿Será tu novia, tu concubina, tu pu...?

Un destello rojizo estalló en la mirada del demonio y Zander se dobló en dos por culpa de un puñetazo invisible en el estómago.

—Yo que tú vigilaría mi lengua, Cazador. Si sigues hablando tan mal, me veré obligado a enseñarte disciplina y buenos modales. Nuestra relación no te incumbe por muy familiar suyo que seas.

—¡Zander, no soy violenta, pero me sacas de quicio! —exclamó Briseia, muy enfadada—. ¿De qué me sirve hablar contigo? ¡Te repito que sé lo que hago!

—¡Solo quiero conocer sus verdaderas intenciones hacia ti, Briseia! —terció su primo, recuperándose del golpe—. No pretendo cuestionarte, y perdona por ser tan pesado, pero quiero saber lo que quiere porque él no pertenece a nuestro mundo y no piensa como nosotros.

—Briseia es una mujer adulta y libre —recalcó Leivan, cruzándose de brazos—, y respetaré su decisión, pero te puedo asegurar, Cazador, que utilizaré todos los poderes que me ha concedido el Mal para protegerla. Y eso te tiene que bastar.

—¿Te ha quedado claro de una vez por todas, cabezota? —insistió Briseia, fulminándolo con la mirada.

Zander la miró y luego observó detenidamente a Leivan. Finalmente, resopló e hizo un leve movimiento con la cabezota.

—Vale, prima, es tu problema, pero como le pase algo, rubito, te las verás conmigo...

—Me parece correcto —asintió el aludido.

Briseia puso los ojos en blanco y refunfuñó.

—¡No sé si os habéis dado cuenta, pero ya no estamos en la Edad Media y yo no soy una noble damisela en apuros! —exclamó, reprimiendo las ganas de pegarles a ambos y sin percatarse de que la puerta estaba de nuevo abierta y de que dos personas miraban toda la escena desde el umbral de la misma.

—Vaya, ¡cuánta tensión se respira aquí! —dijo una voz femenina desconocida.

—¿Todo bien, mi Señor? —preguntó el joven demonio con preocupación.

Briseia observó a Alex y a la chica desconocida mientras esta preguntaba:

—¿Interrumpimos algo?

A continuación, entró y se plantó delante de Briseia con determinación.

—¿Tú eres la *Deva*? —le dijo con una sonrisa—. Veo que te pasa como a mí: nuestra apariencia no refleja nuestra peligrosidad.

Briseia se quedó sorprendida y también observó a esa chica tan sincera y desconcertante. Era muy joven y muy mona: tenía el pelo castaño claro, completamente despeinado, que le llegaba por los hombros; una boca grande y estirada, y unos ojos muy penetrantes de gata color verde esmeralda. Vestía informal con unos vaqueros azules y una sudadera verde kaki, con un eslogan en alemán, y calzaba unas botas militares negras. Era mucho más alta que ella y su cuerpo era más atlético que el suyo.

—Me llamo Rebekah Martensens. Encantada de conocerte.

—Ha... hablas muy bien mi idioma —atinó a decir Briseia ya que la chica le había hablado en español sin apenas acento.

—Sí, nací en Málaga y mi abuela materna es andaluza y vive en Marbella. Pero, actualmente, estoy estudiando en Berlín.

Briseia parpadeó al recibir tanta información. Ya no estaba acostumbrada a tanta sinceridad.

—Los demonios siempre intentan hacerse los interesantes con tantos misterios. Es solo cuestión de acostumbrarse —comentó Rebekah como si estuviese leyendo sus pensamientos.

—Briseia, ella es *la Mara* —explicó Leivan al percibir su confusión.

—Entiendo por qué has venido a buscarme, General —recalcó la chica,

sin dejar de observarla—. No puedes ganar contra ella. Tiene mucha fuerza, pero aún no sabe manejar su don.

—¿Y eso lo dice una chica que tiene... qué? ¿Dieciocho años? —soltó Zander con una sonrisa sarcástica.

Rebekah giró la cabeza hacia él y le lanzó una mirada escalofriante.

—Yo era *Mara* antes de nacer. Me enseñaron a usar mi don antes de enseñarme a andar, y tú eres un incorregible bocazas, Zander Caristeas.

El aludido frunció el ceño mientras Alex soltaba una carcajada.

—¿Y tú de qué me conoces, peque?

—Es mi deber conocer a todos los seres de los Tres Mundos. No te fies de mi aspecto, Cazador: tengo un cuerpo humano, pero mi alma es muy antigua y mis poderes también. Por cierto, el demonio Sloyd te manda un cariñoso saludo —añadió, guiñándole un ojo.

La cara de Zander palideció de repente y dejó de hacer preguntas. Alex dijo algo en el idioma extraño y gutural de los demonios, y la chica asintió con una sonrisa socarrona.

—¿Vas a poder llevar a cabo el ritual convenientemente, *Mara*? —preguntó Leivan, pasando olímpicamente de Zander.

—No estaría aquí de lo contrario, ¿no crees? —replicó ella con mucho aplomo. ¡Esa chica de aspecto tan juvenil no parecía amedrentarse ante nadie! —. Pero va a resultar un pelín más complicado de lo que pensaba. Estáis muy... ¡enganchados!

Briseia se ruborizó de golpe.

¡Dios! ¡Esperaba que esa joven no tuviera capacidad para ver los eventos recientes del pasado!

—No se puede negar que tienes muy buen gusto... —murmuró Rebekah con una sonrisa picarona, lo que le provocó un tremendo sofocón.

—¿Pero es posible lograrlo? —insistió Leivan, sin tener en cuenta el intenso bochorno de Briseia y a pesar de saber muy bien la causa del mismo, ya que sentía y veía las mismas imágenes.

—Tendré que gastar mucha energía y supongo que te quedará una nueva

marca para toda la eternidad, pero es el precio que tienes que pagar. ¿Ya te ha salido la marca de la rueda de ocho radios entre los pechos? —le preguntó a Briseia.

La joven pintora se quedó boquiabierta.

—¿Có... cómo lo sabes?

La *Mara* esbozó una sonrisa dulce y triste.

—Lo sé todo y, a veces, es un gran fastidio.

Briseia se quedó mirándola y pudo atisbar a la mujer adulta y sabia que se escondía detrás de la fachada juvenil, y que asomaba a través de la mirada hermosa y terrible de la joven.

Sin previo aviso, esa mirada se volvió más oscura y el rostro de Rebekah adquirió un matiz preocupante. Briseia se sentía incapaz de mirar otra cosa que no fuesen esos ojos enigmáticos.

—Una bestia viene a por ti... —murmuró la chica de repente, como si estuviese teniendo una visión ineludible—. Es una criatura mítica, lo llaman *Manticora* y obedece a un ente que habita la Tierra desde tiempos inmemoriales: un Ángel Caído. Pero ya lo conoces...

Briseia logró hacer un leve movimiento con la cabeza.

—Dazel es su nombre. Su belleza es tan gélida como la Muerte y su ambición no tiene fin. Quiso derrocar a Lucifer en el Inframundo y la jugada le salió mal, y ahora intenta obtener otro trono en otro mundo, pero para ello necesita encontrar a alguien. Y necesita tu don para conseguirlo...

La joven pintora volvió a la realidad del momento cuando Leivan le puso una mano en el hombro para interrumpir esa especie de trance.

—La Zorra Celestial no podrá acercarse lo suficiente a Briseia como para usar su don —afirmó con una expresión belicosa.

—¡Y yo me encargaré del *Devorador de hombres*! —soltó Ravenys, aparecida de repente en el salón.

—¡Pues ya estamos todos! —refunfuñó Zander.

—Vale, pues tendréis que hacerlo entre los dos porque yo estaré fuera de servicio y tengo prohibido intervenir en los acontecimientos que se salen de lo

normal. Avisados estáis —apostilló la joven *Mara*.

—¡Ey! ¡Mis pistolas y yo estamos aquí! —recalcó Zander, lo que le valió una mirada exasperada de Alex.

—Tienes una guardia pretoriana muy interesante, *Deva* —se rio Rebekah —. Comandante, ¡tu uniforme mola!

La aludida esbozó una sonrisa torcida y Briseia se quedó muy sorprendida al ver cómo se inclinaba con muchísimo respeto ante la joven.

—Siempre es un placer volver a verte, bruja.

—Lo mismo digo. ¿Dónde has dejado a tus infernales mascotas?

—Están afuera. El General no los tolera en el interior de su palacio.

—Entiendo. ¡Si son más feos y ruidosos que unos monos! —exclamó Rebekah.

—Pero muy eficaces.

—Pues diles que te protejan muy bien esta noche —avisó de repente la joven *Mara* con un brillo extraño en la mirada.

La Comandante se cruzó de brazos y puso una sonrisa desafiante.

—Esta vez, no volverá a pasar.

Rebekah no contestó, pero Briseia percibió un brillo fugaz de desacuerdo en su mirada, como si supiese el verdadero desarrollo de los acontecimientos.

—Bueno, ya que estamos todos reunidos, ¿por qué no empieza la fiesta? ¿Falta alguien más? —intervino Zander con ironía.

—¿Por qué no dejas de incordiar, Cazador? —se exasperó Alex.

—Cuanto antes terminemos con este circo, antes nos iremos mi prima y yo, chaval —contestó el aludido, que no le hizo un gesto obsceno al joven demonio porque Briseia se lo impidió con la mirada.

—Hum, ¡estás pidiendo a gritos unas sesiones de látigo, humano! —exclamó la Comandante con una mirada malévol.

—¡Como te acerques, puta loca, vas a saber lo que es bueno!

—¿Nos podemos tranquilizar todos, por favor? —intervino Briseia, y los

ánimos belicosos se aplacaron de inmediato.

Empezaba a estar harta de tanta tensión y necesitaba paz para poder analizar detenidamente la situación.

—¿Ves, *Deva*? Esto forma parte de lo que eres capaz de hacer —recalcó Rebekah con una sonrisa.

—Pero si no he hecho nada... —musitó ella, sorprendida.

Luego, miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos parecían haberse serenado de repente.

—Bien, ahora que podemos hablar tranquilamente, ¿podrías, *Mara*, explicarnos detalladamente el ritual de esta noche? —preguntó Leivan, que seguía muy de cerca a Briseia.

La aludida asintió con la cabeza y dijo:

—Gracias a la lectura del Grimorio Oscuro, usaremos el ritual de los seis círculos, y cada uno de vosotros tendrá un puesto bien específico en uno de ellos; incluso tú, Cazador.

Zander hizo una mueca, pero no dijo nada.

—En el círculo central, estaréis la *Deva* y tú, General; y puede que la energía liberada sea tan descomunal que os mande al Intermundo —avisó Rebekah.

—¿Y eso qué es? —preguntó Briseia, intrigada.

—Es una especie de mundo paralelo que se genera cuando la intensidad de la energía es demasiado elevada para no dañar al mundo actual —le explicó Leivan con ternura.

—¿Y puede ser peligroso estar allí?

—Tu esencia te protege, Briseia —le indicó la joven *Mara*.

—¿Y quién o qué le protege a él? —insistió ella, señalando a Leiv.

Rebekah sonrió, cómplice.

—Estaréis a salvo gracias a ti y a tus dones.

Pero esas palabras no lograron calmarla. Tenía un mal presentimiento.

Lo que tiene que pasar, pasará.

Briseia echó un discreto vistazo a su alrededor y luego volvió a centrar la atención en la joven *Mara*, y comprendió que ella también podía oír la voz de su Protector. ¡Ese Arcángel se manifestaba cuando le daba la gana!

—¿Y qué pasa si aparece la bestia de la que has hablado, peque? —preguntó Zander con una expresión escéptica en el rostro.

—¡Yo me encargaré, humano! —exclamó la Comandante, lanzándoles un beso.

—¡Y yo también! —afirmó Alex.

—Pero recordad que el ritual no puede verse interrumpido y que el General y la *Deva* no pueden estar separados o habrá consecuencias incalculables —afirmó la joven *Mara* con seriedad.

—Estaremos muy pendientes —recalcó Alex.

—Vale, pero prefiero asegurarme de que vuestros cuerpos y vuestras mentes son aptos para soportar tantas descargas energéticas. Acompañadme al salón de baile, por favor —indicó Rebekah—. General, te veré más tarde, y luego iremos al bosque milenario que ya conoces.

Dicho eso, la joven hizo una señal con la mano para que Zander, Alex y la Comandante la siguieran, y salió la última cerrando la puerta tras ella. Briseia y Leivan volvían a estar solos.

—¡Por fin! —ronroneó el General—. Pensé que no se irían nunca.

Se dio la vuelta y volvió a estrechar a Briseia contra él para besarla con un deseo voraz.

—¡Me has atrapado por completo, Briseia! ¡No consigo saciarme de ti y quiero más! —jadeó entre beso y beso, mientras sus manos le acariciaban la espalda y seguían bajando y bajando.

Ella gimió y le devolvió besos y caricias, pero el deseo se transformó rápidamente en desesperación y él lo notó por culpa del vínculo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó, apartándose ligeramente para poder mirarla a los ojos.

—No quiero que te pase nada malo por mi culpa... —musitó con la mirada

demasiado brillante por las lágrimas contenidas.

Leivan la contempló con visible adoración y su hermoso rostro se transfiguró gracias a un intenso y poderoso sentimiento que ella misma pudo sentir en su propio corazón.

—¿Eres tú la que está en peligro y aun así te preocupas por mí? ¿Por qué? ¿Por qué me has devuelto tanto cuando ya no me quedaba nada? ¿Por qué ya no puedo imaginar mi existencia sin ti cuando es una completa locura pensar de este modo?

Briseia parpadeó, emocionada por esas palabras y por los sentimientos inconfesados que ese rostro transfigurado revelaba, y las lágrimas hicieron acto de presencia.

—Tomaste una mala decisión y te equivocaste. Te negaste a hacer el mal y por eso te torturaron, y luego decidiste hacer lo necesario para lograr sobrevivir, pero no veo maldad en ti...

—No, Briseia; hay mucha oscuridad en mí —afirmó, apartándose—. ¡Quiero destruir a Dazel! ¡Quiero arrancarle la cabeza! ¡Quiero vengarme por todo lo que me hizo!

Leivan se dio la vuelta y se pasó una mano en el pelo rubio con frustración.

—El hecho de haber tomado una mala decisión no quita que soy culpable de haber seducido a todas esas mujeres y de arruinarles la vida.

—¿Pero lo hiciste por voluntad propia o por obedecer unas órdenes? ¿No es lo que hace un esclavo?

Él se dio la vuelta y la miró con una expresión torturada.

—Esa condena no puede ser eterna. Tiene que existir una manera de redimir esos actos —prosiguió ella.

¡Oh, Briseia! ¡Lo lamento tanto! —exclamó el demonio, cerrando los ojos durante unos segundos—. Eres un alma pura y no ves la maldad que vive en mí. El odio corre por mis venas.

—No, Leivan; veo lo que hay en lo más profundo de ti, y no es maldad —afirmó ella, con una luz *maravillosa* en la mirada.

Durante varios minutos reinó el silencio y cada uno experimentó lo que su existencia significaba para el otro sin necesidad de hablar. Y luego, Leivan dio un paso hacia ella, y otro, y otro...

—¡Ay, Briseia! ¡Briseia! ¿Qué me has hecho? —murmuró, arrodillándose ante ella para estrechar su cara contra su dulce cuerpo—. La *Mara* tiene razón: no puedo luchar contra ti y he perdido para siempre. No puedo existir sin ti. Quiero despertarme en tus brazos todas las mañanas y te quiero a mi lado eternamente.

Briseia sonrió y cerró los ojos. Dejó que sus dedos acarician el sedoso pelo rubio mientras sentía cómo los brazos masculinos la estrechaban con amor y anhelo, como si ella fuese una torre sólida en medio del caos.

—No se trata de ganar o de perder, mi general demonio. El amor no es una batalla: es un camino que hay que recorrer con firmeza y comprensión. Siempre existe una solución.

Briseia alzó la cabeza de Leivan y añadió:

—Y la encontraremos juntos.

«¿Estarías dispuesto a renunciar a tu venganza para salvarla?», le preguntó la Vila.

«Tendrás que dar algo muy valioso para ti para obtener lo que deseas», le dijo la Mara.

La confusión se mezcló con el anhelo en su mente y se sintió momentáneamente perdido y asqueado en medio de tantas tinieblas. Y luego, recordó cada detalle de la noche anterior y la luz se abrió paso en él, desintegrando las nubes oscuras.

No había sido solo una noche de pasión desenfundada: sus cuerpos y sus mentes habían cantado al unísono, tocándose y reconociéndose. Por primera vez en toda su existencia se había sentido amado de verdad, y la hermosa cáscara vacía había cobrado vida de nuevo.

¿Qué estaba dispuesto a hacer por Briseia? ¡Todo! La vida no tenía sentido

sin ella. Se sentía completo a su lado y le faltaba el aire solo de pensar que pudiese desaparecer como si nunca la hubiese encontrado.

No había palabras para nombrar lo que le estaba pasando. Se había mostrado tal y como era, con sus temores y desnudo de cuerpo y mente, y ella, lejos de aprovechar esa circunstancia, lo había aceptado con su oscuro pasado y le había dado un lugar muy especial en su corazón.

Quizás se hacía ilusiones pensando que era posible una solución, que redimirse no costaba sangre y lágrimas, pero con ella estaba dispuesto a correr el riesgo y a intentarlo. La confianza mutua era como unas frágiles y delicadas alas de cristal que tenía que cuidar para poder escapar del Inframundo.

Su única meta ahora era ponerla a salvo de todos sus enemigos y si tenía que afrontar bestias míticas o a la propia Dazel lo haría, pero ya no por puro egoísmo, sino por asegurarse de que ella estuviera protegida. El deseo de venganza le sabía a cenizas ahora y le parecía una meta estúpida e inalcanzable.

¿Y de qué le serviría seguir por esa vía? Terminaría solo y desesperado, y perdería a la única mujer que le había enseñado lo que la palabra «amor» significaba de verdad.

Sí, estaba locamente enamorado de Briseia. La amaba y era la primera vez que experimentaba un sentimiento tan hermoso y *devastador* al mismo tiempo.

Lo que había sentido por esa princesa rusa, cuyo nombre no quería ni recordar, solo había sido un capricho, un deseo infantil de un joven que se creía un hombre de verdad. Se dejó cegar por la riqueza y las falsas apariencias: en una sociedad tan codificada como lo era la nobleza rusa en aquella época, la gloria y la vanidad lo habían atrapado en ese matrimonio tan ventajoso para él. Pero todo aquello no podía compararse con los sentimientos casi extáticos que la simple vista de la joven pintora despertaba en él.

No. Nunca había sentido eso. Un torbellino de emociones nacía en su interior y lo hacía tambalearse desde dentro y, sin embargo, no estaba dispuesto a poner fin a ese fenómeno. Estaba acostumbrado a tomar decisiones y a mandar, pero ya no controlaba nada y no quería que esa dulce agonía terminase sin más.

Leivan abrió los ojos y contempló a su Estrella, situada frente a él. El

ritual no había empezado aún y todavía no habían entrelazado sus manos, pero las palabras sobraban cuando las miradas clamaban una posesión y un amor tan absolutos.

Se encontraban en el bosque secreto y milenario de Estonia, rodeados por los árboles inmaculados y por la nieve recién caída acumulada en el suelo. Era el reino del invierno sepulcral y no se oía ningún ruido. Numerosas antorchas iluminaban el escenario silencioso, dándole un aspecto fantasmagórico.

Todos estaban en un punto determinado dentro de un círculo diferente y, más allá del primer círculo, el más grande, sus devotos soldados-demonios vigilaban el bosque con atención máxima. Dentro de las marcas oscuras, dibujadas mediante un hechizo de triple dimensión, se hallaban el Cazador, Alexis y la Comandante Ravenys, cuyas caras serias reflejaban cierta tensión. En el penúltimo círculo estaba la *Mara*, sosteniendo el Grimorio Oscuro, y en el último, el más cerrado, estaban Briseia y él, frente a frente.

A pesar de estar absorto en la contemplación de la mujer que le había devuelto las ganas de luchar por algo verdadero, Leivan percibía ciertas energías malévolas acercándose como serpientes tenebrosas.

—¿Tienes frío? —no pudo evitar preguntarle.

Tenía que refrenarse. Sentía una absurda necesidad de asegurarse en cada momento de que se encontraba bien. Quería protegerla, pero sabía que a ella le molestaba ese afán protector y él solo quería complacerla.

Briseia negó con la cabeza con una dulce sonrisa en los labios y él volvió a perderse en esa mirada infinita. Esos ojos eran como un pedazo de cielo y lo tenían amarrado más letalmente que un hechizo.

Entonces oyó la voz de la *Mara* en su cabeza.

—*¿Estás seguro de querer romper ese vínculo?*

Él desvió la mirada y se encontró con la sonrisa guasona de la joven bruja.

Asustaba bastante encontrar a un ser tan joven y tan preparado en las artes mágicas y místicas pese a tener esa corta edad, sobre todo cuando tantos conocimientos ancestrales y oscuros se ocultaban tras la fachada de una chica humana y bella, con cierto sentido del humor e ironía.

La mente de una mujer adulta y experimentada en el cuerpo de una casi adolescente... ¡Un cóctel explosivo y sorprendente!

—*Necesito que ella esté a salvo. ¿Lo entiendes?*

—*Ya, pero estáis demasiado involucrados y conectados, y ella es muy poderosa...*

—*Haz lo que tengas que hacer.*

Rebekah Martensens lo miró detenidamente y sus ojos color esmeralda adquirieron un tono muy brillante.

—*¿Por qué sois tan cabezotas los machos? ¡Muy bien! Pero atente a las consecuencias.*

—Vamos a iniciar el ritual —anunció ella en voz alta—. Unid vuestras manos.

Leivan alzó las manos para coger los delicados dedos de Briseia entre los suyos, pero entonces ella se abalanzó sobre él y lo besó.

—Quiero que sepas que, pase lo que pase, yo... yo te amo —musitó ella contra su boca con voz ronca por culpa de la emoción contenida.

Leivan no supo reaccionar y se quedó mirándola, completamente pasmado. Un nudo se apoderó de su garganta y el deseo se convirtió en un amor sin paliativo. No merecía conocer una felicidad tan grande. No sabía qué responder.

—¿Seguimos? —preguntó la *Mara*, ayudándolo a salir del paso.

El General asintió y cogió las manos de Briseia entre las suyas.

La joven bruja dijo una de las palabras más poderosas del mundo oscuro y el Grimorio se elevó por encima de ella al tiempo que alzaba las manos y convocaba los elementos del aire para ayudarla en su tarea.

En ese momento el viento empezó a soplar en ráfagas cada vez más huracanadas y unas enormes nubes negras, con algún que otro rayo, se acumularon en el cielo ahora encapotado.

—Pase lo que pase, General, no la sueltes —le encomendó la *Mara* antes de que su mirada se volviese completamente blanca.

Briseia se agarró con fuerza a sus manos mientras la capucha de su largo

abrigo blanco se echaba hacia atrás con furia y su largo pelo ondulado se soltaba para volar libremente.

—No tengas miedo. Estoy aquí —intentó tranquilizarla Leivan, pero ella le lanzó una mirada recriminatoria indicándole que no la tratara como a una «frágil damisela» y él reprimió una sonrisa.

¡Le encantaba esa valentía y esa bravuconería! Pero era un momento delicado para actuar sin cabeza.

Un rayo cayó dentro del primer círculo cerca de los pies del Cazador, que no dudó en soltar un taco. Y luego otro hizo lo mismo en el círculo en el que estaba Alexis y otro casi fulminó a Ravenys, que soltó una carcajada irónica.

—¡Parece que el Gran Jefe se está enfadando! —soltó la Comandante.

Sin previo aviso, una luz blanca se apoderó del cuerpo de la joven bruja y se desplazó hacia el círculo más estrecho en el que se encontraban Leivan y Briseia.

Yo soy la hija de los que caminan entre los Tres Mundos y pido a los elementos que mi voz sea escuchada y tomada en cuenta...

—¡Mírame, Briseia! —gritó Leivan para hacerse oír, ya que estaban en medio de un mini huracán, al ver que ella cerraba los ojos.

Sin embargo, cuando ella obedeció, el General supo que se encontraba ante la verdadera *Deva*. Todo su ser reflejaba una paz y una armonía muy difíciles de alcanzar, y un halo dulce y etéreo la envolvía por completo.

—Briseia, ¿qué haces? —se asustó él.

Ella le mandó una onda de energía y él se quedó muy quieto ante esas sensaciones nuevas.

—Es la única solución, Leivan. Te dije que te liberaría y voy a liberarte.

—¡Ni se te ocurra sacrificarte por mí! —rugió el aludido al entender lo que ella trataba de hacer.

Estaba intentando aprovechar las energías desplegadas para utilizar su propio don inalcanzable y así invertir el ritual y convertirlo en uno de desvinculación con Asmodeus.

—¡¡Briseia, no puedes hacer esto!! —gritó, presa del pánico—. ¡¡Ese

poder te fulminará!!

La pulsera protectora brilló en la muñeca femenina al igual que la determinación en la mirada celeste.

—Yo soy la única que puede hacerlo —afirmó antes de entonar un cántico que él no conocía.

Entonces el caos se desató dentro y fuera del círculo: los soldados-demonios gritaron y se pusieron en posición de ataque cuando el denominado Devorador de hombres surgió de la nada y se lanzó a por la *Deva*, cual toro furioso, mientras el General y su amada volaban por los aires dentro del propio círculo, aspirados hacia arriba como si estuviesen en un túnel de aire.

—¡Es mío! —gritó Ravenys enloquecida al ver cómo la bestia con cuerpo de león rojo, una boca feroz con triple hilera de dientes y una cola con púas venenosas en su extremo, se lanzaba hacia ellos con un grito ensordecedor.

—¡Recordad que la *Mara* no puede intervenir! —recalcó Alexis al sacar sus sables para defenderse.

—¡Ya, y aunque pudiera! ¡Parece que se ha fumado algo bien gordo! —soltó el Cazador señalando a la joven bruja, que daba la impresión de haberse tragado una luz y que ya empezaba a levitar por encima del suelo nevado.

—¡Proteged a mi Señor! —volvió a gritar Alexis creando un molinete letal con el movimiento de sus sables.

—¡Y a mi prima! —añadió el humano con rabia.

La bestia lanzó varias púas que destruyeron a varios demonios que custodiaban el acceso a los círculos, al mismo tiempo que el Grimorio Oscuro desaparecía sin dejar ni rastro. En ese momento el ritual se rompió y se pudo oír una risa fría y femenina mientras Alexis, el Cazador y la Comandante eran expulsados de sus posiciones, pero el túnel de luz y aire en el que el General y la *Deva* permanecían atrapados resistió gracias a la fuerza de la *Mara*.

En un movimiento lleno de gracia acrobática, Ravenys cayó sobre sus pies y acto seguido lanzó uno de sus látigos para atrapar la cabeza de la bestia.

—¡¡Te voy a despedazar, cabrón de mierda!! ¡Esta vez ganaré yo! ¡Te voy a hacer pagar la muerte de mi Rey y de mis hijos! —gritó, mientras sus ojos se convertían en dos puntos rojos.

Humm, aún recuerdo el sabor de la carne prieta...

—¡Ahórrate los truquitos y la saliva, pedazo de mierda! —le insultó Zander al dispararle.

—¡No te metas en esto, Cazador! —le avisó Ravenys con el rostro desfigurado por la ira—. ¡Es mío!

El aludido no tuvo tiempo de contestar porque nuevos demonios surgieron de la nada y Alexis y él tuvieron que emplearse a fondo para repeler esas especies de cangrejos gigantes, cuya baba era ácido puro.

—¡Que no te toquen, Cazador! —avisó el joven demonio mientras saltaba, aparecía y desaparecía para cortar extremidades y cabezas asquerosas.

—¡Sé cuidarme solo, chaval! —soltó el aludido, disparando unas balas especiales que desintegraban a las criaturas extrañas como si se tratase de un videojuego.

Mientras, el baile mortal entre Ravenys y la Manticora seguía, y la Comandante parecía estar ganando cuando la bestia la alcanzó con un zarpazo contundente por la espalda, que la dejó momentáneamente aturdida. Fue el instante escogido por los pájaros de acero para atacar al ser mítico y así salvar a su Ama de una aniquilación segura. Sin embargo, la criatura parecía tener unos recursos infinitos de energía porque apenas aparentaba cansancio por los golpes y los arañazos de los picos y garras metálicos.

—Deja que te ayude, Comandante —propuso Alexis cuando acabó con el último cangrejo o lo que fuese.

—¡Ni hablar! —exclamó la otra en muestra de furia y de soberbia.

—¡Deja que esa loca se mate sola! —bufó el Cazador con mala baba.

—¡Ella es más necesaria que tú, humano! —contestó el joven demonio avanzando hacia los dos contrincantes.

De repente, una sombra apareció detrás de Alexis y en un acto reflejo el Cazador disparó y eliminó a un nuevo demonio, que parecía tener el don de la invisibilidad.

—Demonios camaleones... —murmuró el joven lugarteniente, antes de dedicarle una mirada extraña al humano—. Gra... gracias.

—Ey, no irás a llorar como una nena, ¿verdad? —se burló el otro para disimular cierta incomodidad—. Me salvaste el culo la otra vez. Ya estamos en paz.

—Al final vas a tener que acostumbrarte a trabajar con demonios, Cazador.

—¡Ni lo sueñes!

Esa pelea verbal se vio interrumpida por un grito feroz de Ravenys, y el humano y el demonio giraron la cabeza al mismo tiempo para ver qué pasaba.

—¡Ya te tengo! —gritó la Comandante exultante al lograr enganchar a la bestia para intentar cortarla en dos.

Pero esta hizo un último movimiento con la cola y la boca horrenda e hirió de gravedad a la mujer demonio. Sin embargo, no contaba con su espíritu vengativo y su formidable energía oscura.

—¿Piensas que será suficiente como para hacerme caer? ¡No esta vez!

Sin concertarse, Alexis lanzó sus sables y el Cazador disparó para debilitar a la bestia y así poder ayudar a la Comandante. Aunque se estaba desangrando, esta aprovechó para lanzar un ataque conjunto entre sus pájaros y ella y, finalmente, consiguió hacerse con el Devorador de hombres y le arrancó la cabeza de cuajo.

—¡Bien hecho, puta loca! —soltó Zander, saludándola con sus armas mientras los pájaros de acero saltaban y gritaban como si estuvieran festejando la victoria.

Sin embargo, Ravenys no se dio la vuelta ni dijo algo desdeñoso como se esperaba. Se dejó caer en la nieve, que se volvió carmesí por culpa de la sangre vertida, y rompió a llorar; lo que desconcertó por completo al Cazador y al joven demonio.

—Oh, mis amores... —murmuró mientras sollozaba y se abrazaba a sí misma.

El hombre y el demonio se miraron, incómodos.

—Ey, ¿es... estás bien, loca? —aventuró el Cazador.

Pero Alexis le indicó con un gesto que se retiraran para dejarla tranquila.

En ese momento una formidable explosión de luz los pilló a todos desprevenidos y se dieron cuenta de que algo andaba mal con el General y la Estrella.

—¡¡Mi Señor!! —gritó Alexis al ver cómo el túnel de aire desaparecía y cómo el General caía de rodillas en el suelo sin soltar la mano de la *Deva*, que parecía flotar en el cielo nocturno.

El problema añadido radicaba en que no se encontraba sola: un ángel con un par de alas con plumas blancas y negras la retenía contra él, agarrándola por el cuello.

—¡¡Prima!! —gritó el Cazador con furia antes de precipitarse hacia ella.

Sin embargo, no logró acercarse lo suficiente dado que una corriente eléctrica desconocida hizo de barrera protectora y atravesó su cuerpo para luego lanzarlo bien lejos, como si fuese un insecto electrocutado.

Leivan giró la cabeza y mandó un mensaje a su lugarteniente.

¡Shatan, usa tu don y no le pierdas la pista a ese plumita!

Una luz fiera brilló en la mirada de Alexis al entender perfectamente la orden.

—¡Tienes un segundo para soltarla! —amenazó el General con una voz escalofriante.

—¡Ni lo sueñes, demonio! —replicó el intruso con desdén.

Lejos de estarse quieta, Briseia se debatió y le clavó las uñas en la mano que agarraba su garganta; y todo ello sin soltarse de la única vía que la mantenía dentro de ese plano.

Entonces los pies de la joven bruja volvieron a tocar el suelo y su aspecto recobró cierta normalidad. Con esos ojos color verde esmeralda más brillantes que nunca, alzó la cabeza y fulminó al ángel con la mirada antes de gritarle:

—¡Obedece y suéltala! ¡A mí nadie me jode un ritual!

El aludido esbozó una sonrisa perversa.

—Se siente, *Mara*, y te recuerdo que no puedes intervenir.

El aire se volvió a cargar de electricidad, pero esta vez del lado de la

joven bruja, y las nubes negras se arremolinaron por encima de su cabeza. Era como si una nueva tormenta eléctrica hubiese nacido a partir de su cuerpo.

—¡Tú sí que lo vas a sentir! ¡Eres un traidor que se ha vendido a un Caído más poderoso, y eso entra en mi jurisdicción!

Tras una simple mirada, *la Mara* le lanzó una descomunal bola eléctrica creada con su poder mientras *Leivan* hacía lo mismo con sus dones oscuros. El ángel gritó cuando fue alcanzado de lleno en la parte derecha de su cuerpo, ya no tan etéreo, la parte que no tocaba a la *Deva*, e hizo un movimiento frenético con el ala que le quedaba, revolviéndose para intentar abrir una puerta interdimensional y así escapar.

Briseia le dio un codazo para que la dejara libre, pero el espíritu contaminado consiguió abrir esa puerta y volver a cogerla del brazo. Tiró de ella y la mano de la *Deva* escapó de la mano masculina, que seguía reteniéndola.

—¡¡BRISEIA, NO!! —gritó *Leivan* con desesperación, lanzando una de sus dagas como último recurso para detener el cierre de la puerta por la que el ángel y su captiva estaban desapareciendo.

La joven bruja utilizó otra invocación para bloquear el proceso del cierre, como si estuviera aguantando con los brazos las puertas de un ascensor moderno; pero la energía gastada la había llevado al límite y el agujero tenebroso se iba reduciendo rápidamente.

Afortunadamente, el espacio fue suficiente para que *Alexis* se volatilizara y lograra pasar, convertido en sombra, antes de que la puerta se cerrara del todo, engullendo al ángel y a *Briseia*.

La joven bruja se desplomó en el suelo y respiró entrecortadamente, completamente exhausta, mientras *Leivan* golpeaba la nieve y reprimía una queja por el dolor pulsante en su tatuaje del cuello.

—La bestia era una distracción... —comentó *Ravenys* quebrando el silencio del momento.

Ella también estaba de rodillas y sus heridas tenían muy mala pinta. Las perlitas de las lágrimas derramadas brillaban como copitos cristalizados en sus mejillas.

—¡No me digas! —soltó el General con una voz que denotaba dolor y

mucha rabia.

—Te ayudaré a salvarla. Te debo una.

—¡Mírate, Comandante! Apenas te mantienes en pie —espetó Leivan, levantándose del suelo para acercarse a la *Mara*, que seguía postrada.

De repente, el Cazador, cuyo pelo chamuscado humeaba, los fulminó a ambos con la mirada y con un rostro mortalmente serio, preguntó:

—¿Dónde está mi prima? ¡Quiero una respuesta!

Capítulo 14

Briseia se revolvió y pataleó de lo lindo para que el espíritu extraviado la soltara, y salió despedida del enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

—¡Quédate tranquila o te desfiguro! —la amenazó el ángel con voz lúgubre.

Ella se dio la vuelta y se quedó agazapada en el suelo, observándole detenidamente ya que antes, en el túnel de aire, no había logrado enfocar bien la vista para verlo. ¿No se suponía que los ángeles eran hermosos y luminosos?

Ese no se correspondía en nada al arquetipo de su raza: tenía una tez cenicienta y unos ojos saltones, y ese pantalón de cuero y esa camisa de agujero sin mangas le daban un aspecto muy cutre. Con esos músculos exagerados parecía uno de esos chavales sin cerebro que se pasan la vida en el gimnasio para luego lucir unos cuerpos llenos de esteroides en las discotecas. ¡Patético!

—Como te acerques a mí, vas a tener problemas... —aseguró ella sin ningún rastro de miedo en la voz.

—¡Ja! Te crees muy fuerte, ¿verdad, novata? Pues mira a tu alrededor: ¡bienvenida al Intermundo!

Briseia recorrió el extraño lugar con la mirada mientras el ángel, o lo que fuese, soltaba tacos y quejidos al intentar sacarse la daga oscura de Leivan clavada en la parte superior de su ala izquierda, cuando ya no quedaba casi nada de su ala derecha.

Los colores ya no existían en ese paisaje: todo era gris, blanco y negro. De lo que parecía ser el cielo caían cenizas o polvo oscuro, y olía a humedad subterránea, como si se encontraran en una gigantesca cueva. El suelo se fragmentaba solo y se asemejaba a lo que quedaba después de una erupción volcánica.

De repente la joven pintora se dobló en dos por culpa de una punzada entre

los pechos. Solo duró varios segundos y luego se dio cuenta de que su cuerpo emitía una luz más fuerte que iluminaba lo que veía.

Entonces algo llamativo, situado a la izquierda, despertó su interés y ella miró hacia allí. Era un gigantesco árbol oscuro, cuyas numerosas ramas largas privadas de hojas parecían brazos y manos de garras afiladas, con un tronco tan grueso y ancho que se necesitaban varias personas para rodearlo. Briseia se ayudó del resplandor que emitía su propio cuerpo para enfocar mejor la vista y pudo vislumbrar una figura sentada entre las enormes raíces que surgían de la tierra.

Cuando la luz se abrió paso entre las tinieblas para proyectarse sobre la figura oculta e inmóvil, el corazón de la joven pintora se detuvo en su pecho.

—¡¡MÓNICA!! —gritó como una posesa al reconocer a su amiga.

La joven cordobesa estaba encadenada a una de las ramas bajas por dos grilletes y no tenía buen aspecto: le faltaban varios trozos de pantalón vaquero y de jersey, y tenía moratones y heridas recientes. Un hilo de sangre fresca pendía de la comisura de sus labios.

—¡Maldito! ¿Qué le has hecho?

—Era una garantía por si te ponías tonta, pero no me vendría mal un sacrificio... —gruñó el ente casi malévolo al lograr arrancar la daga por fin.

Algo palpitó en el interior de Briseia y le provocó una sensación inexplicable, una mezcla de dulzura y de amargura. Una fuente de energía estalló en la marca en forma de rueda de ocho radios y se expandió con rapidez a través de sus venas. La verdad se hizo nítida en su mente: ella tenía que ser el sacrificio y nadie más.

—No te saldrás con la tuya.

—Mira, bonita, no te hagas la valiente y ven conmigo —dijo el ente, aproximándose a ella con aire exasperado—. Dazel te espera...

Entonces Briseia dejó que él la tocara y utilizó ese contacto para mandarle una poderosa descarga luminosa que lo hizo volar varios metros más lejos.

A continuación, se dio la vuelta y se precipitó hacia Mónica para ayudarla.

—¡Mónica! ¡Mónica, despierta! —suplicó mientras la zarandeaba levemente para intentar despertarla, antes de tocar y golpear los grilletes para

abrirlos.

De repente hubo un fognazo de humo oscuro y Alex apareció a su lado.

—¿Estás bien, *Deva*?

—Sí, no te preocupes por mí. Sácala de aquí, por favor —contestó Briseia, enseñándole los grilletes.

—Vale, os sacaré a las dos.

—No, por favor, ella primero —insistió la Estrella tocándole el brazo al ver cómo el ente con alas volvía a moverse.

Alex suspiró.

—Muy bien. Tardaré un segundo en dejarla en un lugar seguro.

Dicho y hecho. El joven demonio destruyó las cadenas con un hechizo y luego, desapareció con Mónica, que seguía inconsciente. Solo tardó un par de segundos y cuando volvió a surgir de la nada, fue para encontrarse con el ángel contaminado furioso cogiendo velocidad para abalanzarse contra él.

—¡Quítate de en medio, mocosos! ¡Ella tiene que venir conmigo!

Alex enarcó una ceja y se desplazó varios metros para evitar el ataque espontáneo.

—*Deva*, sube a una de esas ramas. Ya me encargo yo... —recalcó con voz letal mientras hacía aparecer sus sables.

—¡Ni hablar! No te voy a dejar afrontarlo solo.

Alex le lanzó una mirada dubitativa.

—A mi Señor no le va a gustar esto...

—Me da igual. Estoy contigo.

El joven demonio asintió brevemente y empezó a manejar sus armas con mucha velocidad.

—¿Ya habéis terminado la charleta? —bufó el ángel, cuya piel gris estaba rajándose para luego caer en pedazos cada vez más grandes.

Briseia reprimió una mueca asqueada y respiró profundamente para sacar su potencial desde el interior de su alma bendecida. No sabía cómo proceder,

pero al ver al joven demonio repeler los ataques de su contrincante para ganar terreno y acorralarlo, le mandó esa energía especial que actuó como una burbuja protectora, rodeándolo de un halo azul.

Alex sabía pelear, pero ella miraba el enfrentamiento con el corazón en un puño y se lamentaba por no saber manejar mejor todos sus dones para ayudarle más eficazmente.

—¡Cuidado! —gritó al ver un movimiento retorcido del enemigo.

El ente era vicioso y buscaba un fallo en el avance estratégico del joven demonio. Sin embargo, no podía aguantar mucho tiempo en ese estado y, finalmente, un golpe simultáneo de los dos sables, combinado con una patada, le arrancaron la ya dañada parte izquierda de su cuerpo y se desplomó sobre el extraño suelo.

—Gracias por tu ayuda, *Deva* —sonrió Alex, dándose la vuelta hacia ella—. Ahora toca regresar al plano humano.

Entonces todo ocurrió como a *cámara* lenta: Briseia percibió la desagradable presencia ya muy familiar del maquiavélico Ángel Caído, que se había decidido a intervenir para sacar partido de la situación. Vio cómo Alex se quedaba petrificado, sin poder dar ni un paso, y cómo, detrás de él, el ente volvía a revivir como si de un zombi se tratara.

Intentó desesperadamente soltar toda la energía encerrada en ella para contrarrestar la fuerza que lo mantenía anclado en el suelo, pero sintió cómo sus dotes se apagaban literalmente mediante unas vibraciones oscuras que ella no podía combatir.

Pero no por ello dejó de luchar y forzó su cuerpo al máximo para liberar esa potencia que la presencia maligna intentaba sofocar.

—¡¡Ay, no!! ¡¡Detrás de ti!! —gritó, horrorizada, cuando el ente encerró al joven demonio en un abrazo de hierro y alzó la mano un segundo para sostener la daga de Leivan.

La esencia divina de Briseia logró escapar de esa cárcel virtual y golpeó letalmente al ente que se deshizo como si fuese una figura de cenizas. Sin embargo, gracias a la ayuda de la poderosa presencia, el ángel corrompido acababa de clavar profundamente el arma mágica en el pecho del joven demonio, que cayó de rodillas.

—¡¡NOOOO!!

Briseia corrió hacia él antes de que se difuminara para siempre y lo acunó entre sus brazos.

—¡¡Oh, Dios mío!! ¡¡No!! —sollozó ella, tocándole la cara, que empezaba a desaparecer en volutas oscuras—. ¿Qué te va a pasar ahora?

—Vol... volveré al Infierno. No pasa nada.

Las lágrimas se deslizaron sin cesar sobre las mejillas femeninas.

—Tran... tranquila, *Deva*. Tie... tienes que ser fuerte... —Alex esbozó una sonrisa, pero su rostro iba desapareciendo rápidamente—. Di... dile a mi Señor que... que cada día junto a él... ha merecido la pena...

—Nooo... —musitó ella, sin fuerza, cuando el cuerpo del joven demonio desapareció para siempre.

Briseia se quedó sentada en el suelo, incapaz de pensar o de moverse.

Se sentía cansada y enferma, como si alguien hubiese apagado todos los circuitos que la mantenían viva. Una sensación de frío y de vacío había sustituido a todas las demás, y su batería personal estaba a cero. El cerebro tampoco parecía funcionar. El silencio reinaba fuera y dentro de ella, y ya no oía su voz interior.

En ese momento, intuyó más que percibió la presencia física del milenarismo Ángel Caído conocido como Dazel, pero ya no podía ni tenía energía para reaccionar.

Una hermosa mano blanca y femenina apretó su hombro, pero Briseia se quedó mirando hacia un punto inconcreto, indiferente a todo lo que la rodeaba.

—Ven conmigo, *Deva* —susurró la voz ponzoñosa en su oído—. Es tu destino...

Leivan estaba ayudando a que la joven bruja se levantara del suelo, sosteniéndola y cogiéndola por la cadera, cuando su muñeca izquierda empezó a arder bajo el fuego invisible demoníaco para quedar marcada por una línea oscura. Entonces comprendió que la más horrible de sus pesadillas acababa de hacerse realidad: el fiel Alexis había desaparecido del plano humano y Briseia se encontraba a merced de la Zorra Celestial.

Todo su universo se vino abajo y tuvo el tiempo justo de soltar a la *Mara* antes de que su visión se nublara por completo. Jadeó y gimió como un animal herido por culpa de la vorágine de emociones negativas que lo azotaba y destilaba un poderoso veneno en sus venas. Era como si la rabia y el odio estuvieran gangrenando su organismo desde dentro.

Apretó los dientes cuando su piel adquirió un tono rojizo y soltó varios gritos espeluznantes.

—¡¿Pero qué coño te pasa, rubito?! ¡¿Dónde está mi prima?! —le gritó el humano sin darle tregua.

Leivan no oía nada. Se tambaleó y se cayó al suelo como si estuviera ebrio del odio que lo consumía. Gritó otra vez, clavando profundamente los dedos en el suelo.

—General, aguanta —le encomendó Ravenys con un hilo de voz ya que la sangre que perdía no se detenía.

—¡No cedas al dolor! ¡Lucha contra él! —gritó la joven bruja, alzando la mano para mandarle la poca energía recuperada.

El demonio se retorció en el suelo y luchó consigo mismo para que el dolor y el odio no lo convirtieran en una máquina de matar sin pensamientos. Fueron la sonrisa de Briseia y los recuerdos hermosos de esa única noche de amor los que le salvaron de la locura cercana.

No podía rendirse ahora. No era una opción aceptable. Tenía que ir a buscar a Briseia y liberarla de la dominación de Dazel.

—El vínculo no se ha roto. Dónde ella esté, tú estarás... —musitó la *Mara* a punto de desfallecer de nuevo.

—¡¿PERO QUÉ COÑO PASA?! —gritó el Cazador fuera de sí, plantándose ante el General con el rostro desfigurado por la angustia.

Leivan respiró hondo varias veces y logró encontrar la semilla de paz y felicidad que ella había depositado en él gracias a ese vínculo trascendental. La acarició en pensamientos y la hizo florecer para que combatiese todo el odio putrefacto que lo reconcomía y lo devoraba. Sintió cómo el amor de Briseia ganaba la partida y eliminaba todas las emociones negativas residuales que lo habían invadido desde la fecha del ingenuo pacto de Dazel. La generosidad y la abnegación de su amada Estrella lo estaban purificando

para siempre y lo convertían en otro ser.

Abrió los ojos repentinamente y exhaló un aliento podrido y contaminado que se escapó de sus labios mientras unas culebrinas negras salían de entre sus dedos para luego evaporarse.

—Lo has logrado... —murmuró la joven bruja antes de desmayarse.

—Ve a buscarla —dijo Ravenys, sosteniéndose sobre los codos para mirarlo, ya a punto de sucumbir a las heridas de la Mardkora.

El General se levantó del suelo lentamente. Su mirada verde se veía más clara gracias a esa nueva determinación inquebrantable.

Sabía lo que tenía que hacer. Sabía a qué tenía que renunciar. La amenaza del dolor venidero por las torturas infernales ya no tenía efecto sobre él. Ya no era esclavo de nadie y estaba dispuesto a pagar el alto precio con tal de poder reivindicarlo.

—¿Me vas a explicar de una puta vez lo que está pasando? —amenazó el Cazador en una actitud que denotaba sus ganas de pelear a puñetazo limpio.

—Alexis ha caído en combate y Briseia ha sido secuestrada por el Ángel Caído —explicó Leivan, clavando su mirada en la suya.

Durante varios segundos, no pasó absolutamente nada. El humano lo observó sin pestañear como si su cerebro no consiguiese asimilar esas palabras. Y luego la furia estalló en una ola gigantesca y *devastadora*.

—¡¡HIJO DE LA GRAN PUTA!! —vociferó el Cazador, asestándole un gran derechazo.

El General se dejó pegar sin reaccionar porque el dolor era bienvenido para despertar sus dones más feroces y porque era capaz de matar al humano sin mucho esfuerzo, y no lo quería. Dejó que la rabia inicial se transformase en un entumecimiento generalizado.

—¿Has terminado? —preguntó finalmente al ver cómo el hombre resoplaba con fuerza por culpa del esfuerzo dado que sus golpes no conseguían hacerle sangrar.

—¿Y no piensas hacer nada?! —escupió el otro, jadeando de lo lindo.

—Voy a hacer la única cosa capaz de salvarla —contestó Leivan con

soberana tranquilidad—, y si funciona, volverá a estar contigo.

Zander frunció el ceño con perplejidad.

—¿Esto significa que renuncias a ella?

Leivan alzó una mirada triste al cielo y contestó:

—Allí a dónde voy, ella no puede acompañarme; pero estará sana y salva, y eso es lo que cuenta.

—¡Pues, venga! ¿A qué esperas?

El General le dedicó una breve mirada exasperada y lo empujó con la mente sin hacerle daño.

—Necesito espacio —explicó al ver el aire furibundo del otro.

Esperaba tener éxito porque nunca había hecho una invocación de tal magnitud y, siendo un demonio de la lujuria esclavo de Asmodeus, no sabía si un Arcángel Protector iba a querer desplazarse para hablar con él cuando ningún ángel había intercedido a su favor en el pasado.

Pero era la única solución que quedaba.

Leivan se quitó la chaqueta y la camisa, y se quedó con el torso desnudo. A continuación, se volvió a situar en el círculo en el que había permanecido con Briseia.

—Tapa a la *Mara* con mi chaqueta —le indicó al Cazador, lanzándole la prenda, que este cogió al vuelo.

—¿Y qué pasa con la loca? —preguntó el humano, cubriendo a la joven bruja antes de señalar a Ravenys con la cabeza.

—¿Te preocupas por ella? —observó el demonio con cierta sorpresa—. No sé si logrará aguantar para regenerar su cuerpo.

—¡Me importa una mierda! —refunfuñó el Cazador, pero sus mejillas se volvieron rosadas y desmintieron esas duras palabras.

—Procura cerrar los ojos si la luz es demasiado poderosa —avisó Leivan antes de agachar la cabeza para mirar hacia el suelo nevado.

Hubo un destello y un puñal apareció en una de sus manos. Tras recitar un cántico en el idioma demoníaco, el General volvió a dibujar las líneas del

tatuaje que ostentaba en el cuello, pero esa vez con el hilo acerado del arma mítica. La sangre empezó a manar de la herida y él la usó para formar un nuevo pentagrama a sus pies, pasando por alto las exclamaciones del humano.

Cuando terminó y el dibujo carmesí brilló con una luz extraña por culpa de la luminosidad atenuada de las antorchas, empezó con la invocación propiamente dicha.

El Cazador no entendía nada y solo logró captar el final, que decía:

... y a pesar de ser un demonio indigno de tu presencia, yo te imploro, Rapa'el, Arcángel Protector que aleja las enfermedades, y pido poder hablar contigo, Espíritu Celestial...

El resto eran fórmulas mágicas que el hombre no manejaba y no distinguía.

Cuando terminó de hablar, Leivan se arrodilló y dejó que la sangre se deslizará sobre su torso bronceado en señal de sumisión. No sabía si los Arcángeles eran tan sanguinarios como los Príncipes demoníacos, pero eso siempre lograba provocar un regocijo absoluto en Asmodeus.

Y luego, esperó y esperó... Y nada ocurrió.

—Creo que vas a tener que pensar en un plan B, rubito —espetó el Cazador con mala cara—. Esto no funciona.

En ese momento, y como para demostrarle lo contrario, una vibración recorrió el suelo y se expandió por todo el bosque. El temblor aumentó y sacudió violentamente el lugar en el que se encontraba, y la nieve se evaporó en cuestión de segundos.

El aire se densificó y una luz estalló en el firmamento oscuro para luego precipitarse hacia ellos, como si se tratase de una estrella fugaz.

—Cierra bien los ojos, Cazador, o te va a doler —informó Leivan, echándole un breve vistazo.

El aludido hizo una mueca, pero fue inteligente y obedeció sin rechistar. Entonces la luz tocó el suelo y una virulenta explosión inundó todo el espacio de una cegadora y brillante luminosidad, y partió la tierra en dos, un poco más allá del sitio en el que se encontraba arrodillado el demonio.

Incluso Leivan tuvo que parpadear para enfocar mejor la vista cuando el suntuoso Arcángel Rafael —Señor de la Salud y uno de los Siete Arcángeles

más poderosos de la Milicia Celestial— hizo acto de presencia y deslumbró al bosque entero, convirtiendo la noche en día.

Solo pudo echarle un breve vistazo por culpa de la tremenda luz y se dio cuenta de que el Espíritu Puro había decidido sacar toda la artillería pesada en esa primera aparición: llevaba una larga túnica de un tono entre azul y verde metálico, que daba la impresión de ser como escamas de pez con esos reflejos brillantes, y sus dos alas verdes estaban alzadas en señal de ataque. Una de sus manos sostenía un bastón, con una concha nacarada que colgaba del mismo, y un aura impactante y fiera lo rodeaba.

El Arcángel abrió la boca y hasta Leivan tuvo que taparse los oídos cuando el sonido agudo y desagradable reverberó en todos los seres, animales y árboles del bosque.

—O eres muy valiente o eres estúpido... ¿Cómo osas invocarme, demonio? —espetó Rafael con cierta burla en la voz.

Leivan alejó las manos de sus oídos y alzó la mirada hacia él. Lo observó en silencio para calibrar su estado de ánimo, si es que los Arcángeles pudiesen tener uno, para no correr el riesgo de caer fulminado por un rayo celestial.

—Vale, sé perfectamente que eres un ser inteligente, así que vamos a dejarnos de toda esa parafernalia...

El Arcángel hizo un movimiento con la mano y su apariencia se volvió mucho más moderna y humana. Las alas desaparecieron y la túnica fue sustituida por un pantalón chino negro y por un jersey de textura fina de color gris azulado. Ahora se erguía ante él un hombre apuesto, que aparentaba tener unos treinta años, con el pelo corto castaño claro y unos ojos ambarinos muy perspicaces.

—Vamos a dejarnos de tonterías —dijo el Espíritu Puro con aspecto terrenal borrando de un plumazo las huellas sangrientas del ritual de invocación—. ¡Yo no soy el cabrón esquizofrénico de Asmodeus! A mí no me gusta ese espectáculo patético.

En un abrir y cerrar de ojos, el cuerpo de la Comandante Ravenys se regeneró y la joven *Mara* desapareció del bosque, pero Leivan vio en su mente que había vuelto a su piso de Berlín y que estaba a salvo en su cama. Solo el Cazador permanecía tumbado en el suelo con los ojos cerrados, como

si estuviera durmiendo plácidamente.

—Los humanos no bendecidos no tienen derecho a verme —explicó Rafael mientras Leivan comprobaba que su tatuaje volvía a ser de tinta y no de sangre, y que su torso volvía a estar cubierto por la camisa.

El General disimuló una incipiente sorpresa ante los actos y el vocabulario del Arcángel, que este captó sin ninguna dificultad.

—¿Qué quieres que te diga? ¡Soy como todos los puñeteros médicos y no puedo aguantarme cuando veo las mierdas de los demás!

Leivan enarcó una ceja.

—Deberías soltar tacos de vez en cuando, demonio. ¡Alivia mucho!

El Arcángel se cruzó de brazos y su expresión se volvió mucho menos amigable.

—Bien, vayamos al grano. ¿Qué quieres?

Leivan no se dejó amedrentar por el tono hosco y dijo:

—Quiero salvar a Briseia de las garras de Dazel.

La mirada de Rafael se tornó acerada.

—¿Has seducido a mi Protegida y ahora quieres ir a salvarla? Tienes mucha cara dura, ¿no?

—No la he seducido.

—¿Ah, no? ¡Creo recordar que te acostaste con ella!

Leivan se tensó y lo fulminó con la mirada. Le daba igual que fuese más poderoso y un Arcángel porque no iba a permitir que se pasase con sus comentarios.

—Ese era el plan inicial, pero luego las cosas cambiaron y...

—¿Y me vas a hacer creer que te has enamorado de ella? ¿Que pasaste de querer manipularla a caer rendido a sus pies? ¿Tú, un demonio muy experimentado de la Lujuria?

Algo estalló dentro de Leivan. El dolor de las pérdidas simultáneas de su estimado lugarteniente y de Briseia, unido a la rabia sofocada ante la indiferencia del magnífico ser de luz, agrietaron la fachada lisa de su buena

educación y le dieron ganas de volver a gritar.

—¡Me da igual lo que pienses de mí! ¡Me da igual volver a arder en el Infierno o dónde te plazca, pero necesito que me ayudes a rescatarla!

Leivan apretó los puños con impotencia.

—¡Necesito que esté a salvo! ¡Y sí: la amo! ¡La amo por encima de ti, de mí y de todas las cosas!

Rafael esbozó media sonrisa.

—¿Y por encima de tu venganza? —dejó caer.

El General le lanzó una mirada malévola.

—Hace siglos, cuando era humano y creía en los milagros, pedí vuestra ayuda, pero nadie intervino por mí. Me engañaron, me manipularon y me torturaron, y tuve que aferrarme a ese odio y a esa venganza para sobrevivir. Tuve que obedecer y seducir a todas esas mujeres, y me arrepiento de ello. Y ahora te pido tu ayuda para salvar a Briseia porque solo me importa ella. ¡Me da igual lo que me pase a mí!

—¿Piensas que nunca te he ayudado, Leivan? —inquirió brutalmente el Arcángel—. ¿Cómo crees que Briseia consiguió vincularse a ti, salvándote el pellejo?

El aludido parpadeó y miró al Espíritu Puro con cara de no entender.

—De no ser así, no tendrías ahora ninguna posibilidad contra Dazel. Es un Ángel Caído, no lo olvides, y puede convertirte en estatua con un solo vistazo.

Leivan respiró hondo, incrédulo.

—¿De... dejaste que yo sedujera a tu Protegida?

—No, hay cosas que no se pueden manipular o doblegar, y una de ellas es el amor verdadero. Dejé que esa atracción mutua creciera y se desarrollara para ver en qué se convertía. El libre albedrío es una regla de oro en el orden cósmico y es así como actuamos nosotros los Protectores, pero ¡ten por seguro que te hubiese destrozado la cara si te hubieses empeñado en seguir con tu misión! Ya tuve que salvar una vez a la Estrella del asqueroso de Asmodeus y le di su merecido.

Leivan tenía serias dificultades para pensar con claridad tras esas

sorprendentes revelaciones.

—¿Pero qué clase de plan sádico es ese?

—¿Has oído lo que te he explicado, demonio? —preguntó el Arcángel al ver ese tremendo enfado—. ¡No podemos quebrantar las leyes divinas! Ya no puedo intervenir en persona porque lo hice hace miles de años con tu jefe y tuve que pagar un precio muy alto.

—¿Cómo dices?

Rafael le echó un breve vistazo.

—¿Nunca has oído hablar de la historia de Saray? Fue mi primera Protegida y también era una Estrella. Asmodeus quería acostarse con ella porque siempre ha sido una bestia viciosa, y mataba a todos sus pretendientes para así quedar como único ser capaz de seducirla. Me vi obligado a actuar para darle una lección y me quitaron el derecho de volver a hacerlo. Solo la Sangre de Dios tiene ese privilegio.

—¿La Sangre de Dios? —preguntó Leivan, frunciendo el ceño.

—Sí, bueno, ¡es una historia larga y complicada! Pero el cambio ya ha empezado...

El Arcángel se acercó más a Leivan y lo observó detenidamente, en silencio. Parecía estar sondeando en su interior.

—Pues sí, la amas de verdad... —dijo finalmente—, pero, ¿estás dispuesto a ir hasta el final del asunto? ¿Entiendes lo que conlleva ese acto desinteresado?

Leivan apretó la mandíbula cuando sintió el dolor familiar en el pecho.

—Sí, no volveré a verla nunca más.

—Hablaba de las torturas infinitas que te esperan en esa parte del Infierno que aún no conoces...

—Su seguridad y su bienestar son más importantes para mí.

—¿De veras? ¿Sabes a lo que te expones? A Asmodeus no le gusta perder.

Unas imágenes dantescas del trato especial que le esperaba desfilaron en la mente del General.

—Sí, lo sé —contestó él con firmeza—. Lo único que te pido es liberar a las almas de mis víctimas, si eso forma parte de tus habilidades.

—Si aceptas ir voluntariamente a rescatar a mi Protegida a cambio de tu eterna condena, esas almas se salvarán y subirán al Paraíso.

Leivan asintió con solemnidad.

—Solo una cosa más: prométeme que protegerás activamente a Briseia y que no le volverá a pasar nada peligroso.

—¡Tienes mucha desfachatez, demonio! ¿Me estás diciendo que hago mal mi trabajo?

—Quiero que ella viva en paz y sea feliz.

Un brillo extraño apareció en la mirada del Arcángel.

—Briseia es capaz de defenderse sola ahora —comentó misteriosamente.

Leivan frunció el ceño.

—Bien, no perdamos más tiempo —prosiguió Rafael—. Tienes que saber dos cosas importantes para pisar los dominios del Caído: la primera es que no podrás mirarlo a los ojos ni una sola vez; y la segunda es que tendrás una única oportunidad. Si te detienes y dejas que el odio tome el control de tus actos anteponiendo tu venganza al rescate de mi Protegida, os perderéis para siempre y no podrás hacer nada. ¿Estás seguro de lo que haces?

Leivan clavó su mirada en los ojos ambarinos del Arcángel.

—Sí, estoy completamente seguro.

—¿Estás dispuesto a renunciar a tu venganza por ella? —volvió a insistir Rafael, empleando las mismas palabras que la *Vila*.

—Sí, estoy dispuesto.

De repente la luz menguó y desapareció, y luego se concentró alrededor de la figura del Espíritu Puro.

—Que así sea, Leivan, demonio de la lujuria a las órdenes de Asmodeus.

Rafael alzó las manos y las situó a ambos lados de la cara del General.

—Esto te va a doler —dijo quedamente.

Capítulo 15

Briseia flotaba y volaba. Un magnífico paisaje desfilaba ante sus ojos y se encontraba en todos los lugares al mismo tiempo: por encima de ese extraño castillo rodeado de nubes; por debajo de esa cascada de agua cristalina; corriendo con esos ciervos en una pradera verde. Sin embargo, su cuerpo físico se había convertido en plomo y parecía anclado en un plano en el que ella ya no estaba. Era como si su cuerpo y su alma se hubiesen distanciado y cada uno hubiese tomado un camino alejado.

Esa sensación la acompañaba y le retorció el corazón. ¿Dónde se hallaba realmente? ¿Había muerto y se dirigía hacia el reposo eterno?

Una repentina angustia asaltó su interior y el paisaje parpadeó y se centró, como si estuviera localizando un lugar en concreto. Y luego la imagen se acercó cada vez más para que ella pudiera verla nítidamente.

No era como uno de sus sueños apocalípticos con ángeles y demonios. Ella no sabía si estaba soñando o si estaba viviendo de nuevo algo del pasado. No podía pensar: solo sentir y observar.

Dejó de flotar y pudo ver sus pies descalzos sobre la hierba. Alzó la mirada y se topó con una cueva profunda y silenciosa, rodeada por unos frondosos bosques de hojas verdes. El frescor la invadió cuando el agua del riachuelo le tocó los dedos de los pies.

Otra vez el agua. Parecía el elemento predilecto del Ángel Caído. Percibía su presencia, pero no podía verlo.

En un acto reflejo levantó las manos hacia su rostro y vio que su piel era translúcida y que sus miembros no tenían consistencia. Se había convertido en un fantasma.

—¿Eres un ángel como mi padre?

La voz infantil le hizo girar bruscamente la cabeza y se dio cuenta de que ya no era la única presencia en aquel lugar sacado de un cuento misterioso: un niño moreno de unos siete años contemplaba al ente con

cuerpo de mujer, cuya túnica fina se había transparentado por culpa del agua y de la humedad, revelando unas curvas hechas para el pecado.

Desde luego que la belleza del Caído no tenía igual con ese cuerpo curvilíneo de pechos altos y largas piernas, y con esa melena rubia y ondulada que se asemejaba a unos hilos de oro blanco. Pero algo en su mirada verdiazul despertaba la suspicacia del observador avisado; una frialdad extrema que detenía el embelesamiento inicial. Era tan hermosa como la piedra de la cueva y parecía tan viva como ella.

—¿Cómo te llamas, pequeño humano?

La voz del ente sonó tan gélida como el frío del norte.

—No soy humano. Mi nombre es Kether y soy el descendiente de un Elohim —contestó el niño, alzando la barbilla en una pose orgullosa.

La invisible espectadora se acercó más para verle mejor.

El joven caballero también poseía una belleza deslumbrante: el pelo negro, lacio y sedoso, le quedaba por debajo de las orejas y su piel se veía tan blanca y pura como el mármol. Sus ojos verdes refulgían como dos gemas en su preciosa carita de porcelana y esa forma de erguirse daba a entender que pertenecía a alguna familia noble.

Sin embargo, esa vestimenta no era lujosa y parecía haber conocido mejores días porque esa túnica de un tono borgoña estaba rota en algunas partes. Una prenda más cercana a la odisea hebrea en el desierto que a la Edad Media...

—¿Kether? La corona —se rio el ente—. Es un nombre muy regio, hijo de Azaël.

—Así es. Soy un Príncipe y algún día, todos los seres vivos se arrodillarán ante mí.

Al decir eso, los ojos verdes del niño brillaron intensamente, confiriéndole un aspecto siniestro y malévolo impropio de esa edad inocente.

El ente rubio soltó una carcajada y fue un sonido muy desagradable.

—Me gustan tus modales, pequeño Príncipe.

El infante le devolvió una mirada seria, sin un ápice de miedo.

—Entonces, ¿tú también eres un Caído? —insistió.

—Sí, pero yo no caí por querer seducir a un hombre o a una mujer, como le ocurrió a tu progenitor con la humana de tu madre...

El ente impuro se acercó al pequeño y le tocó la mejilla con la punta de los dedos. La espectadora etérea se estremeció.

—Me mandaron a ese infame antro porque quise quitarle el trono a Lucifer, el máspreciado entre lospreciados. Pero la Estrella de la mañana también ha caído de su pedestal ahora. ¿Qué Espíritu incorruptible queda? —Queda Mijaël —intervino el pequeño Príncipe.

—El jefe de la Milicia Celestial también caerá. La intransigencia conlleva un riesgo importante y la insumisión también.

El Ángel Caído se arrodilló para quedar a la altura del niño.

—Y tú, pequeño Príncipe, ¿qué gloria te espera en tu existencia milenaria?

Un resplandor envolvió al ente y al infante.

—Veo crueles batallas y un amor imposible que muere en tus brazos. Veo tu ambición desmesurada y me gusta porque hace eco a la mía...

El Ángel Caído acercó su boca al oído infantil y susurró cosas que la espectadora infiltrada pudo oír perfectamente.

—Algún día perderás una batalla y te traicionarán. Iré a buscarte y juntos gobernaremos el mundo de los humanos. Te alimentarás de ellos y yo..., yo jugaré con sus mentes débiles para hacerles sufrir eternamente.

—¡No necesito tu ayuda, Caído! —dijo de repente el pequeño, empujándole—. He nacido para reinar y seré el más poderoso Príncipe de la Sangre que jamás haya pisado la Tierra.

El Espíritu corrompido sonrió ante la furia infantil y Briseia sintió miedo por el niño. ¿Qué le iba a ocurrir por desafiarle de esa forma?

—Deberías velar por tu propia seguridad. ¿Nunca te han dicho que es de muy mala educación espiar el pasado de los demás?

Briseia se echó para atrás cuando el ente apareció bruscamente ante

ella para decirle esas palabras.

—¿Pu... puedes verme?

—Te veo y eres mía, Deva.

Cuando el Ángel Caído la tocó, la joven pintora salió de ese plano abruptamente, como si un imán la hubiese atraído hacia otro lugar.

El segundo despertar, por llamarlo de alguna forma, tuvo lugar en un estado mucho más cercano a la consciencia. Briseia ya no flotaba ni volaba, y podía sentir que su cuerpo era sólido y que reposaba sobre algo duro y frío.

Abrió los ojos, pero supo inmediatamente que seguía sin estar realmente despierta. Era como si hubiese pasado de un coma profundo a uno más leve, y como tal, era capaz de percibir todo lo que la rodeaba.

Con las manos tocó el frío material sobre el que estaba acostada y luego se enderezó hasta quedar sentada. Unas columnas griegas estaban diseminadas a su alrededor y, al bajar la vista, comprobó que se encontraba sentada sobre una especie de altar hecho en mármol. Recorrió el lugar con la mirada y algunos detalles le llamaron la atención: una niebla blanquecina rodeaba la especie de templo heleno en el que se encontraba y se oía el agua caer de una fuente cercana, pero invisible.

Luego, se percató de su atuendo: llevaba un peplo blanco con ribetes de oro, que dejaba uno de sus hombros al descubierto, como si fuese una antigua diosa de la mitología griega.

Alzó una mano hacia su cabeza y se dio cuenta de que su melena ondulada también estaba recogida en un complicado peinado y de que ostentaba una diadema.

Suspiró y se percató de que no tenía frío, a pesar de no llevar casi nada encima. Entonces intentó moverse para bajarse de ese altar y se paralizó, horrorizada. No conseguía desplazar sus miembros inferiores. Sus piernas no la obedecían y estaba experimentando la misma sensación de impotencia que aquel día en el desierto.

—¡No, no! ¡Tienes que moverte! —se encomendó a sí misma.

Batalló y logró deslizarse hacia el borde del mármol reluciente, pero llegada hasta ese punto, no tenía ningún apoyo para desplazarse sin caerse.

—¿Algún problema, Estrella?

Briseia giró la cabeza una vez y luego otra vez cuando el ente apareció y desapareció hasta quedar situado frente a ella.

—¡Tú dirás! Supongo que no puedo moverme gracias a ti —replicó, fulminándole con la mirada.

Ninguna expresión de furia o de descontento alteró el sublime rostro de Dazel, el Ángel Caído, mientras se apoyaba delicadamente sobre una de las columnas. Su esplendoroso cuerpo de mujer iba tapado por un peplo griego de un intenso color azul lapislázuli, con pliegues que tapaban parcialmente sus hombros bien definidos.

—No sería conveniente que te escaparas, ¿no crees?

—¿Cómo me voy a escapar si no conozco el lugar en el que nos encontramos? —recalcó Briseia, frunciendo el ceño—. Además, estoy segura de que todo esto no forma parte de la realidad.

—¿Y qué es la realidad? —preguntó el ente, inclinando delicadamente la cabeza.

Briseia reprimió un bufido exasperado. ¡No tenía tiempo para conversaciones filosóficas!

—Bueno, no me gustan los rodeos, así que..., ¿qué quieres de mí?

El Ángel Caído cogió uno de sus bucles dorados para jugar con él, pero su expresión seguía tan inexpresiva como la piedra.

—Eres una criatura fascinante, Estrella...

—¡Y tú un ser despreciable! —soltó la aludida con enfado—. ¿Por qué te gusta torturar mentalmente a los humanos?

—Porque son seres inferiores. No se merecen el afecto del Todopoderoso. No, no se lo merecen.

—¿Es... estás celoso de nosotros?

El ente soltó una carcajada carente de humor.

—Tú no eres una simple humana, Estrella. No te puedes incluir en ese grupo porque no perteneces a ese mundo, al igual que la Mara y los otros seres especiales, bendecidos o no.

Dazel dejó escapar el bucle de entre sus dedos y se acercó a ella.

—Son solo basura y no merecen ningún tipo de consideración. ¿Has visto lo que son capaces de hacer? Robar, matar, violar...; incluso si pertenecen a las esferas más altas de sus decadentes sociedades. Necesitan a un líder fuerte y sin piedad para entender su verdadera posición.

—¡Pero no todos los humanos son así! —se indignó Briseia, cerrando los puños—. ¿Y quién eres tú para juzgarlos?

—Llevo eones conviviendo con ellos en ese plano. He hecho y deshecho reyes y reinos, pero por mucho que quieran refinarse y aprender, siguen siendo unas bestias inmundas y no merecen otra cosa más que el desprecio y el castigo.

Dazel se inclinó hacia Briseia.

—Incluso los Espíritus Puros, mis antiguos hermanos, se alejan de ellos. La hora de los Condenados está cerca...

—¡Yo, lo que veo, es que eres un oportunista con mucha caradura! — lanzó la joven pintora, apartándose lo más posible—. Utilizas a los pobres humanos que confían en ti y los manipulas a tu antojo, como hiciste con Leivan. ¡Solo quería que lo ayudaras! ¿Por qué tuviste que torturarlo de esa forma y mandarlo al Infierno?

Dazel esbozó una sonrisa helada.

—Mi querido General Leivan fue un necio. Deseaba que su amor por esa princesita rusa fuese correspondido cuando esa humana caprichosa le traicionó en mente y cuerpo desde el principio. Quiso elevarse en la jerarquía social con ese matrimonio y pecó de ingenuo. Lo quería todo, la riqueza y el amor, y no se puede tener todo...

Briseia frunció el ceño, perpleja ante tanta contradicción.

—¿Y por eso lo castigaste de ese modo? ¿Por qué quería amar y ser correspondido? ¿Por qué tenía sueños de fortuna y honor?

—No me gusta la ambición en los humanos. ¡Resulta patético! Solo los

fuertes y los regios pueden gobernar. Esas criaturas frágiles son como rebaños que necesitan un amo fuerte y poco complaciente.

—¡No todos los hombres son basura! —se indignó Briseia.

Se deslizó discretamente hacia atrás, pero sus piernas pesaban demasiado.

—¿Y qué fue de ese niño moreno? Él también era especial, ¿no?

—Es curioso que me preguntes por él porque estás aquí precisamente por ello...

Sin previo aviso, el Ángel Caído atrapó a Briseia por la nuca y hundió su mirada escalofriante en la suya. Sus ojos se habían convertido en dos remolinos y la joven pintora no conseguía mirar hacia otra parte.

—Tu esencia es casi divina y la necesito para localizar al Príncipe Kether, así que...

Dazel se inclinó aún más y la estrechó contra sí. Briseia tuvo la impresión de que un boa constrictor gigante acababa de engullirla viva.

—¡Abre los ojos, Estrella, y vuelve al plano humano en el que tu cuerpo se encuentra!

Briseia abrió la boca como si se estuviera ahogando y luego la oscuridad se apoderó de su mente.

La sensación de malestar y de ahogamiento fue tan intensa que consiguió devolverle un atisbo de consciencia y, poco a poco, la energía volvió a expandirse por todo su cuerpo para que pudiese funcionar con normalidad. El proceso fue lento y arduo, pero Briseia logró abrir los ojos con mucho esfuerzo porque parecía que sus párpados eran de plomo en vez de piel.

Lo primero que vio fue la impresionante lámpara de araña que colgaba de un techo cargado de pinturas y mosaicos. Era de grandes dimensiones y estaba hecha de oro macizo con ornamentaciones de piedras preciosas y de marfil, y soportaba numerosas velas sin encender. Nunca había contemplado un utensilio tan contundente e inútil a la vez. Era pura ostentación y nada más.

Briseia soltó un quejido de dolor por culpa del intenso y desagradable hormigueo que recorría sus piernas y sus brazos, y dejó de observar la

lámpara. Tenía el cerebro embotado y era el momento de encontrar la forma de concentrarse para intentar averiguar dónde se encontraba, por lo que movió las piernas y los brazos y se dio cuenta, con extremo alivio, de que ya no estaba paralizada como en ese sueño, o lo que fuese.

Inspiró hondo y se puso de lado para utilizar sus brazos como apoyo para incorporarse. Entonces, al estar medio levantada, su mirada se topó con el resto de la sala y se quedó atónita: por lo visto había aterrizado en una sala del trono que servía también de capilla sagrada, o algo por el estilo, a juzgar por la cúpula, los cuadros, los mosaicos y la profusión de oro que la rodeaban. Las piedras preciosas y el metal puro brillaban tanto que tuvo que entrecerrar los ojos.

A continuación, bajó la vista y observó que alguien la había vuelto a acostar sobre un altar de mármol, como en ese sueño, y que llevaba otra vestimenta. El peplo griego había sido reemplazado por un vestido azul claro de seda, muy ajustado y con falda larga, y su melena caía libremente por su espalda. Las mangas del vestido eran largas y tenía como una especie de cinta dorada colocada por debajo de los pechos y una apertura ovalada, por la que se veía la piel del escote y el símbolo de la rueda de ocho radios.

Briseia recorrió la sala con la mirada en busca de una puerta o pasadizo para poder salir y huir. El Ángel Caído no tardaría en volver y se había tomado muchas molestias en colocarla en ese punto en concreto y de esa forma. ¿Qué pretendía montando toda esa puesta en escena? ¿Ofrecerla en sacrificio a algún ente superior?

No tenía ningunas ganas de averiguarlo por lo que hizo un movimiento con la pierna derecha para bajarse del altar impoluto, y fue cuando observó que una cosa negra y peluda estaba subiendo lentamente los escalones, situados a pocos metros de ella.

Briseia dejó de respirar y se tensó. Era una tarántula, completamente negra salvo por un puntito blanco, y se encaminaba decidida hacia ella. ¿Era un arácnido o un demonio? ¿Qué podía hacer para defenderse si quería atacarla?

La joven pintora no tuvo tiempo ni de pensar en una estrategia de defensa porque la araña aceleró bruscamente y saltó para colocarse muy cerca de su mano.

—¡Ay, no! ¡Vete, vete! —gritó, retirándose lo más lejos posible.

Entonces se dio cuenta de que no conseguía bajarse del altar. Una fuerza letal e invisible se anteponeía entre ella y el suelo.

—No te hará daño, Estrella; a menos que la provoques.

Briseia giró la cabeza y vio cómo Dazel entraba en la sala, seguida por dos hombres altos y vestidos enteramente de negro como si fuesen unos ninjas. Mientras el ente despachaba a los dos subalternos en un idioma que ella no entendía, se dedicó a observarle fijamente y vio que su atuendo también había variado. Llevaba ahora un vestido muy ceñido, parecido al suyo, pero del color de la sangre y con un escote en forma de punta que daba vértigo. ¡El Diablo convertido en mujer!

—Has tardado varios días en recuperar la consciencia. Era como si no quisieras despertarte.

—¡Dile a tu mascota que no se acerque a mí! —espetó Briseia con enfado.

El Ángel Caído detuvo su avance y la miró detenidamente.

—Al parecer eres mucho más combativa ahora... ¡Mejor! Temía no poder usar tu esencia por culpa de esa repentina apatía.

Briseia alzó la barbilla con bravuconería.

—¿Qué quieres? ¿Sigues buscando a ese niño?

Dazel soltó una fría carcajada.

—Ya no es un niño. Ahora es un vampiro de numerosos siglos.

—¿Un vampiro?

—Así es. Un Príncipe: el más alto rango en la jerarquía vampírica.

—¿Y qué tiene que ver un vampiro con un Ángel Caído?

—Mucho más de lo que piensas. Verás, mis Hermanos Celestiales se enamoraron de las hijas de los primeros hombres y tuvieron descendencia con ellas. Esos seres diferentes y esa mezcla prohibida fueron condenados por el Todopoderoso, y esos hijos tuvieron que alimentarse de sangre para poder sobrevivir. Además, la luz del sol les quemaba atrozmente; y así nació la leyenda del vampiro.

—Entonces, ¿los vampiros descienden de los ángeles?

El ente esbozó una sonrisa helada.

—De unos Ángeles Caídos...

Briseia se pegó al borde del altar al ver cómo la araña movía una de sus peludas patas e intentó reflexionar a toda velocidad.

—¡Pero ese Príncipe no tiene nada que ver contigo porque tú llegaste a la tierra mucho antes que esa descendencia! No fue un sueño, ¿verdad?

—No... —La mirada del ente brilló y Briseia tuvo un mal presentimiento —. Considéralo como una preparación de lo que va a ocurrir ahora.

Al oír eso, y de forma totalmente inconsciente, la *Deva* proyectó una barrera protectora a su alrededor, pero no fue suficiente para detener al ente. En menos de lo que dura un suspiro, Dazel alcanzó a Briseia y la recostó contra el altar con una potencia inusitada, alzando sus brazos por encima de su cabeza, mientras la oscura tarántula se situaba sobre el símbolo de la rueda.

—¡Quítamela de encima! —gritó la joven, intentando liberarse.

—Tranquila, Estrella. Si me das lo que quiero, pronto todo habrá terminado.

—¡Si crees que voy a obedecerte sin luchar después de lo que le hiciste a Leivan y a Alex, andas lista!

Briseia dejó de forcejear para concentrarse y liberar su energía.

—No puedes escapar... —murmuró el ente a su oído para desestabilizarla.

—¡Encontraré una forma! —recalcó Briseia, mirándolo con unos ojos muy luminosos de repente.

—No lograrás destruirme —se rio Dazel fríamente—. Ningún ser que no tenga la Sangre de Dios en él podrá conseguirlo.

—¡No quiero destruirte! ¡Quiero que me sueltes y que liberes a Leivan!

—Eres demasiado ilusa, Estrella —apuntó el ente, inclinándose hacia ella —. Yo ya no tengo ese poder: solo un ángel no corrompido o su Amo pueden hacerlo.

Unas brumas oscuras se alzaron del suelo y se acercaron rápidamente al Ángel Caído para rodearlo.

—Y ahora, dime dónde está Kether Draconius.

En el momento en el que Briseia consiguió lanzar un destello luminoso hacia su verdugo, la tarántula le clavó las protuberancias venenosas en medio del símbolo, arrancándole un grito espantoso. Cuando todo el sistema circulatorio fue invadido por el líquido verdoso, la joven pintora se retorció de dolor porque parecía que sus venas ya no llevaban sangre, sino ácido puro. La tortura duró solo varios segundos y todo volvió a la normalidad, pero fue mucho peor cuando Dazel aprovechó que Briseia tenía la boca abierta para besarla y hundir su lengua.

La *Deva* desvió la cabeza, asqueada. ¿Por qué había hecho eso? ¿Quería algo más de ella?

Movió los labios para formular una pregunta, pero se dio cuenta de que no podía hablar y que algo viscoso se deslizaba en su garganta.

—¿Dónde está Kether Draconius? —volvió a preguntar el Ángel Caído, presionando el símbolo de la rueda con una mano rodeada de brumas oscuras después de que la araña trepara por su brazo para situarse en su hombro.

Solo esa mano poderosa retenía a Briseia en posición horizontal sobre el altar, pero ella no podía ni pensar ni actuar. Se encontraba anulada desde dentro, su esencia evaporándose al contacto del veneno.

¡Tienes que luchar, Estrella!

La temperatura de su cuerpo empezó a bajar y su piel se volvió cada vez más blanca. Sus párpados se cerraron como si pesaran una tonelada.

De repente una luz estalló en lo alto y un sinfín de imágenes acudieron a su mente y se proyectaron a un lado como si fuese una pantalla lateral.

Frío. Paredes blancas. Nieve. Región de Siberia. Túnel. Recoveco protegido. Momia. Vampiro en Letargo...

—Ya te he encontrado, mi Príncipe —murmuró el ente al ver nítidamente la localización del vampiro desaparecido.

En ese momento, hubo un ruido espantoso y una tremenda explosión. La puerta que daba acceso a la sala del trono/capilla se quedó literalmente pulverizada y, de entre el humo residual, apareció el General Leivan con un aura mortífera de poder oscuro a su alrededor.

Un poder que solo necesitaba una chispa para expandirse como un terrible incendio.

—¡Cuánto tiempo, Dazel! —dijo simplemente el General demonio con una tranquilidad que desmentía esa aura al rojo vivo.

Leivan hizo acopio de todo el valor y de la paz disponibles en cada célula y rincón de su interior para no saltar sobre el Ángel Caído al ver cómo este mantenía a Briseia sobre un altar de sacrificio, tras haber usado la magia elemental para encontrar algo gracias a la esencia de la *Deva*.

A pesar de que había tenido que perder la vista como condición para lograr acceder al escondite del ente milenario, el poder oscuro le permitía ver perfectamente y el corazón le latía dolorosamente en el pecho al observar el mal aspecto que tenía su joven pintora en ese momento. Su piel palidecía segundo tras segundo, y podía percibir que esa amada esencia se desvanecía sin remedio.

El Ángel Caído estaba succionando la energía vital de Briseia, como si fuese un vampiro energético, y la Estrella no iba a aguantar mucho más. Tenía que sacarla de ahí cuanto antes.

—¡Qué visita más inesperada, mi querido General! —lo saludó Dazel, como si fuesen dos viejos amigos, antes de bajar los escalones de mármol para dirigirse hacia él.

Leivan mantuvo a raya el odio visceral al verle aproximarse. Parecía una de esas grandes actrices de Hollywood de los años cincuenta, con ese pelo suelto y ondulado y esa túnica ceñida y vaporosa. Un animal magnífico y voluptuoso, pero tan vivo como un trozo de metal.

—Deja que la Estrella se marche. Ya no la necesitas.

Se quedó muy quieto cuando el Ángel Caído se detuvo y se situó muy cerca de él y cuando alzó una mano para acariciarle las cejas con los dedos. No era una caricia amorosa. Era como si su forzosa ceguera fuese un extraño objeto de interés.

—Veo que has hecho exactamente lo mismo que Perseo con Medusa para protegerte... ¿Quién te ha soplado esa brillante idea? ¡El Arcángel Rafael sin lugar a duda! Es el Protector de la *Deva* y es normal que intervenga, pero ¿qué

hizo por ti en el pasado? ¿Dónde estaba cuándo me suplicaste como un llorón patético? —murmuró el ente, recorriendo sus labios con los dedos para luego deslizarlos hacia el tatuaje en el cuello.

—Deja que se vaya —insistió Leivan sin moverse ni un milímetro y sin caer en la trampa de sus pérfidas palabras.

—¿También me vas a suplicar por ella? —susurró Dazel a su oído, pegándose a su espalda.

—Si es necesario, lo haré.

El ente lo rodeó para volver a mirarlo a los ojos.

—Ay, Leivan, no has aprendido nada... —sopló el Ángel Caído, paseando perezosamente una mano por los duros abdominales.

El aludido se quedó completamente impasible y reprimió las ganas de retorcer esa mano.

—Pues creo que deberías ir a despedirte de tu Estrella —comentó el ente con voz burlona antes de dar un paso hacia un lado y alejarse un poco—. ¡Qué lástima! Cada vez que amas a alguien esa persona muere...

—Ella no va a morir.

Y tras decir eso, Leivan se encaminó rápidamente hacia Briseia, alejándose de Dazel y cerrándole el acceso a su interior como si no estuviera o como si no existiese.

—Te queda poco tiempo —insistió, sin embargo, el ente, cruzándose de brazos para observar la escena con frialdad absoluta—. Los *Pompós* reclaman su alma.

Cuando el General llegó ante la *Deva*, se dio cuenta de que Dazel, por una vez, no trataba de engañarle: las volutas de humo oscuro que rodeaban el altar se estaban materializando y reagrupando para dar paso a los denominados *Pompós*, los Mensajeros y ayudantes del Ángel de la Muerte. Su misión era llevar las almas de los difuntos ante el Juez y Señor del Inframundo, y si conseguían aparecer de forma tangible significaría la muerte física de la Estrella.

El pánico le retorció las entrañas mientras se inclinaba hacia ella. ¡Aquello no podía estar pasando! Ella era fuerte y luminosa. Una luz en medio

de las tinieblas. Su Estrella.

—Briseia, despierta. Abre los ojos, por favor —suplicó, acunándola entre sus brazos antes de acariciarle las mejillas frías y pálidas.

Su piel se había vuelto gris y el latido de su corazón era cada vez más tenue.

—No me dejes, Briseia... —murmuró con la voz rota por la emoción.

Le mandó una onda de calor y de energía pura para detener el proceso mortal, pero esta decayó rápidamente como si se encontrase con el vacío infinito; como si ya no hubiese nada que hacer.

—No me abandones, Briseia. Te amo. Te amo como no he amado a nadie en toda mi existencia. Te amo, a pesar de ser un demonio indigno de ti. Tienes que brillar para siempre —sollozó contra ella.

Entonces la besó y todo su ser se vio atrapado por la desesperación más *devastadora*. La besó a sabiendas de que era la última vez que lo hacía; un beso con sabor a lágrimas y a dolor.

Sin embargo, el vínculo permanecía vigente entre ellos porque seguía percibiéndolo, pero era como una cuerda que se iba quedando cada vez más fina y que podía romperse en cualquier momento.

—Lo siento tanto, mi amor —murmuró Leivan, apoyando su mejilla contra la suya y estrechándola aún más mientras que las lágrimas resbalaban por su cara—. Siento que hayas tenido que sufrir todo esto por querer ayudarme y te doy las gracias por tu bonita sonrisa, por tu luz y tu bravuconería, y por todos esos hermosos momentos que me regalaste.

—Ya lograste apartarla de mi alcance una vez, pero este no será el caso hoy —dijo la voz del Ángel Caído, elevándose por encima de la triste pareja—. ¡Un final a lo Romeo y Julieta! La vida de los humanos es una pantomima y el destino de los demonios y de los seres extraordinarios es una tragedia de espantoso final.

El odio, reprimido a base de mucha fuerza de voluntad, volvió a brotar y a recorrer las terminaciones nerviosas del General. Su visión pasó de ser nítida y luminosa a estar oscurecida por un velo rojo de furia bestial. Unas líneas negras surcaron su rostro y su cuerpo. La bestia dormida de la locura y de la violencia estaba despertando.

En el momento en el que Leivan se dio cuenta de que había llegado al punto de no retorno y de que su furia se iba a desatar como nunca antes, un pequeño milagro ocurrió: la mano inerte de Briseia rozó su vientre y le devolvió la paz instantáneamente como si se tratase de una descarga automática. El recuerdo de las palabras del Arcángel terminó de infundirle la serenidad que necesitaba para tranquilizarse.

En una fracción de segundo, el vínculo se volvió más fuerte y pudo observar dos cosas con claridad: había un punto negro en la garganta de su amada Estrella y ella había ingerido algo extraño que le estaba provocando la muerte.

Leivan, con una inusitada determinación, se inclinó de nuevo sobre su boca para besarla de forma mucho más profunda y minuciosa que antes. Entonces, descubrió qué clase de hechizo se había usado con ella.

—¡Termina con esta magia maldita! —rugió, incorporándose para luego volver a caminar hacia Dazel.

—¿Y qué vas a hacer para obligarme?

—¡Libérala de tu magia!

Leivan se plantó ante el Ángel Caído.

—¡Deja que se marche y seré tuyo para siempre!

Dazel le devolvió una mirada impasible.

—Eres el esclavo de Asmodeus y ya no me interesas. De hecho, ella tampoco.

—Si ya no necesitas a la *Deva*, pon fin a ese hechizo.

—¿Y qué me vas a dar a cambio de su vida? —susurró el ente como si fuese la serpiente del Edén—. ¿Vas a volver a hacer un trato conmigo? ¿Me vas a dar el alma que ya no te pertenece? ¿O tu mente? ¿O tu cuerpo?

Leivan oyó un ruido y una exclamación a su espalda, pero siguió observando fijamente al Ángel Caído. La bestia gritaba furiosa en su interior y lo laceraba con sus garras para soltarse y así destrozar al ente en un festival de violencia y de magia oscura. La expresión impávida de su bello rostro no delataba esa contradicción interna y la batalla que se libraba en él para determinar lo que tenía que hacer, pero las líneas negras no habían

desaparecido.

—Qué duro, ¿verdad? Querer destruirme y no poder. Es muy complicado querer olvidarse del odio cuando te está devorando lentamente...

Dazel alzó las manos y agarró su nuca.

—¿Qué piensas hacer, mi querido General? ¿Te atreverás a levantar la mano contra mí? —susurró con malévolos socarronería, pegándose a él.

Leivan pensó que todo estaba perdido cuando el dolor se añadió al odio al sentir un nuevo y extraño poder en la estancia; un poder que pertenecía a los Mensajeros de la Muerte sin lugar a duda.

Estaba solo. Había perdido a su fiel Alexis y ahora acababa de perder a Briseia, el amor de su triste y vacía existencia. Ya no le quedaba nada por lo que luchar.

—¡Leivan, no! —gritó de repente Briseia, con una rotundidad impresionante. Incluso Dazel tuvo que enarcar una ceja ante esa voz inesperada.

Briseia sabía perfectamente que se estaba muriendo. Las señales que le mandaba su cuerpo eran inequívocas: un frío intenso recorría sus extremidades y el latido de su corazón se estaba ralentizando a marchas forzadas. El extraño líquido ingerido por culpa del Ángel Caído estaba obrando con velocidad. Ni siquiera la presencia de su querido Leivan consiguió sacarla de ese estado alarmante que precedía al vacío eterno.

En algún rincón de su cuerpo mortificado su alma gritó, espantada y desolada. ¡No podía dejarle solo, a merced de ese maquiavélico ente! ¡No quería apartarse de su lado y abandonarlo! Él lo era todo y ella lo amaba.

Cuando estaba a punto de rendirse, sintió que unas lágrimas mojaban su rostro y su cuello, pero no tenía fuerzas suficientes como para manifestar su pena. Entonces él la besó de un modo exigente y carente de pasión, como exigiéndole que hiciese un último esfuerzo. Y luego hubo ese calor insólito en lo más profundo de su ser, como si se hubiese tragado un sol para vencer las capas de hielo que paralizaban todas las conexiones vitales.

En ese momento Briseia inspiró aire, cual naufrago a punto de ahogarse en el mar y que logra salir a la superficie, tosió y empezó a vomitar la sustancia pegajosa que se había adherido a su esófago.

¡Era de lo más asqueroso!

Tuvo el tiempo justo para ponerse de lado y logró que toda esa porquería transparente saliese de ella. A continuación, fue como si sus neuronas se hubiesen vuelto a colocar adecuadamente y todos sus sentidos hubiesen despertado con muchísima más potencia. ¡Una reconstrucción exprés en toda regla!

Giró la cabeza bruscamente al oír las voces de Leivan y del Ángel Caído y consiguió sentarse sin la ayuda de nadie. Entonces pudo ver claramente el aura de odio puro que se proyectaba alrededor del General demonio y cómo el ente lo estaba llevando, poco a poco, a su terreno con mentiras y palabras vacías.

—¡Leivan, no! —No pudo evitar gritar mientras una descomunal energía reactivaba y regeneraba su esencia.

El aludido dejó de observar fijamente al Ángel Caído, alejándose así de esa trampa, y por primera vez el ente mostró cierta sorpresa. Al parecer, no todos los días se lograba semejante hazaña: vencer el hechizo de un ser milenario y muy astuto.

Pero a Briseia le daba igual. Solo le importaba la seguridad de Leivan, cuya expresión entre incredulidad y dolor le estrujaba el corazón como una mano de hierro. ¿Y qué le pasaba en los ojos?

—¡¡Briseia!!

Leivan corrió hacia ella, desinteresándose de Dazel, que se cruzó de brazos con un rostro más gélido que nunca.

—¡Oh, Dios mío! ¿Quién te ha hecho esto? —sollozó la *Deva* al ver los ojos quemados del General cuando este se inclinó hacia ella.

—No pasa nada, mi amor. Era parte del trato para venir hasta aquí. ¿Estás bien?

—Tus ojos... ¿Por qué? —murmuró ella, afligida, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

Él no contestó y se dedicó a secar ese rocío genuino con los pulgares.

—*Tranquilízate. A pesar de ese hándicap, puedo ver perfectamente. Parpadea dos veces si puedes oír mi voz en tu mente.*

Briseia obedeció, intrigada y sorprendida al comprobar que el vínculo entre ambos era aún más fuerte que antes. Ahora podían comunicarse con el pensamiento.

—*Tienes que salir de aquí. Cubriré tu huida el tiempo suficiente para que puedas escapar.*

—*¡De eso, nada! ¡No me iré sin ti!*

La mirada azul de la Estrella brilló con intensidad por la determinación férrea que sentía.

—¡Ay, Briseia! —suspiró Leivan, antes de apoderarse de su boca.

Ese beso sabía a vida, a pasión y a amor verdadero.

Briseia alzó los brazos y rodeó el cuello de su General demonio, pegándose a él con deleite mientras este la besaba ansiosamente y se aferraba a ella como si temiese que desapareciera. El tiempo pareció detenerse y se olvidaron de todo lo que les rodeaba. Solo importaba ese reencuentro único y maravilloso.

Sin embargo, tuvieron que volver a la realidad cuando una pluma negra, convertida en arma afilada, pasó velozmente entre ellos y no logró alcanzarlos gracias a la destreza y al entrenamiento de Leivan, quien apartó a Briseia antes de que el proyectil les diera de lleno.

—Si pensáis que esta historia va a acabar bien, estáis muy equivocados.

La voz del Ángel Caído sonó distorsionada y las volutas de humo oscuro regresaron y recorrieron la sala del trono al tiempo que el ente desplegaba sus impresionantes alas, tan negras como la más tenebrosa de las noches.

—Briseia, no te muevas —le encomendó Leivan mientras se daba la vuelta y se erguía para utilizar su cuerpo como escudo protector.

—¡No, ni hablar! —exclamó ella, levantándose de un salto para posicionarse al lado del General y mirar así al ente—. ¡No voy a dejar que te salgas con la tuya esta vez!

Dazel esbozó una sonrisa escalofriante y avanzó hacia ellos pausadamente.

—No puedes hacer nada contra mí, Estrella. Eres demasiado pura para dañarme.

—¡Briseia, cuidado! —gritó Leivan, alargando el brazo para protegerla al ver cómo las alas negras del ente se elevaban y se contraían.

Una espiral de humo se formó en lo alto y una lluvia de diminutos objetos oscuros cayó sobre ellos. El General se dio cuenta de que, en realidad, no eran objetos, sino miles de pequeñas arañas negras, por lo que concentró una alta dosis de su poder para congelarlas en el instante. A continuación, hizo aparecer sus dagas de la nada y se situó delante de la Estrella, pero una fuerza superior a la suya lo desplazó varios metros hacia un lado.

—¡No, Dazel! ¡Déjala en paz! —gritó, intentando levantarse del suelo sin éxito.

—Siempre obtengo lo que quiero —recalcó el ente maléfico, echándole un vistazo burlón.

—¡Briseia, huye!

Pero ella ni se inmutó, ni siquiera cuando las gélidas manos del ángel corrompido atraparon su rostro.

—Me vendría bien una estatua tan reluciente como tú en mi jardín, Estrella —murmuró Dazel relamiéndose y sin prestar atención a la mirada demasiado brillante de la aludida—. Mírame bien.

Leivan gritó como un demente y consiguió alzar una mano para liberar parte de su poder al ver cómo la mirada verdiazul del ente se convertía en dos puntos luminosos para transformar a Briseia en una estatua para toda la eternidad. Sin embargo, nada nefasto ocurrió y la Estrella incluso se permitió el lujo de enarcar una ceja de forma insolente ante la más que visible perplejidad del Ángel Caído.

—Tus trucos ya no funcionan conmigo. Todavía no sé manejar bien mis dones, pero sé hacer esto.

Una bola azulada de energía impactó contra Dazel y estampó su cuerpo contra uno de los pilares de la sala del trono, pero este necesitó solo varios segundos para reponerse, aunque quedó de rodillas en el suelo.

—Recuérdame no hacerte enfadar, mi amor —recalcó Leivan con humor, mientras se acercaba al ente con cautela.

—¡Pues deja de considerarme como una damisela en apuros si no quieres

tener problemas! —bromeó ella, mandándole un beso con la mano.

El General enarcó una ceja, pero no comentó nada. El tiempo del humor era efímero ya que el Ángel Caído no estaba vencido ni mucho menos. Este replegó sus alas oscuras, pero no se levantó del suelo. Le lanzó una mirada altiva como si nada de eso hubiese ocurrido.

—Estoy a tu merced, General. No puedo defenderme... —murmuró Dazel, cogiéndole las dos manos que sostenían las dagas y obviando la exclamación exasperada de la *Deva*—. ¡Atácame! ¡Plántame esas armas en el corazón! ¿A qué esperas? ¿No quieres vengarte de mí?

Leivan recorrió ese hermosísimo rostro engañoso con la mirada y ya no sintió ningún odio, sino pena y remordimiento por el tiempo perdido en esa estéril batalla. Luego, giró la cabeza para capturar la mirada de Briseia y, al ver cómo ella le sonreía, sintió un amor tan reconfortante y poderoso que tuvo la sensación de que ella lo abrazaba desde la distancia.

El odio ya no podía luchar contra algo tan bello y fuerte. El odio ya no alimentaría nunca más. Solo el amor de Briseia le era vital para seguir existiendo.

—Ella es mucho más importante que mi venganza.

Al oír esas palabras, el Ángel Caído no pudo reprimir una fugaz mueca de contrariedad, que desapareció instantáneamente.

—Eres un estúpido y un inútil, General. Estás desperdiciando tu única oportunidad —insistió el ente, levantándose lentamente del suelo como si estuviera levitando.

—¡Ya lo has oído! —dijo Briseia, interponiéndose entre los dos oponentes.

Temía que Dazel volviese a actuar contra él.

—Me has sorprendido gratamente, *Deva*, pero como te comenté anteriormente, no puedes destruirme. Solo la Sangre de Dios podría dañarme seriamente...

—¡Pues espero que ese ser providencial no tarde mucho en darte tu merecido! —replicó Briseia, frunciendo la boca y el ceño en actitud combativa.

El Ángel Caído soltó una carcajada siniestra.

—Ya veremos...

Leivan pegó a Briseia contra él al ver cómo la lámpara y las paredes vibraban de repente y cómo el ambiente se volvía inestable.

—Disfrutad del poco tiempo que os queda para estar juntos. Una hora a lo sumo —recalcó Dazel con malevolencia mientras se elevaba más y más—. Tengo un Príncipe que encontrar gracias a tus indicaciones, Estrella.

Leivan consiguió invocar un Portal de desplazamiento in extremis al adivinar el próximo movimiento del pérfido ente.

—Por cierto, es preciso que salgáis de mis dominios porque ya no me interesáis.

El Ángel Caído devolvió el ataque con bola de energía, pero el General fue más rápido y atrapó a Briseia entre sus brazos para saltar en el Portal antes de que la descomunal energía malévolos los fulminara a ambos.

Capítulo 16

—¡Odio esta sensación y este mareo! —dijo Briseia, dejándose caer contra el tronco de un majestuoso abeto nevado.

Habían vuelto a aparecer en medio del bosque milenario de Estonia, pero esa vez era de día. No se oía ni un ruido.

—¿Estás bien? —le preguntó Leivan, poniéndose en cuclillas a su lado para mirarla intensamente a los ojos.

—Sí, estoy un poco cansada, pero se me pasará cuan...

La *Deva* dejó de hablar y se quedó atónita.

—¡Dios mío, tus ojos! —exclamó, tocándole la cara con los dedos—. ¡Han vuelto a la normalidad!

El General esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Era solo un truco celestial para no convertirme en estatua de piedra. Ahora que estamos fuera, ha dejado de funcionar.

—No aguantaba la idea de que te hubieses quedado ciego por mi culpa...

Briseia se giró completamente hacia él y le acarició el rostro con las manos. Leivan atrapó sus dedos y empezó a besarlos uno a uno.

—Te grité que huyeras. ¿Por qué no lo hiciste?

—¿Y abandonarte y dejarte con ese loco ángel de las tinieblas? —bromeó ella con un mohín—. ¡Nadie se merece eso!

Leivan le sonrió con ternura y deslizó la mano desde su mejilla hasta su cuello.

—Estás viva y es todo lo que importa.

Briseia se mordió el labio, dudando en hacerle la siguiente pregunta.

—¿Es... es verdad que era la única oportunidad que tenías para liberarte de ese ente maquiavélico? —inquirió, clavando sus hermosos y dulces ojos

azules en los suyos.

—No, era una mentira más. A pesar de todos los poderes oscuros que he acumulado a lo largo de los siglos, me hubiese exterminado en cuestión de minutos.

—¿Y... y no sientes remordimientos por no haberlo intentado?

—¿Remordimientos? ¡No soy un suicida!

Leivan se puso de rodillas, cogió su rostro con las manos y se inclinó hacia ella para mirarla con solemnidad.

—¿Estás intentando preguntarme si me arrepiento de haber preferido salvarte la vida en vez de seguir adelante con esa venganza que no llevaba a ninguna parte? ¡Mil veces no! Estaba obsesionado con esa idea y no tenía nada más que eso en mi existencia. No tenía nada más. No tenía a nadie por quien luchar y estaba muy equivocado sobre el verdadero significado del amor.

Leivan le dio un suave beso en los labios y luego prosiguió:

—Tú me has salvado de todas las formas posibles. Me has dado luz y cariño. Has impedido que volviese a caer en la trampa del odio y me has demostrado que existe un mundo en el que el amor es posible. Me has aceptado con mis tinieblas y mi pasado a sabiendas de que jamás podré cambiar todo lo que hice. ¿Y piensas que en algún momento podría sentir arrepentimiento por no haber culminado mi venganza frente a todo lo que me has dado de forma tan desinteresada y generosa?

Briseia tenía un nudo en la garganta y estaba conmovida por esas hermosas palabras.

—Te amo, Leivan, y no he hecho nada especial —recalcó ella con los ojos brillantes por culpa de las lágrimas retenidas—. No logré ayudar a Alex y lo lamento mucho.

—Briseia, mi lugarteniente era un buen soldado y sabía que esto podría pasar. A veces se gana y a veces se pierde...

Ella no le dejó terminar y se pegó a su torso para llorar y soltar así toda la tensión acumulada. En ese momento sentía un miedo retrospectivo y se veía abrumada por haberle plantado cara a un Ángel Caído con tanta bravuconería.

—Mi Estrella valiente... —susurró el General, recostándose contra el

árbol para abrazarla más estrechamente.

Pasado varios minutos, y tras un intenso desahogo, Briseia se apartó levemente, se secó las lágrimas con las manos y lo miró, con el corazón latiendo con fuerza en el pecho.

—¿Y ahora qué va a pasar? —musitó, casi con miedo.

—Ahora...

Leivan se tensó imperceptiblemente y desvió la mirada hacia lo lejos.

—Sigo siendo un demonio y un esclavo.

—Prometí liberar tu alma.

—Pues no va a ser posible... —murmuró él, sonriendo de un modo muy triste antes de atrapar un mechón de su pelo con los dedos.

Briseia apretó los puños.

—¡Encontraré una manera! Hablaré con mi Protector. Iré a...

—No hay nada que hacer, Briseia —la interrumpió Leivan, acariciando su boca con un dedo—. Eres una luz y tienes que seguir brillando para que todas esas almas perdidas puedan salvarse. Yo estoy feliz por haberte conocido. Déjame atesorar en mi mente todos esos recuerdos que tenemos.

Briseia bajó la cabeza de golpe, como si la certeza de que eran los últimos momentos que vivían estando juntos le hubiese golpeado de repente. El pánico y la ansiedad hicieron mella en sus entrañas, sacudiéndola con brutalidad. ¡No podía vivir sin él! ¡No imaginaba un nuevo día sin estar a su lado! Tras años y años de sufrimiento, sintiéndose especial y desplazada, lo había encontrado y todas las piezas del rompecabezas se habían colocado perfectamente para encajar.

Y ahora querían arrebatarárselo para siempre. No era capaz de asimilar ese sinsentido.

Ella alzó la cabeza de nuevo y la determinación se apoderó de su mirada.

Momentos. Solo les quedaba un puñado de minutos. No podía desperdiciar ese preciado tiempo y le daba igual si no era correcto o conveniente.

Lo amaba, y eso no necesitaba explicación.

—Leivan...

Briseia se levantó del suelo y bajó el escote de su traje vestido ceñido con las dos manos para liberar sus pechos. No tenía frío y no sentía vergüenza. Solo la urgencia propia de la necesidad.

—Briseia, ¿qué haces? —carraspeó el demonio rubio con una voz ronca por el deseo mal disimulado.

Sus ojos verdes ardían y la devoraban mientras se levantaba para hacerle frente.

—Ámame, Leivan —suplicó ella, bajándose el vestido hasta la cintura.

Leivan pensó que sus neuronas estaban a punto de fundirse por culpa de la deliciosa visión que estaba teniendo lugar en ese momento. Ese ofrecimiento inesperado era un *maravilloso* regalo para él, pero, por una vez, dudaba de su legendario autocontrol.

Un torbellino de poderosos sentimientos había estallado en su interior y estaba a un paso de reventar. Solo Briseia tenía ese poder sobre él: excitarlo en un instante como si nunca hubiese visto a una mujer semidesnuda. El deseo, combinado con el amor verdadero, era un sustento mucho más completo y *devastador* que el odio.

—Piénsalo bien, Briseia —le avisó, respirando con dificultad—. Si empiezo, no podré parar.

Ella abrió los brazos de par en par, a modo de respuesta, y dijo:

—Te necesito.

Entonces, se produjo un cortocircuito en el cerebro del General y la locura por hacerla suya una vez más se apoderó de su cuerpo y de su mente.

La cogió por la cintura y le dio la vuelta delicadamente, de manera que quedara recostada de nuevo contra el tronco de madera. A continuación, se apoderó de sus labios con ansia, saboreando el interior de su boca y deleitándose con los gemidos que soltaba por culpa de sus diestras manos que estaban acariciando sus pechos con maestría.

—Eres muy hermosa, mi bella Estrella...

Leivan acarició su pelo y su nuca con una mano al tiempo que deslizaba la lengua sobre el cuello femenino hasta llegar a los pezones. Mientras empezaba a estimular un pecho, lamiendo y succionando hasta provocarle un grito de placer, su otra mano viajaba hasta la cara interna de su muslo.

—Necesito estar dentro de ti —gruñó, mientras le levantaba la parte inferior del vestido hasta las caderas.

—¡Oh, Leivan! ¡Quiero tocarte!

Briseia acarició su cuello bronceado y deslizó sus delicadas manos dentro de su camisa. Luego, en vez de intentar desabrocharla, tiró sobre ella con frenesí y los botones salieron disparados por el aire.

—¡Pequeña fiera! —dejó escapar él, antes de dedicarse al otro pecho.

Ella soltó un gemido, pero sus manos no se detuvieron y recorrieron sus abdominales hasta alcanzar el cierre del pantalón y la bragueta. Sin embargo, no pudo evitar arquear la espalda y soltar un grito intenso cuando el dedo masculino se hundió en su interior.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me vuelves loca!

Leivan no paró de acariciarla hasta que sintió que su excitación estaba en el punto álgido y que estaba al borde del clímax. El aire crepitó a su alrededor por culpa de la potencia que se iba desatando.

—Briseia —siseó el General cuando las manos femeninas, aprovechando el segundo en el que él había dejado de acariciarla, se apoderaron de su miembro erguido y lo dejaron libre.

Entonces, ella empezó a tocarlo en toda su longitud, de un modo cada vez más atrevido que consiguió hacerle perder el control. Las sensaciones estallaban en su interior y sentía un impulso nunca antes experimentado.

—Rodéame con las piernas —le ordenó con un tono gutural por culpa de la tremenda excitación que recorría todo su cuerpo mientras la alzaba, cogiéndola por las caderas.

Briseia obedeció y gritó cuando él se hundió por completa en ella, y tuvo que agarrarse a sus hombros. En ese momento, la cordura dejó de existir y se entregaron el uno al otro con vehemencia, como si supieran que el tiempo había terminado.

El ritmo de las embestidas se volvió frenético y el silencio reinante en el bosque se vio quebrado por sus jadeos y sus gritos de placer.

—¡Te amo, Leivan! —gritó Briseia antes de que la arrasara un increíble orgasmo que estremeció su cuerpo entero.

—¡Eres toda mi existencia, Briseia! —contestó él cuando la petite mort lo alcanzó también con una potencia *devastadora*.

Sin salir de su interior y jadeando como nunca, la abrazó tiernamente por la cintura mientras ella, que seguía rodeándolo con las piernas y los brazos, inclinó la cabeza para recostarse contra su hombro.

Sin embargo, pasados varios minutos, la sensación de placer y de serenidad fue sustituida por la pena y la desesperación más absolutas. Leivan supo que su amada Estrella estaba llorando de nuevo antes de oírla sollozar en su cuello.

—Briseia, no llores...

—¡No quiero que vuelvan a torturarte de esa forma! ¡No lo soportaré!

—Mírame, mi amor.

Ella se apartó levemente para poder hacerlo, pero él no dejó de sostenerla.

—Ese sufrimiento no es nada en comparación con todo lo que siento ahora. Me has regalado un trocito de paraíso y ahora lo llevaré siempre conmigo.

—¡Oh, Leivan! —sollozó ella, antes de encerrar su cara entre las manos para besarlo.

Fue un beso largo, lento y amargo. Un beso de despedida injusta; uno de esos besos que rompen los corazones para siempre.

El final llegó demasiado pronto. Minutos después, Leivan depositó su preciada carga en el suelo al sentir cómo su tatuaje emitía vibraciones que anticipaban la llegada indeseada de su Amo y Señor, y tuvo el tiempo justo de usar un hechizo para que ambos estuvieran vestidos de manera decente.

—¿Qué pasa, Leivan? —preguntó Briseia con visible angustia al percibir las malas ondas cercanas.

—Pase lo que pase, no intervengas, por favor —le suplicó antes de reajustar la capucha blanca del abrigo que la tapaba enteramente.

Luego, le dio un último beso.

—Te amo, mi Estrella —murmuró contra su boca.

A continuación, se giró completamente y le dio la espalda para utilizar su cuerpo como escudo.

—¡Hola amiguitos! ¡Espero no interrumpir el folleto! —lanzó, sin previo aviso, una voz masculina muy desagradable.

Una mano invisible apretó el cuello de Leivan y lo tumbó en el suelo con brutalidad mientras Briseia gritaba y Asmodeus aparecía con su disfraz humano predilecto.

—Hora de pagar la cuenta, General —declaró el Príncipe vicioso, antes de propinarle un tremendo golpe en la cabeza con uno de sus pies enfundado en una bota de motero.

Briseia gritó con rabia y se precipitó hacia Leivan. Por culpa de su don, la apariencia humana de Asmodeus se iba difuminando por lo que tardó un segundo en darse cuenta de que era el demonio que había intentado secuestrarla en el pasado.

—¡No lo toques! —exclamó, interponiéndose entre el monstruoso engendro y su amado.

—Vaya, vaya, vaya... ¡La pequeña estrellita!

—¡Atrás! —ordenó ella, alzando la mano tras haber creado, de forma totalmente espontánea y automática, una bola de energía.

Asmodeus soltó una carcajada despectiva.

—¡No puedes ayudarlo, perra! ¡Es mío! Es mi esclavo y mi propiedad. Este gilipollas tenía una misión que cumplir, pero ha preferido enamorarse de ti y darle ventaja a la zorra de Dazel. Ahora, lo va a pagar muy caro... —amenazó, proyectando un aura malévola y terrorífica.

—¡No lo permitiré! —insistió ella, concentrando al máximo la energía que seguía creciendo dentro de la bola.

—¿Y quién te crees que eres? ¿La Sangre de Dios? ¡Tu don no vale una mierda contra mí!

—Briseia, no... —intentó detenerla Leivan, alzándose levemente del suelo

tras recuperarse un poco del golpe, pero ella no lo escuchó.

Sin pensárselo más, la *Deva* lanzó la bola potenciada por su esencia casi divina en el momento en el que el Príncipe demoníaco se abalanzaba sobre ella. El choque fue tremendo y la energía logró empujar al demonio varios metros hacia atrás, dejando un sillón humeante en la nieve.

—¡PUTA! —bramó Asmodeus—. ¡Ahora sí que me he cabreado!

Un gruñido terrible retumbó en el bosque y la tierra tembló hasta que el Príncipe vicioso rasgó en dos la piel humana que lo cubría para aparecer bajo su verdadera esencia.

Asmodeus medía más de dos metros y era enorme. Su cuerpo era de un color rojo intenso y se asemejaba a una mezcla entre el extraterrestre de *Alien* y un dragón lleno de escamas. Sus manos y sus pies eran garras afiladas, y tenía una cola roja y negra muy parecida a la de un dinosaurio. Su rostro era una calavera de colmillos sangrientos.

Un ente maléfico y aterrador sacado de las peores pesadillas.

—¿Tienes miedo, Estrella? —dejó caer el engendro antes de sacar su larguísima lengua para hacerle un gesto obsceno.

Briseia le devolvió una mirada firme y luminosa.

—¡Nunca he follado con una humana bendecida! A lo mejor decido probarte...

—Mi Amo y Señor, estoy listo para acompañarte —intervino Leivan, tras ponerse de pie.

—¡Nos ha jodido el guaperas este! —rió Asmodeus—. ¡Pues claro que me vas a acompañar! Vas a saber lo que cuesta desobedecerme.

Briseia tocó el brazo de Leivan para que se apartara, dado que se había puesto ante ella para defenderla, pero este se dio la vuelta y murmuró algo bajito que la dejó completamente paralizada.

—Leivan, ¿qué... qué haces? —preguntó ella, entrando en pánico.

—No quiero que te maten. Adiós, mi amor. —La besó suavemente y se dio la vuelta.

—¡No, Leivan, no! —gritó Briseia, sin lograr moverse.

—¡Ven aquí, mi General de pacotilla! —Asmodeus lo cogió violentamente por la cabeza y lo sostuvo en el aire. El hermoso rostro de Leivan se contrajo por el dolor, pero no dejó escapar ningún gemido—. ¡Te esperan unas actividades muy entretenidas en el Infierno!

El Príncipe demoníaco golpeó el suelo con una de sus patas con garras y la tierra se separó en dos, dejando salir un humo rojizo con olor a azufre.

—¡Dile adiós a tu puta y prepárate a sufrir!

Asmodeus zarandeó con fuerza a Leivan en el aire, como si fuese un monigote, y luego se escabulló con él por la abertura en el terreno mientras Briseia lloraba y gritaba.

El silencio volvió a reinar y la joven pintora cayó al suelo al verse libre del último hechizo del General desaparecido. La pena y el dolor estallaron en ella y se quedó sentada en la nieve, llorando desconsoladamente sin importarle el frío o el hecho de que estuviera anocheciendo.

No supo si habían pasado minutos u horas porque perdió la noción del tiempo. Se arrastró por el suelo hasta llegar al tronco del árbol y allí se quedó, indiferente a las temperaturas negativas, al hambre y a su propia vida. Todo había terminado. ¿Para qué seguir luchando?

¡Reacciona, Briseia!

Oyó la voz de su Protector en su mente, pero descartó sus indicaciones y siguió llorando en silencio.

Al cabo de un rato eterno, alguien la llamó a lo lejos, pero la letargia por el dolor y el frío se había apoderado de sus miembros y de su interior. Se sentía completamente vacía y ya no tenía fuerzas. Era mejor cerrar los ojos y dormirse para siempre.

—¡Oh, no, ni hablar, prima!

Briseia sintió que alguien la envolvía en una manta caliente y friccionaba sus brazos y sus piernas para devolverle la vida. Pasaron muchos minutos de intensos esfuerzos hasta que consiguió entreabrir los ojos para encontrarse con el rostro preocupado y angustiado de Zander.

—¡Briseia!

Ella se dejó abrazar como si fuese una muñeca sin vida.

—¡Señor! ¡Pensé que te había perdido!

—Zan... se lo... ha...

—¿Qué quieres decirme, prima? —preguntó él, inclinándose sobre su boca para entender su murmullo.

—Se lo... se lo ha... se lo ha llevado...

Zander parpadeó y su expresión reflejó una total y absoluta comprensión.

—¡Oh, Bri! No pienses en eso ahora. Me voy a ocupar de ti.

Los ojos de la Estrella volvieron a cerrarse y perdió la consciencia mientras su primo la abrazaba con fuerza para proporcionarle ese calor que ya no quería.

Capítulo 17

Marzo de 2010

—Briseia, ¿estás segura? —preguntó Zander, mirándola con seriedad.

—¡Ojú, tío, no seas pesado! —exclamó Mónica, empujándolo levemente —. ¡No hemos venido hasta aquí para irnos ahora!

Briseia suspiró y se dio la vuelta hacia ellos. Estaba agotada, mental y físicamente, y esa puerta cerrada representaba el último obstáculo.

No, no estaba dispuesta a rendirse ahora. Ahora ni nunca.

—De alguna forma, todo lo vivido termina aquí y hoy, para bien o para mal —insistió, paseando la mirada sobre su primo y su amiga.

Las imágenes de todo lo acontecido durante el pasado mes le vinieron a la mente. Se vio a sí misma hundida y enferma, al borde de la inanición por culpa del terrible dolor que sentía en lo más profundo de su ser. Y luego, por culpa del vínculo reforzado entre Leivan y ella, unas crueles marcas empezaron a aparecer en su cuerpo, delatando el verdadero infierno que estaba padeciendo el amor de su vida.

Entonces las lágrimas volvieron y se pasó días enteros llorando y llorando, hasta quedar exhausta. A continuación, la culpa y el remordimiento hicieron acto de presencia y la torturaron con un sinfín de preguntas sin respuestas, dejándola aún más enferma que antes. Ni siquiera el hecho de haber soñado con la liberación y el perdón de las almas corrompidas por la seducción del General demonio logró hacerla reaccionar.

Pero Zander decidió que esa situación no podía seguir así y se hizo cargo de todo. Cogió unos meses de vacaciones en su trabajo, utilizó un piso franco de la red de los Cazadores situado en París para alojarse con ella y Mónica, y se mostró firme y tierno para sacarla de ese pozo sin fondo de amargura. La obligó a levantarse, a comer y a salir fuera del piso para tomar aire, y poco a poco Briseia se vio obligada a reaccionar.

Mónica, cuyos traumáticos recuerdos habían sido eliminados por la mano del demonio Alex, tampoco quiso dejarla sola y se mudó con ella a París. De todos modos, la chica cordobesa siempre la acompañaba por donde fuese y le preocupaba mucho el estado mental de Briseia. Recordaba algunas pinceladas sobre el encuentro con el dios rubio e intuía de su condición un tanto fuera de lo común cuando, una noche, al tocar a su amiga una luz extraña se hizo en su mente y resolvió todas sus dudas.

Aceptó esa nueva realidad con normalidad, como hubiese aceptado cualquier otra cosa con tal de permanecer a su lado. Su lealtad para con ella era inquebrantable.

Pasaron las semanas y la salud de Briseia experimentó una mejoría notable gracias al cuidado de las dos personas que más la querían. Su espíritu luchador también volvió a resurgir de la nada y, una mañana, se despertó con las ideas mucho más claras que antes.

Logró burlar la vigilancia, cariñosa pero efectiva, a la que la sometían su primo y su amiga, y corrió hacia una antigua iglesia de estilo románico en la que permanecía una estatua de su Protector. Esa información había sido obtenida gracias a uno de sus sueños y, como de costumbre, no estaba equivocada. Solo Rafael era capaz de cumplir su plegaria.

Sin embargo, la invocación del Arcángel no dio los frutos esperados y Briseia tuvo que volver al piso con el alma en un puño. Por la noche, su querido Protector se manifestó en sus sueños y le explicó claramente que de ninguna manera iba a ayudarla en esa nueva locura.

A pesar de ese rotundo rechazo, ella no se dio por vencida y decidió recurrir a su primo y a la red de informaciones privilegiadas que él manejaba gracias a su peculiar oficio. Zander gritó y gesticuló como un energúmeno al conocer ese proyecto, pero Mónica y ella lo atosigaron tanto que tuvo que rendirse, y consiguió encontrar lo que le había pedido.

Y ahora, tras un minucioso viaje y plan elaborados como si de una película de espías se tratase, allí estaban, ante la puerta del único ser vivo y poderoso capaz de mandar a Briseia al Infierno para rescatar a Leivan. Una mujer joven y fuerte, que ya conocían, y que no se alegraría mucho al verlos de nuevo.

A buen seguro que la *Mara* ya estaría al corriente de esa presencia indeseada detrás de su puerta. Solo era cuestión de llamar.

—¡Esto es una completa locura! —refunfuñó Zander, antes de pasarse una mano por el pelo corto.

—¡No vamos a quedarnos como tontos delante de esta puerta después de haber hecho este viaje a Berlín! —exclamó Mónica, cruzándose de brazos.

Briseia asintió y respiró hondo. Se jugaba todo a una sola carta.

Rebekah Martensens vivía en un edificio precioso del siglo XIX, en un barrio tranquilo de Berlín a diez minutos del centro de la ciudad, y situado a escasos metros del cementerio judío. Por indicaciones de Zander, se habían quedado observando el piso de la joven durante varias horas por precaución hasta decidir que era el momento más adecuado para subir hasta la última planta y llamar a esa puerta.

Briseia alzó la mano y descartó tocar el timbre, pero, tal y como lo había intuido, la puerta se abrió sola para dejar paso a una joven *Mara* con una expresión de suspicacia en la cara.

—Sé por lo que estáis aquí y no me hace ninguna gracia, pero las leyes de mi mundo me obligan a daros una correcta bienvenida. Pasad antes de que alguien os detecte...

Los tres aludidos asintieron con la cabeza y obedecieron rápidamente. Una vez dentro del espacioso salón con calefacción, la anfitriona les indicó que se quitaran los pesados abrigos y que se instalaran cómodamente en los sofás dispuestos en forma de U.

—¿Queréis tomar algo calentito? —preguntó Rebekah.

—¡Un café, por favor! —exclamaron Zander y Mónica al unísono, y luego se miraron, recelosos.

—¿*Deva*?

—No quiero nada —negó Briseia con la cabeza.

—Un té te iría bien, prima —se preocupó Zander, atrapando sus manos frías entre las suyas.

—¿Tienes té para ella? —insistió también Mónica.

La joven bruja asintió y Briseia captó la leve sonrisa que se dibujó en su rostro al ver el afán protector de sus dos acompañantes, antes de que se diera

la vuelta para dirigirse a la cocina. No tardó mucho en reaparecer con una bandeja y lo dispuso todo sobre la mesita baja que estaba delante de ellos.

—Bueno, Estrella, conozco el motivo de tu... visita —empezó a decir Rebekah, tras sentarse frente a ellos y dejar que sus invitados se tomaran la bebida caliente—. Quieres que te mande al Infierno y no lo voy a hacer.

Mónica soltó un taco con un pronunciado acento andaluz y Zander casi escupió el café al oír eso.

—¿Cómo?! Bri, ¿eso no es lo que habíamos acordado! —El hombre se levantó con mucha agitación—. Estamos aquí porque querías que ella te ayudase a saber cómo está el rubito y nada más. ¿Me puedes explicar de qué va todo esto?

Briseia no contestó y clavó su mirada azul en la mirada verde de la *Mara*.

—Te lo suplico. Eres mi última esperanza ya que mi Protector no quiere escucharme.

—Bri, ¿estás mal de la cabeza o qué? —la increpó Mónica, mirándola con el ceño fruncido.

—Rafael está un pelín cabreado; bueno, en la forma en la que pueden estarlo los seres como él —explicó Rebekah, sin tomar en cuenta la intervención enérgica de la otra chica morena—. Y lo entiendo porque me está costando recuperarme del otro ritual. Me he puesto en primera línea y seré castigada por ello, así que no voy a quebrantar otra ley del mundo oscuro para mandarte al Sheol. Lo siento.

—Oye, muchacha, ¿tú no eres un poco joven para andar metida en esas movidas raras? —se extrañó Mónica, repasando con la mirada su aspecto juvenil, con ese vaquero y esa sudadera, hasta llegar a su hermosa y aniñada cara.

—Soy una bruja antigua, así que esas «movidas raras» forman parte de mi día a día... —apuntó la *Mara*, con un destello escalofriante en la mirada.

—¡Ojú, hija! —Mónica se acercó más a Briseia al sentir miedo.

—No te asustes —intentó tranquilizarla Zander, pero ella no le hizo caso y miró a su amiga como si fuese la Virgen Salvadora.

En un movimiento rápido, Briseia se levantó y se arrodilló cerca de

Rebekah antes de cogerle la mano.

—Te lo suplico, *Mara*. Eres la única persona capaz de hacerlo porque solo tú caminas entre los Tres Mundos. —La energía de Briseia se concentró sobre esas manos unidas y alrededor de ellas sin que fuese consciente de ello. Un halo azul sereno y plácido las envolvía y minaba lentamente la voluntad de la joven bruja—. ¡Él está sufriendo y yo también! Me siento rota y vacía, y no puedo vivir sin él. Creo que llevaba siglos esperándolo, y ahora me lo han arrebatado y le están haciendo daño. ¡Y sé que puedo salvarlo! ¡Ayúdame a salvarlo!

Mónica y Zander abrieron mucho la boca al ver cómo la luz azul se iba intensificando y propagando por todo el salón. Era como un maremoto luminoso que amenazaba con alcanzarlos en breve bajo la forma casi tangible de unas olas gigantescas.

—¡Dios mío, Bri! —soltó Mónica, estupefacta.

Rebekah tuvo que cerrar los ojos cuando la oleada luminosa se coló en su interior.

—¡Te lo suplico! —Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la *Deva* y brillaron como el cristal más puro—. ¡No puedo vivir sin él!

Los muebles y las paredes empezaron a temblar, y las bombillas de las lámparas se encendieron y se apagaron en un baile infernal.

—Prima, cálmate, por favor —rogó Zander, acercándose a ella.

Sin embargo, una pared invisible le impidió avanzar más y miró, totalmente anonadado, cómo el don de Briseia lo iba barriendo todo.

—Ayúdame, Rebekah —murmuró la Estrella antes de coger el rostro de la joven bruja entre sus manos.

La *Mara* soltó una exclamación y sus ojos se abrieron de par en par al recibir una descarga potente de esencia divina. Todo su ser se vio invadido por una sensación extrema de bienestar que solo se podía alcanzar llegando a un estado absoluto próximo al Nirvana. En ese momento, entendió que le faltaba muy poco a Briseia para lograr la Iluminación completa y rezó porque eso fuese suficiente para superar todas las pruebas que la esperaban en el Infierno.

—Muy bien, he captado el mensaje —musitó la joven bruja, despegando las manos divinas de su rostro antes de clavarle una mirada profunda—. ¿Eres consciente de lo que te espera en el Sheol? ¿Sabes que ningún ser vivo puede ir allí? ¡Tendré que llevarte al borde de la muerte para poder mandar tu alma a ese lugar!

—¡Oh, no, no, no! ¡Ni hablar! —intervino Zander, acercándose decidido a verse libre de nuevo.

Esa vez fue la joven bruja quien lo detuvo: alzó una mano y lo mandó de vuelta al sofá, arrastrándolo con su poder como si fuese tan ligero como un cojín.

—¡Madre mía! —Mónica se santiguó y luego le echó un vistazo al Cazador—. ¡Tú, no te muevas más!

Rebekah volvió a centrar su atención en la *Deva*.

—Tendré que hundir un puñal especial en tu corazón para desangrarte. ¿Es eso lo que quieres?

Briseia respiró hondo, se secó las lágrimas y le devolvió una mirada serena.

—Si mi destino es morir intentando salvar al amor de mi vida, que así sea. Quiero que mi don sirva para algo más que soñar y ya no aguanto quedarme aquí sin hacer nada.

La joven bruja la miró intensamente.

—¡Vaya putada! —soltó levantándose—. ¡Y yo que pensaba que mi don era una maldición! Tú lo tienes mucho peor. —Rebekah resopló—. Espero no amar nunca a un ser diferente del mismo modo que lo haces tú...

Briseia esbozó una tímida sonrisa.

—Ese tipo de amor no se elige.

—¡Ya te digo! ¡A mí también me gustaría encontrar a un dios rubio de esta guisa! —exclamó Mónica haciendo un movimiento gracioso con las cejas.

Rebekah no contestó y cerró los ojos durante varios segundos.

—Vale, tú lo has querido así —dijo finalmente, clavando de nuevo su mirada en la de la *Deva*—. Tendré que pagar un precio muy alto por el nuevo

ritual, pero...

—Tampoco quiero que te pase nada malo por mi culpa.

—Ya estoy demasiado involucrada en todo ese asunto. Además, son las leyes del Equilibrio: siempre hay que dar algo para obtener otra cosa a cambio; y siempre hay un precio.

—¡Ni hablar, Briseia! —intervino de nuevo Zander, levantándose del sofá tras desafiar con la mirada a la joven bruja—. ¡No dejaré que esta... chica te clave un puñal en el corazón y te mate!

—Es mi decisión, primo —contestó ella, acercándose a él—. Me prometiste respetarla.

—Eso, chaval. Bri no es ninguna loca. ¿Has visto el poder que tiene? —insistió Mónica, apretándole el brazo.

—No hace falta que asistas a la ceremonia, Cazador. Con que lleves a tu prima el sábado a la dirección que te voy a dar, será más que suficiente —explicó Rebekah.

—¡Y una po...! ¡Y un cuerno! —rectificó el aludido rápidamente—. Yo no me aparto de su lado.

—¡Ni yo! —apostilló Mónica.

Rebekah los miró a ambos y asintió.

—Vale, pues nos vemos el sábado por la noche. Oh, y un detalle muy importante: veáis lo que veáis esa noche, ni se os ocurra intervenir durante la ceremonia. ¿Entendido?

El Cazador y la joven cordobesa asintieron al mismo tiempo.

La noche del sábado fue una noche de luna llena, una luna que parecía enorme y casi personificada en ese inmenso cielo oscuro sin nubes. Un testigo mágico de lo que iba a ocurrir. Quizás por ello la joven bruja había elegido ese momento en concreto ya que era el día de Saturno, padre ancestral de las almas desaparecidas.

En el antiguo hangar, ahora vacío y abandonado, solo estaban ellos cuatro. Rebekah conocía bien aquel lugar y se había encargado de averiguar si quedaban algunos sin techo que se hubiesen cobijado allí para desalojarlos de alguna forma. Pero los pobres hombres infelices percibían cierta maldad y cosas extrañas y preferían no acercarse mucho, por lo que no fue necesario usar un hechizo para ahuyentarlos.

Todo estaba dispuesto y la ceremonia podía comenzar. Curiosamente, Briseia no sentía miedo: solo paz y un intenso deseo de acelerar todo el proceso.

Se había vestido con la túnica blanca que Rebekah había hecho llegar al hotel en el que su primo, Mónica y ella se alojaban, y estaba esperando sus indicaciones. La joven bruja también vestía una túnica, pero de color negro, y se había situado en medio del gigantesco pentagrama que había dibujado previamente con sal gruesa. Unas velas negras estaban situadas en el límite del contorno redondo del símbolo mágico y, de momento, ninguna estaba encendida.

En ese preciso momento, Rebekah Martensens tenía los ojos cerrados y se concentraba al máximo, sosteniendo entre sus manos un puñal de plata que lanzaba destellos, como si alguna luciérnaga estuviera encerrada en el interior de la hoja.

—*Deva*, entra y tumbate a mis pies.

La voz de la joven bruja sonó como un latigazo.

Briseia respiró hondo, canalizando toda su esencia, echó un último vistazo a su primo y a Mónica, cuyas expresiones faciales disfrazadas de tranquilidad no lograban engañarla en cuanto a su similar preocupación, y obedeció a la orden con decisión.

«Leivan, mi amor, pronto estaremos juntos», fue su último pensamiento coherente.

Las velas se encendieron solas en cuanto puso un pie en el círculo de sal y cuando se tumbó en el frío suelo, las marcas blancas cambiaron de color y se iluminaron.

—Recordad no decir nada —avisó la *Mara* sin mirar a Zander y a Mónica.

El Cazador puso un brazo sobre los hombros de la joven cordobesa para apartarla aún más del pentagrama fosforescente.

Entonces Rebekah alzó el puñal en lo alto con las dos manos y empezó a recitar unos salmos a toda prisa, como si fuese una letanía. Hubo un destello luminoso y, a continuación, el símbolo se volvió del color de la lava en fusión y volutas de humo incandescente se elevaron hacia el altísimo techo del hangar.

Cuando una de esas volutas se convirtió en algo más tangible y profirió un grito agónico, Briseia se dio cuenta de que se trataba de almas atrapadas entre el mundo terrenal y el mundo infernal, y comprendió que el poder de la joven bruja era mucho más antiguo y peligroso de lo que aparentaba. Con el paso de los minutos las almas fueron cada vez más numerosas y se desplazaron, gritando, alrededor de ellas, pero sin poder salir del límite establecido por el símbolo mágico.

El bajo de la túnica de Briseia se elevaba con furia al igual que su pelo suelto, pero ella contuvo la respiración y se infundió valor para aguantar todo lo que iba a pasar.

De repente, Rebekah clavó una mirada espeluznante en la suya y la parte alta de su túnica se rasgó en el medio para dejar aparecer la marca de la rueda de ocho radios.

—¡Oh, Lilit de la luna negra! ¡La protección de la triple diosa está en mí!

El cuerpo de la joven *Mara* tembló y se balanceó como si fuese poseído por un ente superior. Su mirada verde se volvió blanca y el puñal vibró en sus manos.

Briseia supo que el momento clave había llegado y concentró su esencia en su interior. Sintió cómo Mónica se tapaba los ojos y se estremecía de miedo por ella, y cómo Zander apretaba la mandíbula para mantener a raya el dolor de su cercana pérdida. Pero esas sensaciones y visiones consolidaron sus ganas de luchar. Estaba preparada.

—¡Oh, Diosa, llévame al umbral del no retorno! ¡Manda a esta alma iluminada y bendecida al Sheol para que obre un milagro!

Dicho esto, la joven bruja se abalanzó sobre la *Deva* con el puñal y lo clavó profundamente en el corazón. Segundos antes, Briseia respiró hondo y se

preparó para experimentar la terrible sensación del metal hundiéndose en su carne, y... ¡nada ocurrió!

La Estrella parpadeó, sorprendida, y se levantó un poco para ver qué estaba pasando. Algo bloqueaba el brazo de Rebekah y mantenía la punta de la hoja a milímetros de su pecho.

—Creo que alguien está furioso... —musitó la joven *Mara*, antes de que el arma se alzara por voluntad propia y se escapase de sus manos para aterrizar bien lejos.

—¿Puedo saber qué mierda está pasando aquí?! —vociferó una voz celestial bien conocida.

Un fulgor diurno iluminó todo el espacio y convirtió la noche en día. Zander y Mónica se desplomaron en el suelo, inconscientes, y el Arcángel Rafael apareció con una expresión inconfundible de enfado en la cara.

—¡Mirad que no es fácil cabrearme! —gritó, fulminando a Briseia con la mirada y volviendo a una apariencia más humana.

—¡Vamos a cobrar las dos! —recalcó Rebekah, sin un ápice de remordimiento en la voz, antes de ayudarla a levantarse del suelo.

—La culpa es solo mía —dijo ella, enfrentándose al Espíritu Puro, cabreado como nunca.

—¡Ya lo sé que es tu culpa! ¡Eres más terca que una mula! —resopló Rafael de un modo muy humano e incongruente—. ¿Y tú qué, Hija del Medio? ¿Trapicheando favores?

—No trapicheo nada, Arcángel.

—No puedes intervenir de ese modo, Rebekah Martensens. Es el candado de tu existencia: dar testimonio y no participar.

—¡Le supliqué y se apiadó de mí! —lanzó Briseia, frunciendo el ceño.

—¡No es un ángel para apiadarse de ti! —recalcó, furioso, Rafael.

—¡Si mi Protector no quiere ayudarme, tendré que buscar otra solución!

El Arcángel abrió la boca y las paredes temblaron. Briseia se mantuvo firme frente a él y el halo azul volvió a rodearla.

—Tienes un preciado don y puedes aportar paz a los humanos. ¿Por qué

quieres adentrarte en la boca del lobo? —inquirió el Espíritu Puro con una actitud y una voz más tranquila.

—Leivan es toda mi existencia y no quiero vivir con ese don si no es capaz de rescatarlo del Infierno al que fue llevado injustamente.

—¿Injustamente? —ironizó el Arcángel—. ¡Recuerdo que tenía mucho arte seduciendo a las jovencitas!

—¡Sí, injustamente y mediante un vil engaño! —insistió ella, sin ceder ante esa leve pulla angelical—. Tú sabes mejor que yo toda la historia.

Rafael cerró la boca de golpe, como si esa frase le hubiese pillado desprevenido, y le echó una mirada furibunda a Rebekah, que se había cruzado de brazos y los observaba como si estuviese en un partido de tenis.

—¡Punto para la Estrella! —se permitió decir con socarronería.

—Y tú, *Mara*, ¿no tienes nada que decir?

—Ya no puedo intervenir nunca más, ¿no? —comentó ella de forma inocente.

—Me ocuparé de ti más adelante...

—No lo dudo.

Rafael la fulminó con la mirada y luego volvió a mirar a la *Deva*.

—Briseia, tu don ya ha obrado un milagro y lo sabes. Esas almas condenadas de las víctimas del demonio rubio han podido escapar del Purgatorio gracias a ti y ahora son libres y felices. Esa era tu misión.

—Me alegro muchísimo por ellas, pero mi verdadero cometido es rescatar el alma de Leivan y reparar el daño que Dazel y Asmodeus le hicieron. Esa es la explicación a mi existencia y si no quieres ayudarme, encontraré un medio para ir hasta allí y lograrlo.

Mientras hablaba, la energía que desprendía iba en aumento y pequeñas luces consiguieron alcanzar al Arcángel, lo que era imposible e inédito. Ninguna partícula era capaz de tocar a un Espíritu Celestial, pero la esencia de Briseia estaba a un paso de la divinidad.

—*Yo que tú me andarías con cuidado, Arcángel. A veces los experimentos no salen según lo previsto...*

Rebekah le dedicó una sonrisa torcida, tras mandarle ese mensaje interno. El aludido adoptó una expresión impasible al ver que no se iba a salir con la suya con la Estrella. En contadas ocasiones, las almas bendecidas se volvían rebeldes y se salían del guion estipulado. No tenía más remedio que entregarle una nueva herramienta dentro de ese nuevo escenario y esperar algún resultado. El Todopoderoso ya había tomado las riendas de todo ese asunto.

—Vale, muy bien —claudicó finalmente—. Existe una manera de rescatar y purificar esa alma para siempre, pero no es fácil y si no lo logras, el demonio rubio y tú os quedaréis en el Infierno eternamente. Y yo no podré hacer nada. ¿Queda claro?

—Lucharé hasta el final para lograrlo —afirmó ella.

—Piénsalo bien porque te causarán un indecible sufrimiento.

—Puedo sentir todo lo que él siente.

—Sí, ese vínculo que creaste no se puede romper y si os quedáis en el *Sheol* para siempre, el dolor y las torturas no tendrán fin.

—Soy consciente de ello.

—Vas a pedir un Juicio de la Verdad, ¿no es así? —intervino Rebekah, enarcando una ceja.

—¿No ibas a mantenerte al margen? —replicó Rafael con ironía.

—Espero que Ash esté bien dispuesto... ¡Parece un tanto triste y amargado últimamente!

—Mi Hermano Celestial es un ser justo e imparcial.

—¡Es un pelmazo! ¡Es como si fuese el señor Darcy de los Infiernos con ese aire lúgubre y serio!

—*Mara*, ¿serías tan amable de dejar tus reflexiones para otro momento para que pueda terminar mi explicación? —ironizó de nuevo el Arcángel.

Por lo visto, la ironía era su marca personal y no dejaba de ser muy curioso y llamativo dado que era un Espíritu Celestial.

—Vaaale, me caaallo... —resopló la joven.

Briseia esperó pacientemente a que su Protector retomase la explicación, pero en su fuero interno no pudo evitar sentir admiración por Rebekah ya que

no parecía temerle a nadie ni a nada.

—Te voy a mandar directamente a la morada de mi Hermano Celestial, el Ángel de la Muerte —indicó Rafael—. Es el Juez de las almas que acaban de fallecer y solo él puede enviarlas al lugar que les corresponde: el Purgatorio, el Infierno o el Paraíso. Si pides un Juicio de la Verdad para el demonio Leivan, él dictaminará una prueba que realizar y si lo logras, el esclavo de Asmodeus podrá recuperar su alma y se verá libre. Pero si la prueba es un fracaso las consecuencias serán terribles...

Briseia permaneció en silencio y su expresión siguió siendo de absoluta serenidad.

—Estrella, debes procurar que ningún demonio te toque o te haga algo antes de llegar hasta Ashriel —recalcó la *Mara* con preocupación—. Tu luz los va a atraer como un faro y, estando en su terreno, podrían contaminarte con esa esencia oscura.

—¿Crees que mi radar celestial está estropeado y que no sabré enviarla al sitio adecuado? —inquirió el Arcángel con un toque de humor.

—¡Sé que, a veces, vosotros los Espíritus Celestiales sois más retorcidos que los propios demonios! —exclamó Rebekah enarcando una ceja—. Vuestras reglas inescrutables son muy difíciles de entender.

Rafael le lanzó una mirada muy poco angelical.

—Esas reglas son dictadas por el Altísimo y lo sabes.

—¡Ya! ¡Y ocurren cosas raras todos los días! —La joven *Mara* se encogió de hombros y esbozó una sonrisa melosa—. Como que un Ángel Caído sea capaz de engañar a un pobre chaval en la Rusia del siglo XVIII y que nadie intervenga por ejemplo...

Unas chispas de energía estallaron alrededor del Espíritu Puro que parecía estar conteniéndose. Finalmente, decidió obviar la crítica intencionada y alzó la mano. Segundos después, algo apareció en la palma angelical.

—Briseia, este amuleto te servirá de salvoconducto. Contiene información relevante para que mi Hermano Celestial entienda toda la situación.

Rafael hizo un leve movimiento con la mano y el objeto, que se asemejaba a un recipiente de cristal con una luz azulada en su interior, se situó sobre el

pecho de la *Deva*, flotando sin ninguna sujeción.

Ella lo miró fugazmente y luego alzó la mirada con determinación.

—Estoy lista. Mándame al Infierno.

Rebekah se acercó a ella y le cogió las manos con cariño.

—Ojalá nos volvamos a ver, Estrella. Sé que lo lograrás.

—No lo dejaré solo nunca más.

—Tu cuerpo físico se quedará aquí mientras tu alma viaja. Si te ocurre algo en el *Sheol*, este cuerpo morirá. ¿Entendido?

Briseia asintió con fuerza y el Arcángel mantuvo una expresión impassible.

Rebekah Martensens se apartó, sin dejar de sonreírle a la *Deva*, mientras el Espíritu Celestial abría la boca y alzaba las manos para situarlas alrededor de la cabeza de la joven pintora.

—Todo depende de ti ahora.

Briseia no tuvo tiempo ni de gritar. La luz estalló, cual bomba nuclear, y sintió que todas las partículas que componían su ser se despegaban de su cuerpo terrenal para ser aspiradas por un gigantesco agujero negro.

Capítulo 18

El olor desagradable y nauseabundo y el calor abrasador despertaron a Briseia. Se incorporó rápidamente, llevándose una mano a la boca, y con la sensación de estar quemándose viva. Se quedó de rodillas en el suelo, asombrada y aterrorizada por lo que veía, pero tuvo que levantarse del todo ya que las rocas y los restos de piedras consumidos ardían.

Todo era desolación y muerte a su alrededor: se acumulaban cenizas, carcasas de animales diferentes y de monstruos, y, de vez en cuando, surgía un fuego fatuo de color rojizo de la nada que desprendía un humo oscuro y dejaba más olor insoportable.

Las tinieblas rodeaban ese paisaje dantesco y no existía ningún punto de luz, salvo el halo luminoso que la envolvía como una segunda piel y que se proyectaba dulcemente sobre la tierra yerma.

Era como si hubiese aterrizado directamente dentro del cuadro de Milton que había contemplado en el Louvre. El lugar era una pesadilla hecha realidad y no albergaba vida alguna.

Cuando un sonido sordo recorrió el lúgubre terreno, Briseia decidió darse la vuelta y empezar a andar. No quería averiguar de qué demonio o cosa provenía aquel ruido y la luz que su cuerpo reflejaba le permitía avanzar en la oscuridad. El único problema residía en que tenía que evitar numerosos escombros y huesos de puntas afiladas, diseminados por todo el suelo polvoroso y lleno de cenizas.

Siguió caminando y perdió la noción del tiempo. No sabía si era la dirección correcta o si ese sendero llevaba a alguna parte, pero no quería quedarse parada en medio de la nada. No tenía ni frío ni calor, pese a las altas temperaturas que difuminaban los escombros como si fuesen espejismos; en realidad, no sentía absolutamente nada salvo esa urgencia que la empujaba a seguir andando.

De pronto vislumbró algo que centelleaba a lo lejos. Parecía ser algo bastante contundente y en posición elevada ya que los destellos que llegaban

hasta ella, semejantes a gotas heladas brillantes, descendían con velocidad y de un modo intermitente.

Optó por dirigirse hacia allí, dado que era la única cosa hermosa e intrigante que destacaba en ese decorado terrorífico, y empezó a caminar con renovada decisión. Entonces percibió una vibración a su espalda y supo que algo se movía detrás de ella. Aceleró el paso sin mirar atrás, consciente de que varios demonios la habían detectado y le estaban dando caza. Recordó las palabras de la joven *Mara* sobre el contacto peligroso y casi se puso a correr.

Sin embargo, no calculó bien las distancias al intentar evitar un obstáculo en el sendero y tropezó estrepitosamente, provocando que varios huesos entrecocaran entre ellos con el ruido correspondiente.

Briseia se quedó sentada en el suelo y se dio cuenta de que algún objeto puntiagudo había roto el bajo de su túnica blanca y que le había arañado hasta hacerla sangrar. Varios gruñidos retumbaron de repente y, al alzar la mirada, se encontró con los ojos hambrientos y fosforescentes de cuatro demonios agazapados no muy lejos de ella.

Tuvo la impresión de que todos los músculos de su cuerpo entraban en tensión e hizo un intento de contener la respiración, pero se percató de que ya no era posible puesto que no respiraba. La entidad presente en aquel lugar era su alma y ya no tenía un cuerpo físico. Sin embargo, podía sangrar y sentir un miedo asfixiante como en ese momento de incertidumbre.

Los demonios no tenían un aspecto lobuno, pero se comportaban como una manada de lobos, olfateando el aire con una nariz ficticia ya que esos rostros cadavéricos y deformes carecían de ellas. No había duda de que se estaban deleitando con el olor a sangre fresca que provenía de su herida.

Briseia se levantó sin movimientos bruscos y sin dejar de observar a los demonios huesudos de largos miembros inferiores y superiores. Era consciente de que iban a abalanzarse sobre ella en breve.

Sin pensárselo dos veces, alzó la mano y concentró su energía en la palma, esperando que ese poder funcionase en aquel antro. Al ver que conseguía formar una bola azulada, esperó varios segundos a que tuviera un tamaño decente y la lanzó en medio de los demonios, que se habían reagrupado en círculo para luego atacarla.

No esperó a ver si el artilugio había funcionado: se dio la vuelta y echó a

correr con todas sus fuerzas. Oyó cómo los demonios aullaban con rabia antes de perseguirla.

Briseia corría y corría, intentando no volver a tropezar con uno de los numerosos obstáculos. Tenía que llegar hasta el punto que seguía mandando destellos luminosos, tal y como se lo soplaba su poderosa intuición.

Súbitamente uno de los demonios consiguió adelantarla por la derecha y se irguió delante de ella, enseñándole una boca enorme llena de colmillos y de babas. Otro demonio atrapó su pie y la hizo caer.

—¡Atrás! —gritó ella, dándole un golpe en la cabeza para que la dejara libre.

El demonio gruñó y otro intentó morderla por la derecha, mientras el tercero hacía lo mismo por la izquierda. Briseia comprendió que estaban jugando con ella para cansarla y luego devorarla, de la misma forma que hubiesen actuado unos depredadores.

—¡No soy el plato principal de hoy! —exclamó, antes de lanzarles una ráfaga luminosa.

Los demonios chillaron como si se hubiesen quemado cuando la luz entró en contacto con sus cuerpos. Briseia aprovechó el factor sorpresa para ponerse de pie y volver a correr. Logró cierta ventaja y, al llegar muy cerca del punto luminoso, se detuvo inconscientemente al ver de qué se trataba; hecho que no desperdiciaron sus atacantes. Con un esfuerzo considerable por culpa de las quemaduras provocadas por la luz, saltaron por encima de ella y aterrizaron muy cerca para acorralarla.

La Estrella alzó las manos con sendas bolas de energía, pero perdió de vista al cuarto demonio y este, como buen líder de la manada, le asestó un intento de mordedura y la desestabilizó.

—¡Fuera, putos chuchos! ¡No podéis entrar! —gritó una voz masculina de repente, y varios golpes de látigo en dirección a los demonios surtieron efecto.

Estos gruñeron y aullaron, pero el propietario del látigo fue muy persuasivo y terminaron por huir a través del siniestro decorado sin haber podido hacerse con su presa.

—¡Putos *Quebrantadores de almas!* ¡Cada vez se acercan más!

Briseia parpadeó y recorrió con la mirada a su extraño salvador: tenía el cuerpo de un hombre, pero con una cara de mono astuto y con unas alas de murciélago en la espalda. Llevaba una cresta de pelo humano de color morado y una camiseta sin mangas del grupo ACDC.

—¿Qué pasa? —refunfuñó el ser raro al ver su mirada—. ¡Me gusta el Heavy Metal!

—No si... —protestó ella, sin poder terminar la frase.

—Venga, *Deva*, el Juez te espera y no le gusta perder el tiempo —la interrumpió el otro.

Ella asintió y lo siguió dócilmente. Al pasar cerca del punto luminoso, vio que se trataba de algo realmente hermoso y asombroso: era una especie de gigantesco roble, cuyas hojas eran rosas blancas de cristal mezcladas con pequeños recipientes de distintas luces. Un pétalo immaculado caía cada segundo en el suelo y se disparaba una luz y un color, como si fuesen líneas de rayos luminosos.

—El Árbol de las Almas Especiales... Tú también llevas tu recipiente —le indicó su acompañante.

En ese momento, el amuleto resplandeció como si se hubiese sentido aludido. Al pasar cerca de dicha *maravilla*, el paisaje cambió por completo: unos prados de lavanda se alzaron del suelo y el cielo se tiñó de tonos azulados y morados; incluso unas estrellas hicieron acto de presencia. A lo lejos, un templo griego de pequeñas dimensiones se hizo cada vez más nítido y Briseia supo que era el mismo lugar que Dazel había proyectado en su mente.

El tiempo no parecía tener la misma medida que en la Tierra, así como las distancias porque, al cabo de pocos pasos, ya se encontraban dentro de un recinto cuadrado sostenido por columnas elegantes de mármol y, en el centro del mismo, se hallaban unas escaleras para entrar en el templo propiamente dicho. Al adentrarse en este, ella se percató de que se asemejaba al panteón situado en Roma por culpa de la disposición arquitectural de la cúpula.

—Ángel de la Muerte, aquí tienes a la *Deva* —soltó el ser raro con brusquedad.

Briseia se detuvo y alzó la mirada, impresionada.

En lo alto de una escalinata de mármol negro, un ángel con cuatro pares de

alas oscuras estaba sentado en una especie de trono hecho de huesos, situado detrás de una mesa repleta de papeles. A su izquierda, había un reloj de arena de plata y a su derecha, una balanza de oro macizo.

—¡Que esos perros no vuelvan a acercarse tanto a la puerta de mi casa! ¿Entendido? —exclamó el ángel con una voz profunda y muy hermosa.

—¡Sí, Alteza! —soltó el otro con un tonito muy poco respetuoso, antes de marcharse y de refunfuñar por lo bajo.

En otro momento, a Briseia le hubiese parecido una situación cómica y sorprendente, pero estaba helada. El aura del ser alado era portentosa, mortífera y *devastadora*; todo al mismo tiempo. Las oleadas de ese poder superior le llegaban con fuerza y la hacían tambalearse por dentro.

—Me llamo Ashriel y soy el Ángel de la Muerte, Juez de todas las Almas —se presentó el Espíritu Celestial antes de apearse del trono y de bajar la escalinata para ir a su encuentro.

Briseia era incapaz de pensar o de pestañear mientras el denominado Ashriel se acercaba a ella. De cerca, era aún más impresionante y esa aura se desprendía a cada paso que daba, como si fuese una tela invisible que aparecía y desaparecía.

Era un ser de una belleza increíble. Era alto y de porte majestuoso, con un pelo tan negro como el ala de un cuervo que llevaba echado hacia atrás y que terminaba por ondular en el cuello. La piel blanca de su rostro era perfecta y sus ojos tenían un tono gris azulado que resultaba muy perturbador. Sin embargo, la expresión de su cara era triste y severa, y le daba un aire melancólico, digno de los mejores poetas románticos. ¡No cabía duda de que la joven *Mara* había dado en el clavo comparándolo con el señor Darcy!

Vestía un manto negro con capucha, con símbolos de plata en el cuello y en las largas mangas, que se entreabrió ligeramente al andar; lo que le permitió ver que llevaba debajo una túnica negra con pantalón oscuro y un cinturón de plata también con símbolos. Y, para completar el conjunto estilo *Darth Vader*, calzaba unas botas altas negras que le llegaban por debajo de las rodillas.

¡Con ese atuendo y ese aire de pesadumbre, solo le faltaba la guadaña para fijar la imagen icónica que representaba!

—La he dejado en otra estancia... —dijo el Ángel de la Muerte sin sonreír

y con un toque de humor negro, tras leerle el pensamiento.

Briseia ni se inmutó porque ya no tenía cuerpo físico para sonrojarse o sentir vergüenza.

—Mi querida Estrella, qué atrevimiento por parte de mi Hermano Celestial el mandarte aquí. Intuyo que estás ante mí para pedirme algo, ¿no es así?

Ella abrió la boca para responder, pero el Ángel miró detenidamente el amuleto luminoso y dijo:

—¿Un Juicio de la Verdad? Es una costumbre muy antigua y el último tuvo lugar hace siglos...

—Entonces, ¿hace milenios que cumples con tu papel? —se interesó Briseia, sintiéndose intrigada por la figura majestuosa y triste del Juez.

El Ángel de la Muerte le devolvió una mirada inexpresiva.

—No siempre fui lo que ves. En el Principio de los Tiempos, era un ángel de otra Orden, pero caí y este puesto me fue otorgado para expiar mis pecados. —La mirada angelical se volvió más acerada—. Pero, bueno, no estás aquí para oír mi historia. La prueba que pides es muy dolorosa y rara vez sale bien. ¿Eres consciente de ello?

—Sí, pero haría cualquier cosa por Leivan.

—El amor es una soberana tontería —recalcó Ashriel de forma desdeñosa—. ¿Serás capaz de aguantar todas las torturas que conlleva ese Juicio?

—Lo soportaré por él.

—Te advierto que el dolor es la única sensación que reina en este mundo y que aquí se multiplica con creces. Lo que has experimentado hasta ahora no es nada comparado con lo que te espera. Todavía estás a tiempo de echarte atrás...

—¡No! —exclamó Briseia con fuerza—. ¡No me iré de aquí sin Leivan!

El Ángel de la Muerte la observó en silencio durante varios segundos.

—Muy bien. ¡Que comience el Juicio! —dijo finalmente.

Dicho eso, alzó una mano en el aire y una elegante pluma, con símbolos egipcios de oro y plata, apareció levitando por encima de su cabeza.

—Espero que tu esencia casi divina te permita ganar este Juicio; de lo contrario, te quedarás aquí para siempre y tu cuerpo se marchitará.

De pronto la mano de Ashriel encerró la de Briseia y la puso con la palma hacia arriba. Segundos después, la pluma enigmática se acercó a toda velocidad y dibujó un nuevo símbolo con números y pentagramas, quemándola atrocemente; pero ella se mantuvo firme y no hizo ninguna mueca.

—Será tu Voluntad contra el Dolor más absoluto —profetizó el Juez antes de que desaparecieran para llegar a otro nivel del Inframundo.

Los gritos de agonía de las pobres almas desamparadas y las risas de los demonios encargados de custodiarlas les dieron la bienvenida a ese círculo del Infierno. No hacía tanto calor como en el otro lugar, pero un aire seco y lleno de polvo se levantaba de vez en cuando y, unido a esas dos montañas áridas que se veían al fondo, parecía que el decorado de una película del Oeste hubiese sido recreado en directo.

No era de noche. Un sol crepuscular mandaba sus últimos rayos de tal forma que se veía bastante bien, y ese persistente humo residual había desaparecido.

—Ven conmigo —indicó el Juez.

Briseia asintió y lo siguió, a pesar de que la mano quemada le dolía mucho y de que las piedras del terreno se hundían en sus pies descalzos. Caminaron varios minutos hasta que un demonio de aspecto repugnante, con un velludo cuerpo verde, cuernos de cabra y ojos saltones, hizo una señal para detenerlos antes de inclinarse ante Ashriel.

—Juez, el esclavo de Asmodeus está dónde lo ordenaste. ¡No está en muy buena forma que digamos! —rio el ser asqueroso—. Nos llevamos a este para seguir con la diversión.

Briseia ahogó un grito al reconocer al pobre Alex, sostenido por otros dos demonios. Su simpática cara ya no era más que sangre y hematomas, y de su cuerpo desnudo y sangriento sobresalían los huesos de sus miembros destrozados que habían perforado la piel.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el Ángel de la Muerte con una mirada inquisitiva.

—Sí —contestó ella, fingiendo una firmeza que no sentía.

Al ser una Estrella, la compasión era parte integrante de su ser y tenía que enmascarar ciertas emociones que no existían en ese plano.

El Juez se dio la vuelta y ella lo acompañó sin volver a mirar al demonio que había ayudado a Mónica, pero se prometió en su fuero interno que a él también le rescataría.

Llegaron a un acantilado y Briseia no tuvo más remedio que detenerse al ver la persona que yacía al borde del precipicio. El cuerpo desnudo de Leivan estaba tumbado en el suelo y sus heridas abiertas hablaban de un ensañamiento bastante sádico contra él. Las rodillas y los brazos habían sido fracturados por herramientas pesadas y tenía quemaduras hechas por hierros al rojo vivo por todo el cuerpo. Su hermosísimo rostro presentaba laceraciones profundas y también tenía mordeduras de distinta índole en el cuello, en el torso y en los muslos.

—¿Qué le habéis hecho? —musitó Briseia, petrificada por la impresión y aguantándose para no gritar de dolor y de rabia.

—Asmodeus es un Amo muy perverso... ¿Es demasiado para ti? —inquirió Ashriel con una expresión neutra en el rostro.

—No.

—Bien —dijo, haciendo un movimiento rápido con la mano.

Una gruesa cuerda surgió de la nada y se enredó alrededor de una de las muñecas de Leivan antes de que su cuerpo fuese arrastrado hacia el vacío del precipicio por una fuerza invisible.

—¡¿Qué haces?! —gritó la *Deva*, corriendo hacia él como una loca.

—Atrapa la cuerda antes de que tu amado demonio se caiga del todo —apuntó el Juez con frialdad.

Ella logró atraparla y detener su avance, pero el peso del cuerpo inerte de Leivan la obligó a casi tumbarse en el suelo para conseguirlo, y este se balanceó en el vacío con un movimiento rítmico.

—¡Aguanta, Leivan! ¡Te voy a sacar de aquí!

Empezó a tirar de la cuerda hacia arriba, haciendo un considerable

esfuerzo para ganar centímetro a centímetro.

—¡Oh, se me olvidaba! La cuerda tiene un grave defecto —indicó el Juez tras aparecer repentinamente a su lado.

Sin previo aviso, unos pinchos de hierro surgieron del exterior de la herramienta y atravesaron las palmas de las manos de la Estrella, que soltó un grito espantoso de dolor.

—Como bien dijiste, el amor no es un camino de rosas, y si lo es, estas tienen espinas...

—¡Espero que te estés divirtiendo! —bramó Briseia, sin soltar la cuerda.

Unas lágrimas de dolor mojaron sus mejillas y la sangre empezó a manar con fuerza de las heridas de sus manos, pero ella siguió tirando y tirando hasta ver la mano de Leivan.

—En absoluto —recalcó el Juez con tremenda seriedad—. Has pedido un Juicio de la Verdad y esto es un Juicio.

Briseia soltó un grito, que era una mezcla de dolor y de furia, y mandó una parte de su energía hacia el cuerpo inmóvil de Leivan.

¡Despierta, mi amor!

Una fugaz emoción cruzó el rostro del Ángel de la Muerte al ver cómo la esencia casi divina rodeaba al demonio rubio para sanar sus heridas y despertarlo. La Estrella seguía esforzándose para subirlo al terreno sólido, a pesar de que las espinas le habían destrozado literalmente las manos. Ese sacrificio era encomiable, pero solo se trataba de la primera parte de la prueba.

Finalmente, ella profirió un último grito, como si estuviera dando a luz, y logró subirlo del todo. Luego, se recostó contra el duro suelo y miró hacia el cielo, o lo que parecía ser el cielo, mientras la sangre seguía fluyendo de sus extremidades heridas.

—Bri... Briseia...

Una mano tocó su cara y ella abrió los ojos, sin darse cuenta de que los había cerrado previamente. La boca de Leivan estaba a escasos centímetros de la suya y su rostro volvía a ser el de antes.

—¡Leivan! —exclamó ella, y se apretó contra él para abrazarlo.

Luego, se percató del estado de sus manos y del cuerpo torturado de él, y se echó hacia atrás para no hacerle más daño. Sin embargo, frunció el ceño cuando se dio cuenta de que tanto sus heridas como las de su amado habían desaparecido.

—*Sladkaya*, no deberías estar aquí... —musitó él, apoyando su frente contra la suya.

—No voy a abandonarte.

Se miraron al mismo tiempo y el amor que sentían el uno por el otro iluminó sus rostros y sus cuerpos. El amuleto vibró y proyectó una luz muy potente.

—Siento interrumpir, pero esto no ha concluido —dijo, de repente, el Juez a sus espaldas.

En ese momento, el suelo del acantilado tembló y un ser enorme y monstruoso llegó a la carrera y se detuvo bruscamente cerca de ellos. Tenía un cuerpo de mamut y dos cabezas gigantescas y deformes con unas bocas abiertas llenas de colmillos tan afilados como cuchillas.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Estrella? —inquirió el Juez con voz tranquila.

Esa pregunta fue una especie de señal: el ser se arrodilló sobre sus patas delanteras y Briseia solo tuvo tiempo de echarle un vistazo antes de que la cabeza de la derecha se inclinara y atrapara la mitad inferior del cuerpo de Leivan, atravesándolo con los colmillos gigantescos y clavándolo en el suelo.

El demonio anclado lanzó un grito espeluznante que demostraba un sufrimiento indescriptible mientras Briseia caía de rodillas y alzaba las manos hacia él, chillando y llorando. La sangre de Leivan se deslizó entre los colmillos bien cerrados sobre su presa y salpicó el rostro y el pecho de la *Deva*, cuyo cuerpo se estremecía por el dolor y la pena al contemplar el intenso sufrimiento de su amado.

La presión fue demasiado intensa y Leivan volvió a perder el conocimiento.

—¡¿Por qué os cebáis tanto contra él?! ¡¡Su culpa ha sido redimida y las almas de sus víctimas han entrado en el Paraíso!! —sollozó ella con las manos

levantadas hacia Leivan—. ¡Él no tuvo elección! ¡Hizo lo que tenía que hacer para sobrevivir!

En esa posición, parecía una Dolorosa y la escena era digna de piedad y de empatía, pero nada podía ablandar el corazón puro del Juez.

—El amor, la muerte, la vida; todo son decisiones... —murmuró Ashriel, al tiempo que ella se giraba para poder observarlo—. Elegir bien simplifica el camino.

—¿No tenemos derecho a equivocarnos?! —gritó Briseia, levantándose del suelo.

—Hay seres que no se lo pueden permitir.

El Ángel de la Muerte hizo un nuevo movimiento con la mano y la segunda cabeza del monstruo se inclinó hacia la *Deva* y abrió mucho la boca. Ella le echó una mirada por el rabillo del ojo y luego volvió a mirar al Juez.

—Una parte de tu cuerpo y de tu alma por su mitad inferior. Eres artista, ¿verdad? Si tanto le amas, deja que el Paymon se coma tus preciadas manos. Tu don a cambio de su alma y de su libertad —exigió Ashriel con una expresión impasible y una mirada inescrutable.

Briseia bajó lentamente la cabeza para observar sus manos. Habían sido un medio eficaz para retratar esos sueños incomprensibles y para realizarse. Su don era algo prestado y ella lo sabía desde el principio. ¿Podría prescindir de sus extremidades sin más? Sus manos le habían otorgado todo lo que tenía.

—Bri... Briseia... no lo hagas —balbuceó Leivan, volviendo a una consciencia parcial.

La boca que lo tenía atrapado se movió, como si estuviera masticándolo poco a poco, y el antaño General soltó un grito ensordecedor. El dolor era insoportable.

—La duda es algo normal... —insinuó el Juez con voz tranquila—. Elige bien.

Briseia alzó la cabeza de golpe y su mirada límpida brilló como nunca antes.

—¡Hace tiempo que ya he elegido!

Le dedicó una mirada de pasmosa tranquilidad y dijo:

—Si esta es tu justicia, Ángel Ashriel, te compadezco. No sabes nada del verdadero amor. No sabes nada de lo que es capaz. Leivan no pudo cumplir con la voluntad de ese ser execrable llamado Asmodeus y se sacrificó para salvarme, a sabiendas de las torturas que le esperaban aquí. Y yo voy a entregar gustosamente mis manos a este monstruo porque daría cualquier parte de mi cuerpo a cambio de la libertad y del bienestar de mi amado. Daría mi vida por él porque sé que él lo ha dado todo por mí.

Una estrella fugaz surgió de la nada y separó el cielo crepuscular en dos. Las chispas de su cola saltaron y cayeron sobre la cabeza y el cuerpo de Briseia y la envolvieron para protegerla, como si fuese un manto celestial. Ella no le dio importancia y se volvió hacia la boca abierta, alzando las manos para deslizarlas en la cavidad repugnante. Solo quería poner fin a todo ese sufrimiento.

—¡¡BRISEIA, NOOO!! —gritó Leivan, recurriendo a sus últimas fuerzas.

Ashriel parpadeó y entrecerró los ojos, deslumbrado por el aura luminosa y celestial que nacía desde el interior del amuleto y que se extendía alrededor de la figura femenina y más allá de ella. Parecía una lluvia de estrellas que se iba amplificando a cada segundo que pasaba, y era realmente impresionante y hermoso.

El Ángel de la Muerte abrió desmesuradamente los ojos, impresionado muy a su pesar. Se percató de que la vida brotaba a los pies de la *Deva* cuando el suelo y el entorno eran estériles y putrefactos, lo que indicaba que ese ser joven y muy especial había pasado el umbral de la Iluminación absoluta.

El Juicio de la Verdad ya no tenía sentido dado que su jurisdicción ahora estaba obsoleta. Solo la Justicia Divina podía juzgar a un ser de esencia divina.

—Aquí tienes mis manos —dijo ella cerrando los ojos, ajena a todo lo que no era ese sacrificio personal.

Oyó el grito final de Leivan y se preparó para recibir la fatal mordedura, pero solo sintió una suave brisa y respiró el *maravilloso* olor de las flores frescas de lavanda.

Abrió los ojos, desconcertada, y lo primero que vio fueron sus manos

intactas. Luego, alzó la mirada y se encontró con la alta figura del Ángel de la Muerte frente a ella. Los tenues rayos de sol le conferían un aire dulce y triste a su hermoso rostro, y el increíble tono grisáceo de sus ojos brillaba más que de costumbre.

Ashriel levantó un dedo y señaló el símbolo iluminado que descansaba entre sus pechos y que proyectaba una luz tan poderosa que se veía incluso estando tapado por la túnica blanca. Se había modificado: ahora era una estrella de ocho puntas rodeada por un círculo.

—Esta es mi Justicia, aunque ya no la necesites: el antiguo demonio Leivan queda libre y vuelve a tener un alma. Nunca más será esclavo de nadie. Podéis ir en paz —sentenció con voz firme, pero suave.

Briseia no supo explicar el porqué de su gesto, pero no pudo reprimirse y le tocó la tersa mejilla con la punta de los dedos. En un primer momento, el ángel pareció sorprendido y turbado, luego cerró los ojos y se mantuvo inmóvil, como si estuviese absorbiendo el calor de la Estrella; como si estuviese recordando una sensación casi olvidada...

—Ojalá alguien te enseñe el verdadero camino, Ashriel —musitó ella, alejando lentamente su mano del rostro angelical.

El Ángel de la Muerte abrió sus magníficos ojos y le dedicó una última mirada repleta de confusión y de sentimientos encontrados. Desapareció, no sin antes mandarle una visión del Príncipe vicioso Asmodeus en una celda, bajo su forma demoníaca, rugiendo y tirando de una cadena divina que lo mantenía atado. Gracias a su poder de Estrella, el Arcángel Rafael había logrado hacerle prisionero de nuevo.

Pasaron varios minutos en los que ella, ahora sola en medio del campo de lavanda, se dejó mecer por la suave brisa. Se suponía que su alma no disponía de todo el abanico elemental de emociones, pero ella se sentía diferente, serena y plenamente consciente de sus capacidades. Algo había cambiado en ella irremediabilmente.

Entonces percibió su presencia y lo sintió en lo más profundo de su alma antes de verlo o de oír su amada voz que la llamaba con cierta ferocidad.

—¡Briseia! ¡Briseia!

Ella se dio la vuelta y su alma se embriagó de un amor tan descomunal que no tenía límites al ver cómo Leivan llegaba hacia ella, sano y salvo. Dio un paso y luego otro y otro, y finalmente empezó a correr y a correr como nunca antes lo había hecho. Volaba y sus pies no parecían tocar el suelo.

—¡Leivan!

Su adorado General la atrapó entre sus fornidos brazos y la hizo girar y girar. Ambos reían y lloraban, ebrios de una felicidad tan duramente conquistada.

—¡No vuelvas jamás a hacer algo así! —gruñó él mientras sollozaba y le daba besos en los párpados, en las mejillas y en los labios.

—¡Sabes perfectamente que no te voy a obedecer! —rio ella entre lágrimas, devolviéndole los besos.

Se fundieron en un abrazo y luego se besaron con ansia, tocándose y acariciándose para asegurarse de que no era un sueño, sino la realidad.

Briseia gimió cuando las manos de Leivan acunaron sus nalgas para alzarla contra él. Podía sentir su fuerza y la dureza de su cuerpo en plena forma.

—Te amo, Briseia. Todo mi ser es tuyo y necesito tu presencia para poder existir. Me has salvado y nunca podré olvidarlo. Te amaré eternamente.

—Nos pertenecemos el uno al otro, Leivan. Nuestros cuerpos y nuestras almas están unidos para siempre —musitó ella, mientras deslizaba sus dedos entre el corto cabello rubio, *maravillándose* de poder volver a sentir esa deliciosa textura.

—¡Señor! ¡Necesito que estemos en el plano terrenal para poder hacerte el amor como Dios manda! ¡Quiero perderme en ti! —gruñó él, antes de deslizar la lengua por su cuello.

Briseia soltó una carcajada melodiosa, pero dejó de reírse al segundo cuando percibió la presencia de su Protector acercándose. Por lo visto, su don se había afinado hasta niveles insospechados.

—Leivan... —le avisó, pero no fue necesario insistir dado que su conexión era tan perfecta que sentían y percibían todo lo que les rodeaba en el mismo instante.

Él la bajó despacio, deslizándola perversamente sobre su cuerpo musculoso, y luego se apartó apenas un poco. En ese momento, ella se percató de que ya no lucía un tatuaje de esclavitud en el cuello, pero que una estrella similar a la suya adornaba su pecho desnudo y bronceado; se podía ver perfectamente dado que la camisa blanca que llevaba estaba abierta enteramente.

—Tu amor me ha cambiado para siempre —murmuró Leivan, cogiendo los dedos de su mano para besarlos tiernamente antes de apoyarlos sobre el nuevo y resplandeciente símbolo.

Briseia esbozó una *maravillosa* sonrisa y se puso de puntillas para encerrar su cuello con sus brazos, tras lo cual lo besó con todo el amor que sentía.

Hubo un fogonazo de luz a sus espaldas y varias flores de lavanda volaron por los aires.

—Hum, hum. ¿Molesto? —carraspeó el Arcángel Rafael con buen humor.

Briseia se apartó, pero Leivan la retuvo contra él como si quisiera protegerla de la presencia del Espíritu Celestial.

—Puedo entender tu animosidad, ex demonio, pero vengo en son de paz.

—Mandaste a tu protegida a ese espantoso lugar a sabiendas de que su alma corría peligro... —acusó Leivan, entrecerrando los ojos en modo belicoso.

—Sabía que el amor que sentía por ti era verdadero y que podía modificar el destino de todos.

—Pero no podías saberlo a ciencia cierta y te arriesgaste. No dejaré que esto vuelva a ocurrir nunca más. ¡Briseia no es un peón!

Rafael casi enarcó una ceja por la sorpresa ante la valentía del ex demonio por esa actitud desafiante cuando él era capaz de reducirle a cenizas con un solo chasquido de dedos.

—Tranquilo, Leivan. ¡No soy tan estratega como mi Hermano Mijaël! Sabía de lo que Briseia era capaz y dejé que los eventos siguieran su curso. Además, ella empleó argumentos muy... ¡convincientes! Y ha terminado bien para todos. No te pasará nada y podréis vivir en paz, siempre y cuando te

quedes en el equipo del Bien.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Briseia, un poco preocupada.

El Arcángel esbozó una sonrisa, que le dio cierto grado de humanidad.

—A partir de ahora, ambos sois casi inmortales. Las enfermedades no os afectarán y volveréis a comparecer ante mi Hermano Ashriel cuando así lo decidáis. Borraré los recuerdos más traumáticos de Leivan y conservará algunos de sus poderes, pero no podrá trabajar ni usar sus conocimientos para hacer el Mal porque, en ese caso, volverá a ese plano de forma fulminante. No os faltará de nada y no conoceréis las penurias, pero se acabaron los criados demonios. Briseia, sé que seguirás utilizando tus dones para ayudar como Estrella que eres. Creo que el sacrificio que hicisteis ha tenido una justa recompensa, ¿no?

Ella asintió y avanzó hacia él con las manos juntas en una silenciosa plegaria.

—Una última cosa, y te ruego que me ayudes también con ello: libera al demonio Alex y conviértelo en lo mismo que a Leivan, por favor.

—Por favor, Arcángel —insistió el antiguo General con una sorprendente humildad—. Alexis no se merece sufrir eternamente por mi culpa y le tengo mucho aprecio.

—¡No hace falta pedirme nada! —exclamó Rafael—. Ese ser está unido a Leivan por voluntad propia por lo que tu sacrificio también lo liberó, Estrella.

Ella sintió una gran alegría al oír eso.

—Os espera en Rusia. ¡En cuerpo y alma!

—Te doy mi palabra de honor de que ni él ni yo volveremos a actuar para el bando demoníaco —juró solemnemente Leivan.

—¡Lo sé perfectamente! —apostilló Rafael con cierta suficiencia—. Todo está escrito.

Desplegó sus magníficas alas y, antes de desaparecer, le echó un último vistazo a su Protegida y dijo:

—Sed felices y haced el bien a vuestro alrededor. Puede que algún día sea yo el que necesite tu ayuda, Briseia...

Tras un nuevo fognazo, Leivan y su amada volvieron a estar solos en medio del odorante campo de lavanda.

—Bueno, amada mía, ¿piensas que todo este sufrimiento ha merecido la pena? —le preguntó en tono juguetón, atrapándola por la cintura—. Vas a tener que soportar durante toda la eternidad mi tendencia a querer protegerte y a considerarte como a una «pobre damisela en apuros». Además, también tendrás que soportar a Alexis, ¡y te puedo asegurar que es bastante insoportable cuando quiere!

—¿Más que mi primo Zander? —exclamó ella, antes de reírse al ver la mueca de fastidio que él esbozaba—. ¡Recuerda que tú también vas a tener que aguantarle!

—Podré soportar eso y cualquier cosa con tal de poder despertarme a tu lado cada día de esta nueva existencia —aseguró él con una expresión muy seria y una mirada brillante y rebosante de amor—. Jamás podré devolverte todo lo que me has dado.

—Solo te pido que me ames y que no me dejes nunca —contestó ella, ofreciéndole su boca.

—Te lo prometo, mi amor —afirmó él, antes de apoderarse de sus labios con voracidad y deseo.

EPÍLOGO

París, julio de 2010

Briseia le dio el último toque a la pintura, finalizando así esa nueva creación. Sería una de las numerosas obras que se subastaría en septiembre en el evento espectacular que Eugène, su amigo y agente, había organizado para atraer a sus mejores clientes. La recaudación se preveía millonaria y serviría para comprar máquinas más potentes de radioterapia para luchar contra el cáncer infantil.

La joven pintora sonrió mientras una brisa refrescante se colaba por una de las ventanas abiertas del taller parisino, situado muy cerca de las viñas de Montmartre, y jugaba con uno de los mechones sueltos del moño que llevaba. Al final, Leivan y Alexis se estaban convirtiendo en coleccionistas de arte y en sus promotores, realizando así la mentira inicial que había propiciado su encuentro. El círculo se había cerrado de alguna forma.

La sonrisa se amplió mucho más con los recuerdos más recientes.

¡Su ex demonio rubio la volvía loca! Era generoso, cariñoso y muy detallista. Intentaba controlar ese instinto protector y sabía cuándo era el momento de dejarla sola para que pudiera expresar su creatividad. Pero, por las noches, ese lado perverso y esa sensualidad innata, que formaban parte de su ser, volvían a la superficie y le enseñaba cosas deliciosas y pecaminosas...

Briseia se ruborizó violentamente y se rio sola. ¡No habían dejado ni un solo rincón de ese taller por probar! La fogosidad y la imaginación de Leivan no tenían límites, y ella estaba encantada de reavivar ese fuego y de participar en esos juegos. Lo amaba tanto que, a veces, le dolía el pecho al imaginar que volvían a apartarlo de su lado.

Tras dar el último retoque, dio un paso hacia atrás para contemplar su obra y su expresión se volvió más seria. Había logrado recrear perfectamente al Ángel de la Muerte, y no sabía si era bueno o malo. Su don seguía intacto y le permitía transmitir todos los detalles de lo que sentía con más precisión que

antes. Los increíbles ojos tristes de Ashriel la miraban desde la sombra de la capucha de la túnica oscura, provocándole cierta melancolía. ¿Existía algún ser capaz de liberarlo de su pesada carga?

De repente, cerró los ojos y sonrió, y la tristeza se convirtió en deseo al sentir el cálido cuerpo masculino contra su espalda y esas manos que se insinuaban por debajo de la falda de su vestido veraniego.

—Empiezo a encontrar muy molesta esa manía tuya de pintar a esos angelitos tan hermosos... —murmuró Leivan a su oído antes de besarle el cuello y de acariciarle los muslos—. ¿Por qué no me pintas a mí para variar?

Briseia soltó una carcajada y se dio la vuelta para mirarlo a los ojos.

—¡Porque ya tengo muchas dificultades con esas fanáticas que solo vienen a los eventos para poder verte! —exclamó ella, enarcando una ceja—. ¡Nunca he tenido tantas clientas!

—Bah, son todas iguales. No me interesan. Tú eres única.

Leivan la besó y pronto su lengua acarició la suya y se movió de un modo erótico que subió mucho la temperatura de sus cuerpos.

—¿Crees que ese taburete podría aguantar un asalto? —le preguntó de manera febril contra su boca.

—¿Un asalto de los tuyos? ¡Lo dudo mucho! —se rio ella—. Además, Mónica está a punto de entrar por esa puerta.

—Hum, hay demasiada gente en este taller —gruñó Leivan, sin parar de besarla.

Ella le devolvió el beso y se olvidó de todo lo que no fuera él.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Otra vez con las manos en la masa! —soltó Mónica al entrar acompañada por Alexis—. ¿Qué vais a dejar para la luna de miel?

—¡No creo que mi... que Leivan pueda aguantarse seis meses! —exclamó el ex demonio Alex, riéndose.

—Esa boda es solo una formalidad —indicó el aludido con una sonrisa pícara.

—¡Y menos mal que no es por la iglesia! —añadió la chica cordobesa—.

¡Ojú! ¡No te imagino aguantándote en los cursos prematrimoniales!

—¡Ni yo! —rio Alexis de nuevo, captando la ironía implícita de las palabras de Mónica que ella desconocía porque no recordaba sus orígenes un tanto especiales.

—Bueno, ¿y a qué habéis venido exactamente? —preguntó Briseia, cruzándose de brazos.

—Vale, vale. ¡Ya nos vamos al cine! —recalcó Mónica, levantando las manos en el aire.

—Antes quería entregarte esta carta de Zander —indicó Alexis, tendiéndole un sobre—. El sello es de Turquía.

—¡Este ha pedido otra excedencia, fijo! ¡Vaya viajecito que se está pegando!

Briseia cogió la carta mientras Leivan y su antiguo lugarteniente intercambiaban una mirada. Zander Caristeas solo toleraba la presencia de los dos ex demonios porque quería mucho a su prima. Seguía furioso por los últimos acontecimientos del viaje exprés al Infierno y se había reincorporado al servicio activo de la Alianza, su organización, dado que una de sus bases estaba en Estambul.

—Y bien, ¿no os ibais? —preguntó Leivan con una expresión de falsa inocencia.

—¡Ojú, cómo está el personal! ¡Os falta la escoba para echarnos!

—¡Ay, los tortolitos! —se rio Alex, guiñándole un ojo a Briseia—. Volveremos dentro de...

—Tres horas. Me parece un tiempo correcto para ver una buena película —dejó caer Leivan con una sonrisa torcida.

—¡Madre mía! ¡Vámonos ya de bureo que nos matan! —dijo Mónica, arrastrando a Alexis por el brazo.

—¡Cipote con esos dos! —exclamó el otro, intentando imitar su acento andaluz.

La chica se paró repentinamente y lo miró, escandalizada.

—¡Cucha, rusito mío, te voy a tener que enseñar dos o tres cosas!

Lo empujó fuera del taller y cerró la puerta mientras Briseia se reía sin parar.

—Creo que esos dos han hecho buenas migas —comentó ella con una sonrisa.

—¡En este momento, me importan un bledo! —recalcó Leivan, quitándole la carta de las manos para depositarla sobre un mueble cercano.

Briseia dejó de sonreír al ver su mirada hambrienta.

—¡Vaya vocabulario, general! ¡Qué demonio más malote! —ronroneó ella con voz sexy.

—Ex demonio. Y no creo haber oído ninguna queja al respecto —puntualizó él, empujándola suavemente sobre el sofá que se utilizaba para pintar modelos recostados.

—Ninguna queja... —musitó ella, antes de cerrar los ojos y de rendirse al tremendo placer de sus caricias.

En Sevilla, el 11 de febrero de 2018.

GLOSARIO

- **Alianza:** asociación de cazadores creada para eliminar a los demonios.
- **Ángel Caído:** antiguo ángel que ha sido castigado por sus malas acciones o por su ambición desmesurada.
- **Deva:** ser extraordinario y bondadoso que actúa como canal para transmitir luz y mensajes de los ángeles.
- **Mara:** bruja superior con grandes poderes que no puede elegir un bando entre el Bien y el Mal.
- **Portal Oscuro:** puerta entre dos dimensiones que permite el desplazamiento inmediato.
- **Príncipe demoníaco:** jefe de las legiones demoníacas y que representa a un pecado capital.
- **Sheol:** mundo de los demonios que se asemeja al Infierno cristiano.
- **Vila:** hechicera que trabaja para los demonios a cambio de favores o poderes.

AGRADECIMIENTOS

Escribir es una tarea lenta, minuciosa, complicada y solitaria, por eso es de agradecer a todas las personas que te rodean su paciencia y el respeto que tienen por tus “rarezas” a la hora de aislarte y de olvidarte del mundo que gira a tu alrededor.

Empecé esta novela en 2014: era como una pausa para cambiar la mente en el proceso de escritura de la trilogía de los vampiros de Sevilla, y decidí incluir muchos guiños para conectar ambos mundos. ¡Volveréis a oír hablar del Ángel Caído Dazel!

*Gracias a mis chicas **Pink, Bea, Eli y Pili**, por todo lo que somos capaces de hacer juntas y por enamorarse de mi demonio rubio.*

*Gracias a mi **Mónica** por estar a mi lado y cuidarme como si fuese mi hermana: eres la voz de la razón en muchos ámbitos de mi vida y necesito nuestras conversaciones para seguir creciendo cuando me puede la impaciencia.*

Gracias a mi compi Tinoco por estar pendiente de todo lo que escribo.

Gracias a mi correctora, Carol, por su tremendo trabajo y por entender como ninguna persona mis mundos y mis viajes por el lado oscuro de la fantasía: no creo en el azar y teníamos que encontrarnos, o volver a encontrarnos, ¿quién sabe?

*Gracias a **Nerea**, la creadora de la portada, por captar rápidamente lo que quería visualizar.*

A todas las lectoras y a los lectores: gracias por darle una oportunidad a esta novela que solo busca entretener con una historia de amor diferente. ¡No hay nada más fuerte que el amor verdadero!

A mi Estrella particular de pelo de fuego y ojos de menta: te echo de menos todos los días, pero sé que estás a mi lado y que velas por mí desde el otro mundo.

Esta historia es tuya. Siempre lo ha sido.